



Un Espíritu Exigente

Ángel P. García Díaz





Ángel Pedro García Díaz nació en Madrid en octubre de 1946.

Nacida la nueva Ley de Prensa de 1966 dejó a un lado los estudios de arquitectura tentado por ver la ropa interior del mundo empresarial. No le atrajo mucho lo que vio, pero era demasiado tarde. Como director de marketing perteneció al comité de dirección de tres multinacionales.

Terminada su etapa de ejecutivo en la salvaje sociedad de consumo se dedicó a malgastar el tiempo en su verdadera vocación, que no es otra que contar historias:

Vivir sin decir Te Quiero

Un Espíritu Exigente

Fábulas y Poemas para después de una Guerra

Políticamente Incorrectos

Yo fui conductor de Limusina

El Baúl de la Piquer



Un espíritu exigente

UN ESPÍRITU EXIGENTE

Ángel Pedro García Díaz

REGISTRO TERRITORIAL DE LA PROPIEDAD
INTELECTUAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Primera Edición:

Número de Asiento Registral: 16 / 2014 / 8037

Fecha: 24 de noviembre de 2014

Segunda Edición:

Número de Asiento Registral: 16 / 2021 / 1192

Fecha: 23 de febrero de 2021

Sé, y lo tengo perfectamente asumido,
que con este libro no ganaré el Premio Cervantes,
pero me consuela saber que a Cervantes tampoco se lo concedieron.

En la vida se producen hechos.
que confirman mis sospechas... Dios existe.

Capítulo I

Méjico:

Desde muy joven García tiene la duda sobre la implicación y el protagonismo que tiene la muerte en su vida. Ya en un libro anterior, «Vivir sin decir Te Quiero», planteaba la duda sobre la razón que le impulsó a volver a este mundo de locos abandonado los planos de existencia donde Dios ofrece todo a cambio de nada. ¿Para tener qué? ¿Otra aventura? Merecía la pena dejar el mundo espiritual que pertenece a todos, menos a los escépticos que se sienten más dichosos negando su existencia. La última vez que García abandonó el mundo material que conocemos en el más acá, para ocupar plaza de espíritu en el que no conocemos más allá, se prometió a sí mismo no volver a intentarlo. Pero existía un «plan» y el plan se había puesto en marcha.

Dios tamborileó con sus divinos dedos sobre la mesa del despacho pensando en el lío en el que Ángel se había metido esta vez. Lola, su mujer, había llenado el bolso de «billetes aéreos free» para pasar unas semanas en México.

Hurgando Dios en los cajones, buscando quién sabe qué, dio con una ficha en la que Azrael, el «ángel de la muerte», describía las veces que el alma del escurridizo García se le había diluido entre los dedos. A la muerte no le gusta jugar sucio, pero tampoco quiere perder, había escrito en la ficha que ese día podía zanjar lo que tenía pendiente desde que García se le escapó y no pudo evitar que su hermana cumpliera con «el plan».

Dios quiso ver a qué oportunidad se refería el «ángel de la muerte» comprobando como un DC10 de la compañía Iberia rebotaba de una nube a otra como una pelota de béisbol en manos de unos «chamacos» que hacían rondos. El fuselaje del DC 10 aguantaba las sacudidas y repentinas pérdidas de nivel mientras los pasajeros, los más pesimistas, se preguntaban si el vuelo formaría parte de la macabra lista cronológica de los aviones desaparecidos en el fatídico «Triángulo de las Bermudas».

«¿Qué hacía ese avión ahí?» —se preguntaba Dios dando vueltas a la ficha—. «¿Qué hacían Ángel y Lola en un punto tan conflictivo?»

El DC 10 luchaba por salir del fuerte y extremadamente violento vendaval que lo envolvía como el agua a un perro que mueve desesperadamente las patas para salir de la fuerte corriente de un río.

Dios sabía que cuando había creado el planeta Tierra —aproximadamente 4567 millones de años atrás según algunos, aunque sólo él sabía la fecha exacta—, había dejado un hilo suelto justo en ese punto geográfico del océano Atlántico. Un punto preocupante, eso sí, sobre todo para los que no pueden ver el universo desde su divina perspectiva, pero nomás que otras áreas conflictivas como el «Triángulo del Dragón» o el «Vórtice Marysburgh», que no habían llenado tantas páginas de libros y revistas de literatura fantástica. Los autores amantes de la ciencia ficción tan centrados en el mítico «Triangulo de las Bermudas» se atreven incluso a decir que es un «Agujero Negro» que conduce directamente al hall del cielo; esto es, a su casa ¡A la casa de Dios!

Que Azrael se ofreciera para traer a su presencia el alma de García era parte de su trabajo; pero en este caso Dios no lo podía consentir, junto a él se encontraban, además de Lola, su mujer, otras 380 almas, entre tripulantes y pasajeros. Lo más sensato era encontrar a quien pudiera echar una mano al comandante del avión para que lo sacara de aquel terrible vendaval con todas las pegatinas puestas y el «ángel de la muerte» no era el más indicado. No era piloto.

«Tengo al ángel adecuado para llevar a cabo la misión»

Pensó Dios mirando el jardín. Allí estaba Carmen, nombre muy apropiado para los que como ella sienten veneración por las plantas que en el mundo físico se utilizan como remedios curativos. Desde que había llegado aquel espíritu maravilloso no salía del jardín cuidándolas... estudiándolas... por si algún día tenía que volver.

«Le diré que se trata de proteger a Ángel, quien fue el mayor de sus nietos en su última vida física. Estará encantada con el encargo»

Pensó Dios trazando en el aire una particular sonrisa.

«También hablaré con quién por motivos del «plan» no llegó a ser su hermana y según Azrael la fatalidad hizo que todo se le fuera de las manos»

Dios miró de nuevo la ficha. Allí estaba, otra alma que gravitaba en el megadiverso cielo sobre el continente que perteneció a mayas y aztecas deseaba dejar su mundo espiritual para volver a nacer nueve mil kilómetros más al este. Quería nacer de nuevo, pero para volver al mundo físico él mismo ponía sus condiciones: se encargaría de elegir a los que debían concebirle para someterles a las pruebas que debían superar...

Era un espíritu exigente.

«Bueno —pensó Dios complacido—. Tres almas inteligentes no permitirían que les ocurriera nada negativo a la pareja»

Dios guardó la ficha en el cajón junto a la agenda del «ángel de la muerte».

Mientras el DC10 se daba coscorriones con todas las nubes que encontraba a su paso atravesando el siniestro «Triangulo de las Bermudas» García pensaba que más fuertes que las sacudidas que soportaba el avión eran las convulsiones que sentía España con el fin de su dictadura y la llegada de la más peligrosa de las aventuras ¡La libertad!

En el convulso y agitado mes de julio de 1981 los colectivos feministas apoyados por el «progresismo de izquierdas», que con la muerte de Franco se reproducía por esporas como los hongos, habían desencadenado una feroz campaña por el aborto libre: práctica legalizada por la Segunda República y abolida en tiempo de paz por los acólitos de Franco que la consideraban de inspiración roja de un solo pensamiento.

Aniquilada la dictadura de Franco las «feminazis» de la izquierda movilizaba, «por la mañana», a sus bases revolucionarias para salir a la calle en defensa del derecho a la vida de los animales y, «por la tarde», exigir la legalización de la interrupción de la vida de un ser vivo de su misma especie dentro del vientre de su madre. Quien ya ha nacido poco le importaba el derecho a la vida de quien viene detrás.

También en ese mes Dios decidió echar una cabezadita y dejó proponer, a los que se pasan la vida negando su existencia, la vuelta de la Ley de Divorcio contemplada en la ambigua Constitución republicana de 1931. También abolida por Franco cuando llegó a la Jefatura del Estado.

En España el matrimonio civil estuvo prohibido desde 1564, reinado de Felipe II. El matrimonio religioso era el único legítimo para el Estado. La Ley fue interrumpida en dos ocasiones por los gobiernos de la Primera y Segunda República. En 1939 con el fin de la Guerra Civil y la llegada al poder del franquismo los matrimonios civiles que tuvieron lugar en el período republicano fueron considerados nulos y los hijos nacidos en el matrimonio ilegítimos.

Para la dictadura franquista sólo eran válidos los matrimonios bendecidos y celebrados por la Iglesia. Quien se arriesgaba a solicitar un matrimonio civil alegando pertenecer a una religión distinta a la católica, o haciendo apostasía, debía pensar que era mal visto, por tanto, peligroso. Franco derogó la legislación republicana y anuló todos los matrimonios civiles, de esta forma quedaba nulo el celebrado por su padre casándose en segundas nupcias con Agustina, antigua amante y compañera sentimental, cuando la madre de Franco murió en 1934, en plena etapa republicana. Con la muerte de Franco se estableció de nuevo la aconfesionalidad del Estado español, la vuelta a los matrimonios civiles y a la Ley de Divorcio derogada desde el fin de la Guerra Civil.

También en ese convulso mes de julio la Cámara de los Diputados celebró entre risas y aplausos la vuelta de la Ley republicana de 1932 con la que los políticos progresistas de la época republicana consideraron que contribuía a liberar de la tiranía a la que había sido históricamente sometida la mujer. Su utilización fue escasa por los pocos años que duró la República y el conservadurismo de la propia sociedad española. Franco, hijo de matrimonio separado, devolvió con sus leyes el modelo patriarcal y tradicional donde la mujer se afirma en los valores de la familia y dedicación plena a la maternidad y el matrimonio. Su gobierno incentivaba el matrimonio y la natalidad con premios y subvenciones a las familias numerosas casadas legalmente y con más de tres hijos.

El divorcio produjo grandes cambios en la sociedad.

Debido a la liberalización de las costumbres y disminución de la importancia social del matrimonio aparecieron esperpentos lingüísticos: «mi compañero» «mi pareja» y el más esperpéntico todos... «mi ex».

“Este es mi papá y esta mi mamá. Esta es mi hermana María, que es mi hermana, pero no es hija de mi papa, es la hija de un amigo de papa que se llama Borja y de mi mamá. Este bebé es mi hermanito, que no es hijo de mi mamá, pero sí de mi papá. Mi hermana María tiene otro hermano, que es hijo de su papá y de otra mamá”

Llevar varios billetes fue un acierto, los pilotos de Iberia quisieron hacerse notar aquel mes de julio de 1981 con una de sus famosas huelgas de cinco estrellas. También los responsables de los embarques en el aeropuerto de Barajas sometieron en ese mes a los usuarios a sufrir sus particulares huelgas de celo. Debido a ese celo los maleteros del aeropuerto madrileño pintaron una marca en una maleta de los García que invitaba a los aduaneros a lanzarse sobre ella como un perro a un hueso de babilla.

Después de aquel viaje la maleta ocupó un privilegiado lugar en el trastero.

Cuando llegaron a su primer destino de México DF sufrieron la «cola mejicana», los «cabrones» mejicanos se ponen en la fila junto a las personas educadas y a medida que se acercan a la cabecera de la cola van desplazando al sorprendido pasajero que debe volver a ocupar el último lugar por orden del avinagrado aduanero, que señala al pobre desconcertado como si su dedo fuera el cañón de su revólver reglamentario.

Los pasajeros tímidos o inseguros lo tienen crudo para conseguir la cruz que hace el aduanero con una tiza, salvoconducto para abandonar el aeropuerto.

La segunda vez que el aduanero señaló con su dedo a Ángel y a su mujer, para que volvieran al final de la cola, García dijo algo tan gordo que el aduanero se quedó como si le hubieran dicho que su mujer se había fugado con un fabricante de brillantina, miró el par de maletas como si fueran objetos que venían de otro planeta y puso la cruz con la tiza señalando con su dedo la salida. Sin duda era la primera vez que alguien se había dirigido a él en ese tono, así que por primera vez reaccionó como un aduanero tolerante y educado. La conexión con el cielo empezaba a funcionar.

El Gobierno en el exilio de la Segunda República Española se trasladó desde Francia a los Estados Unidos de México terminada la Guerra Civil en 1939. Se trataba de ganar la última batalla para la causa republicana desde el lugar donde pudieran verse libres de la represión franquista, decisión poco acertada porque es en México donde con más impunidad se violan los derechos humanos. En el Distrito Federal como en el resto del país la Ley da la razón al que más paga. La vida allí no vale nada.

La propia policía se encarga de recortar las libertades y mira hacia otro lado ante el asalto y la extorsión. Es la propia policía quien despoja a los turistas si acuden a sus dependencias a denunciar un robo. Los que asaltan en la calle disparan a sus víctimas para que no muevan mientras les «limpian» y si la justicia interviene los inculpados de un delito se libran pagando una determinada cantidad.

Un abogado bien pagado no sólo consigue librar al culpable de una violación, sino que consigue una indemnización para su cliente alegando que la víctima no advirtió al violador que tenía ladillas. Puede ser exagerado, pero mientras los García esperaban el vuelo que los llevaría al aeropuerto de Acapulco una joven mejicana les contó lo que había sufrido una de sus primas:

Se trataba de la camarera de un bar de copas que permitió que un cliente habitual al que conocía la llevara en coche a su casa. En el camino fue salvajemente golpeada hasta dejarla semiconsciente por el hombre, cuando se resistió a ser manoseada. El bruto le arrancó violentamente la ropa y la violó por todos los sitios posibles. Una vez satisfecho su instinto animal le arrancó la cabellera al más puro estilo indio usando un cuchillo de caza, y enterró a la víctima cuando aún estaba viva.

La joven en su desesperación logró sacar un brazo de debajo de la tierra y fue un perro quien la encontró. El animal trató de sacarla escarbando la tierra y dejó parte de su cuerpo fuera, lo suficiente para que la muchacha pudiera respirar. Después el inteligente animal fue a buscar ayuda.

Detenido el agresor los fiscales no vieron causa grave en el delito, al que calificaron como un hecho violento con el resultado de lesiones dolosas. El culpable ni se escondió ni negó nada. El juez le puso en libertad tras pagar una multa. Después del juicio el agresor se burló cruelmente de la muchacha, la persiguió para aterrorizarla y la amenazó diciendo que la próxima vez no la encontraría ningún perro.

—¡Qué horror! —dijo Lola espantada—. ¿Nadie castigó a esa mala bestia?

—Bueno —contestó la joven mirando al tímido sol que hacía reverberar la línea del horizonte—. Una abogada especializada en ese tipo de casos consiguió la revisión del juicio y conocedora de la «justicia mejicana» dejó a un lado la violación. En nuestro país abusar de una mujer se considera un delito menor. La estrategia de la abogada se basó en exponer ante el juez las graves lesiones físicas y morales sufridas por mi prima, centrando su ataque en el intento de asesinato frustrado y el posterior enterramiento estando aún viva la víctima. Expuso además como agravante el acoso y las amenazas que no habían cesado por parte del violador.

—¿Supongo que en este caso su prima tendría más suerte? —preguntó Ángel con gesto serio e indignado.

—Sí —reconoció la joven—. Con una defensa adecuada y un juez menos machista al maldito cabrón le condenaron a prisión, pero como la policía no le consideró nunca un criminal peligroso no puso interés en capturarlo, cuando no se presentó el día de su ingreso en la cárcel. Mi prima consiguió con el segundo juicio la huida del asesino y de momento cesaron las amenazas, pero de qué sirve si vive aterrorizada pensando en que la bestia volverá a cumplir con sus amenazas.

Casos como este los hay a miles en México por la costumbre tan arraigada en el pueblo de abusar del más débil. En 1981 el país se dividía en dos corrientes de opinión: los que luchaban para que México no se convirtiera en un narcoestado, y los que no hacían nada para impedirlo... la policía y parte del ejército está con los segundos.

No se puede frenar la epidemia de delitos en un país donde no se cumple la Ley y los delitos no se investigan por complicidad o miedo. Los sicarios en nómina de los bandos hacen verdaderas atrocidades, crímenes que producen náuseas a la vista de las víctimas.

El dinero hace que la justicia sólo exista para los ricos por su poder de soborno e intimidación. Los poderosos hacen que la Ley sólo exista en los papeles, y que los casos de corrupción de los encargados de aplicarla estén a la orden del día.

En Méjico ser corrupto es la cosa más natural del mundo, al pobre se le avasalla, se le humilla, se le explota y sigue siendo válido el principio de cuanto más pobre y débil sea un hombre más abusos sufre. Lo peor es que por muy débil que sea un hombre siempre tiene a alguien cerca más débil que él, la mujeres de su familia, por ejemplo, a las que convierte en el blanco de sus protestas y el objeto de sus venganzas.

La autoridad se llena los bolsillos con toda impunidad. Los policías pagan a sus superiores cantidades acordadas para que les permitan explotar «su negocio», todos roban y roban porque pueden hacerlo. El mejicano históricamente es capaz de resistir todo menos la tentación de robarle al más débil, esa mala costumbre no tiene nada que ver con el virus que dicen haber recibido de los conquistadores españoles. Robar es una arraigada costumbre india y en España nunca ha habido indios... gitanos sí... que nada tienen que ver con los indios ni en sus defectos ni en sus virtudes.



Capítulo II

Acapulco:

El avión del puente aéreo entre México DF y Acapulco no despegó hasta que el vuelo no estuvo completo. Los García tuvieron que esperar hasta que la compañía aérea lo consideró oportuno. Cuando llegaron a su destino en el aeropuerto del Estado de Guerrero empezaba a anochecer. Habían pasado veinticuatro horas desde su salida del aeropuerto de Madrid:

«Necesitábamos tomar un baño y cambiarnos de ropa y volvimos a tropezar con «el sistema». Ocurrió como en el puente aéreo, hasta que el interesado taxista no tuvo las plazas de su Chevrolet ocupadas no se puso en marcha».

Compartir un taxi puede ser muy loable, romántico y solidario, pero ¿Por qué los mejicanos dan por hecho que los viajeros que llegan de la insolidaria Europa están de acuerdo? El caso es que el hotel que tenían reservado era el punto más alejado de la ruta planificada por el «solidario» taxista y fueron los últimos en llegar a su destino. Pagaron además como si hubieran ido solos.

El Marriott Acapulco era un magnífico hotel y por su puesto de trabajo Lola pagaba las facturas del catering Marriot de Aerolíneas Argentinas en el aeropuerto de Madrid. Por esta circunstancia el director dejó cumplidas instrucciones en todo el hotel para que el matrimonio tuviera un recibimiento a la altura de un embajador. Además del cordial recibimiento, y las buenas atenciones, lo mejor fue la impresionante y lujosa suite que les habían reservado en la parte más alta del hotel desde donde, a vista de pájaro, se disfrutaba de un espectáculo. Un lujo que animaba a todo menos a dejarse vencer por el jet lag y renunciar a una cena romántica en el skay room del hotel.

Para compensar los desequilibrios del castigado reloj interno cuando se viaja a través de varias regiones horarias un baño está en los diez mandamientos del viajero ejecutivo. Es preciso llenar la bañera, vaciar todos los geles y champús que hay en el hotel y meterse dentro abrazado a la mujer que amas y dejando que el agua obre el milagro. También vale la ducha romántica, costumbre que muchos pierden con el paso de los años por la poco atractiva ducha individual... o el socorrido lavado de sobacos en el lavabo.

Una vez que la pareja dejó en el agua el producto de la descompensación horaria, y vestidos con ropa más adecuada para disfrutar de su primera cena de vela y champán en Acapulco, subieron al restaurante de la última planta.

El maître los acompañó hasta una mesa situada en la parte más romántica de la sala acristalada y un camarero les ofreció un cóctel de bienvenida mientras ordenaban una cena ligera acorde con el momento y el lugar... unos mariscos de nada.

Había pocas mesas ocupadas por la manía de los «guiris» de cenar a la hora que los españoles van de tapas.

Desde la mesa, a esa fabulosa altura, se veía en un enmarcado plano a la luna de Acapulco que se había vestido para la ocasión. En el puerto dos cruceros con las luces encendidas parecían dos edificios enormes metidos en el agua hasta la cintura.

Más cerca los «yacht chárter» y barcos de lujo del puerto deportivo se movían de manera acompasada, imperceptible, tanto como la gente imprevisible que los habitan.

Las olas del Pacífico se entretenían dando lametones a las enormes piedras que soportaban sofocadas sobre la espalda la estructura de la cadena de edificios pegados a la playa que ofrecían una visión, tan metafórica como demoledora, de las consecuencias que pronto convertirían a Acapulco de Juárez en una de la ciudades más inseguras y violentas del mundo.

Atrás quedaba la fama de Acapulco adquirida durante la década de 1950 cuando era el lugar preferido de las estrellas de Hollywood y el pavoneo de la una inútil sociedad capitalista desplazada por el resultado evolutivo de otra clase social singularmente embrutecida. La nueva sociedad mejicana repleta de falsos y «nuevos ricos».

Cuando Lola quiso hablar fue interrumpida por dos violinistas que saltaban de mesa en mesa como abejas de flor en flor. No dejaban de sonreír por esa manía que tienen los mejicanos de hacer hoy lo que la autoridad no te dejará hacer mañana.

Lo hacían bien, muy bien... lo de reír... y le sacaban un provechoso partido a sus violines lacados en blanco que hacían juego con los trajes que habían pertenecido al rodaje de una película de gitanos. Agradecidos por la sonrisa de Lola se dirigieron a la mesa de una solitaria mujer que disimulaba su soledad, momento aprovechado por Lola para decir que la soledad es una innecesaria sentencia que no estaba dispuesta a aceptar.

—Por qué dices eso cariño ¿Qué tiene que ver con nosotros? —dijo Ángel mirando a los ojos de su mujer, ahora más oscuros por el efecto de la llama de las velas.

—Porque no estoy segura si este viaje lo he hecho por un irrefrenable deseo de estar a solas contigo, o porque estoy asustada y quiero hacer algo para recuperarte.

¡Recuperadle! Estaba claro que Lola desconocía que todo aquel montaje obedecía a un «plan» promovido por el «espíritu exigente», Nada tenía que ver con recuperar lo que en ningún momento había perdido.

Ángel miró a su mujer abriendo tanto los ojos que las sobrecogidas ostras que esperaban en el plato para ser devoradas miraron hacia todos lados, por si había entrado un caballero Templario con la solidaria misión de librarlas de su sacrificio.

«¿Recuperarle a él?» —se preguntó Ángel mientras se ocupaba del primer molusco.

¿Recuperar de qué y por qué? Habían pasado mucho juntos para romper el vínculo que les unió para toda la vida. Los años se encargaron de demostrarlo.

Bueno sí, su mujer podía tener parte de razón. Los cambios estructurales que vivía BDF Nivea, la multinacional alemana en la que trabajaba Ángel exigía ejecutivos sin techo de ambición y el conservadurismo le obligaba a dedicarle a la absorbente empresa demasiada dedicación. Incluso en las últimas fechas, en fines de semana.

Seguir ascendiendo, no tener techo, se había convertido en una obsesión. Todo le parecía poco, sin pensar que esto le obligaba a llevar una vida desordenada y Lola podía aguantar todo en su casa... menos el desorden.

Recuperar a un marido demasiado ocupado o despistado con un bonito camisón y apartarle dos o tres semanas del foco del problema funciona si «el problema» usa falda y sujetador, no cuando es una mesa de despacho con forma de riñón y cafetera portátil que impide que el ejecutivo en cuestión no se despiste ni para tomar café.

Para García nada valía la pena si perdía por lo que luchaba y trabajaba. Su familia.

Por nada del mundo usaría el esperpento lingüístico de «mi ex» con su querida Lola, el amor de su vida. Miró el plato de ostras que le habían servido pensando que si estaba haciendo daño a su mujer bien merecía un castigo, estaba dispuesto a pagar su culpa dejando a un lado el limón con lo que se mata a las ostras y permitir que estas le sentaran a su estómago como un tiro, que fueran como doce bombas.

«La verdad es que no acerté con el castigo, las condenadas ostras dieron cumplida fama de sus poderes estimulantes relacionados con el deseo sexual revolucionando otra parte de mi organismo... me hicieron efecto las doce... bueno, también funcionó el camisón»

La cena sirvió para poner sobre la mesa hacia donde llevaba el conservadurismo y la ambición de querer algo que no valía la pena conseguir.

—¿Alguna vez te has preguntado qué es lo que nos convierte a los hombres en responsables? —le preguntó Ángel a su mujer.

—Que sólo tenéis una oportunidad para hacer cada cosa —contestó Lola con una sonrisa—. Si tuvierais la oportunidad de corregir cada uno de vuestros estúpidos errores este mundo estaría lleno de hombres irresponsables.

—Te quiero —dijo Ángel mirando a su mujer.

—Te quiero —dijo Lola mirando a su marido.

La cena tuvo éxito. Acapulco hace que las parejas se sientan felices. Los violinistas vestidos de blanco se dedicaron en exclusiva a la dama solitaria con un vals tras otro y esta movía su pañuelo de seda siguiendo el compás y su cuerpo de un lado a otro como si bailara con su pareja imaginaria. Hasta en eso la cena había sido perfecta, Lola ya no sentía pena por la soledad de la mujer. Las mesas se quedaron por fin vacías y los violinistas se fueron tras la mujer solitaria siguiendo su estela de dólares y Chanel 5.

Ángel firmó la nota añadiendo una generosa propina que mejoraba ampliamente lo que el hotel había cargado por el acostumbrado servicio. Los camareros se inclinaron al mismo nivel de la propina y ante la generosa demostración el maître los animó a bajar al club del hotel que podían encontrarlo abajo, en la playa, con la promesa de que les gustaría las copas y sobre todo la orquesta.

El maître tenía razón, la orquesta era muy buena y todas las canciones las cantaban en español por el proteccionismo de los mejicanos por uno de los seis idiomas oficiales de las Naciones Unidas y utilizan unos... ¿600 millones de personas?

En México además del español tiene 67 distintas lenguas nativas, pero se usan poco porque lo tienen muy claro: las lenguas minoritarias no tienen futuro. Sobre todo, la de los indios navajos.

La dama solitaria del restaurante había encontrado pareja, un ligón «profesional» dispuesto a diluir su soledad a cambio de copas y dólares americanos. Ella tomaba un cóctel Margarita tras otro y él sorbía de forma vulgar cerveza directamente del envase metálico al que añadía sal en el borde de la lata y un trozo de limón.

Reían ambos. Ella lucía una cuidada dentadura occidental, él dientes salvajemente indios y blancos a los que había añadido como símbolo de poder unas fundas con forma de engarce que rodeaban el diente sano. El burdo galán llevaba los botones superiores de la camisa desabrochados para que las mujeres fijaran su vista en su rizada mata de vello pectoral, en la que nadaba desesperadamente una gruesa cadena de oro tan aparatosa como la cadena de la cisterna de un retrete. La escena era tan falsa como el sonido del brindis que ella hacía con su fina copa de cristal sobre el bote de cerveza del patán, esa esotérica tierra ofrece la sensación que todo lo que pasa es irreal.

Hasta la mesa de Ángel y Lola llegaba el olor salino de esa parte del Pacífico y el acompasado chapoteo de las olas que llegaban a la playa del hotel y se retiraban de inmediato pidiendo perdón. Acababan de llegar y ya echaban de menos a sus dos hijos: Marina y Manuel. Estaban también en la playa, pero mucho más cerca de casa.

Hubo una razón para no estar los cuatro juntos en México, todo obedecía a un plan.

Para manifestarse como ser humano el «espíritu exigente» quería que los elegidos estuvieran solos para tener mayores posibilidades de manipular los destinos.

Marina nació de pie, que es bueno como incentivo de las creencias espirituales o sobrenaturales sobre la suerte, pero el parto fue tan difícil que estuvo a punto de perder a su madre. Con Manuel la cosa no fue tan grave, aunque hubo problemas por un error en los análisis de compatibilidad del Rh. Tener aliados cerca de Dios tiene sus ventajas si los aliados saben cómo utilizarlas. El «ángel de la muerte» estaba indignadísimo.

Haberse librado de los problemas que originan los anticuerpos no quiere decir que la racha podía continuar, de momento no era preciso tomar otras medidas que la práctica de una fertilidad controlada para evitar un tercer embarazo, pero eso era como poner una botella sobre un madero para que papá García practicara la puntería. Había que tomar otras medidas más serias o eficaces.

Los mayas y aztecas tenían fuertes creencias sobre los rituales relacionados con la fertilidad: hombres y mujeres se hacían cortes y vertían su sangre en el altar de sus dioses para atraer la buena suerte y tener muchos hijos, especialmente varones. Este no era el caso, no se trataba de elegir el sexo ni aumentar la descendencia de la familia, al contrario, se trataba precisamente de cortar la raíz del problema con ¡Una vasectomía!

Someterse por propia voluntad a ser un bravo varón estéril nunca había entrado en sus planes, hay partes del cuerpo que él considera sagradas y García con la religión es muy respetuoso. Fue entonces Lola quien se ofreció voluntaria para poner el remedio de control natal de manera permanente, de esta forma no había que mantener la distancia en los días fértiles. Era caro, superior al insignificante costo de una sencilla vasectomía.

Lola consiguió un crédito sin intereses de Aerolíneas Argentinas, su compañía, y con el sobre blanco y el águila azul dentro del bolso se reunió con su marido y sus hijos y les dijo que estaba dispuesta para el sacrificio:

«Lo que son las cosas. Muchas mujeres ofrecerían una fortuna por lo que Lola se iba a desprender: su fertilidad. A pesar de su corta edad mis hijos convencieron a su madre con razones filosóficas y humanistas dignas de dos alumnos aventajados. ¿Hablaron por ellos mismos, o fue el «espíritu exigente» la causa de su inspiración?

»Miré embobado a mis hijos sin poder ni querer refutar los razonamientos con los que convencieron a su madre. Roto el mágico momento mi mujer abrazó a sus hijos con más de una lágrima contenida y dijo que conseguiría cuatro billetes free de Aerolíneas y con el dinero prestado para interrumpir su fertilidad lo gastaríamos en un viaje a Río de Janeiro. El plan estaba en marcha»

El sonido de una rumba a flamencada devolvió a García a la mesa del club del hotel Marriott y a los cócteles Margarita servidos por un camarero que se movía entre las mesas como un bailarín de tango. La mujer solitaria bailaba con su eventual compañero retorciéndose como si le hubieran metido por el escote un puñado de lombrices terreras. Él como si llevara dos semanas los mismos calzoncillos. A su alrededor varias parejas de yanquis bailaban la rumba española como si fuera una danza hindú.

«A Lola lo que más le divierte en la vida es bailar. Lo hace muy bien. Su sangre, madrileña y andaluza, y haber nacido en el Madrid castizo rodeada de gente dedicada al flamenco, le da una gracia especial que ha asombrado y animado a los músicos de buena parte del mundo donde hemos estado»

Cuando terminó la rumba el director de la orquesta puso a los músicos en pie y dedicaron a Lola un aplauso al que se unieron los yanquis, la mujer solitaria y su velludo galán. Los músicos más animados dedicaron al matrimonio español otras piezas terminando con un pasodoble español que la pareja bailó en solitario ante el asombro de algunos, y la envidia de todos. Terminado el baile, ya avanzada la noche, la orquesta puesta en pie les despidió. El director con un efusivo apretón de manos les dijo:

«Han dado ustedes una buena lección a estos gringos mareados ¡Viva la madre patria! Les espero mañana señores... no me falten»

«El maître del restaurante de la última planta, que a esas horas era el jefe supremo del club del hotel, nos dijo que todo lo que habíamos consumido era cortesía del Marriott Acapulco. Habíamos cerrado bien la noche... el plan estaba en marcha»



Capítulo III

El juez de San Luís Potosí:

La mañana amaneció bonita y el desayuno en el restaurante de la playa abundante y creativo por lo exótico del bufé. A Lola no le gusta correr riesgos, sólo se atreve a tomar lo que ella y su estómago conocen. Ángel prefiere las sorpresas, no se resiste a las tentaciones y siempre se deja llevar por la curiosidad. Tiene por costumbre probar lo más representativo de cada lugar: el vino, por ejemplo, aunque después tenga que arrepentirse. Los mejicanos sienten la necesidad orgiástica de consumir grandes cantidades de alimentos nada más despertarse. Ni los faraones egipcios, ni los césares de la antigua Roma, hubieran podido desayunar así; vamos, ni locos. Los mejicanos relacionen el desayuno con la obsesión que tienen de la muerte, se dan un festín como si ese día fuera el último de su vida.

Los machos mejicanos quieren que en su mesa no falte la completa visión del paisaje de su tierra: desde las áridas regiones ganaderas del norte, a las llanuras tropicales del sur, sin olvidar las fértiles mesetas del centro de su país. Los platos expresan el influjo de la cultura precolombina obsesionada con la cultura del maíz y lo que los mejicanos sumaron con anárquica vitalidad. Curioso es el sinfín de maneras de preparar los huevos: motuleños, divorciados, benedictine, florentinos, georgette, a lo albañil, a la ranchera y, sobre todo, con el aguacate, compañero inseparable de cada plato y al que los mejicanos le rinden culto por venir del eufemismo «ahuácatl», que en lengua náhuatl quiere decir testículo, «o cojón», dejando fuera los eufemismos.

Terminado el desayuno llegó la hora del primer enfrentamiento con las olas del Pacífico que a esa hora y rodeado de gente guapa hacía honor a su nombre.

El condenado océano de «pacífico» no tiene nada. Su nombre lo debe a Fernando de Magallanes, el navegante portugués al servicio del rey de España que al entrar en el océano Pacífico, tras pasar por un infierno en el estrecho que lleva su nombre dijo:

«¡Por fin llegamos a un mar pacífico!»

El estrecho de Magallanes fue descubierto el 1 de octubre de 1520. Lo llamaron en primera instancia de «Todos los Santos» porque a todos los santos se encomendaron los primeros marineros españoles para salir vivos de allí.

El camarero que por la noche se movía entre las mesas del club como si bailara un tango servía ahora las bebidas en el bar de la playa. Vestía un traje claro con el que llevaba Charlton Heston en «Cuando rugen las marabuntas». Ahora no se movía como un bailarín de tango, sino como un implacable cazador que miraba hacia todos lados para que con el menor gesto poner delante del cliente un «coco loco oaxaqueño» con adorno de flores y dos «popotes» para aspirar la bebida.

Todo fue bien en la mañana, hasta que Lola vino acompañada de un matrimonio que había conocido mientras compraba un vestido de playa a una vendedora india de origen mixteco. Era una pareja como tantas otras que pasan unos días en Acapulco. Dijeron que eran mejicanos, pero podían ser de cualquier otra parte del mundo. Su acento era apenas identificable y el color de su piel tampoco estaba para dar pistas. Según él pertenecía a la judicatura de San Luis Potosí: uno de los 31 estados libres que, junto al Distrito Federal, conforman las 32 entidades federativas de México.

«Seguramente nos dijo su nombre, su estancia en el tren de nuestra vida fue tan breve que poca huella dejó en el vagón donde viajan nuestros recuerdos»

Podía existir la duda de si era juez o no, lo que no cabía ninguna duda es que era «un primo», de esas víctimas fácilmente abordables e incapaces de decir que no a los implacables depredadores que se patean la playa de arriba abajo para venderles a los turistas desde una cerámica, hasta un sarape michoacano. Le habían metido por los ojos una hamaca de cuerdas de Tehuantepec y una concha de tortuga gigante barnizada, a su mujer dos vestidos, tres pareos, un puñado de collares y pulseras, y un extraño cuchillo hecho por los indios zapotecos.

Le habían convencido para subir en un paracaídas arrastrado por una lancha motora. Casi le da un infarto, pero no fue capaz de decir que no. A cada momento le traían un «coco loco» para él y una «piña colada» para su mujer y una muchacha de nomás de catorce años le había liado para hacer una excursión en lancha rápida para ver las playas de fuera de la bahía.

«¿Nos acompañan? —les preguntó el juez—. Seremos felices nomás si ustedes nos acompañan»

Maldita la gracia de subir a la lancha de quien podía ser un nocturno contrabandista, pero observó que el juez tenía miedo de adentrarse en el mar con el joven patrón, un tío que en el reparto de cuerpos llegó entre los primeros. Su mujer sin embargo no; al contrario, miraba al lanchero pensando que si tenía entre sus objetivos violarla en una cala solitaria no movería ni una ceja para impedirlo.

El caso es que la súplica que con su mirada lanzaba el juez a los españoles para que no les dejaran solos en la aventura surtió efecto. El plan estaba en marcha.

La embarcación deportiva estaba preparada para dejar atrás a todas las lanchas de la policía marítima mejicana que patrullaban la bahía, incluso a un submarino nuclear de la armada americana. Cuando sus dos potentes motores empujaron desde atrás a la lancha haciéndola volar sobre el agua Ángel pensó que por fin el juez había comprado algo útil, porque a esas horas, con el escaso oleaje, daba gusto ver desde mar abierto el paisaje tropical de la bahía de Acapulco.

Continuando con la manía de decir a todo que sí el juez estuvo a punto de meterse en un buen lío, cuando el patrón le ofreció la posibilidad de hacer esquí acuático sobre las ensortijadas olas y el cándido sin pensarlo dos veces dijo que sí con la cabeza...

—¿Lo ha hecho alguna vez? —preguntó Ángel dispuesto a evitar lo que podía ser una tragedia.

—No... bueno sí... u... una vez, cuando estuvimos de viaje en Europa —contestó el juez mirando a su mujer, que no dijo ni que sí ni que no con la cabeza.

—Seguramente en Europa lo hizo tirado por una barca de remos. Este no es el caso ¿Se ha fijado en los motores que lleva la lancha detrás? —pregunto de nuevo Ángel haciendo con la vista un gesto significativo.

—¡Dos buenos morlacos! Como dicen ustedes los españoles.

—Eso es, demasiado toro para que corran los aficionados, mejor quédese con nosotros y disfrute del paisaje.

—¿Y usted patrón? —preguntó el joven contrabandista dirigiéndose a García.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Lola alarmada.

—Bueno cariño, si no quieres que te sorprenda —dijo Ángel con una cómplice sonrisa. Ni loco lo hubiera hecho.

—Entonces nomás ¿Que les parece si vamos a playa Pichilingue y nos tomamos una botella de vino con una buena langosta?

La idea fue inmediatamente aceptada. El patrón encogiéndose de hombros puso rumbo a Puerto Marqués haciendo rugir a unos motores enfadados por haberles quitado el caramelo de arrastrar a un esquiador novato. Sin embargo, los condenados motores se divirtieron como críos viendo el miedo y la angustia que provocaban en las mujeres y la inmensa excitación, inquietud, y extrema inseguridad reflejada en la cara del juez que, con forzada sonrisa, disimulaba su estado mental señalando las villas y los fastuosos condominios que coronaban el rico paisaje.

El paseo hasta playa Pichilingue fue una gozada una vez que los motores decidieron dejar de asustar al juez y a las mujeres y consintieron que disfrutaran del oleaje suave de la exclusiva playa protegida por la bocana de la bahía. En la playa lo pasaron bien y el juez estuvo tranquilo. Allí no había vendedores. Tranquilos y distraídos no repararon en que el mar empezaba a picarse y las olas tomaban una altura considerable, tanto, que el patrón vino desde la embarcación al restaurante de la playa para decirles que debían marcharse porque se acercaba una seria tormenta que podía poner en peligro el regreso.

Mientras subían los cuatro a la lancha el patrón guardó los esquíes y todo lo que podría perderse porque tenían que volver a toda la velocidad atravesando parte de mar abierto. Lola le preguntó aparte a su marido:

—¿Te hubieras atrevido a esquiar si no te hubiera dicho nada?

—¡Claro que no! Sabes que no me gustan las cosas que no puedo controlar. No he esquiado ni patinado en mi vida, y a mi edad es tarde para empezar.

El rugido de los motores obligó a sentarse en lugares seguros. Ángel lo hizo junto al patrón, quería ver el peligro de frente. Cuando la tormenta agitó violentamente el agua de esa parte del océano convirtió el regreso en una pesadilla. El patrón estuvo a punto de desistir y dirigirse a un lugar seguro que sirviera de refugio, porque las olas cada vez eran más altas. La brava lancha las atacaba enfurecida y pedía a sus bravos motores que se esforzaran todo lo posible para llegar cuanto antes al embarcadero del hotel Marriott.

Ese día el Pacífico quiso dejar una profunda huella en los recuerdos del matrimonio García, y por la virgen del Carmen que lo consiguió. Lola no sabía si reír o llorar, sí tenía seguro que debía rezar por si el mar les tragaba y tenían un encuentro desagradable con los tiburones de la bahía. Rezaba pidiéndole a Dios que si llegaba el trágico momento que fuera lo más rápido y menos doloroso posible.

El juez estaba muerto de miedo, tanto él como su mujer se habían meado encima, pero no se notaba porque todos íbamos empapados de pies a cabeza.

El patrón besaba sus amuletos y medallas, pero demostró que no era la primera vez que se enfrentaba con algo así y esto inspiró la suficiente confianza en García para tranquilizar a su mujer. A la pareja de San Luís no había manera, tarea imposible.

El tormento de las olas que querían llevarse a uno de nosotros para invitar a los tiburones a un aperitivo hizo que el viaje de vuelta resultara eterno.

«No sé como llegamos a tierra y como pudimos desembarcar. Si sé que el juez de San Luís Potosí y su mujer salieron corriendo a gatas tierra adentro aullando como una pareja de coyotes. No les volvimos a ver»

A los García no les extrañó la desaparición del matrimonio mejicano, pensaron que les evitaban porque estaban avergonzados por lo que podía haber ocurrido. Preguntaron por ellos en la recepción del hotel con la intención de borrar su sentimiento de culpa y reírse de lo mal que lo habían pasado tomando unas copas; eso sí, en el bar de la terraza.

¡Sorpresa! Los de San Luís Potosí no estaban hospedados en el hotel Marriott y nadie los había visto. El patrón ni su lancha deportiva eran conocidos en el hotel. Cabía la duda de que fueran conocidos en el puerto de Acapulco.

Este fue uno de los hechos insólitos que les ocurrió a los García en México.

Aquí cabe la reflexión de si todo había sido una prueba del «espíritu exigente» para ver la reacción de los que había elegido para volver al mundo físico, ante una situación límite.

Lo que menos le apetece a una pareja que ha ido a Acapulco a reafirmar que seguían enamorados era descifrar misterios. Lo olvidaron y prometieron no volver a conocer a «nadie» que nublara los felices días que esperaban pasar los dos solos y juntos. Sobre todo, si al «nadie» se le podía vender de todo. Se organizaron a su aire para conocer la ciudad que fundaron sus antepasados españoles.

Acapulco es sin duda un sitio singular. Su etimología viene del Náhuatl «Lugar donde fueron destruidos los carrizos». Cuando llegaron los españoles a la bahía en 1523 le pusieron un nombre más cristiano: Santa Lucía. Los paisanos enviados por Hernán Cortés en busca de vetas de oro, más que metales preciosos, lo que encontraron fue una selva africana infestada de cocodrilos que miraron a los conquistadores como los negros subsaharianos miran una fuente de pinchos morunos.

La industria del cine se fijó en esta parte del mundo para rodar sus películas con temas de África sin tener que trasladar artistas y equipos a Kenia. Sólo había que tener cuidado con los picotazos del mosquito tigre y evitar que los barridos de cámara no grabaran imágenes en segundo plano de la villa de lujo del presidente de México, o los suntuosos condominios donde vivían las estrellas de Hollywood y los «satélites» que gravitan a su alrededor.

La bahía de Acapulco era entonces uno de los destinos exclusivos y favoritos que las navieras eligieron como punto de destino de sus cruceros, a diario los barcos dejaban en tierra a cientos de orondos turistas del norte que no querían perderse el espectáculo que realizan en La Quebrada los populares «clavadistas», valientes todos ellos de origen indio del Estado de Guerrero que se tiran desde lo más alto de un peñasco a un pequeño brazo de mar. Se matan pocos, pero se matan.

Desde la plataforma natural donde está el santuario en el que rezan los jóvenes del puerto antes de realizar el clavado hay 35 metros ¡La altura de un edificio de 10 plantas! Con la dificultad añadida que desde arriba no se ve el agua. Hay que librar 5 metros en horizontal hasta el punto de clavar el salto y caer en picado, como hacen los pelícanos de la bahía para atrapar los peces que componen su dieta.

No sólo el salto es espectacular. También lo es el ascenso que los clavadistas deben realizar escalando entre empapadas hendiduras naturales del acantilado hasta lograr el punto más alto, donde se encuentra una hornacina con la imagen de la patrona de los mejicanos: la Virgen de Guadalupe. La cara de esta virgen sólo la ven los valientes capaces de subir hasta el pequeño santuario, como también la vieron los intrépidos que por no calcular bien el salto se estrellaron contra las rocas del fondo.

«El chofer de la limusina que puso a nuestro servicio el director del hotel, agradecido por nuestro amable trato.... y por la propina que le dábamos a diario... nos contó parte del secreto:

—Fíjese licenciado cómo mira las olas el que salta. En el acantilado entran varios tipos, pero sólo hay una que es distinta a las demás. Cuando esa ola cubre aquella roca que sobresale a la entrada del acantilado es justo el momento en que debe tirarse el que realiza el clavado. El salto dura sólo tres segundos y el que salta no puede titubear ni equivocarse de ola, si se equivoca es hombre muerto.

—¡Qué horror! —dijo Lola—. La forma que tienen esos muchachos de desafiar a la muerte produce vértigo.

—Desde chamacos pertenecen a la Hermandad compuesta sólo por indios y mestizos de este Estado. Es cierto nomás que entre ellos los hay lisiados, pero pocos muertos. Han ocurrido más desgracias entre los que sin ser de la hermandad, han querido probar.

—Son los de la hermandad los únicos que participan en el espectáculo —preguntó García mirando a los más jóvenes, casi niños, que saltaban al brazo de mar desde pequeñas alturas.

—Sí patrón —contestó el chofer—. Saltan desde distintas alturas hasta sobrepasar los veinte años, que es cuando realizan el clavado. Saltan hasta los veinticinco, después de esa edad entran a formar parte del grupo que organiza el espectáculo. También los que sufren un accidente que les impide seguir saltando. Todos ganan un sueldo fijo y vitalicio desde que entran a formar parte de la hermandad.

—De la misma forma como actúan los Voladores de Papantla...

—Eso es, como la hermandad de los indios Totonacos de Veracruz.

—Anoche los vimos en un espectáculo que dan en el hotel junto al Marriott, da angustia ver lo que hace esa gente —dijo Lola mientras encendía un cigarrillo.

—Sí doña Lola. Los indios Voladores de Papantla no desafían la altura tirándose al agua, se suben a un poste por encima de los veinte metros y se descuelgan dando vueltas boca abajo atando uno de sus tobillos a una cuerda. El quinto, al que llaman caporal, se queda arriba danzando de pie mientras toca una flauta y un pequeño tambor.

—Ese tipo de ejercicio no es para los que tienen vértigo ¿Verdad cariño? —dijo Lola mirando a su marido.

—Yo entre ellos, mi amor.



Capítulo IV

Los Montero:

En las relaciones humanas existen individuos que por su manera de ser atraen a la gente con facilidad. Otros se ven excluidos de forma deliberada consiguiendo pocos resultados, por mucho que lo intenten. Lola felizmente se encuentra entre los primeros, por lo que eso de estar solos tenía poco futuro.

«Los señores Montero tienen reserva en el restaurante al que van ustedes —dijo el director de hotel cuando Ángel y Lola pidieron el coche—. López los llevará a ustedes cuatro, si no les importa compartir la limosina».

«Naturalmente no nos importó, a ninguno de los cuatro».

Se trataba de un matrimonio de mejicanos que respiraban seguridad y confianza por todos sus poros. Su residencia la tenían en Tijuana, en la Baja California, aunque él había nacido precisamente en Acapulco. Se llamaba Víctor Montero, pasaba de los cincuenta y aprovechaba cualquier ocasión para presumir de blanco.

El tostado de su piel era estacional, purito moreno playero, como él decía.

Sin embargo, a su mujer no le importaba el color de su piel heredada de sus antepasados indios del desierto de Sonora. Se llamaba Estela Sánchez y era una mujer encantadora. Tenía una cara y unos ojos preciosos y su sonrisa constante le permitía presumir de sus bonitos y blanquísimos dientes. Por su carácter y manera de ser si no era un ángel, estaba muy cerca de serlo.

La importancia del color de la piel que tanto preocupaba a Víctor Montero podía comprobarse entre los empleados del hotel Marriot. El director era blanco europeo y el color de la piel de los empleados se oscurecía a medida de la importancia o categoría del puesto de trabajo.

En México el color de la piel juega un papel muy importante, tanto en la política como en la economía y en los círculos sociales. Esta es la razón por la que al recién nacido se le mira tanto el color de la piel, como la condición orgánica que le distingue. Todos los presidentes de México han sido de raza blanca, menos Benito Juárez que era indio, aunque actuó siempre como si fuera blanco. El presidente Juárez pedía a sus paisanos que actuaran siempre como actuaba él... fueran o no masones.

Víctor Montero se estaba haciendo de oro gracias a su etapa de Agente de Seguridad Presidencial, destinado en el Palacio Nacional para la seguridad personal del presidente José López Portillo. Estar cerca del Poder Ejecutivo Federal le permitió encontrar el camino para hacerse rico al más puro estilo mejicano. Su trabajo consistía en conseguir del gobierno subvenciones fiscales que motivaran las exportaciones de los fabricantes de la Baja California al poderoso país del norte. Para ello solicitaba las facturas de las ventas que las empresas exportadoras realizaban a los gringos y con ellas conseguía del Estado fuertes sumas por desgravación fiscal. Entregaba una parte a sus clientes que agradecidos besaban sus pies, porque ellos eran incapaces de sacar ni un solo peso al Ministerio correspondiente, por mucho que lo intentaran. Parte de lo que a él le correspondía lo dedicaba al pago de sus impuestos directos, comisiones y mordidas a las autoridades que le ayudaban y le permitían vivir como un millonario. Nadie derrochaba con tanta alegría el dinero como lo hacía Víctor Montero, lo gastaba con la misma facilidad que lo conseguía.

Con él vivían a lo grande los «flojos» de sus hijos y sus familias. Por supuesto no trabajaba ninguno. Los que según él no eran «fijos» de su familia: sus amantes y los hijos extramatrimoniales vivían también a costa de «papá Víctor»... tampoco trabajaba ninguno.

Un sistema tan... liado... provoca equívocos o situaciones embarazosas, como la que ocurrió cuando Víctor enseñó aparte a García una fotografía del más pequeño de sus hijos. Presumía de su chamaco y se le notaba que estaba muy orgulloso. Ángel hizo los educados cumplidos y en lugar de devolverle la fotografía retrocedió unos pasos y se la enseñó a Lola que estaba sentada junto a Estela en el hall del hotel Princess, con un comentario que después el mismo García consideró estúpido:

«Mira Lola, que preciosidad de chamaquito tienen Víctor y Estela»

Fue estúpido porque no tuvo en cuenta que Estela era muy guapa, pero de raza india. El niño de la foto era muy blanquito, güerito, como dicen ellos. A Estela se le escapó su constante sonrisa como si se tratara de un pájaro sorprendido y miró hacia otro lado como si la fotografía desprendiera un fuerte olor a pies. Cuando García devolvió la fotografía a Víctor le comentó la reacción de su mujer y este quitando importancia al asunto dijo:

«Es que ella no es su mamá, el chamaco es mío y de mi secretaria»

««Me enseñó otra fotografía, la madre del güerito era una joven de veinte años blanca y guapísima, con el cuerpo a los que Dios dedica más tiempo que a los demás»».

El «accidente» no impidió que la secretaria siguiera trabajando para Víctor, con el agravante que tenía el despacho en su propia casa y Estela tenía que compartir su vida con la mamá del güerito que se trabajaba a su marido entre carta y carta. No quedaba todo ahí: Víctor «clavaba el poste» con la niñera de sus nietos y un par de amigas a las que acudía cuando estaba de bisnes en México DF. Para el licenciado Montero perder el tiempo era una chingada.

—¿Tienes suficiente mecha para tanto barril de pólvora? —le preguntó Ángel a su amigo mejicano pensando que en lo de macho Víctor cumplía como un campeón.

—¡Pues claro mano! —contestó Víctor mostrando una sonrisa triunfal—. Todo es cuestión de saber aprovechar la energía ¿Tú eyaculas cuando haces el amor?

—¿Yo? ¡Pues claro! Ese es el fin ¿No?

Víctor dijo tener la rara habilidad de la eyaculación interior, capacidad que les cuesta creer a los que son incapaces de conseguirlo. El escritor madrileño Fernando Sánchez Dragó presume de ser un genio en esa oriental práctica que aprendió en China durante su exilio. Según la teoría del chino mandarín: «Para andar mucho hay que consumir poco», como los coches utilitarios. Hay que tener la titulación que acredite saber sorber hacia dentro con los cojones, algo así como sorber agua con el culo, como afirmaba ser capaz de hacer don Camilo José Cela: Premio Nobel de Literatura. Descanse en paz.

Estas prácticas son tan complicadas como pretender detener un tren bajándose los pantalones en medio de la vía. Quizá los escritores ignoran que el semen tiene identidad propia, si se le impide explayarse a gusto tiende a subirse a la garganta y producir una halitosis terrible.

Ya que hemos conocido a Víctor y Estela Sánchez hagamos «flashback» alterando la secuencia cronológica para volver a la noche que los García y los Montero compartieron la limosina del hotel Marriot para ir a cenar.

—No tienen nada que ver los clavados que se hacen en la noche —dijo Víctor que ocupaba junto a su mujer los asientos más cercanos al conductor—. ¿No es así López?

—Así es licenciado —respondió el conductor—. No tienen nada que ver.

—Entonces vayamos a La Quebrada nomás, después cenaremos por allí en un restaurante típico.

—¿Y sus reservas patrón?

—Las anulas nomás —respondió Víctor categórico—. Es un restaurante francés y esta es tierra de tortillas, no de crepes ¿Qué le parece compadre?

—Nos parece bien —recalcó Ángel pensando que ojalá no fuera como la aventura del juez de San Luís Potosí—. México no es el mejor lugar para comer cassoulet.

—¡Ándele pues! —dijo Víctor con satisfacción—. Si tienen eso será de purito bote...

—Habíamos pensado tomar algo ligero —intervino Lola temiendo que los mejicanos buscaran una alternativa poco recomendable para tomar una cena ligera.

—¡Mamasita! —dijo Víctor con satisfacción—. ¡Soy de aquí nomás! Sé dónde preparan burritos de pescado y el mejor aguachile de camarón de todo el Estado.

Víctor tenía razón. No es lo mismo ver los clavados en La Quebrada a la luz del día, que por la noche bajo la luz de las antorchas. Consiguió el mejor lugar y la mejor mesa del bar desde donde se ve de lujo el espectáculo, con más mano de cartera que de condición de paisano. Le dijo al camarero que trajo la primera consumición que no se moviera de su lado a la vista del tamaño de la cerveza que le habían servido. El indio aceptó con una amplia sonrisa al ver el billete que con un guiño el señor Montero le había metido en el bolsillo de su exagerada camisa estampada.

Se quedaron el tiempo suficiente para ver un par de saltos y el suficiente para que Víctor pudiera regar la plaza, como él decía, para que no se levantara el polvo cuando llegaran las copas fuertes. La cuenta la liquidó Víctor, empeñado en dejar lo suficiente para que le hermandad invitara a los valientes cabrones que habían saltado durante todo el día hasta que les saliera la cerveza por las orejas.

A esa hora La Quebrada era un lugar muy especial, Dios había metido una brocha en un cubo de pintura salpicando el cielo de blancas estrellas. La luna miraba satisfecha a la gente despistada que iba de un lado a otro como los peces en una pecera mirando lo que ofrecían los restaurantes. Víctor sabía dónde dirigirse, sin ninguna duda el mejor de todos, aunque a la entrada había un cartel inquietante: Armadillo, serpiente de cascabel y otros mariscos. Inquietante porque a la entrada del restaurante había una vitrina donde descansaban adormiladas media docena de serpientes, a las que un camarero indio las movía con un palo para que hicieran sonar el cascabel, algo así como si una bailaora flamenca tocara las castañuelas a las puertas del colmao para atraer a los turistas.

Los restaurantes de La Quebrada aparentaban su categoría mostrando una buena serpiente de cascabel para que los guiris la contemplaran, le hicieran fotos y entraran a comer un platillo de mejillones.

—¡Aquí se comen las serpientes que están en la vitrina! —dijo Lola mostrando a su marido la carta—. Mira, están aquí, en las sugerencia del chef.

—Ya veo ya...

Contestó Ángel mirando a su mujer y ella le transmitió con la suya que si se le ocurría consumir carne de algún animalito digno de estar en un zoológico, los besos de los próximos cuarenta días se los iba a dar a las baldosas del retrete.

—¡Pruébenla nomás! —animó Estela dedicándoles su más encantadora sonrisa—. Es un buen preventivo contra el cáncer, y su carne es muy sabrosa, seguro que les gustará.

—¡Huy, no gracias! Prefiero evitar morirme de asco esta noche, que contraer un cáncer en el futuro. —dijo Lola poniendo su mano sobre la de Estela.

—¿Y usted compadre...? —preguntó Víctor mirando por encima de la montura de sus pequeñas gafas de leer.

—Yo soy muy curioso —contestó García con la carta abierta en sus manos—, me gusta probar de todo, pero mi estómago se resiste a comer animales que, por no tener patas, o por tenerlas muy cortas, arrastran la tripa... menos los caracoles, a los caracoles no les hago ascos.

—¡Entonces le gustará el armadillo! Los «cusucos» cuando se asustan se esconden en su concha, como los caracoles.

—¿Y a qué sabe ese... bicho —preguntó mirando a la vez a Lola para decirle con la mirada «No te preocupes cariño que no lo pido»

—A pollo... a conejo. Se parece también al cerdo...

«No sé para qué pregunto —pensó para sí García—. Todo lo que es tabú para mi estómago me dicen que sabe a pollo».

—...Para los campesinos es el animal de las siete carnes —continuó Víctor Montero—. Se lo comen todo, incluso fríen el caparazón y lo mastican como si fuera chicharrón.

—También usamos el caparazón y la cola para curar algunas dolencias —intervino Estela.

—¿Sirven para prevenir el cáncer? —preguntó Lola cerrando su carta porque ya había decidido el pescado que pensaba cenar.

—Es un buen remedio contra las molestias de las mujeres primerizas —contestó Estela dejando también su carta sobre la mesa—. Además, cura el dolor de oídos, las varices, y sirve como antiinflamatorio. Los viejos campesinos de mi pueblo aseguran que también cura el asma bebiendo la sangre de los cusucos recién degollados...

—¡Qué horror! —dijo Lola impresionada

—Disimulan el mal sabor de la sangre con un trago de purito aguardiente —dijo Víctor como si aquello fuera lo más natural.

García conocía también que con el caparazón del armadillo los indios andinos hacen la caja de resonancia del charango, como también que la piel de la panza de este mamífero placentario está estrechamente ligada con la lepra. Además, se dice que el armadillo es portador de ciertos microorganismos que pueden producir entre otras graves dolencias la «enfermedad de Chagas», considerada endémica por el consumo de este simpático animalito en las regiones rurales más pobres de América.

No hubo necesidad de preocuparse porque la cena se basó principalmente en productos de origen marino: camarones, callo de hacha del Pacífico y sobre todo pescado. Sólo Víctor tomó carne, carne de res se entiende, no de ningún bicho raro. La cena fue muy animada porque desde primer momento corría entre ellos una agradable sintonía, compartían inquietudes comunes. Se brindó con un buen vino de origen californiano y champán, eso sí, europeo. Naturalmente los Montero no consintieron «partir a la gringa», que es como se dice en México a la costumbre que en algunas regiones de nuestro país se ve como normal. Pagaron la cuenta por cierto muy abultada, diciendo: «Es nuestro territorio, aquí quien paga debe ser purito mejicano»

Víctor Montero propuso que nosotros podíamos devolver la invitación en el tablao flamenco español que había en el Centro Cultural y Convenciones de Acapulco:

—Aquel será su territorio compadre, nos sentiremos muy honrados si ustedes nos invitan en el flamenco a unas copas.

La limosina les recogió en el restaurante y corrió a media marcha disfrutando del paisaje que se conoce como la Costa Azul del puerto de Acapulco, que está dividida por la Avenida Costera Miguel Alemán. Víctor quería complacer a su mujer, quería que se divirtiera, que lo pasara bien. Y no reparaba en gastos para conseguirlo.

Para los mejicanos no hay nada más sagrado en el cielo y en la tierra que su santa madre la Virgen de Guadalupe. Es la única excepción. La sangre hispanoárabe recibida de los conquistadores españoles, mezclada con la sangre india de sus antepasados, hace que los mejicanos traten mejor a sus caballos que a sus mujeres. Este no era el caso, Víctor Montero quería mucho más a su mujer porque no tenía caballo. Sin ninguna duda Víctor adoraba a su mujer, a su manera claro. Su concepto sobre fidelidad conyugal era muy pendejo, pero a su «fija» como él la llamaba, la respetaba y más que otra cosa la admiraba. No era para menos, Estela como esposa y mujer era ejemplar.

Tanto el tablao como el espectáculo estaba montado para el corto entendimiento de los guiris sobre el flamenco. Los guitarristas y el cantaor podían hacerlo mal porque la gente que había allí no tenía ni pajolera idea del cante hondo.

García sonreía ofreciendo de vez en cuando un corto aplauso, el público que veía el espectáculo sabía de flamenco lo que un gitano nacido en las cuevas de Sacromonte de los bailes al son del tambor de los indios navajos del desierto de Sonora.

Lola es tan apasionada que le gusta el flamenco, aunque sea malo.

La media docena de bailaoras trataba de sacarle todo el partido posible al taconeo de sus pies. Era lo de menos, a los turistas lo que más les importaba era como movían por el escenario su exuberante anatomía. Los dos bailaores taconeaban como locos porque al no tener la posibilidad de enseñar los muslos debían esforzarse para no pasar desapercibidos. Víctor se entusiasmaba cuando las bailaoras le enseñaban sus prietos y atractivos muslos. Las chicas, guapas, levantaban pasiones con sus peinados recogidos atrás con un moño y unos ojos tan grandes como los arcos de la Mezquita de Córdoba.

Sus vistosos trajes lisos o de lunares, rematados con alegres faralaes en la falda y en las mangas, eran lo suficientemente entallados para que los americanos aullaran como coyotes con cada vuelta, cada salto, o con los clásicos desplantes y flamencos jipíos que hacen las bailaoras que tienen sangre gitana en las venas.

Los gringos bebían su clásico champán americano, es decir, Coca Cola. Lola y Estela cóctel Margarita y Víctor y Ángel se abonaron como dos campeones a la manzanilla de Sanlúcar que entraba sin empujarla. Tras las dos primeras botellas Víctor demostró que como bebedor era de cajón y medalla.

Los países extranjeros no tienen consideración al marcar el precio de los productos españoles, y menos advertir que una botella de manzanilla de Sanlúcar al otro lado del océano Pacífico se paga como el oro en lingotes. Víctor estaba tan entusiasmado con el cuadro flamenco que les enviaba a cada momento un par de botellas fresquitas para animarlos. Los flamencos se dedicaron a beber como auténticas esponjas de Madagascar por lo que suponía para ellos el descorché. Tanto fue así que Ángel miró a su mujer para transmitirle con el color de su cara que allí se acababan las vacaciones, que esa noche se dejarían en el tablao flamenco el presupuesto del viaje. Acabó el espectáculo y la que estuvo todo el rato enseñando las bragas a Víctor se acercó con uno de sus compañeros, que era su «marío», para agradecer su rumbosa invitación. Por ese detalle el generoso señor Montero ordenó que le sirvieran al cuadro flamenco cuatro botellas más.

«No sé cuántas veces fui al baño, sí recuerdo que la última vez el espejo me devolvió una imagen de primo que me hizo volver a la mesa y decirle a los Montero que no podía beber más porque mi estado empezaba a ser preocupante. Mentira, se trataba de cortar la sangría que la cuenta del tablao produciría en nuestra tarjeta de crédito»

Cuando Ángel volvió a la sala Víctor decidió llamar a López y comprobar en el espejo del baño si él también se estaba volviendo borroso, como veía que les ocurría a todos los demás. Eso sí, de camino ordenó una botella más. Aquel sería el mayor palo financiero para las tarjetas de crédito de los García en todos los viajes de su vida.

«No habíamos terminado la última botella cuando vino el propietario del local para decirnos que la limosina del hotel esperaba en la puerta. Le pedí la cuenta y le hice una seña a mi mujer para que me diera también sus tarjetas»

—Están ustedes invitados —dijo el dueño del local con un suave acento andaluz—. No todos los días le hacen tantos honores a la manzanilla de mi tierra.

«Si me hubieran pinchado en ese momento no hubiera soltado ni una gota de sangre, sin embargo, dije pensando que me arrepentiría mil veces por no tragarme mi orgullo:

—De ninguna manera. Además, hemos invitado al cuadro flamenco y...

—Y se lo agradezco en su nombre, pero la casa invita —cortó el propietario tajante.

Por primera vez en su vida a García no le importó que le hirieran su orgullo al no aceptar su tarjeta de crédito. Ante tal agravio decidió mentir y dijo que le había gustado mucho el espectáculo y que la manzanilla sanluqueña que habían tomado era digna de concurso. Ahorrarse una pequeña fortuna bien merece pasarse en los halagos.

Ante la situación de haber pasado la noche sin gastar un peso, García echó mano de la cantidad de dólares americanos que llevaba en la cartera como medida de seguridad y de algunos imprevistos y se la entregó al jefe de los meseros para que él mismo hiciera el reparto. Nunca supo la cantidad exacta que dio a los camareros, tuvo que ser mucho porque salieron todos a la calle a despedirse a lo japonés bajando la cabeza hasta la cintura.

Ya en el hotel Lola le dijo a su marido:

—Te has pasado con la propina, ¿no?

—No mujer, cómo me voy a pasar ¿Calculas lo que hubiera tenido que pagar si no liquida mi cuenta el propietario?

—Sí, pero era Víctor quien pedía botella tras botella. Entre los flamencos y vosotros dos habéis dejado seca la bodega.

—No podía impedirlo, conoces a los Montero. Pasadas las primeras botellas empecé a preocuparme seriamente porque Víctor dijo que en el flamenco pagábamos nosotros.

—No nos ha invitado el dueño del tablao —dijo Lola saliendo del baño con su camisón antidepresiones—. Víctor pagó la cuenta cuando fue a llamar al coche.

—¿Cómo? —preguntó Ángel atónito.

—Ante lo que se nos venía encima aproveche cuando fuiste al baño para decirles a los Montero que la suite especial y el coche que el director ha puesto a nuestro servicio se debe al puesto que ocupó en Aerolíneas Argentinas, no a nuestro nivel financiero.

—Y Víctor se apresuró a pagar la cuenta...

—Sí

—Entonces tienes razón... me he pasado con la propina.

Los Montero se aburrían tanto solos que el día anterior habían decidido interrumpir sus vacaciones y volver a Tijuana. Pero ahora ya no era lo mismo, habían encontrado unos amigos con los que merecía la pena estar por la buena sintonía que había entre ellos. Al levantarse, bien entrada la mañana, Víctor llamó a recepción para que deshicieran su orden de dejar el hotel, se quedarían hasta que sus nuevos amigos españoles continuaran su viaje a la península de Yucatán. Problema, el hotel estaba a reventar y su habitación ya le pertenecía a otro cliente llegado de «Gringolandia» que esperaba que los Montero la dejaran libre para entrar en ella. No había manera de resolverlo. Víctor se ofreció a pagar lo que fuera para que enviaran al maldito gringo chingón a otro hotel, pero no hubo forma. Los Montero tenían el equipaje hecho, alquiló el mejor coche que le facilitaron en el mostrador de AVIS y los mozos metieron en él sus maletas, recibiendo una propina tan fabulosa que le dijeron a Víctor que estaban dispuestos a llevar su equipaje marcando el paso hasta el lujoso hotel Princess, donde el director del Marriott había reservado una suite digna de tan extraordinario cliente.

Víctor y Estela esperaron a sus nuevos amigos españoles en el bar del hotel. Víctor se recuperaba de la «cruda», como llaman los mejicanos a la resaca, a base de cerveza nacional a la que añadía sal y limón como un ritual. Intentaba disimular el sospechoso color berenjena que la manzanilla de sanlúcar había dejado en su nariz.

Cuando García y su mujer aparecieron pensando que posiblemente no volverían a ver a los Montero, se llevaron una sorpresa al verlos allí con una sonrisa de concurso.

—Hemos decidido nomás quedarnos hasta que ustedes se vayan a patear por las pirámides —dijo Víctor retirando cortésmente una silla para que se sentara Lola.

—El problema es que debemos dejar el hotel —continuó Estela con una sonrisa.

—¡Vaya! Qué contrariedad ¿no? —se lamentó Lola sentándose junto a ella.

—¡No! No hay problema, nos mudamos al Princess —contestó la cariñosa mujer quitando importancia al hecho de complacer a su marido haciendo y deshaciendo el equipaje.

Víctor levantó la vista para llamar la atención a un mesero y el tipo peinado a lo Valentino apareció al instante como puesto allí por un mago sacudiendo el pañuelo.

—Prefiero no tomar nada ahora, gracias —dijo García al rápido camarero que torció la cara por su perdida comisión—. Estoy tan empapado de alcohol como el borracho al que incineraron y estuvo tres días ardiendo.

—Y usted señora, ¿le provoca algo suavcito? —preguntó el camarero a Lola esperando tener más suerte.

—¡No por Dios! —contestó Lola echando el cuerpo levemente hacia atrás—. Me he levantado esta mañana flotando sobre una nube.

—¿No te sientes bien querida? —dijo Estela interesada.

—Anoche le hice demasiados honores al cóctel Margarita...

Miró entonces al camarero para decirle:

—...Tomaré un poco de agua. Natural por favor.

El camarero se marchó a cumplir la orden llevando entre sus dedos un par de billetes que le entregó Víctor.

—¿Qué les parece si nos acompañan al hotel a acomodarnos? Después almorzamos algo típico en Playa Revolcadero —dijo Víctor dando ideas, como era su costumbre.

—Es que... teníamos pensado ir al aeropuerto a... —dijo García iniciando una disculpa, aún a sabiendas que declinar una invitación de Víctor Montero era como querer cazar codornices tirando con una goma bolitas de papel.

—¡Excelente! —le interrumpió Víctor con una sonrisa triunfal—. ¡El hotel Princess está pegado al aeropuerto, mataremos dos pájaros de la misma pedrada!

El camarero llegó con el agua solicitada y vació el contenido de la botella en un vaso de cristal. Antes de retirarse dejó una cerveza más a Víctor que se lo agradeció con un guiño y un billete más.

—De ningún modo quiero ser aguafiestas Víctor, pero tal como me encuentro no sirvo más que de estorbo... —dijo Lola adelantando su mano hacia el vaso de agua.

—Déjame que te ayude querida —dijo Estela adelantándose...

Lola retiró su mano y miró sorprendida como Estela practicaba sobre el vaso una imposición de manos, con la que se consigue armonizar el agua de forma natural para posibles desequilibrios físicos y emocionales.

—... Ahora bebe el agua a pequeños sorbos, te sentirás mejor.

—Gracias Estela —dijo Lola después de un par de delicados sorbos—. Esperemos que este placebo sea eficaz y me arregle el desajuste.

—No se trata de un desajuste... vas a ser mamá.

—¡Qué voy a! ¡No, no! No es posible

—¿No es posible qué? —dijo Estela con una mirada de complicidad—. ¿Es que no estáis aprovechando que estáis en Acapulco?

—¡Sí, eso sí! Pero...

—Pero ¿qué?

—Que según el «método del ritmo» podemos estar tranquilos.

—Pues mamásita —continuó Estela poniendo cariñosamente su mano sobre la de Lola—. A pesar del calendario estás aquí para cumplir un plan y el plan se ha puesto en marcha.

—¡Un plan! —se asustó García poniéndose en guardia ante la posibilidad de revivir los «Te Quiero» con los que él fue atrapado.

—Todo va a salir bien, ustedes están muy, muy protegidos — dijo Estela mostrando una sonrisa copiada del plano espiritual donde el alma vive su eterno presente.

Se produjo entonces un silencio que sólo el temperamento permanentemente activo de Víctor fue capaz de romper:

—No piensen que mi domadora es la hechicera de la tribu, sólo es la hija del jefe.

La decadencia que empezaba a experimentarse en Acapulco estaba patente en su imponente aeropuerto empeñado en convertirse en una copia de los tercermundistas aeropuertos cubanos del comandante Fidel. El motivo que tenían los García para ir al aeropuerto se debía a los paros que llevaban a cabo los pilotos, sobrecargos y personal de tierra de las compañías que operaban en ese aeropuerto.

Con los conflictos de aquellos días se cancelaban muchos vuelos con destino a los aeropuertos internos del país. Los escasos visos de solución aconsejaban hacer algo o disponerse a salir de Acapulco en piragua, pasando al otro lado del continente cruzando el canal de Panamá... jodido para los que sus días de vacaciones no daban para tanto y no podían aventurarse a realizar machadas de este tipo.

La gente iba desesperada de mostrador en mostrador tratando de embarcar, difícil de conseguir sin una buena «mordida» en dólares americanos. El caos promovido por el agitado personal del aeropuerto era algo que ni la autoridad ni el Estado eran capaces de controlar, aunque el ejército tuvo el detalle de desplazar a una compañía de soldados que mantenían en sus brazos sus recién engrasados fusiles y varias bombas de mano colgadas de forma ostensible en el correa de su uniforme.

En Méjico las medidas de fuerza siempre resultan desproporcionadas, pensando que aquello se trataba de una huelga no autorizada promovida por la izquierda progresista que enseña el puño en alto para decir: «¡A que te doy!»

Las dos personas encargadas del mostrador de atención al cliente de Mexicana de Aviación tenían el perfil perfecto para trabajar en las cajas de un supermercado. Uno de ellos era un varón resultado de una noche loca entre un negro mestizo de Massachusetts y una india kikapú de la serranía de Sonora. Atendía a dos muchachas suecas que llevaban dos días en el aeropuerto tratando de embarcar. Las rubias y guapas chicas querían salir cuanto antes rumbo a cualquier aeropuerto con un mínimo de garantías, temían ser despojadas de lo que llevaban encima o ser violadas en el peor de los casos. Habían dormido en el suelo con la cabeza sobre la mochila y en Acapulco una mujer tumbada no es más que una incitación para que un hombre se suba encima.

Las paisanas de Thor, hijo de Odín, tenían hambre, no se atrevían a comprar nada por miedo a mostrar el monedero, tan peligroso en Méjico como sujetar a un ratón por la cola delante de una serpiente. Bebiendo chupitos de agua homologada para no contraer la incómoda «Venganza de Moctezuma» escuchaban atónitas al empleado de la aerolínea que reía mostrando las famosas ventanitas de oro que enmarcan los incisivos superiores tan usadas por los mejicanos de baja condición social:

—Lo siento nomás señoritas, pero seguimos igual —decía el comisionado por la compañía para dar la cara con riesgo a perderla al recibir el puñetazo furioso de un pasajero encolerizado—. Esta tarde podemos ofrecerles dos asientos en el avión de Tamaulipas.

Las chicas juraron en vikingo al ver como el tipo de las ventanitas de oro le devolvía los billetes y se echaba a un lado para atender a Lola que mostrándole su credencial de Aerolíneas Argentinas preguntaba algo tan difícil como saber el tamaño del pene del presidente de Honduras.

—¡Volar a Mérida! ¿Hoy? —contestó el medio indio poniendo los ojos del tamaño del culo de las sartenes recomendadas para freír un solo huevo.

—Me he explicado mal, lo siento —replicó Lola con una sonrisa—. Mi marido y yo tenemos que volar a Mérida y queremos saber qué día podemos embarcar con garantías.

—Pues tenemos días malos, muy malos, y días peores —dijo el tipo demostrando que aquella situación provocada por la huelga le divertía—. Vengan a los mostradores de facturación y traigan cada uno de ustedes una estampita de Nuestra Señora de Guadalupe.

—¿Esa es su mejor respuesta? —le preguntó García con un gesto que hizo que el empleado borrara su estúpida sonrisa y mirara a su compañera pidiendo ayuda.

Se produjo un revuelo en uno de los mostradores de facturación: un norteamericano, al que el sol de Acapulco le había dejado la piel color carabinero, había cogido por la solapa a un empleado y estaba dispuesto a romperle el cuello si le volvía a tomar el pelo colocándole en una nueva lista de espera. Aquello hubiera terminado en tragedia si el violento yanqui no hubiera escuchado como los soldados montaban con un seco golpe sus armas para intervenir disparando «al aire» al más puro estilo mejicano: apuntado al pecho de la víctima.

El sorprendido turista norteamericano, un tipo grande capaz de tumbar a un bisonte de un manotazo, dejó caer al empleado a sus pies como si fuera uno de esos abrigo que las estrellas de cine suelen arrastrar por el suelo y se entregó poniendo las manos sobre la nuca. Los soldados se cabrearon por haberles quitado el motivo de disparar, así que disiparon su rabia llevándose al yanqui fuera del aeropuerto donde estaban los oficiales responsables de la operación dormitando a la sombra de los transportes blindados.

—Los militares van a dejar en cueros a ese gringo chingón. Y miren, aquel peladito que va hacia la puerta se lleva su maleta —dijo Víctor divertido—. ¡Ay, Chihuahua! Me encanta este país.

La compañera del que se divertía a costa de la desesperación de los clientes se dirigió a Lola con gesto sincero:

—La mayoría de las tripulaciones se niegan a volar y el personal del aeropuerto sólo trabaja si están presentes los soldados...

—Me doy cuenta —dijo Ángel señalándole a Víctor los lugares estratégicos donde los militares habían montado sobre trípodes dos ametralladoras Browning M2 con su correspondiente caja de munición de 12 mm, balas capaces de perforar el cuerpo de un hombre dejándole agujeros del tamaño de una pelota de tenis.

Lola dijo a la empleada que ella podía acceder con su código personal de Aerolíneas Argentinas a los sistemas operativos del aeropuerto de México DF. La chica dudó un instante después, mirando a todos lados puso el teclado sobre el mostrador.

—Lo siento de verdad —dijo la empleada vigilando por si aparecía alguno de sus jefes—. Yo también me he encontrado en esta situación cuando he viajado a Europa y sé lo desesperante que es verse atrapada en un aeropuerto.

—La cosa es muy seria —dijo Lola mirando a Víctor y a su marido.

—¿Qué ocurre Lola? —se interesó Ángel con gesto preocupado.

—Según lo que ha colgado mi compañía en el sistema si este Gobierno no pone remedio para salvar la aerolínea, Mexicana de Aviación cerrará sin remedio dejando a todos los empleados en la calle.

—¡Ay virgencita de la Soledad! —se lamentó la empleada santiguándose.

—¿Nos llevarán antes a Mérida verdad? —preguntó García mirando a la pantalla donde ahora aparecía el águila de Aerolíneas Argentinas.

—Estoy solicitando a mi compañía otros billetes. Seguramente nos obligarán a dar una vuelta considerable, pero habrá más oportunidades para llegar a Yucatán.

—¿Qué les parece si llenamos el carro de gasolina y nos olvidamos de toda esta chingada? —dijo Víctor mirando a su alrededor—. Yo le llevo a Yucatán, pero salgamos de aquí, en este cochino aeropuerto ni siquiera hay un lugar decente para tomar una «chela».

—No creo que sea buena cruzar todo el país en coche —dijo Ángel tomándole amistosamente del brazo.

—Hay alguien aquí que pueda ayudar a estos amigos —preguntó Víctor sacando un fajo de billetes de dólar capaz de deslumbrar al tío del pato Donald.

El negro de los dientes enmarcados trago saliva ante la imagen de los dólares y dijo como si no pudiera tragar del todo un trozo de carne del cocido:

—Veré que puedo hacer señor... —seguidamente marco un número en el teléfono y con gesto de triunfo dijo como si por fin le hubiera pasado la carne.

—...Mi supervisor les atenderá enseguida.

—Gracias —dijo Lola devolviendo el teclado del ordenador a la empleada que se lo agradeció con una sonrisa.

Se produjo un silencio. Estela se había quedado en el coche al comprobar que dentro de aeropuerto no había aire acondicionado, también le molestaba ver a tanto joven armado esperando cualquier señal de sus jefes para liarse a tiros contra cualquiera que secundara la huelga levantando el puño de forma reivindicativa. Tras unos minutos, que por el calor que hacia dentro del aeropuerto resultaron interminables, vino un tipo de rasgos poco simpáticos que preguntó quién había venido a perturbar la tranquilidad con la que él y sus jefes se tomaban el desaguisado aeroportuario.

—Los señores españoles quieren volar a Mérida esta semana —le dijo la empleada con voz sumisa.

—¿Puedo ver sus pasajes? —solicitó el supervisor secamente.

Lola sacó los billetes de cortesía de Mexicana de Aviación para ir a Mérida-Yucatán.

—Estos billetes free, están sujetos a espacio —soltó el supervisor devolviéndolos con mal estilo para dar a entender que el problema estaba zanjado.

—Son billetes de cortesía para empleados de líneas aéreas —intervino García con gesto serio—. Usted también los usará cuando viaja con su familia.

El tipo en lugar de responder miró a Víctor y preguntó:

—¿Usted también es empleado de Aerolíneas?

—No, yo soy un hijo de puta podrido de plata que está a punto de mandarle a chingar a su madre —dijo Víctor pasando la parte superior de su elevada estatura por encima del mostrador.

El tipo desagradable dio un paso atrás asustado, Víctor era un encanto de señor, pero no hay que olvidar que había sido guardaespaldas presidencial y su cara y su mirada cuando estaba enfadado era para cagarse encima. El indio con ventanitas en los dientes borró su estúpida sonrisa y su compañera se agarró al mostrador como si este fuera el libro sagrado donde debería agarrarse si se producía el fin del mundo.

—Está bien Víctor —dijo García tranquilizador—. El señor...

—Unai. Unai Pérez Madina —contestó el supervisor recobrando la compostura.

—Tiene usted un apellido muy español señor... Pérez —dijo Lola tratando de hacer amigos.

—¡Sí, pero antes perro que español! —contestó el tipo cortando el acercamiento.

«¡Ya está, la hemos liado!» —pensó Lola conociendo a su marido.

—Unai es un nombre vasco, quiere decir vaquero —dijo García tratando de permanecer sereno—. Pérez es uno de los apellidos que más se da entre los judíos conversos españoles, y Madina, o Medina, que es más correcto, es una palabra de origen árabe que quiere decir ciudad.

—Soy vasco, abertzale y comunista revolucionario...

—Para poner en práctica el odio que le han inoculado en la sangre está usted muy lejos de la ría de Bilbao ¿No le parece? —le atajó García mirándole bien a la cara.

—Mis antepasados abandonaron su tierra cuando las tropas colonialistas españolas invadieron Euskal Herria, dejando a los vascos sin patria, sin derechos, ni libertad. Yo he nacido aquí, en lo que pronto será reconocido como el Estado Independiente de la República del Río Grande, un nuevo y próspero país que será formado por la República de Nuevo León Coahuila, Tamaulipas y parte del estado norteamericano de Texas.

—Esto es, la segregación le viene de cuna —dijo García guardando los billetes dentro del bolso de Lola—. ¿No necesitamos más a este ejemplar, verdad cariño?

—No, no. Podemos marcharnos —dijo Lola aliviada.

—¡Daría mi sangre por los mártires de la Patria Vasca encarcelados, torturados y asesinados por el terrorismo de Estado de su Gobierno español y fascista! —dijo exultante el proetarra a modo de despedida viendo marchar a los García hacia la puerta del aeropuerto en compañía de Víctor.

García no contestó, el cielo permite vivir a los malos para demostrar a los buenos que el infierno existe.

—Conocí a exiliados españoles trabajando para el Presidente —dijo Víctor mientras salían—. Sé que México fue el primer Estado que reconoció al gobierno de la Segunda República Española en el exilio y que el presidente Lázaro Cárdenas dio el máximo de facilidades para que se establecieran aquí los republicanos que huían de Franco...

—Una triste página de nuestra historia, Víctor —dijo García con pesar viendo el despliegue militar que había hecho el gobierno del estado de Guerrero para controlar la huelga—. No todos los que salían de España era para evitar las represalias franquistas, entre ellos estaban los que huían llevándose las joyas que habían robado con un tiro en la nuca.

Cuando se acercaron vieron como rodeaban al coche varios soldados y un sargento hablaba con Estela que había bajado la ventanilla, pero no había perdido la sonrisa.

—¿Qué se les ofrece sargento? —preguntó Víctor.

—Pues nomás le decía a la señora que el carro está mal parqueado —contestó el sargento mirando de frente a Víctor.

—Sí, lo sé, andaba por aquí como perro de rancho —dijo soltando un billete de cien dólares.

—No se preocupe patrón, a la mejor cocinera se le queman los frijoles —contestó el sargento haciendo desaparecer el billete en su bolsillo como si se lo hubiera llevado un vendaval—. Pueden quedarse el tiempo que necesiten y les dejaré un par de soldados para que nadie les moleste.

—No hace falta, nos marchamos, pero... ¿Conoce a un gallo chinampo de Mexicana que se llama López?

—Sí patrón, un pendejo que bebe de a cinco y lo eructa de a diez.

—Pues tengo interés en que pase un mal día —dijo Víctor entregando al sargento unos cuantos billetes más.

—Vaya tranquilo patrón, lo tendrá —dijo el sargento abriendo la puerta del coche con gesto servil y dedicando a los cuatro su más marcial saludo militar.

Cuando el coche arrancó todos los soldados se cuadraron como si abandonara el aeropuerto el mismísimo Presidente de México y conservaron su posición de firmes hasta que el coche se perdió en la lejanía.

—¿No le harán nada malo verdad Víctor? —preguntó Lola preocupada desde el asiento de atrás.

—Bueno, pienso nomás que el sargento lo va a dejar como palo de gallinero, todo cagado —contestó Víctor girando la cabeza para que Lola viera su sonrisa satisfecha.



Capítulo V

El hotel Princess:

El hotel Princess de Acapulco es un edificio de quince pisos construido en forma de pirámide azteca, rodeado de frondosos jardines por donde pasean majestuosos flamencos, nadan cisnes de cuello interminable y vuelan aves tropicales de augustos colores. Cinco son las enormes piscinas y junto a ellas una laguna de agua salada conectada con la playa del Revolcadero. La más atractiva de la bahía. El lugar había estado infestado de cocodrilos y no todos habían desaparecido, ahora vestidos de maleteros se lanzaban al portaequipajes de los coches que llegaban al hotel con la misma voracidad con la que se tiraban al agua cuando veían bañarse a la pareja de Tarzán. A Jane, no a Chita, del chimpancé pasaban como de comer ravioli.

Lola y Estela se quedaron acomodadas en el lujoso hall del hotel Princess mientras Víctor se dirigía acompañado de Ángel a registrarse, con posterior saludo del director del hotel que había advertido al jefe de recepción que tenía mucho interés de recibir personalmente a tan distinguido cliente.

“Alterando de nuevo la secuencia cronológica fue precisamente en ese momento y lugar donde García cometió el estúpido error de enseñar la fotografía del güerito que Víctor le había hecho a su leal secretaria”

Lola, ante la situación que había borrado por completo la sonrisa de Estela quiso ver de cerca las peligrosas olas que se originaban en esa parte del Pacífico y el afortunado comentario relajó la tensión que Ángel había provocado mostrando inocentemente la fotografía del güerito y la espontánea intervención surtió efecto: la sonrisa volvió a la cara de Estela, Ángel respiró aliviado y Víctor... Víctor sorbía ese tipo de situaciones con la misma facilidad con las que sorbía sus derrames seminales.

—Vayamos nomás a la playa —dijo Víctor entusiasmado—. Si caminamos un poco llegaremos al restaurante de un paisano que prepara como nadie los huevos de tortuga.

García pensó: «Ya empezamos»

—¡Ay chihuahua! —dijo Víctor leyendo sus pensamientos—. Si comes huevos de tortuga no le verás las enaguas a la muerte.

Salieron los cuatro de las lujosas instalaciones del hotel para andando a lo largo del tramo del Boulevard de las Naciones llegar a la lujosa zona turística conocida por Acapulco Diamante, donde entraron en un restaurante a pie de playa en el que fueron recibidos por el propietario con exageradas reverencias y desmedidos halagos. Todo fue bien hasta que Víctor le dijo al patrón que llevaba meses sin tocar el cielo y venía dispuesto a dejarle sin huevos de tortuga en la refrigeradora...

«Fue como pedir cocaína en un convento de carmelitas»

—¡Ay no licenciado! —dijo el patrón mirando alrededor por si alguien había escuchado a Víctor—. Ahorita están protegidos por la autoridad y aquí no nos metemos en esa chingadera.

—Venga Bernardo —dijo Víctor pasando un brazo por los hombros del patrón—. ¿Subiendo un ladrillo te da el mal de montaña...?

—Pues patrón, esta es la ley de Herodes...

—¡O te chingas o te jodes! —terminó Víctor el dicho popular.

—En esta casa de tortuga ya no tenemos ni un peine —dijo el patrón bajando apenado la cabeza.

—Bueno Bernardo, algún día tu gato comerá sandía —dijo Víctor dejando en el aire este dicho popular con una sonrisa—. ¿Con qué otra cosa podemos sorprender a estos amigos españoles?

—Tenemos camarones frescos, ostiones... paella...

—¡Paella! —dijo García abriendo los ojos más sorprendido que un atún delante de un banco de boquerones.

—Sí licenciado, y está en su punto, lleva en reposo dos días.

—¿Cómo en reposo dos días? —preguntó García iniciando una sonrisa divertida.

—Sí patrón, la paella necesita reposo para que el arroz no esté duro.

Viendo los productos que el Estado de Guerrero cataloga como «marisco» García debía desconfiar de todo. Bajo tal premisa pidió visitar la cocina para ver a «qué cosa» los acapulqueños llaman paella. No le negaron la entrada, al contrario, le escoltaron cucharón en ristre hasta una especie de sartén profunda que nada tiene que ver con el recipiente redondo y con poco fondo que es lo recomendado para hacer una paella como Dios manda. El arroz era el único elemento identificable para decir que aquella masa para enfoscar fachadas era paella:

«Está como la lengua del que se perdió en el desierto jugando al escondite —pensó García—. Eso sí, es de color amarillo, como la tortilla paisana».

Sentados en la mesa mejor situada del restaurante podían contemplar la extensión de arena que cubre Playa Revolcadero, en su mayor parte gris oscura debido a la cercanía de la Laguna de Tres Palos, que se encarga de teñir la arena del atípico color.

Lola no estaba dispuesta a correr riesgos. Se decidió por lo que en muchos lugares de América se conocen como camarones, y que vienen a ser como las gambas o quisquillas del Mediterráneo. Su curioso marido optó por dejar la paella acapulqueña para otro momento —mejor dicho, para nunca—, y aventurarse con los platillos típicos que los Montero pedían tratando de sorprenderle.

—Los zapotecas del sur del Estado comen huevos de tortuga desde hace más de mil años —dijo Estela ante un platillo hecho con algún tipo de carne o pescado de oscura procedencia.

—¿También tienen propiedades curativas? —preguntó sin demostrar excesivo interés Lola sin quitar ojo de su plato de quisquillas.

—Sus paisanos indios dicen que los huevos de tortuga tienen poderes extraordinarios más allá de lo meramente nutritivo —terció Víctor tras tomar un largo trago de cerveza para tragar algo seco que se había metido en la boca—. Para ellos son especialmente afrodisíacos porque ven a las tortugas como se aparean sin descanso...

—Permítanme que les diga que eso no tiene ningún fundamento científico —dijo un hombre de unos cincuenta años levantándose y dejando unos billetes en la mesa vecina donde había estado tomando unas chelas—. Si fuera cierto yo sería el mayor depredador de huevos de tortuga a este lado del Pacífico.

—¿Señor...? —dijo Víctor alzando la vista para mirar al intruso.

—Lo único que proporcionan son problemas de salud, un huevo de tortuga tiene veinte veces más grasa y colesterol que un huevo de gallina.

El intruso salió a la calle, había dejado cierta inquietud.

Tenía razón. Su tráfico es un delito federal castigado con la cárcel porque, además de atentar contra una especie protegida, el consumo tanto de la carne como los huevos saqueados de los nidos de las tortugas es peligroso por la cantidad de mercurio, cadmio, parásitos y bacterias que causan graves enfermedades. Las mujeres embarazadas corren el riesgo de que sus hijos nazcan con severas malformaciones, que la incultura popular achaca a castigos divinos.

—¿Quién es ese gringo pendejo Bernardo? —preguntó Víctor señalando la espalda del intruso que abandonaba la terraza camino de un Jeep que estaba aparcado a un lado del restaurante.

El propietario del restaurante dejó un par de platos más sobre la mesa y respondió de manera confidencial:

—Vive en una isla que le compró al Gobierno por un par de millones de pesos...

—¿Solo?

—No patrón, con veinte jóvenes hermosas...

—¡Chihuahua con el güerito! —dijo admirado Víctor dejando escapar un silbido.

—¿Tiene a veinte mujeres confinadas en una isla como esclavas? —preguntó Lola sorprendida.

—No doña, no son esclavas, son sus esposas, y están allí por propia voluntad...

—¡Qué horror! —dijo Lola—. ¿Y qué opinan las autoridades?

—¿Qué pueden hacer contra quien se las da de sultán? —dijo Estela con una amarga sonrisa.

La playa presentaba a esas horas un oleaje acorde con su situación, cara al mar abierto. Algunos bañistas se atrevían a desafiar a las libres corrientes del Pacífico y las olas le devolvían a la playa haciéndole rodar sobre la arena. El apelativo «Revolcadero» se debe a que esta playa se divierte dejando a las jóvenes bañistas medio desnudas y envueltas en arena como una atractiva croqueta. Los revolcones los sufren en esta playa tan singular, traicionera y peligrosa, los que desconociendo sus corrientes submarinas tratan de presumir de lo que carecen, una buena disposición para nadar. Otra cosa son los jóvenes nativos del lugar que no sólo se enfrentan a las olas, sino también a los tiburones que las remontan en busca de algún bañista o surfista despistado.

—Miren allá al fondo —dijo Víctor señalando con la mirada—. Aquel par de pendejos han matado a un tiburón y lo llevan a rastras por la arena.

—¡Han matado a un tiburón aquí, tan... cerca! —preguntó Lola asombrada.

—Sí doña, tan cerquita nomás —contestó Bernardo—. Aquí los peladitos se meten en el agua y los pescan a cuchillo.

—¿Y merece la pena correr tanto riesgo? —preguntó García.

—Bueno patrón, aquí la gente es muy floja, pero hacen cualquier cosa cuando les falta de comer y tequila que tragar.

—Los pobres viven despreocupados en la costera —intervino ahora Víctor—. Están satisfechos si tienen frijoles, tocino y harina para hacer las tortillas. Pescan lo necesario para cubrir las necesidades del día, si tienen para comer y para sus tragos no hacen nada, se tumba al sol nomás.

García pensó en la similitud que existe entre los acapulqueños que pescan tiburones a cuchillo para comer frijoles y los percebeiros gallegos que se lamentan por la cantidad de percebes que tienen que mariscar para poder comer lentejas.

—¿Qué pretenden hacer los jóvenes con el tiburón? —preguntó Lola.

—Les quitan las aletas y la mandíbula y las venden como trofeos, después nos traen el resto a los restaurantes de la playa —contestó Bernardo—. El ceviche que ha comido su marido era de tiburón.

—Menos mal que estaba sin dentadura —dijo García haciendo el chiste fácil.

—¿Y no temen ser mordidos por uno de ellos? —se interesó Lola.

—No señora, acá es más fácil ser mordido por un perro —contestó Bernardo mientras pulverizaba flix con un rudimentario aparato matamoscas.

Bernardo tenía razón: en Acapulco de Juárez es más probable que un turista muera a causa de un asalto para quitarle los deportivos que a consecuencia de la mordedura de un tiburón. Para los tiburones los humanos son presas potenciales, rara vez comen su carne porque su sabor les resulta desagradable, prefieren algo más nutritivo y fácil de digerir que la carne humana.

Ante un humano el tiburón se siente confuso. Al encontrarlo en el agua no sabe si se trata de algo comestible o no, por tanto, el fugaz ataque no tiene otra intención que darle un mordisco y retirarse llevándose un trozo de la infortunada víctima que ha encontrado en su mundo: parte de una pierna, un brazo, nada, solo un pinchito para probar

El tiburón ataca si considera que el intruso amenaza con su presencia su actividad o le espanta la caza, la mordida y la posterior retirada más que ataque es una advertencia. La carne humana para el tiburón tiene un sabor dulzón y desagradable y las posteriores complicaciones digestivas le impulsan a no repetir la experiencia. De eso se valen los jóvenes de Acapulco cuando se meten en el agua para pescarlos a cuchillo, si un tiburón ha tenido la experiencia de morder a un humano se puede nadar junto a ellos con total independencia. Otra cosa es que sea un tiburón que no haya tenido la experiencia de digerir carne humana, en este caso el valiente que se arrime a él con la intención de dejarle sin dentadura será un firme candidato para usar una pierna ortopédica.

El peligro de ataque siempre existe, pero las muertes causadas por los tiburones no son mayores que las causadas por otros animales marinos: cocodrilos, serpientes marinas, incluso menores que las causadas por los aparentemente inofensivos, como pueden ser las abejas o los hipopótamos africanos, por poner un par de ejemplos.

—En la Baja California donde nosotros vivimos un tiburón ataca a un bañista si le confunde con su comida habitual —terció Víctor manteniendo en su mano una cerveza como si se tratara del cetro de un rey—. Visto desde abajo el que hace surf parece un animal marino que han salido a respirar desplazándose rápidamente por la superficie, por tanto, un atractivo tentempié para los tiburones.

—Un hijo mío estuvo a punto de ser devorado por un tiburón blanco le destrozó la embarcación con la que trataba de pescarlo —dijo Estela sin perder la sonrisa—. El tiburón pensaría que la lancha era un cetáceo muerto que estaba a la deriva.

Durante la sobremesa los Montero hablaron sobre todo del peligro que se respiraba en el Acapulco profundo, ese que está vedado a los turistas por su terrible inseguridad.

—Para los gringos no es nada recomendable salir del «teatro de variedades» montado aquí en la costera para ellos —expuso Víctor con voz preocupada—. Para el turismo la violencia permanece oculta, los extranjeros no ven el resultado de las ejecuciones que llevan a cabo los grupos violentos que se pelean por el control del vicio y las drogas.

—Somos nosotros los que sufrimos los ajustes de cuentas y los asesinatos —dijo Bernardo mientras dejaba sobre la mesa el café y los licores—. Cada día aparecen tres o cuatro cuerpos tiroteados y abandonados ahí arriba en las manchas suburbanas de la montaña.

—A nosotros no se nos ha perdido nada fuera de la avenida principal —concluyó Víctor volviendo al estado de optimismo que rara vez le abandonaba—. Eso sí, mañana nos concederemos una licencia y alquilaremos una embarcación que nos lleve al lugar donde se pescan los cocodrilos.

—Los huevos de cocodrilo no se comen, ¿verdad? —preguntó García preocupado.

Al siguiente día Víctor y Estela se presentaron temprano en el hotel Marriott. Ella se había vestido de arriba abajo de color negro con un short de tela fuerte y el resto muy apropiado para asistir a la insólita forma con la que los aguerridos acapulqueños del Estado de Guerrero pescan cocodrilos. Lo de Víctor era más fuerte. Se había vestido con un traje safari como el que usó Stewart Granger en «Las minas del rey Salomón», la de 1950, sólo le faltaba el rifle con mira telescópica. De camino al coche dos veteranas norteamericanas le solicitaron un autógrafo.

El coche de alquiler miró con sus faros de soslayo la indumentaria de Víctor y pensó que venía con ganas de aventura. Le iba a meter por caminos tortuosos para sus amortiguadores, y malos para los neumáticos recién estrenados. No se equivocó.

Dejando atrás la avenida costera Miguel Alemán Víctor expuso al coche a una serie de vicisitudes que le hicieron sentirse extremadamente incómodo. No es nada agradable compartir calzada con los cascados autobuses tuneados con calcomanías y escandalosas caricaturas de mujeres voluptuosas en los arrabales de la montaña. Tampoco el coche permaneció insensible cruzando los puentes sobre los canales que olían a animales muertos y aguas negras estancadas, ni podía volver la vista ante lo construido sin reglas de prevención contra los agresivos problemas ambientales tan comunes en el Pacífico.

En Puerto Marqués se encontraron con un indio al que Víctor le había alquilado una embarcación a motor con un tejado de hojas de platanera. El preventivo techo era para combatir el sol que a esa hora era capaz de levantar ampollas del tamaño de la chapa de una botella de cerveza y para evitar que las serpientes, que tenían la mala costumbre de descolgarse de los árboles del pantano al paso de las embarcaciones, no se les metieran en el escote a las señoras.

El patrón que pilotaba la especie de trajinera a motor era más feo que un pie. Le acompañaban dos de sus 18 hijos que sin ser tan feos como el padre, los eligieron en el casting para rodar la película el Planeta de los Simios. Se ganaron una pasta.

La alargada embarcación se deslizaba con un enredado chapoteo a lo largo de la Laguna Negra, donde se habían rodado todas las películas de Tarzán. Saltando entre canales y manglares las aves tropicales miraban a los intrusos con curiosidad.

Los cocodrilos con especial interés.

Llegaron al punto de destino, una especie de colmado particularmente guarro que servía de base a los cazadores de cocodrilos. El propietario les recibió limpiando con el paño que llevaba sobre el hombro una mesa alargada de madera que tenía más mierda que el culo de un preso con las manos atadas.

Ante la petición de Víctor el dueño trajo un cubo lleno de agua con trozos de hielo donde flotaban como boyas de corcho botes de cerveza y completó el pedido dejando sobre la mesa un plato descascarillado de porcelana que contenía un puñado de sal gorda, limones color verdoso, un cuchillo indio para cortarlos en pequeños pedazos y una especie de servilletas de papel de una estraza similar a la que usan los sevillanos para quitar las manchas de cera a las túnicas de nazareno.

Una mujer fea y edad indefinida, que bien podía ser la compañera del dueño del «colmado» o tratarse de su madre, sacó unos platos con un sospechoso guiso de carne de dudosa procedencia a los que se lanzaron en picado los lancheros indios y varios cientos de moscas que se consideraron invitadas.

Los platos parecían desportillados de origen y quien los hizo pensó en hacerlos de color blanco, pero fracasó. Ni Víctor ni Estela, ni por supuesto los García, se atrevieron a meter en el plato los cubiertos de madera que les habían puesto sobre una bandeja de chapa. Dejaron que fueran los naturales del lugar los que se arriesgaran a contagiarse de «leptospirosis» comiendo aquella carne y bebiendo directamente de los botes de «chela» que nadaban en el cubo de agua. Los botes de cerveza estaban tan sucios que no era recomendable arrimar los labios sin quitarles la mierda con un trozo de lija.

Ante el aparente remilgado rechazo expresado por los que para el dueño no eran más que una pareja de estirados gachupines españoles, y el poco interés de los Montero por probar el guiso, el patrón del asqueroso negocio trajo una botella de tequila sin marca y fuera de control sanitario con unos vasos de color verde que para usarlos hubo que limpiarlos con el pañuelo. Lola por educación, y no parecer estirada, aceptó con una forzada sonrisa dos plátanos de Tabasco que estaban aferrados a un racimo que colgaba de una viga... terminó con uno de ellos... pero mordiendo pequeñas partes y cubrir rápidamente el plátano con la cáscara para que las moscas no se comieran parte.

—No tienen ustedes alguna forma de acortar la vida de estas pesadas —preguntó ilusa Lola al sucio dueño del colmado que aceptaba las moscas como aceptaba las manchas de sudor que tenían forma de mapa en su raída camiseta de tirantes.

—¡Si matamos a una vienen mil al entierro!

El caso es que las moscas allí eran parte de la tribu y el colmado un supermercado donde se abastecían sus principales depredadores, las arañas, que colocaban su red o tela adoptando la forma de un carrito de supermercado.

—A nadie le gustan las moscas, salvo a las arañas, las ranas y los gorriones —dijo Víctor volcando un poco cerveza en uno de los vasos donde había puesto un cumplidito chorro de tequila—. Yo no me fío de ellas, nunca he sabido lo que traman cuando se frotan las manos.

—Cuando tenía pocos años las moscas se arraigaron tanto a mi imaginario que pensé que las fabricaban cerca de la casa de mis abuelos —dijo García mirando como unas cuantas se paseaban impunemente por los brazos de los muchachos indios sin que a estos les molestara.

—¿Y las... fabricaban, allí? —dijo Víctor con una sonrisa intencionada.

—¡No por Dios! —contestó García correspondiendo a su intencionada sonrisa.

—¿Tonterías? México es el país de las moscas, las tenemos de todas clases y tamaños. Las producimos aquí. Somos el mayor fabricante de moscas del mundo.

—¡Venga ya! —le interrumpió Ángel como si le hubiera dicho que Cenicienta no pasó la noche con el príncipe por no llevar bragas.

—¡En serio! En el estado de Chiapas hacemos millones de moscas que se dedican a la exportación, principalmente a los Estados Unidos.

—¿Moscas como estas que nos devoran? —preguntó Lola incrédula apartando la cáscara del plátano donde unas cuantas se habían apostado esperando su oportunidad.

—Bueno, de estas no —contestó Víctor apartando de un manotazo a un par de ellas que estaban interesadas por el color y el brillo de su nariz—. Estas pendejas sólo sirven para chingar a la madre.

—No, Víctor, en serio —dijo García, tratando de saber si decía la verdad.

—¡Pues nomás les digo que sí! —insistió Víctor—. Les dije que trabajé para el Estado y que sigo colaborando en algunos asuntos...

Víctor dejó sus palabras en el aire para continuar:

—... Pues bien: en la década de los cincuenta en una planta industrial de los Estados Unidos las moscas que había allí recibieron por accidente una dosis de alta radiación...

—Y se multiplicaron —le interrumpió García.

—No, la radiación las dejó estériles.

—¡Moscas impotentes! —sorprendido por la consecuencia.

—La conclusión de los científicos fue que liberando moscas estériles en las colonias de moscas fértiles sería efectivo para eliminar las plagas de moscas asesinas...

“La larva de la «Cochliomya Hominivoraz» o la mosca devoradora, se introduce en la carne humana y en la de los animales barrenando como un sacacorchos. El accidente por radiación fue el punto de partida para producir moscas estériles incapaces de fecundar a las fértiles de esa especie asesina”

—No entiendo —dijo Lola animado a Víctor para que se explicara.

—Las moscas hembra se aparean sólo una vez en su corto ciclo de vida —continuó Víctor—, después de este único apareamiento depositan sus huevos y mueren.

—Si los machos estériles entran en competencia con los machos fértiles las hembras no serán fecundadas terminado estas su ciclo de vida sin dejar descendencia —razonó convencido García. Algo así podía ser posible, por qué no.

—¡Le diste al clavo compadre! —asintió Víctor satisfecho al ver que su amigo lo había comprendido.

—No me gustan las manipulaciones genéticas, estas prácticas siempre resultan peligrosas.

—¡Chihuahua! ¡Esterilizamos moscas, no seres humanos! —disculpó Víctor a los científicos que eran sus paisanos, volviendo enseguida a su estado jovial y festivo.

Se hizo entonces un silencio que Estela rompió diciendo a los hombres:

—Si quieren ver como pescan los cocodrilos deben marchar ahorita mismo no más.

—Tiene razón la jefecita, vamos a lanzarles un gallo a esos chingones —propuso Víctor poniéndose en pie y diciendo a los indios que cargaran en la lancha suficiente cerveza para no quedarse secos.

—Para qué cargar con tantas chelas Víctor —dijo García viendo como el patrón ponía más botellas de tequila y cerveza suficiente para emborrachar a una tribu.

—¡Tengo claustrofobia! —contestó Víctor simulando poner cara de terror.

—Eso es miedo a los espacios cerrados, ¿qué tiene que ver?

—Me cago si veo un bar cerrado —contestó Víctor abriendo los ojos.

Subieron a la barca que esperaba con el motor en marcha y con el gesto de Víctor imitando a Colón cuando dijo «Por allí se va a las indias» la lancha se alejó de la orilla con un sonido que abrazó en el aire la conversación interrumpida de las moscas y que Estela continuó como modo de reflexión:

—A mí tampoco me gustan las manipulaciones genéticas.

—¿Te refieres a las moscas? —preguntó Lola fijándose en unos niños que se habían metido en el agua y jugaban con un columpio hecho con una rueda de camión.

—Y a las mujeres esterilizadas siguiendo planes espartanos de higiene racial —dijo Estela mirando las pequeñas ondas de agua formadas en aquella parte del pantano por los peces que hacían gárgaras con sus agallas.

“En América se desarrollaron planes de esterilización forzada con fines eugenésicos. Tras los juicios de Núremberg la opinión sobre los programas se volvió negativa por la conexión que presentaron ante el Tribunal Militar de los Estados Unidos los genocidas de la Alemania Nazi. No obstante, y a pesar del rechazo, mujeres indias y afroamericanas fueron víctimas de estas prácticas. Algunas sin su consentimiento, otras sin su conocimiento”

—Los políticos no deben ser los encargados de controlar la vida sexual y reproductiva de las mujeres —opinó Lola viendo como los niños jugaban en el agua del pantano como si fueran bebes de foca jugando con una pelota de goma.

—Ni defensores de interrumpir la llegada de los que están en camino —dijo Estela con intención mirando fijamente a Lola con sus grandes ojos negros.

—¿Lo dices por las manifestaciones en pro del aborto que se están llevando a cabo este mes en mi país?

—Dios no ve con buenos ojos a los que se empeñan en evitar la llegada de sus ángeles —dijo Estela poniendo sus manos sobre las de Lola.

—Poco les importa lo que piensa Dios a los progres que se ponen tras pancarta—dijo Lola moviendo levemente la cabeza.

Lola miró la otra orilla del lago que formaban los ojos oscuros de Estela. Sabía que seguía creyendo en su embarazo poco probable, según sus cuentas esos días era tan infértil como las moscas de Chiapas.

La voz que salió a borbotones entre los enrevesados dientes del cantinero le devolvió al lugar succionado sus pensamientos con un desatascador de goma.

—Pueden bañarse si lo desean —animó el tipo de la cantina a las señoras tratando de ser buen anfitrión—. No se preocupen, los cocodrilos no se acercan por aquí cuando los niños están jugando en el agua.

Curiosa observación ¿Qué tenían aquellos angelitos que los cocodrilos no se atrevían a compartir su espacio?

La lancha llegó a un lugar donde cuatro individuos estaban sentados en cuclillas, la forma peculiar que tienen los humanos para sentarse sobre sus talones y la postura ideal adoptada por las gallinas para empollar los huevos que ponen a diario, una dura tarea que a la mayoría les parte el culo.

La llegada de la lancha de los indios con el tequila y los de botes de cerveza fue celebrada por los pescadores de cocodrilos poniéndose en pie de un salto. Ante la alternativa de las «chelas» dejaron para más tarde el guiso que habían cocinado en la lata de bonito en conserva.

El estofado de carne con patatas tenía toda la pinta de haber sido preparado con una insignificante parte del cocodrilo recién pescado por los peladitos. El resto de la carne y las vísceras habían ido a parar al agua donde los cocodrilos jóvenes eran cebados para incentivar su crecimiento cuanto antes y convertirse en presa para los talabarteros.

Arrojar los restos de un cocodrilo muerto al agua hace que el canibalismo de estos salvajes reptiles se dirija principalmente a los individuos de su misma especie.

La forma común de desaparecer en estas aguas tenebrosas es agacharse cerca de la orilla del pantano para hacer lo que hacen los monos colgados de una rama por purita precaución. Según los lugareños los cocodrilos del pantano sorprenden a sus presas por la espalda sin darles ni siquiera la oportunidad de limpiarse el culo y los arrastran hasta su madriguera donde van cada vez que su estómago les pide pan.

“A los cocodrilos de Morelet, como son conocidos los cocodrilos mejicanos en honor del naturalista francés que los descubrió, no les gusta la carne viva. Cuando sorprenden a una presa primero ahogan y la arrastran hasta su madriguera. En la cueva la depositan en su despensa a la que acuden sólo cuando el estómago les pide pan y necesitan comer. No es normal que un cocodrilo devore a su presa estando viva, pero sí lo hacen ante el temor de perderla ¡Pan y tomate para que no te escapes!”

Las desapariciones se dan más entre el sexo femenino porque ellas se agachan al día más veces que los varones. La estadística ha hecho que esta realidad esté contrastada. En México la mala suerte se ceba con los más débiles y la débil mujer mejicana está por esta injusta ley siempre dispuesta a responder con su tradicional fatalismo. No es bueno vivir en una tierra de ¡Puritos machos!

Los indios que viajaban en la barca improvisaron con tablas y cajas de madera un bufé de bebidas ante los ávidos ojos de los peladitos pescadores de cocodrilos que habían dejado a un lado clavadas las picas o lanzas con las que cercan en sus guaridas a los cocodrilos adultos. El método parece sencillo: se trata de ir pateando la orilla del pantano y los manglares, especies de islas muy planas que muestran parte de arena blanca ofreciendo a los ojos la imagen de la panza de un cetáceo nadando de espaldas.

Por el sonido a hueco se sabe donde se encuentra la cueva o madriguera donde puede ocultarse un cocodrilo, o tiene oculta la despensa particular del depredador del pantano... y posiblemente la que comparte con su pareja.

Una vez descubierta la cueva se clavan en la tierra húmeda y blanda las picas hasta que una de ellas encuentra resistencia y se mueve con violencia, señal inequívoca que el arma ha entrado en contacto con el cuerpo de un cocodrilo de considerable tamaño. Es el momento para que dos personas atraviesen con las picas el cuerpo de lado a lado.

Inmovilizada la pieza a cobrar dentro de la cueva viene lo más arriesgado, otros dos se meten en el agua para llegar buceando hasta la cueva donde está insertado con las picas el cocodrilo y con los cuchillos a lo Tarzán lo rematan y le sacan a la superficie.

—La teoría parece segura y sencilla —le dijo Ángel a uno de los pescadores entregándole un bote de cerveza—. Pero ¿Qué pasa si en la cueva hay más de un cocodrilo, su pareja por ejemplo?

—¡Ay patrón, esta es una tierra de viuditas! —contestó el pescador levantando el bote de cerveza en un brindis que a García le resultó macabro.

Sobre unos palos los pescadores habían colgado la piel de un cocodrilo, posiblemente un macho adulto por su extraordinario tamaño: entre tres y cuatro metros de longitud.

Víctor le explicó a su amigo que parte del cocodrilo, sin duda un vejo depredador de monos, perros y gatos se había convertido en los trozos de carne que habían sido cocinados en la lata de bonito en conserva. A la mayoría de los pescadores de cocodrilos no les atraen las vísceras, a pesar de que a la comunidad rural sí las prefieren porque los indios las atribuye excelentes propiedades curativas y es un remedio muy eficaz para la impotencia sexual. Para un indio la impotencia sería una tragedia imposible de superar, para el pueblo indio ser muy macho es lo más determinante.

La cabeza la tenían los peladitos a un lado para extraerle los 68 dientes de sus terroríficas mandíbulas, capaces de sujetar a un ser vivo hasta conseguir su muerte por asfixia dentro del agua. Junto a su amplísimo hocico los pescadores habían dejado un capazo con los restos no digeridos de su estómago, entre otros restos había una mano que había pertenecido a un hombre sin duda, porque todavía sujetaba entre los dedos un bote de cerveza.

“Los mayores depredadores de los cocodrilos son los propios cocodrilos, devoran a sus crías y son exquisitos consumidores de los huevos que depositan las hembras”

Para un cocodrilo del Estado de Guerrero el género humano no representa ninguna amenaza, al contrario, consideran a los peladitos como parte de su dieta.

Puestos a elegir sus peores enemigos son los talabarteros que hacen bolsos, zapatos y cinturones con su piel. Los habitantes del pantano vienen a chingarles cuando les falta el tocino los frijoles, la harina para hacer sus inevitables tortillas y sobre todo el tequila y la cerveza. Ellos también están considerados parte de la dieta. De los indios.

La fauna de aquella parte del pantano no pierde la oportunidad de ver el fin de un devorador de carne. Según su especie cada uno ocupa el espacio que le corresponde en aquel teatro al aire libre donde la muerte nos es más que algo de lo más natural.

Los animales salvajes y las aves costeras se divierten, cada uno a su manera, viendo como los pescadores descuartizan y tiran al agua los trozos del cocodrilo muerto para cebar a los desmemoriados cocodrilos más jóvenes que sacian su canibalismo con quien posiblemente era su desconocido padre biológico.

Para García fue suficiente ver aquello, además de ver el estado de la pierna de uno de los pescadores al que le había mordido un cocodrilo días atrás.

Para Víctor lo mismo, él tenía más que suficiente con haber hablado con los paisanos y haber compartido con ellos unas «chelas».

Subieron de nuevo a la lancha y volvieron a la parte del pantano para encontrarse con las mujeres. Había llegado la hora de volver a la civilización.



Capítulo VI

En el hotel Marriot:

Cuando llegaron al hotel Víctor cerró el contacto y bajaron los cuatro dejando el coche a un muchacho que se encargó de aparcarlo. El coche miró al chico con desconfianza pensando si tendría buena predisposición para cambiar las marchas, Víctor estaba acostumbrado a los coches automáticos y para él la palabra embrague era como para un monje budista la palabra «porro». Cuando el coche comprobó que el muchacho sí sabía para lo que sirve el embrague y las marchas, respiró hondo y pensó que si encima de cuidar su caja de cambios el muchacho le dejaba aparcado a la sombra sería motivo para rezarle una salve a San Cristóbal, patrón de los conductores.

Cuando entraron en el hall del hotel el jefe de recepción hizo una discreta seña a los García y salió desde detrás del mostrador para decirle que el director tenía un encargo para ellos y quería saludarles «acompañenme, por favor» —les dijo.

Los cuatro le siguieron hasta el despacho del director que al verlos entrar se levantó de la mesa y fue a recibirles muy atento y cariñoso.

—¿Buenas tardes, señores? —dijo estrechando la mano de los hombres y saludando cortésmente a las dos señoras—. Qué tal su nuevo alojamiento en el Princess señor Montero.

—Bien, muy bien, es un buen hotel —respondió Víctor.

— En este momento es la joya de la corona, está en el circuito turístico de la ciudad, llevan allí a los turistas como si se tratara de un momento que hay que visitar.

—Nos disponíamos a tomar algo en el restaurante cuando el jefe de recepción nos ha detenido en el hall —le dijo García al director.

—¡Ah sí, perdón! Yo tampoco he comido, he estado muy ocupado. Si me permiten podemos hacerlo juntos, ¿qué les parece?

Los cuatro se miraron y al no haber oposición aceptaron, cosa que alegró al director que pulso el interfono para llamar a su secretaria, una joven morena y muy dispuesta que entro al instante en el despacho.

—Madeleine los señores almuerzan conmigo, dispóngalo todo y que venga François.

—Sí señor, enseguida —dijo la secretaria saliendo.

El director les invitó a sentarse en la mesa de juntas situada cerca del ventanal desde donde se veía gran parte de las instalaciones del hotel.

Mientras se sentaban entraron dos camareros que colocaron manteles individuales, cubiertos y cristalería sobre la mesa. El director cogió un sobre que había en su mesa de despacho y se lo entregó a Lola:

—Lo han traído hace un rato.

—Gracias... —dijo Lola abriendo el sobre impaciente.

Había cuatro billetes de avión, después de un rápido vistazo dijo a su marido:

—...Son billetes de cortesía y gracias a Dios son «free one» con reserva en firme, no están sujetos a espacio.

—Me permite verlos —dijo el director—. Marriott también suministra el catering a esta compañía norteamericana. El jefe de base es amigo, le llamaré para que no tengan problemas.

—¿Qué fecha tienen los billetes? —preguntó García a su mujer.

—Son para mañana. Debemos salir de aquí de Acapulco a medio día con destino al Distrito Federal, allí embarcaremos hacia Mérida en otro avión de la misma compañía.

—¡Mañana! ¡Tenemos un plan chévere para mañana! —dijo Víctor sorprendido y contrariado.

—Si no estamos seguros será mejor adelantar la marcha y salir cuanto antes —se disculpó Lola tomando un poco de agua con gas—. Tenemos dos hijos Víctor, no debemos hacer locuras.

Los camareros volvieron con un carro de bebidas y Víctor dijo que le sirvieran una chela para mitigar lo que para él resultaba una mala noticia.

—Tan mal están las cosas —preguntó Estela preocupada, aunque sin perder la sonrisa.

—Si tienen que volar lo más sensato es hacerlo cuanto antes —les dijo el director a los Montero.

—Nosotros volamos a San Diego con una compañía yanqui de vuelos privados, la huelga no nos afecta —dijo Víctor satisfecho tomando un sorbo de cerveza.

—Y desde San Diego a Tijuana, ¿Cómo van? —preguntó el director.

—Dejamos al venir el carro en San Diego —respondió Víctor feliz con la idea de haber dejado el coche en el lado norteamericano... y por el excelente sabor de la chela que estaba consumiendo.

El director interrumpió la conversación ante la entrada del chef del hotel.

—¡Ah! François almorzaremos aquí en el despacho, ¿que puede ofrecernos?

—Tenemos buena carne y un excelente pescado director...

—Angulas ¿Tienen angulas? —preguntó interesado Víctor.

—Oui monsieur, tenemos una excelentes angulas españolas.

—¡Ándele pues!

El resto pidió lo que más les apetecía, siendo el pescado el plato más solicitado. Cuando el chef se retiró con la orden pudieron reanudar la conversación interrumpida con la llegada del jefe de cocina.

—No quiero asustarles, pero la huelga aérea aquí en Acapulco ha llegado a una situación de extrema peligrosidad. Los delincuentes han hecho suya la causa y se amparan en ella para cometer sus abusos y atropellos.

—¿La presencia del ejército en el aeropuerto sirve para algo? —preguntó García.

—A los narcos no les gusta —contestó el director sin ocultar su preocupación—. La presencia de las tropas combinadas de policía y militares que el gobierno federal ha enviado a Guerrero para combatir la huelga va contra sus intereses...

—Perjudica su negocio —aseveró Víctor tomado otro trago de cerveza.

—Así es —ratificó el director—. Este estado es uno de los principales centros de producción de marihuana y de goma con la que producir heroína. La huelga ha desatado el populismo del crimen organizado, bajo la apariencia de defender los derechos sindicales de los trabajadores mutilan y asesinan a los que abren trincheras en la guerra contra el narcotráfico.

—Esta huelga ocasionará más muertos que otra cosa... —aseveró Víctor echando un poco el cuerpo hacia atrás para que uno de los dos camareros que había entrado con los platos pusiera ante él un plato bastante cumplidito de angulas.

—Así es —convino el director con pesimismo—. Desde que han empezado las movilizaciones han caído muchos como respuesta a las represalias de los operativos oficiales. Los asesinos se han mezclado con los huelguistas y no sólo disparan contra el ejército y la policía, ayer mismo asesinaron a ocho taxistas por no secundar la huelga y negarse a poner el taxi a disposición de los huelguistas.

—Uno de esos taxistas era mi cuñado, si me permiten la intromisión director —dijo uno de los meseros mientras servía.

—¿Han asesinado a Mateo? —preguntó sorprendido el director.

—Sí patrón. Han quitado la vida a un padre de familia que nada tenía que ver con los enredos políticos.

—¡Que horror! —dijo Lola dejando el tenedor sobre el plato.

—Este ha sido el año de la unificación de la izquierda mexicana —intervino Víctor mientras removía con el tenedor las angulas—. Los comunistas del PCM y otros tres partidos de ideología marxista y revolucionaria han constituido el Partido Socialista Unificado de México.

—El principal objetivo de los nuevos socialistas es ganarse la voluntad popular con acciones violentas si es preciso contra los que se oponen a los intereses de la clase sindical y trabajadora —aclaró el director del hotel con voz resentida.

—A mi cuñado le han matado por defender al gringo que llevaba de pasajero en el taxi —dijo dolido el camarero—. Robaron todo lo que llevaban encima el yanqui y mi cuñado, justificando las muertes con una pintada en el carro:

«¡Por el poder obrero y popular!»

—Bien, la decisión está tomada, nos marcharemos mañana —dijo García viendo que la conversación los llevaría a una mala digestión—. ¿Qué tal están la angulas Víctor?

Las señoras respiraron aliviadas por el giro distendido de la conversación conservadora propuesta por Ángel. Los camareros se retiraron discretamente quedando sólo uno de ellos para atender la mesa y servir el excelente vino español que el director del hotel Marriott había solicitado.

—Bueno... pues las angulas... —contestó Víctor mirando a los ojos a los cocinados alevines de anguila.

—No te gustan —respondió García por él.

—No, no es eso... es que...

—Déjame probarlas Víctor —dijo Lola adelantando el tenedor.

Lola tomó una cuantas en su plato y las probó.

—¿Qué tal están? —preguntó García a su mujer.

—No son de Aguinaga, pero están muy bien, no son «gulas» ni «surimi».

—¡Curioso! —dijo el director—. ¿Cómo sabe diferenciarlas?

—Las angulas crujen al ser masticadas porque tienen raspa; las demás, al no ser animalitos, no tienen esa propiedad.

—Ángel probó las que Lola había puesto en su plato—. Además las angulas, angulas tienen ojos y el lomo oscuro —aclaró con una sonrisa.

—Estas no son como las que compramos en Tijuana —asevera Estela convencida.

—¿Cómo que no? —dijo Víctor—. ¡Saben igual!

—Las angulas no saben a nada, saben a lo que se les ponga —resumió Lola.

—Eso sí —continuó su marido—, por su textura tan especial, que es lo que aprecian sus devotos, las angulas deben hacerse a la bilbaína, que es como están mejor.

—¿No se preparan así? —preguntó interesado el director.

—Estas están en ensalada, así pierden su principal atractivo —contestó Lola—. Se deben cocinar en una cazuela de barro con aceite de oliva virgen, ajos cortados en láminas y dorados y añadir unas ñoras, o guindilla seca.

—Conclusión —dijo García—. Un manjar de millonario con sabor a guindilla y ajo.

Los cuatro rieron y por un momento se dedicaron en exclusiva a terminar sus platos para que Lucas, el camarero, sirviera el postre y el café.

—Si nos vamos mañana no viene al caso conservar el auto —dijo Víctor.

—¿Lo alquiló aquí en el hotel? —preguntó el director.

—Sí.

—Devuélvalo, López se encargará de todos sus traslados.

El director ofreció una copa de brandy a sus invitados y le dijo al camarero:

—Lucas, encárgate de decirle a López que se ponga a la orden de los señores hasta que se marchen definitivamente de la ciudad.

La comida terminó con una conversación sobre el legendario Acapulco que por los enfrentamientos de clases dejaría de ser el balneario favorito de reyes, millonarios y estrellas de Holliwood para convertirse en un lugar vulgar para turistas de medio pelo y jóvenes «spring breaker» norteamericanos. Terminada la reunión se despidieron para ir al mostrador de AVIS situado en el hall del hotel, donde Víctor liquidó la cuenta del coche y salieron a la puerta donde ya esperaba López. El coche de alquiler al ver salir a Víctor le temblaron las bielas, respiró aliviado al ver que los Montero le cambiaban por López y la lujosa limusina.

—No vemos esta noche en el Princess para cenar ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó García despidiéndose.

Cuando la limousine salió del recinto del hotel se dirigieron a los ascensores para subir a la suite que ocupaban desde su llegada al hotel y poco estaban disfrutando entre unas cosas y otras.

—Quería decirle a Víctor que no, estoy tan cansada.

—Hubiera sido como querer convencerle gritando a los pies de una catarata.

Lola agradeció que su marido le rodeara la cintura con su brazo y dijo esbozando una leve sonrisa: «Sí, hubiera sido inútil»

Por la decadencia experimentada en todos los aspectos en Acapulco de Juárez, el hotel Princess que funcionaba en aquel mes de julio de 1981 poco o nada tiene que ver con el actual Fairmont Acapulco Princess, que con los años y el cambio de propiedad dejó de ser un exponente del lujo extremo para convertirse en un hotel al que nunca volverían clientes como Frank Sinatra o Mohammad Reza Pahlevi, el último Sha de Persia. López detuvo la limusina en la gran puerta del hotel Princess y dos porteros se colocaron estratégicamente para abrir las puertas y dar la bienvenida con una sonrisa tan amplia que para imitarla se precisan miles de ensayos.

Hay gente simple que asegura que en carretera donde mejor se come es donde hay muchos camiones parados. No es verdad. Donde hay muchos camiones parados se come barato, donde hay muchos Mercedes parados se come bien. García echó un vistazo y al no ver ningún camión aparcado llegó a la firme conclusión que allí no se comía barato. Sin embargo, por la selección que había de Mercedes y los caprichos de millonario que representaban los coches más potentes y ostentosos del mundo, quería decir que allí... Se comía de lujo.

Los Montero esperaban a sus amigos españoles desde la atalaya que ofrecía una mesa estratégicamente colocada en el bar principal del hall del hotel. Desde allí era fácil ver las incursiones de los que venían a cenar tomando una copa, condición indispensable para Víctor que no podía estar mucho tiempo sin tener algo en la mano. Ambos estaban muy elegantes, así que los García no desentonaron por haberse vestido para la ocasión: él de negro y blanco y ella con un precioso traje azul turquesa y cuello Mao que en aquel lujoso ambiente llamaba la atención.

—Estás guapísima querida —dijo Estela mientras Víctor se levantaba para retirar uno de los sillones individuales que rodeaban la mesa.

—Gracias Estela...

—¡Que gusto me da verles amigos! ¿Qué les parece si echamos unos tragos antes de echar papa y menear el tambo?

—¿Qué? —dijo Lola confundida.

—Antes de comer y bailar —aclaró Estela con una sonrisa—. Aquí lo decimos así.

—Ah, ya —dijo Lola respirando porque pensaba que Víctor estaba pensando en algún kebab de bichito raro.

Un camarero vestido de gala apareció junto a Víctor a la misma velocidad que lo hace la lengua de un camaleón cuando atrapa a un insecto.

—Mi vieja está tomando un Jalisco, lo mío es un Submarino.

—Ya veo lo que es un submarino, un vaso de tequila dentro de una jarra de cerveza —dijo Lola—. ¿Y lo tuyo Estela?

—Pues nomás champán con Tequila y aguardiente de melocotón —contestó Estela.

—Está bien, me apunto a eso.

—Y yo, sin melocotón por favor —dijo García.

—Ya lo oíste Teodoro ¡Ándale! —apremió Víctor.

Ahora el camarero se retiró a la misma velocidad de la lengua del camaleón cuando cazado el insecto la retrae para tragárselo.

—Está bonito el hotel Princess a esta hora —dijo Lola animada.

—Ahorita sí, que ya no tenemos por aquí a los guachos —replicó Estela que llevaba oro encima suficiente para hacer ventanitas dentales a toda la nación india.

—¿Los guachos? —se extrañó Lola algo perpleja.

—Los soldados —aclaró Víctor—. Los guardias de seguridad temían ser arrollados por una jauría de protestones que pretendían entrar en el hotel con pancartas subversivas con amenazas: «Todos contra el capital, Socialismo o barbarie » «No habrá paz para el explotador, burgueses al paredón» «Obrero parado patrón colgado»

—Y los soldados han cargado contra ellos —aseveró García conociendo el paño.

—¿Qué podían hacer, dejar que maten a un yanqui imperialista y lo cuelguen de una palmera? —dijo Víctor estirando el cuerpo sobre el sillón.

—A diferencia de su país aquí el comunismo está muy mal visto —expuso Estela—. Los sindicatos y los partidos de ideología marxista están considerados en México como los peores enemigos de la República Federal...

—Hemos oído disparos, pero es posible que fueran disparos al aire —dijo Víctor mientras le daba unos dólares al camarero que había aparecido como el fogonazo de un flash con las bebidas.

—¡Esos disparos al aire han matado a dos manifestantes, si me permite decirlo licenciado! —dijo Teodoro el camarero guardando los billetes con la misma celeridad que lo hacía todo.

—¡Pues nomás me lo temía! —dijo Víctor torciendo el gesto—. Estos episodios violentos ocurren porque los pistoleros se mezclan con los manifestantes y disparan contra cualquier cosa contraria a sus intereses.

Se produjo un silencio mientras bebían inmersos en sus pensamientos.

—Lo que ocurre en el Estado de Guerrero no es bueno para nadie —se lamentó García iniciando la acción de levantarse.

—Sí —dijo Víctor con cara de circunstancias—. Si las cosas siguen así aquí lo pasarán mal hasta los cocodrilos.

Se pusieron en pie para dirigirse al restaurante principal donde aún se conservaba el glamour que dejaron allí las grandes estrellas de Holliwood y la «jet set» que les seguía. Fidel Castro fue el motor del cambio que llenó Acapulco con la más alta burguesía y lo más granado de la sociedad huida de la isla de Cuba con el triunfo de la revolución comunista del comandante Fidel, revolución que terminó con la desigualdad entre ricos y pobres... convirtiendo a todos los cubanos en pobres.

A pesar de que a este estado comunista y totalitario se le acusaba de violar el derecho ideológico que contempla la libertad económica y financiera, de la falta de derechos universales, libre circulación y libertad de expresión, los cubanos se sentían satisfechos por su sistema nacional de salud, eran los muertos de hambre más sanos del mundo.

—¡Bienvenidos señores! —dijo el estirado maître que los miraba con la misma exquisitez con la que un joyero mira un diamante—. Su mesa está preparada, síganme por favor.

La mesa estaba a una correcta distancia de una bien formada orquesta de veinte componentes, donde no faltaba la marimba del estado de Chiapas. Ordenada la cena Víctor solicitó una botella de vino que por su valor debían traerla desde la bodega escoltada por un par de soldados.

—Hemos pensado ir pronto a Madrid a visitarles —dijo Estela saboreando el aperitivo que dos solícitos camareros les habían servido.

—¿Qué les parece la idea? —preguntó Víctor feliz.

—Brindemos por eso —contestó García levantado su copa.

—No conocemos Europa. La verdad es que hemos estado tentados de ir varias veces, pero nunca nos habíamos animado, ahora sí, ahora tenemos allí a dos hermanos —dijo Víctor satisfecho por haber comunicado lo que él consideraba una gran idea.

—Brindemos por eso —dijo Lola encantada por la noticia—. Seréis muy bien recibidos

La cena transcurrió maravillosamente bien entre música conversación y vino. En un brindis Víctor recordó la observación de Estela sobre lo que para Lola era el resultado del no parar desde su llegada y los cambios alimenticios que buscaban «chingar» su perfil metabólico y Acapulco lo estaba consiguiendo. Sin embargo, dejó que su opinión corriera como el agua que saltaba de fuente en fuente en aquel maravilloso jardín.

—Queridos amigos —dijo García levantado levemente su vaso—. Dudo sobre la principal motivación que nos ha traído a México, pero no dudo que alguien muy importante os ha puesto en nuestro camino.

—¡Chihuahua compadre, brindemos por eso! —dijo Víctor emocionado.

Ante la mirada desbordada que Estela dedicó a Lola esta trató de transmitir a la guapa mujer con una sonrisa que sus predicciones no tenían sentido, había sido madre dos veces y conocía los cambios significativos que se producían en su organismo cuando estaba embarazada. Sin embargo, sintió una suave sensación. Como si algo o alguien la estuvieran abrazando. Quizá esta sensación la produjo la profunda mirada de Estela, la única que en ese momento sabía que Lola estaba siendo particularmente observada por el espíritu exigente.



Capítulo VII

Camino de Yucatán:

López no paró en la puerta del aeropuerto de Acapulco de Juárez destinada al público, sino en la zona de autoridades donde un par de empleados del aeropuerto esperaban para llevar el equipaje a la bodega del avión. Los García despidieron al chofer que debía ir al hotel Princess para ponerse a las órdenes del licenciado Víctor Montero. En la zona de autoridades fueron recibidos por el jefe de base de la compañía comprometida para llevarlos hasta México DF.

—Bienvenidos. Mi nombre es Wilson —dijo un hombre de piel aceitunada y mirada huidiza tendiendo la mano a los pasajeros.

—¿Qué tal Wilson? —le saludó Ángel al jefe de base mejicano que parecía sacado de un mariachi.

—Cuando el avión esté listo para despegar los llevaremos a pie de pista con uno de nuestros trasportes ¿Les provoca ahorita tomar un café? —dijo el mejicano invitando a seguirle hacia la sala de espera reservada para las autoridades.

—Sí, gracias —dijo Lola entregándole los billetes de esa parte del viaje que el jefe de base aceptó quedándose sólo con una parte.

En la sala de autoridades había otro pasajero que hubiera estado bien vestido si no hubiera abusado tanto del color blanco. El sombrero, también blanco, lo había dejado sobre la mesa donde tomaba café junto a unos periódicos que respiraban tranquilos después de haber sido manoseados por aquella personalidad que pasaba holgadamente de los 120 kilos.

—El licenciado es compatriota de ustedes, viajarán en el mismo vuelo —dijo el jefe de base a modo de presentación.

Intercambiaron saludos y el viajero vestido de blanco apartó a un lado el sombrero y los periódicos e invitó a la pareja a compartir la mesa. Ya sentados el jefe de base se despidió y una azafata acercó en un carrito de ruedas varias clases de bebidas y todo lo necesario para tomar té y café.

—¿Están de paseo? —preguntó curioso el pasado de kilos entornando levemente uno de los ojos, el derecho, que cuesta menos.

—Hemos venido a subirnos a una pirámide —contestó García como recurso para eludir la conversación y evitar amistades.

—¿De dónde son ustedes? —insistió el viajero cotilla sin reparar en la evasiva.

—De Madrid.

—¿Los dos?

—Sí, los dos —reiteró García pensando en lo difícil que había resultado estar solos en Acapulco, hasta en la cama el ruido de olas se había metido entre ellos.

El curioso pasajero guardó silencio un momento para enseguida continuar:

—Dejé España terminada la Guerra Civil. Soy antifascista, anticlerical, antiburgués, marxista y republicano, por tanto, enemigo a muerte del malnacido de Franco.

«Ya empezamos» —pensó Lola, al ver la cara que ponía su marido.

—Permítame entonces que le de una grata noticia: el próximo 20 de noviembre hará seis años que su encarnizado enemigo ha muerto —dijo García con una voz llena hasta los bordes de ironía.

El pasajero se cortó por un momento sin saber que decir, pronto reaccionó como si una mano piadosa le hubiera puesto en la espalda una pila de petaca.

—Espero que ese puerco haya ardido lo suficiente en el infierno para que con sus negras cenizas Satanás les pinte la cara a los que soñaban con su inmortalidad —dijo demostrando la capacidad de veneno que sus glándulas salivales exocrinas eran capaces de producir.

Lola se había encargado de servir café para ella y su marido, quería mantenerse al margen de lo que para ella no ha tenido nunca ningún interés: hablar de política con un desconocido. Ofreció también café al anticlerical viajero, pero este rechazó la oferta sirviéndose el mismo en un vaso tres botellines de coñac francés de los que llevan a bordo los aviones y sacó del bolsillo de su blanca chaqueta una tabaquera de cuero repujado donde llevaba tres Cohibas Siglo VI. Sin preguntar a García si le apetecía fumar prendió uno de los cigarros exclusivos para millonarios con la tranquilidad ceremoniosa con la que los encienden los capos de la droga, aunque el gordo pasajero utilizó un encendedor de oro en lugar de un billete de cien dólares.

—Yo soy valenciano —continuó después de saborear el humo dos veces y lanzarlo a lo alto para hacer patente su poder rebuscado—. En Valencia durante la Guerra Civil fui funcionario del Ministerio de Hacienda republicano y comisionado por el presidente Largo Caballero para participar en las requisas de la Caja General de Reparaciones...

—Ya —dijo García intuyendo la talla del personaje.

La Caja General de Reparaciones, o caja de daños derivados de la Guerra Civil española, fue un organismo de represión económica cuya misión era incautar los bienes de la Iglesia, la aristocracia, la burguesía, y la de todos los civiles, obreros o patronos que ofrecieran su apoyo a la sublevación militar del general Franco. Su sede estaba en Valencia y su director pertenecía a la UGT: Unión General de Trabajadores y al PCE: Partido Comunista de España. Las organizaciones sindicales, partidos de ideología marxista y comités de obreros revolucionarios eran los encargados de arrebatar los bienes a sus propietarios. Los expolios y requisas de las propiedades privadas se hacían en la mayoría de las ocasiones de manera violenta y sin ningún respaldo legal. Las fincas, casas y palacios con todo su contenido, más los vehículos de lujo confiscados, fueron utilizados durante todo el período republicano para uso de las autoridades civiles y militares leales a la República. El oro, las joyas, las obras de arte y todo lo que podía cambiarse por dinero se llevaron a Francia por carretera y a México a bordo del yate Vita. Terminada la guerra nadie fue capaz de informar sobre el destino final del inmenso tesoro.

—Aquí en México —continuó el pasajero—, estuve con la Junta Española de Liberación hasta su disolución en 1945, año en el que me incorporé por deseo expreso de Indalecio Prieto al gobierno de la Segunda República en el Exilio.

El potente sonido emitido por los motores de un avión al despegar cortó por un momento las palabras del oscuro personaje vestido de blanco, circunstancia que aprovecho para beber un largo trago de coñac y chascar la lengua con vulgaridad.

—En 1946 el gobierno de la II República se trasladó a París —continuó el personaje cuando el ruido de los motores del avión descendió notablemente—. Yo no me trasladé a París, a pesar de que mis camaradas decían que fuera allí porque con los nazis expulsados a patadas eran más felices que Dios en Francia...

«La desfachatez de los que me ignoran no tiene límite» —pensó Dios desde el lugar donde la felicidad es infinita y eterna... lugar que por supuesto no es París.

—...Aquí me gané la confianza del presidente Lázaro Cárdenas, del Partido Nacional Revolucionario. Participé con él en la nacionalización del petróleo mejicano y desde entonces soy una reconocida autoridad en este país que nos recibió con los brazos abiertos a los que huíamos del asesino de Franco y de su pandilla de fascistas.

—Supongo que más que a las personas este país recibió con aplausos la inmensa fortuna en obras de arte, oro y divisas que sacó el gobierno republicano de España.

—El presidente Negrín dispersó en grandes bancos de los países amigos el contenido de la cámara blindada del Banco de España para evitar que cayera en manos de Franco y sus militares golpistas —dijo el viajero justificando la acción como el vecino que le quita la pelota a un niño para evitar que rompa los cristales de su ventana.

—Sin tener en cuenta —dijo García sin alterarse—, que buena parte de la inmensa cantidad de joyas, oro y divisas que la República se apropió y envió fuera de España sin posibilidad de retorno pertenecía a clientes privados que habían confiado su fortuna a la seguridad de la cámara blindada del Banco de España.

—¡Fortunas burguesas hechas a costa de la sangre del proletariado! —contrarrestó el viajero justificando al ladrón que roba a los ricos porque los pobres no tienen nada que merezca la pena robar.

—Posiblemente sí. Incluso hechas aquí en América con quién sabe qué métodos, que de todo ha habido. Pero les pertenecía a ellos y a sus legítimos herederos no al Gobierno republicano, y mucho menos a sus autoridades.

—El dinero que los explotadores burgueses hicieron aquí, debía volver aquí para continuar con la lucha de clases.

—Al amigo hay que tenerlo cerca, al enemigo más cerca aún. Ustedes pretendían combatir contra un enemigo que estaba a 9.000 kilómetros de distancia. No lo veo práctico —razonó García esbozando una ligera sonrisa.

El jefe de base entró en la sala y sosteniendo la puerta que daba acceso a la pista del aeropuerto dijo de forma escueta:

—Estamos listos para despegar.

Los tres salieron para subir a un Ford Transit de la compañía aérea norteamericana que los llevaría hasta la capital federal. La oronda figura del licenciado vestido de blanco caminaba delante de la pareja española junto al jefe de base que le informaba del tiempo en el aeropuerto de destino, aunque el gordo le hacía caso.

—¿Merecía la pena hablar con semejante personaje? —le preguntó Lola a su marido desaprobando una conversación fuera de tiempo y lugar.

—No puedo con el victimismo de los que no reconocen que fue el populismo lo que acabó con la República, no la Guerra Civil.

El victimismo populista dictatorial y paranoide de los que se consideran víctimas de la Guerra Civil española no hizo que solo la perdieran, sino que también les hizo perder el contacto con la realidad.

El enfrentamiento fratricida entre españoles no empezó el 18 de julio de 1936 con el golpe de Estado militar, sino en 1934 cuando el Gobierno republicano fue amenazado por la revolución al más puro estilo soviético para imponer la Dictadura del proletariado en una sociedad tradicionalista y conservadora como es la española.

Terminada la Guerra Civil en 1939 lo más granado del Gobierno republicano se autoexilió en países que consideraban amigos donde habían depositado en bancos y cajas de seguridad parte del tesoro público nacional. Se trataba de olvidar la amarga derrota disfrutando de una burguesa y dorada vida de millonario. El estilo de vida contra la que los revolucionarios del Frente Popular se revelaron.

El orondo viajero subió primero al monovolumen sin reparar que tras él venía una señora a la que por educación cívica y ciudadana no le debía mostrar su flácido trasero. Subieron al avión por la puerta delantera de primera clase y allí el licenciado hizo otro desafortunado comentario:

—¿Sus asientos son de gallinero? —Refiriéndose como gallinero a la clase turista.

—Sí —respondió Ángel con una intencionada sonrisa—, nos sentimos más cómodos entre la clase popular.

«Sin duda es mejor viajar en business» —reconoció García—, pero estos populismos suenan bien al oído. La mayoría no lo dicen de verdad, mienten como bellacos.

El intercambio de palabras quedó ahí por el discreto tirón de brazo de su mujer que se despidió del pasajero de blanco forzada sonrisa. Cuando la pareja estuvo sentada en sus asientos quisieron hablar los dos a la vez, pero fue Lola quien se adelantó:

—Los muy estúpidos son generalmente inofensivos, los estúpidos con poder son generalmente despreciables.

—Es de la misma hechura física, ideológica y moral del que fuera su jefe...

—¿Quién?

—Indalecio Prieto.

—¿El líder del PSOE y del Frente Popular que fue varias veces ministro?

—Sí. Murió aquí en México en 1962 con casi ochenta años.

—Muchos, después de haber sobrevivido a dos dictaduras.

—Sólo una, la de Primo de Rivera. Era un marxista revolucionario que ponía tierra por medio cuando fracasaban sus intrigas.

Indalecio Prieto vivió expatriado en Francia por su participación en la huelga general revolucionaria de 1917. En 1934 volvió a exiliarse, huyó a París cuando fracasó la Revolución de Asturias, intento de golpe de Estado contra la Segunda República.

Una azafata se acercó con un carrito de ruedas donde había una hielera con una botella de champán francés y un par de copas flauta. Bajó la mesita de ambos y se dispuso a servir el champán cuando García preguntó a qué se debía la invitación.

—Orden del licenciado que viaja en business class señor —le informó la azafata norteamericana con el acento típico de los nacidos en Texas.

Los García se miraron y encogiéndose de hombros dijeron: «Por qué no» y brindaron por ellos, no por el político que con tanto ardor defendía la lucha de clases.

—¿Qué hizo aquí el ministro Prieto, trabajó para el gobierno mejicano? —preguntó Lola tomando un ligero sorbo de champán.

—No. Primero estuvo en un par de países sudamericanos, se nombró a sí mismo embajador extraordinario. Llegó a México con la Guerra Civil terminada, en 1939. Perteneció a la Junta Española de Liberación y formó parte además del Gobierno de la Segunda República en el Exilio.

—¿Volvió a ser parte de algo que había dejado de ser? —siguió interesándose Lola; pero no por saber, para ocupar parte del aburrido tiempo de vuelo.

—Fue parte de la comedia para distraer la atención de los emigrados y acceder a las inmensas fortunas destinadas a pagar los dorados exilios de lujo.

La Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles de Indalecio Prieto y el camarada Francisco Largo Caballero, fue la contraposición del Servicio de Emigración de los Republicanos Españoles creado por el último Presidente del Consejo de Ministros de la Segunda República, el socialista Juan Negrín. Con esta dualidad de asistencia a los exiliados quedaba clara la enemistad y crisis interna entre los líderes socialistas, motivación que le sirvió a Indalecio Prieto para «birlar» el tesoro del yate Vita a su camarada Presidente que iba de un país a otro para recuperarlo. En México estuvo recién terminada la Guerra Mundial controlando lo que él consideraba «Su patrimonio».

—Me suena Indalecio Prieto porque mi padre dijo que abrió la Casa de Campo en 1931 para que los madrileños disfrutaran del exclusivo coto de caza de los reyes —dijo Lola haciendo memoria del pasado.

—¿Te dijo que siendo Ministro de Defensa ordenó en la Guerra Civil destruir los puentes de Bilbao y volar los Altos Hornos? Cuando bastaba con apagarlos para que el enemigo no los pudiera utilizar en muchos meses ¿Te dijo que ofreció a Inglaterra parte del litoral español si le ayudaba al Frente Popular a ganar la guerra contra Franco, convirtiendo a España en un inmenso Gibraltar?

—No, la guerra no tiene ningún interés para mi, paso...

—Ofreció a Inglaterra las soberbias rías de Vigo donde podía cobijarse la armada inglesa entera y las bases navales de Cartagena y Mahón ¡Un ateo socialista y republicano le pide ayuda al país más conservador y monárquico de Europa!

Ángel miró hacia delante, hacia la cortina que les separaba de otra realidad. Tomó un sorbo de champán y levantando levemente la copa dijo:

—«Estos son mis principios, si no le gustan... tengo otros»

—¿Quién dijo eso?

—Marx.

—Karl Marx

—No, Groucho Marx.

—Tonto —dijo Lola apoyando la cabeza sobre el brazo de su marido.

El avión hizo un giro para enseñar a los que dejaban Acapulco una preciosa vista desde el aire de la bahía.

—¡Adiós Acapulco! —dijo Lola levantando su copa.

El transito en el aeropuerto de México DF fue realmente cómodo y corto. A pie de avión los García fueron recogidos por un Ford Transit que los llevó hasta la sala business de la compañía donde entregaron los billetes de cortesía de la aerolínea norteamericana que los llevaría hasta Yucatán. Fumaron un par de cigarrillos. Entonces ambos fumaban, y tomaron unas cervezas, entonces ambos tomaban cerveza.

A la hora de embarque el mismo monovolumen los llevó hasta la escalerilla del avión donde fueron recibidos por la sobrecargo, una azafata que llevaba muchos años volando y que en un concurso de sonrisas hubiera ocupado los tres puestos del pódium.

—Bienvenidos a bordo —dijo en español con acentuado acento de Texas.

Los acompañó a sus asientos de primera clase donde estaban sentados los miembros de una tripulación de relevo de la compañía que saludaron al matrimonio con claras muestras de simpatía. Su comandante, que estaba sentado a en los asientos a la izquierda de García les preguntó:

—¿Son ustedes españoles?

—Sí, así es comandante... —respondió Lola con una sonrisa.

—Mancuso, JM Mancuso —contestó el comandante poniendo un par de dedos sobre la sien a modo de saludo.

—¿Habla usted español comandante? —preguntó García con la clásica sonrisa digna de hacer amigos.

—Mi abuelo es cubano, mi apellido viene del nombre de una antigua moneda de oro española del siglo XI.

—Curioso, pensé que ese apellido era...

—Argentino —interrumpió el comandante—. Ya me lo han dicho otras veces, pero no, nací en Tampa, en la costa oeste de Florida.

El resto de la tripulación se habían sentado más atrás, hablaban entre ellos en inglés y reían con lo que al parecer eran chistes, los yanquis también los cuentan y, aunque la gracia la tengan en el culo, a ellos les divierten.

—Desde hace unos meses soy comandante de DC10, así que mi compañía me ha destinado a largos recorridos. Pronto volaré regularmente a su país, me gusta España.

—Enhorabuena por el ascenso comandante ¿Ha estado en nuestro país? —preguntó Lola girando aún más la cabeza.

—Sí, en Madrid y Barcelona, pero estoy loco por conocer Granada, Córdoba y sobre todo Sevilla.

—El sur es muy atractivo para los americanos, pero no se olvide del resto, España entera es una belleza —concluyó Lola.

—Sin duda —convino el comandante.

Hicieron una pausa porque la sobrecarga trajo bebidas y un ligero snack para entretener el tiempo de vuelo.

—Ustedes son de Aerolíneas, ¿no es cierto? —preguntó el comandante reanudando la conversación.

—Mi mujer trabaja en Aerolíneas Argentina, yo no —contestó García.

—¡Ah! ¡Argentina!... ¡Buenos Aires!...

—¿Ha estado allí comandante, conoce Argentina? —preguntó Lola.

—No, no he estado no. Quise ir esta primavera para desempolvar mi español que lo tengo oxidado, pero los conflictos internos de los militares me hicieron cambiar de idea.

—Olvídese de los desacuerdos que existen entre los argentinos y vaya cuanto antes a Buenos Aires —recomendó Lola al comandante—. Es una preciosa ciudad a la que por ningún motivo se debe renunciar.

—No volveré a sufrir otra dictadura, después de mi experiencia en Cuba, y menos dictaduras populistas —dijo el comandante—. Viendo el sufrimiento y la espartana vida de los cubanos entiendo por qué los norteamericanos somos fervientes defensores del anticomunismo.

—En mi país a los que hablan y piensan así les llaman fascistas.

—Los que levantan el brazo con el puño cerrado deberían vivir en Cuba, pero no como turistas durmiendo en hoteles de lujo, o invitados por el gobierno de los hermanos Castro que agasajan a sus amigos y camaradas políticos con una vida exclusiva de millonario. Para conocer la realidad de Cuba hay que hacerlo como lo hice yo, olvidándome de las tarjetas de crédito y vivir con los recursos al alcance de un cubano.

—Una prueba dura para quien no tiene la experiencia de subsistir en un campo de refugiados —apuntó García mirando levemente los cubitos de hielo que tintineaban en el vaso donde se había puesto un poco de ron con coca-cola.

—Yo sufrí esa prueba. Por tal motivo no creo en los que se quedan inmunes ante la infinita dificultad que atraviesa la sociedad cubana.

Mirando lo que hay detrás de la sonrisa de conformismo que nunca se borra de la cara del cubano, puede apreciarse que en Cuba se vive en una sociedad de doble moral dividida y desmoralizada en la que los dólares marcan la diferencia. Los que los tienen son el modelo de cubano a seguir. No son los valores que propugnan los Castro los que motivan y ennoblecen al país, el auténtico motor del pueblo cubano es la lucha por la subsistencia. La Revolución no llegó a Cuba para liberar al pueblo, sino para asfixiarlo con un sistema político perverso.



Capítulo VIII

Cuba:

Si el comandante JM Mancuso pretendía vivir como un ciudadano cubano no tenía más remedio que olvidarse de su sueldo en dólares como piloto de líneas aéreas y asignarse un sueldo que le permitiera vivir como... ¿Un periodista cubano por ejemplo?... Le informaron que quien tenía un trabajo de esa categoría podían ganar en pesos cubanos el equivalente a 15 dólares americanos. El mismo se subió el sueldo y decidió vivir durante todo un mes con 20 dólares. Tendría que estirar el sueldo para pagar una cama donde dormir y lo básico de una dieta para no desfallecer.

Sus compañeros pilotos le advirtieron que sería duro someter a su organismo a una severa prueba reservada para gente acostumbrada a pasar hambre desde niño, las azafatas quisieron disuadirle, tendría que ser un héroe para renunciar a las costillas de Texas y las hamburguesas de carne de res ¡A pizzas y helados! Sin tener en cuenta que el ciudadano educado en países decadentes dominados por la economía de mercado cuando le aprieta el hambre en lo menos que se piensa es en pizzas y helados.

Cuando el comandante Mancuso llegó al aeropuerto de La Habana se enfrentó por primera vez en su vida con las incomodidades que los tripulantes de líneas aéreas no sufren al llegar a un destino... por estar exentos... sobre todo en los países bajo la presión de una dictadura popular... o dictaduras menos populares.

Hay que soportar los procesos de grosero sobeteo en busca de armas o cartuchos de dinamita y los interrogatorios de policías y aduaneros que impiden la entrada de los curiosos a los países que, como Cuba, gozan de un envidiable y revolucionario Estado socialista unitario. Un Estado que prohíbe a sus ciudadanos salir del país.

Cuba para los militares cubanos es un oasis de libertad que permanece firme ante los explotados y oprimidos países controlados por el imperialismo norteamericano. Los extranjeros que quieren entrar en la isla para copiar el envidiable nivel de vida de los cubanos son disgregados por grupos para ser sometidos a interrogatorios y charlas disuasorias para evitar que exporten su revolucionario sistema fuera del país.

Los turistas extranjeros que viajan a Cuba no deben hacerse ilusiones pretendiendo quedarse en el paraíso comunista más de lo debido.

Los que habían compartido vuelo con el comandante fueron requeridos aparte para dejar un regalo «voluntario» para los aduaneros y contestar las preguntas tipo estándar que no sirven para nada, pero que ponen nerviosos a los turistas y a los aduaneros les hacer sentirse importantes. El interrogatorio al comandante JM Mancuso fue mucho más profundo, los policías, vestidos de paisano que impone más pretendían pasar por agentes del Mossad, nada más lejos, para ser del Mossad hay que ser judío.

Terminado el interrogatorio lo llevaron hasta una mujer policía de uniforme que registró la mochila que traía como equipaje. Llevaba lo que puede llevar un cubano en una mochila, casi nada. La mujer policía se llevó un chasco cuando vio que no le podía afanar ningún cosmético. Puso el sello en el pasaporte con la misma violencia con la que le hubiera gustado darle una patada en los testículos y con un lapicero rojo y azul de carpintero escribió: 30 días, que es el tiempo máximo que el temible barbudo permite a un extranjero permanecer en su falso paraíso. La uniformada revolucionaria preguntó si llevaba encima los suficientes dólares para pasar tantos días en Cuba y el comandante contestó que llevaba dinero suficiente para sobrevivir si seguía la dieta de un papagayo.

Ella no entendió nada, no tenía papagayo.

Entre interrogatorios, una cosa y otra, fue el último al que le permitieron salir del aeropuerto y empezar a disfrutar de Cuba. La Habana estaba a quince kilómetros de distancia. No podía coger un taxi, si le aplicaban la tarifa de turista americano no le quedaría dinero ni para comprar un paquete de galletas.

Miró al techo buscando una solución. En el techo no había taxis. Colgado con trozos de cuerda había un cartel de servicios de «guagua» para los empleados del aeropuerto, el próximo sería para dentro de tres horas. Pensó en identificarse como comandante de líneas aéreas para que le llevaran hasta el centro de la ciudad con el microbús de las tripulaciones, pero eso no era vivir como un cubano. Desistió y echó a andar, no podía equivocarse, sólo había una carretera y como no llevaba nada más que la mochila el espectáculo no era tan decadente como ver a un turista arrastrando una maleta.

Andaba con cuidado, no iba él solo por la carretera, a cada momento paraba a su lado un tuneado carro americano que los mañosos cubanos rescatan de la chatarra. Los falsos taxistas, o tironeros, se ofrecían para llevarle hasta el centro de La Habana por la mitad de lo que cobra un taxi del aeropuerto: el presupuesto reservado para comer doce días.

Dejó atrás campos de maleza, cruzó vías de ferrocarril y llegó a una carretera algo más amplia que en el futuro y con una buena inversión podría llegar a ser una autovía de las que se ven en Europa.

Llegó hasta un cartel que informaba donde estaba La Habana y se fijó en la cantidad de pintadas y carteles con mensajes antiamericanos, destacaban los que iban dirigidos con los insultos al presidente Ronald Reagan.

Con los pies «agradeciéndole» la paliza de quince kilómetros llegó a la ciudad para enfrentarse con otro problema ¿Dónde se encontraba la dirección que le había dado su abuelo cuando se despidió de él? «Un esfuerzo más» Los pies le miraron como miran los condenados a galeras al que les marca el ritmo con un tambor. La boca la tenía seca, había cometido el error de comerse un sobrecito de almendras saladas en el avión.

Para recuperar fuerzas lo mejor era una barrita energética y una botella de agua mineral, pero algo tan simple de encontrar en una sociedad conservadora se convierte en un artículo de lujo en una sociedad progresista.

Un gringo en La Habana es como una farola de gas para una mariposa, enseguida tiene gente encima dispuesta a ayudar a cambio de recibir un dólar, una camiseta de Disneylandia, o un paquete de chicles. La tarifa que estuvo dispuesto a pagar fueron los chicles y un joven negrito estuvo de acuerdo, le llevó hasta el viejo edificio donde vivían los Salazar: un matrimonio cubano compuesto por Walfredo Salazar, hijo de quien fue el chofer de su abuelo cuando vivía en Cuba y Edelmira, su esposa.

No dudarían en echarle una mano hasta que se instalara en la ciudad.

Tanto la calle como las casas habían conocido tiempos mejores, ahora daban pena. Lo que habían sido casas señoriales habitadas por familias acomodadas cristianas y conservadoras eran ahora una colección de pequeños reductos ocupados por obreros que mantenían con su falta de recursos el abandono instalado allí desde el triunfo de la Revolución. La nueva Cuba del marxista-leninista Fidel estaba en contra de la propiedad privada, las residencias que pertenecieron a la sociedad burguesa fueron repartidas entre el proletariado, sólo unos cuantos metros cuadrados para los que trabajaban para el revolucionario Estado socialista unitario del comandante Fidel.

Los Castro reservaron para su patrimonio 66 inmensas propiedades entre fincas, villas y palacios, siendo la residencia del Punto Cero en La Habana la más importante con cuarenta y cinco villas independientes donde reside toda la familia. Punto Cero está conectado por un túnel con la residencia presidencial de Punta Brava, donde el comandante Fidel tiene su propio «bunker hitleriano» que le protege de los posibles ataques atómicos de los Estados Unidos. Las residencias de los hermanos Castro están protegidas por el ejército, sin que nadie sepa donde duerme cada día el comandante Fidel. El adalid de los cubanos temía ser asesinado por sus propios camaradas.

Las residencias más habituales del comandante Fidel, dotadas de hospital con los más sofisticados medios quirúrgicos y sanitarios eran para su uso privado, familiares y camaradas que acudían a Cuba a recibir largos y caros tratamientos.

El poder en Cuba es un paquete de privilegios repartidos entre los camaradas del partido comunista, los Salazar sólo tenían el privilegio de una minúscula vivienda en una casa de estilo neocolonial que fue construida por un rico empresario que tuvo que abandonar de la isla con el triunfo de la Revolución. Walfredo y Edelmira Salazar aparentaban más edad de la que en realidad tenían, la falta de cosméticos durante toda una vida produce estos exóticos efectos. Su nieto de cinco años vivía con ellos porque los padres del muchacho se ahogaron en la bahía tratando de huir del paraíso comunista. Ocupaban lo que en tiempos felices fue la cocina de la casa. Tenían suerte al tener sólo para ellos un pequeño lavabo y la taza del wáter. Al niño se le bañaba en la pila de fregar los platos. Sólo había una cama, sorprendentemente de madera de caoba, que perteneció a la hija del rico empresario. En la cabecera dormía el matrimonio y a los pies el muchachito. Se comía en la mesa de la cocina y la ropa estaba guardada en los armarios donde en su día estuvieron los platos. Había un frigorífico que no funcionaba, ahí se guardaban los racionados y escasos alimentos proporcionados por el Estado socialista unitario. Los fogones no se encendían por la falta de combustible, en su lugar había una cocina de petróleo con un solo fuego.

La casa no había vuelto a ser pintada desde que su propietario tuvo que abandonarla en enero de 1959, fecha en la que según el cantautor cubano Carlos Puebla «Llegó el comandante y mandó parar». Faltaban azulejos que fueron robados por otros inquilinos y fueron sustituidos por parches de yeso sin pintar. Del techo colgaban pantallas de tubos fluorescentes, no funcionaban porque General Electric dejó de enviarlos a Cuba, en su lugar había bombillas que pendían de un cable trenzado lleno de cagadas de mosca. Para los frecuentes cortes de luz había un par de palmatorias con velas de cera.

En el resto de la casa los baños fueron convertidos en más metros cuadrados para repartir, las otras familias que ocupaban el edificio compartían un espacio donde se habían montado tres tazas de wáter y una encimera con un par de lavabos. No había puertas ni apartados, era muy común ver a una mujer sentada en el retrete mientras su vecino se afeitaba frente al espejo en uno de los lavabos. En esta situación la mujer debía procurar no tirarse pedos para evitar jocosos comentarios. Junto a las tazas de wáter sólo había unas páginas del periódico Granma, el papel higiénico y las compresas son productos decadentes y burgueses que nada tienen que ver con el proletariado.

En Cuba no hay cosméticos a disposición de la clase obrera, ni siquiera un champú, al servicio comunal se va con una tela como toalla al hombro, un peine al que le faltan púas y una corteza de jabón todo para: lavarse el pelo, la cara, las axilas, fregar los platos y lavar las bragas.

El primer contacto del comandante JM Mancuso con el sistema de racionamiento lo tuvo cuando Edelmira Salazar quiso preparar algo a su invitado norteamericano. El comandante le dijo a Edelmira que había prometido a su abuelo vivir lo más cerca posible de la sociedad oprimida por el «sistema igualitario» y ella se ofreció a mostrarle en directo como el pueblo conseguía la base de su alimentación utilizando la «Libreta»: documento fundacional con la que pueden retirar para el mes los suministros que da el Gobierno revolucionario a sus trabajadores.

Tuvieron que visitar distintas «bodegas» para conseguir lo que cada una disponía, el dependiente escribía en la Libreta de racionamiento la cantidad entregada y lo remataba con un sello de tampón. Edelmira pudo conseguir lo que le correspondía a su familia para todo el mes. Cubrirían las necesidades alimenticias de un par de semanas.

En la bodega donde se retiraban las proteínas consiguieron un par de pescados que según Edelmira eran caballas... posiblemente comestibles... cuando el comandante preguntó por la carne Edelmira dijo: «Aquí sólo dan pollo, hace meses que no lo traen»

Eso sí, les dieron una misteriosa carne molida mezclada con un cereal desconocido para el comandante que engañaba a la vista dando la falsa sensación de cantidad. Según Edelmira si la misteriosa carne era de cerdo se la conocía como «picadillo», si era otra cosa «pollo con suerte». La fuente de proteínas más fiable para los cubanos son los huevos, a los que llaman cariñosamente salvavidas. Con su Libreta Edelmira consiguió seis y debía despedirse de los huevos hasta el próximo mes. Con todo lo conseguido Edelmira no podía sorprender a su invitado con una cena como la del «Día de Acción de Gracias» ¡Esto es Cuba!

Sólo los padres de la Revolución están a la altura de los decadentes imperialistas americanos, compren todo lo que quieren pagando con dólares y reciben del camarada Leonid Brézhnev: Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, el caviar ruso «osetrá» en tarros de kilo.

Su primera noche en Cuba el comandante JM Mancuso la pasó durmiendo sobre una desvencijada silla, no podía meterse en la cama con el niño y los Salazar.

No quería ser una carga para la familia, quería vivir solo, así que Walfredo Salazar le consiguió un minúsculo departamento en otra casa de la misma calle por la módica cantidad de ¡siete dólares americanos! un precio ridículo si en el bolsillo tuviera algo más de los ¡veinte dólares! con los que quería probar si era posible vivir todo un mes como un cubano.

Según Walfredo si cambiaba los trece dólares que le quedaban conseguiría en el mercado negro unos quinientos pesos cubanos, pero para qué cambiar dólares por pesos, en La Habana el dinero cubano es un «virus» inútil que nadie quiere coger.

Él como extranjero no tenía derecho a Libreta para comprar en el sistema, tenía que pagar con dinero y con los dólares tenía más posibilidades que con el «virus money». Con los trece dólares que le quedaban en el bolsillo podía comprar en los shopping, como llaman los cubanos a las tiendas para extranjeros donde hay de todo y no es posible pagar con pesos. Problema. Si compraba en las tiendas para turistas con trece dólares tendría poco que comprar, si lo hacía en las bodegas del sistema los dólares convertidos en «virus money» tendría lo imprescindible para unos días.

Decidió de momento no cambiar los dólares, tendría para comprar algo de emergencia en un shopping que su estómago conociera y aceptara, no el «picadillo» o el «pollo con suerte» que comen los cubanos. Además, el «sistema» vende: arroz, judías, lentejas, garbanzos y patatas de vez en cuando. Para él estaban de más, no sabía cocinar.

Con estos pensamientos se encerró en su alquilado departamento y miró alrededor para valorar lo que tenía. En Cuba las viviendas que reciben en usufructo los obreros del Estado obedecen a la filosofía que implantaron los soviéticos en su país y en los países satélites de ideología marxista-leninista, bien por propio deseo, o por ser obligados: cuatro paredes sin puerta, sin intimidad, a medio pintar, sencillas, todo muy comunal y austero, sin confort ni detalles elegantes que pudieran ser tomados por el camarada comisario como lujo de las sociedades decadentes y burguesas destinadas a desaparecer.

Las paredes del departamento tenían tres colores distintos, en Cuba cuando se acaba un bote de pintura es imposible encontrar otro bote del mismo color. No disponía de baño, tenía que utilizar el comunal, ya descubriría donde estaba. Si quería fregar un plato o lavarse unos calcetines lo tenía que hacer en una de las dos piletas con un grifo de agua fría que había en el patio para el uso de todos los vecinos... en los países comunistas todo es comunal. Sobre una encimera el casero le había dejado un infiernillo de petróleo y lo más cosmopolita que tenía era un pequeño frigorífico que sólo le serviría de armario, el suministro eléctrico funciona como todo en Cuba, muy mal.

No había armario, debía guardar la ropa en un arcón que habían traído los piratas cuando Cuba era su parada y fonda... además de prostíbulo. Ningún problema todo su equipaje estaba en la mochila que fue a parar al arcón. La cama no era para un gringo alimentado, cuando la pobre le vio entrar pensó que el yanqui debería dormir en una hamaca entre dos palmeras. El suelo estaba cubierto con varios tipos de losetas robadas en otras casas antes de ser ocupadas. No había ventana, sólo un pequeño tragaluz en lo alto que no servía para nada. La iluminación era por medio de una bombilla colgada de un cable y para los cortes de luz tan frecuentes en La Habana había un candil que funcionaba con el mismo combustible que el infiernillo. El lugar sin duda sería confortable para un cubano, para un yanqui era deprimente.

“En el paroxismo de mal gusto para un convencido anticomunista un póster del Che Guevara le retaba con mirada amenazante dejando claro que allí, en «su Cuba», están de más los opresores imperialistas”

Con la ruina que gira alrededor de los cubanos hay que reconocer que tienen un extraordinario sentido para mantener lo que les proporciona el Estado, no en orden y recién pintados, pero sí limpios. La ropa es escasa, pero la mantienen limpia, planchada y con los botones en su sitio, aunque no todos iguales. Los cubanos son maestros en el arte de ignorar la tristeza. Están acostumbrados a permanecer vigilados, a susurrar y saber callar. Hablar de política o de Fidel Castro sin glorificarlo es ponerse delante de un blindado en la plaza de Tian'anmen, que en chino quiere decir «Puerta de la Paz Celestial», o la manera más rápida para reunirse con el espíritu de Buda.

El cubano aprende desde joven a mantener la distancia con quien está dispuesto a denunciar a un sospechoso a cambio de un bocadillo de panceta. Hay que trabajar para vivir en Cuba, pero no es fácil conseguir trabajo si el que acude a la oficina de empleo no vive por y para la Revolución. Lo tienen crudo los que se empeñan en creer en Dios.

En la década de 1980 hubo una mejora de las relaciones entre el Vaticano y el gobierno comunista de Cuba. Con el triunfo de la Revolución Fidel Castro obligó a los religiosos extranjeros a salir del país. Con las medidas antirreligiosas los cubanos escondieron su verdadera fe, los cristianos no solicitaban el bautismo para sus hijos ni casarse por la iglesia. Lo más cómo y menos peligroso era juntarse en parejas sin compromiso escrito. La mayoría de los cubanos de esa época son hijos de solteros.

¡Las medidas llegaron al extremo que se prohibió celebrar la Navidad!

En Cuba no existían sindicatos obreros ni partidos políticos por estar alejados de los principios del marxismo-leninismo. El comandante Fidel terminó con el derecho a la huelga y los beneficios sociales prerrevolucionarios. Abrió los ojos de los cubanos para que le ayudaran a conquistar el poder, después se los cerró para que no vieran las consecuencias.

En Cuba no había emprendedores, nadie podía convertirse en empresario, el único patrón era el Estado unitario. Su sistema de moderna esclavitud obligaba a las empresas extranjeras establecidas en Cuba a comprar la mano de obra al Gobierno revolucionario y pagarla en dólares. El obrero recibía una pequeña parte en pesos («virus money») determinado por las autoridades revolucionarias.

Los arriesgados que ignoraban el trabajo eran acusados de peligrosidad, vaga acusación castigada con la cárcel. En Cuba no es posible ocultarse, es la Sociedad de los expedientes. La peligrosidad está considerada por el ejército y la policía revolucionaria como el primer paso para cometer delitos mayores, por tanto, corta de raíz las malas actitudes. Sin embargo, hace la vista gorda ante el acoso a los jóvenes y la prostitución infantil. Cuba es uno de los países preferidos por el turismo sexual y la autoridad lo permite por el filón de oro convertido en divisas que representa.

Walfredo Salazar le contó durante la humilde cena que le prepararon de bienvenida que los cubanos se llevan lo que pueden de sus puestos de trabajo, roban para comprar en el mercado negro lo que necesitan para subsistir. Él mismo robaba combustible y piezas de recambio de los coches oficiales con los que trabajaba para el Gobierno y Edelmira piezas de metal y bombillas de la fábrica de lámparas donde consiguió trabajo.

Un camión de componentes electrónicos procedentes de la Unión Soviética queda diezmado tras su paso por el puerto de La Habana y reducido a la mitad antes que sea registrado en el almacén de la fábrica. Con la parte que queda se montan algunos aparatos. Parte de ellos son robados y vendidos en el mercado negro.

El comandante Mancuso no podía valerse del sistema porque no tenía trabajo, así que con el sueldo de veinte dólares que se había adjudicado sería imposible comprar todo lo que necesitaba para sobrevivir. Pensó en comprar un embudo y una goma para robar combustible a los coches aparcados. Walfredo le dijo que lo que mejor funciona en los coches cubanos son sus sofisticados sistemas de cierre que los dueños ponen a los tapones del tanque de la gasolina ¡Estaba perdido!

Con todo los cubanos son un pueblo de gente encantadora que beben sus tragos de alegría y de amargura en el mismo vaso.

Los cubanos no creen en nadie, pero se lo creen todo. No hay que discutir con un cubano, ellos nacen llenos de sabiduría. No necesitan leerlo todo, todo lo saben, no necesitan viajar, lo han visto todo ¡Son el pueblo escogido! Escogido por ellos mismos.

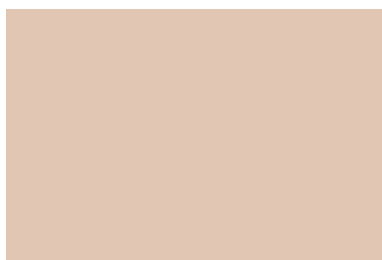
Los cubanos se caracterizan por ser un pueblo inteligente, simpático, jovial, alegre y divertido. Cada cubano lleva dentro de sí la chispa con la que se caracterizan los genios, por eso reunir a los cubanos es fácil, pero unirlos es imposible.

Los genios chocan entre sí.

Son capaces de ofrecer la solución antes de conocer el problema, cuando discuten en lugar de decir: no estoy de acuerdo contigo dicen, estás equivocado.

A un cubano no se le puede hablar de lógica, eso implica razonamiento y medida y el cubano es muy exagerado, lo que hay en su país es lo mejor del mundo. Son muy desprendidos, lo que un cubano necesita para comer todo el mes lo sirve en la mesa cuando llega un invitado. Se queda sin café para que al vecino no le falte.

Para los cubanos no existen los problemas. Saben lo que hay que hacer para eliminar el terrorismo, pagar la deuda externa, derrocar al gobierno, echar a un presidente, cual es el camino para convertirse en una potencia mundial y cómo se elimina el hambre de África ¡Pero son incapaces de poner en marcha estas medidas en su propio país!



Capítulo IX

Un hogar cubano:

U n «¡Con permiso!» que llegó desde la puerta entreabierta del departamento le sacó de sus reflexiones: era la esposa de quien se lo había alquilado que le traía un café de bienvenida y un poco de azúcar envuelto en papel de estraza. Aldo, su marido, había recibido toda la casa en el reparto que hizo el comandante Fidel entre sus camaradas revolucionarios cuando entraron en La Habana en enero de 1959. Ahora ya no era camarada, ni amigo, ni propietario de la casa, fue defenestrado por casarse con María, su mujer, hija de un emigrante español natural de la isla de Gran Canaria que causó la ruina política a su marido por ser creyente católica.

Después de tomarse el café decidió dar una vuelta para tomarle el pulso a la ciudad. Al salir fuera comprobó el lamentable estado de conservación del edificio, el Gobierno revolucionario no cuida de sus propiedades y tampoco lo hacen los que las ocupan, bastante tienen con mantenerlas limpias. Pronto recibió una bofetada mezcla de calor y olor que estuvo a punto de hacerle desistir del paseo, pero debía acostumbrarse cuanto antes al ambiente y echó a andar por las calles que, aún estando limpias, daba pena transitar por ellas. Pasó por bares, cafeterías y tiendas donde los prolíficos abastecedores exhibían sus mercancías obtenibles únicamente con dólares americanos, por tanto, fuera del alcance del proletariado cubano. Tenía que olvidarse de todo aquello, ser fuerte y cumplir con su compromiso. Había venido a Cuba a refrescar su español y su abuelo le había pedido aprovechar la ocasión para acercarse al que fue su pueblo y comprendiera por qué tuvo que huir de Cuba. La mejor manera era tratar de vivir como un cubano, se lo había pedido su abuelo y él se había comprometido... aunque empezaba a dudar si sería posible. JM Mancuso había sido educado para resistir cualquier tipo de dificultad, así que no podía desfallecer por tener sólo trece dólares en el bolsillo.

Lo primero que hace un turista en La Habana es ir al Malecón y aprender a apartar a los que salen como hongos en un campo de golf pidiendo: un dólar, los deportivos, jabón, un bolígrafo, algo de ropa de la que uno lleva puesta. Los muchachos se ofrecen como guías para recorrer la ciudad, las muchachas se ofrecen para... luego están los que dicen que tienen drogas o pastillas.

Adelgazar, coger algo más de color y cambiar su ropa por la de un cubano, más gastada y pasada de moda, evitaría ser continuamente asaltado por los que piden o venden algo, pero también corría el peligro de que no le dejaran entrar en los hoteles donde él pretendía conseguir el sobresueldo que necesitaría para acabar el mes... si no podía dedicarse a robar gasolina.

A Cuba acuden los vecinos del norte en busca de mar, sol y sobre todo sexo. Quizá sean los canadienses lo que más solicitan tener a su lado una «jinetera», o un «jinetero», según la inclinación sexual de cada uno. Por una cantidad que representa mucho para un cubano y muy poco para un canadiense, ellas y ellos se sirven de jóvenes que mantienen alejados a los pedigüeños, a los insistentes vendedores, y se encargan de proporcionar al «amo» todos los placeres que necesite durante su estancia en Cuba.

El comandante Mancuso sabía que las mujeres canadienses, que en su país suelen ser tímidas y recatadas, solicitan siempre compañía. Si no podía robar gasolina podía dedicarse a ese negocio el tiempo preciso para refrescar su español.

Frente al Malecón estaba el Hotel Nacional. Pensó que con un café negro que llevaba en el estómago necesitaba algo más para acercarse a lo que su metabolismo precisaba para disfrutar del sol de Cuba. Si no podía gastar energía, más de la que gasta un varón caminando, tendría que olvidar que por el extraño magnetismo de la isla caribeña experimentaba ininterrumpidos procesos de erección que no le abandonaban ni por un momento desde que había llegado.

Pensó rodear el amplio jardín del hotel y dirigirse a la parte de atrás para explorar los contenedores de las sobras de la cocina, pero se dijo que hurgar en los cubos de basura únicamente lo utilizaría como último recurso. Quizá Fidel Castro vea con orgullo como los habaneros están perfectamente capacitados para encontrar recursos y no morir de hambre, pero a Ronald Reagan no le gustaría nada ver que un orgulloso ciudadano norteamericano busque comida entre los desperdicios como un perro callejero.

Por su forma de moverse en este tipo de ambientes de hoteles de cinco estrellas el comandante recorrió las instalaciones del hotel sin que los miembros de seguridad le pidieran identificarse. Deshecho definitivamente la idea de vestirse como un cubano.

El Nacional es el hotel más emblemático y elegante de la ciudad de La Habana y pensando en lo poco que podía gastar a lo más que podía aspirar era a un humilde café con leche y rezar porque le pusieran como obsequio una galleta. Ese día tuvo suerte: había una convención de tabaqueros y cerca del salón donde estaban reunidos habían puesto el coffee break para los participantes.

El comandante se acercó y le dijo a la muchacha que atendía el servicio que había salido a estirar las piernas y tomar un poco de aire. Ahora necesitaba tomar un zumo de papaya, si lo podía preparar. La muchacha dijo que sí, ofreciéndole una bonita sonrisa. Dejó un instante su puesto y fue a la cocina, momento que aprovecho el comandante para llenarse los bolsillos de canapés y comer los que pudo hasta que la camarera estuvo de vuelta con el zumo: «No se quite la identificación señor por favor» Le dijo señalando el bolsillo de su camisa. Después le preparó un buen café que el comandante agradeció devolviendo a la chica la mejor de sus sonrisas, lo único que le podía dar como propina.

Más tarde en los baños de hotel encontró a la señora de la limpieza que bajaba de las habitaciones y había parado en la puerta de los servicios para las señoras para cambiar algo allí, momento que aprovecho el comandante para coger una toalla grande de baño y enrollársela debajo de la camisa.

Pensó que por ese día ya estaba bien y fue a sentarse en el hall del hotel a leer la prensa oficial, la única permitida en Cuba, donde no faltaban los insultos y críticas al presidente Reagan y su decadente imperio norteamericano.

Volvió al departamento avanzada la tarde. Vacío los bolsillos y comprobó el desastre en el que se habían convertido los canapés, sobre todo los de huevo. Busco un plato y puso en él los desechos de los canapés pensando que a pesar de la mala imagen se los comería, aunque tuviera que cerrar los ojos. Fue entonces cuando Edelmira entró en el pequeño departamento con un tímido «¿Se puede?» Traía un plato de buñuelos de yuca y malanga cubiertos cuidadosamente con un pañuelo blanco.

El comandante le agradeció el detalle que le serviría de cena dejando sus maltrechos canapés para el desayuno del día siguiente. Se desabrochó la camisa y sacó la toalla que había cogido en el hotel y se la dio a Edelmira que abrió sorprendida los ojos, seguro que hacía tiempo que no tenía en sus manos una toalla grande de baño de esa categoría.

Muy agradecida le dijo que por la mañana le traería un poco de café molido y azúcar para que se preparara el desayuno y recogería el plato y el pañuelo... tenía prisa por enseñarle a su marido el regalo.

Al día siguiente por la mañana el comandante se preparó un café muy azucarado con parte de la provisión que le había traído Edelmira y se comió lentamente para prolongar la experiencia los maltrechos canapés. Sabía que los cubanos eran capaces de denunciar a un vecino sospechoso o contrarrevolucionario por un bocadillo de salami, en las mismas circunstancias él estaba dispuesto a denunciar al presidente Ronald Reagan a cambio de un donut.

Con el ligero desayuno calculó haber ingerido unas... quinientas calorías... tendría que salir a la caza de las dos mil que le faltaban. Se pasó por la cara la máquina de afeitar, felicitándose por haber traído una de pilas, podía sacarle la lengua al suministro eléctrico de Cuba. Sentarse a meditar en un aseado inodoro y el resto de su aseo personal lo reservó para los servicios del hotel que visitaría ese día por la mañana, allí encontraría, además de jabón y toallas limpias, un fino y acariciante papel higiénico.

Del mismo modo que los cubanos utilizan su ingenio para sacar dinero hasta del fondo de un pozo, el comandante utilizaba su planta y condición de extranjero para tener acceso a los hoteles con aire acondicionado, donde los cubanos tienen prohibida la entrada por dos motivos: Con el sueldo que les paga el Estado no pueden ni soñar pagar una noche de hotel. Fidel Castro no quiere que los cubanos despierten de su engaño viendo como viven los explotadores burgueses y fascistas que vienen a visitarles.

Aquel día el comandante JM Mancuso se decidió entrar en el hotel Habana Libre, el hotel que Fidel Castro requisó a Conrad Hilton, del Grupo Hotelero norteamericano Hilton, cuando aún no llevaba un año funcionando. El hotel Habana Hilton era el más alto y lujoso de toda América Latina cuando fue nacionalizado por Fidel Castro. En la suite 2324, llamada La Continental, instaló su cuartel general en espera de culminar su plan de requisar: edificios, fincas y palacios propiedad de la burguesa sociedad cubana.

Cedió dos plantas del hotel a la Unión Soviética para que instalaran allí su embajada. El resto del hotel lo ocuparon sus compañeros de Revolución mientras confiscaba y preparaba residencias más adecuadas a su condición de camaradas revolucionarios.

Fidel Castro nacionalizó los hoteles, cerró los casinos, requisó las empresas y expulsó a sus propietarios que tuvieron que dejar en la isla todo lo que tenían. El embargo comercial económico y financiero de los Estados Unidos, como respuesta a las expropiaciones llevadas a cabo contra ciudadanos y empresarios norteamericanos, es para los observadores de la izquierda marxista un crimen sin precedentes contra un Estado que lucha por la libertad del pueblo.

La imagen de la mayoría de los edificios ocupados por la Revolución era desoladora, los hoteles y negocios requisados por el Estado unitario no recibían ninguna atención, conservaban la misma fisonomía que tenían cuando fueron nacionalizados, desposeídos o arrebatados a sus legítimos dueños. Con la celebración de los XIV Juegos Centroamericanos y del Caribe, Fidel Castro ordenó realizar mejoras para ofrecer una buena imagen a las autoridades invitadas, algunas de estas reformas se estaban llevando a cabo en el hotel Habana Libre.

Cuando entró el comandante Mancuso en el hotel los guardias de seguridad que se dedicaban a mantener alejados a los cubanos sonrieron y le saludaron pensando que estaba allí hospedado. Por su trabajo una buena parte del tiempo lo pasaba volando, la otra pernoctando en hoteles de lujo, tenía la suficiente soltura para que el servicio del hotel no pensara que estaba allí para ver lo que caía. Cuando vio el bufé que el hotel preparaba para el desayuno le dio un vuelco el estómago abriendo los ojos como el que descubrió el tesoro que tenía en la cueva Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Pensó que esa era la sensación que debía sentir un cubano ante tal espectáculo gastronómico y se maldijo entre dientes por haberse comprometido con su abuelo para tratar de vivir como ellos durante el tiempo que permaneciera en Cuba. Los hay tontos, él era el mayor de ellos. Se alejó de allí al verse tan atraído por los cocineros del bufé como Ulises ante el canto de las sirenas.

Se dirigió hacia el bar Las Antillas, que lo estaban ampliando y redecorando. Se sentó en una mesa junto a la de un turista que se acababa de marchar, dejando dos cosas que necesitaba: un periódico norteamericano y dos dólares de propina para el camarero. Por arte de magia el periódico estuvo al instante en sus manos... y el dinero en el bolsillo derecho de su pantalón.

Cuando se acercó uno de los camareros para preguntarle si deseaba tomar algo le dijo que no y le dio uno de los billetes de dólar, un gesto que sirvió para meterse al sonriente camarero en el bolsillo y que él y sus compañeros le dejaran deambular por allí sin mirarle con desconfianza. Cuando terminó de leer el periódico, y recordar lo bien que vive la gente fuera de Cuba, se dirigió al Restaurante Polinesio que lo estaban reformando para la gente que llegaría durante los Juegos por si encontraba algo que pudiera llevarse: un wok, por ejemplo, para regalárselo a Edelmira.

Otro de los lugares que estaban habilitando en el hotel era el Salón Siboney, allí ensayaba una nutrida orquesta con un grupo de bailarines del Cabaret Tropicana en el que sobresalían dos primeras vedettes que bailaban tan sólo vestidas con una minúscula camiseta de hilo y unos ajustadísimos pantalones tejanos.

Al comandante se le aceleró el problema de sus repetidas erecciones por lo que tuvo que entretenerse mirando unas mesas alargadas donde les habían servido a los músicos y artistas: sándwiches, pequeños bocadillos, zumo de frutas tropicales, té, mucho café y agua mineral importada de Francia en grandes cantidades.

De los bocadillos sólo había quedado unas migas de pan que los pájaros agradecerían cuando se limpiaran las mesas.

Los sándwiches habían corrido la misma suerte, menos uno que envuelto en una servilleta blanca le decía al comandante: «Soy todo tuyo» El comandante no dudó en reivindicar su propiedad metiendo el sándwich en su bolsillo y notando que, aunque el tentempié se aplastaba un poco por la presión de pantalón contra su muslo, se había acomodado de tal forma que podía quedarse allí dormidito durante horas.

De momento nadie le dijo nada sobre su permanencia en el salón viendo el ensayo, así que se preparó un par de buenos vasos de zumo, un café muy azucarado para reponer energías y se hidrató bebiendo agua de Evian. Mientras miraba el ensayo se acercó un negro de cara simpática que se presentó como el showman Boniato, alguien que debía ser muy popular en La Habana porque lo dijo esperando que el comandante abriera los ojos como si le hubiera dicho que se trataba de Stevie Wonder.

Según Boniato la orquesta y él ensayaban con parte del ballet Tropicana un número especial preparado para los invitados de los hermanos Castro que venían a los Juegos Centroamericanos y se hospedarían allí, en el hotel Habana Libre. Dijo que uno de los bailarines era su sobrino y protegido de la homofobia con la que eran perseguidos los homosexuales en Cuba desde el triunfo de la Revolución. Los «marincones» como los llamaba Fidel fueron perseguidos y encerrados en las UMAP donde se les obligaba a realizar trabajos pesados para convertirlos en puros machos cubanos:

“Ante la nueva enfermedad conocida entonces como inmunodeficiencia asociada a la homosexualidad (después SIDA) Fidel Castro ordenó deportar a los excluidos homosexuales que quedaban en la isla después del éxodo de Mariel con la ilusoria esperanza de que los marincones que expulsaba fueran seropositivos y se convirtieran en una bomba de relojería pandémica en suelo norteamericano”

Los excluidos sociales del «fidelismo», sacerdotes y religiosos de todos los credos, incluidos los santeros, fueron expulsados de la isla. Muchos se hicieron pasar por lo que «nunca fueron» para escapar del paraíso de Fidel, señor omnipotente y único Dios.

Después de dos zumos más y un segundo café un guardia de seguridad le preguntó si tenía autorización para ver el ensayo, fue como decirle: «desaloje». El comandante pensó que efectivamente sobraba allí si el hotel no sacaba más sándwiches a los que ensayaban. Deshizo el camino hasta la puerta viendo como una de las bailarinas andaba como loca de un lado para otro preguntando quién había visto su sándwich de pavo.

Tratar de vivir como un cubano siendo norteamericano es ilusorio e irrealizable. Los perros callejeros tienen sus propias estrategias de supervivencia, como las tienen los cubanos desde niños. El comandante se sentía como perro abandonado en la gasolinera.

A pocas manzanas de su casa encontró un cartel hecho a mano que decía Café y una ventana con barrotes donde una mujer le miró con desconfianza porque no era cubano. El comandante le enseñó el dólar que le había sisado al camarero del Habana Libre y la mujer le sacó un panecillo lleno de carne procesada y una bebida que posiblemente fuera coca-cola si el que la tomaba ponía su empeño en creerlo. Después le devolvió unas monedas que el comandante aceptó por si necesitaba pagar un café en un chiringuito similar.

Con el sándwich que llevaba en el bolsillo tenía solucionado el desayuno del siguiente día, así que se llevó a casa su pedido envuelto en papel de periódico pensando que, a ese ritmo, se quedaría sin dinero.

En casa encontró una sorpresa: Edelmira le había dejado junto al hornillo un tarro de cristal con algo más de café molido, una lata con azúcar moreno, una cucharilla, un vaso de cristal y un utensilio de lata que parecía ser una cafetera ¡Su hogar empezaba a funcionar! Sacó el dinero y el sándwich del bolsillo y al quitarse el pantalón rompió la cremallera, una verdadera contrariedad porque en su esfuerzo para parecer un cubano sólo había traído el que llevaba puesto.

Comprar un pantalón sería un problema, los cubanos se arreglan con la ropa que les facilita el Gobierno, él tendría que ir a un shopping donde le cobrarían todo el dinero que llevaba encima. Necesitaba que alguien le arreglara la cremallera por una módica cantidad que no rebajara su capital a límites de peligrosidad. Se sentó en la cama maldiciendo por no tener un televisor, algo imprescindible en la vida norteamericana y tan poco importante en la Cuba del Che Guevara. Sacó un libro de la mochila, pero pronto se dio cuenta que no era el apropiado para leerlo allí, trataba de gente que vivía con el refrigerador lleno y vivía en preciosas casas con piscina y televisores gigantes.

Pensó que lo mejor para leer en ese ambiente era Los Miserables, de Víctor Hugo, aunque el libro cita entre otros acontecimientos la Revolución francesa y maldita la gracia que él tenía de leer algo que le recordara la Revolución cubana.

Tiró a un lado el libro y decidió comerse el panecillo con la carne y el brebaje de bebida que simulaba ser coca-cola. La carne no tenía mal sabor, o era el hambre que tenía lo que la hacía comestible. La bebida se la tragó pensando que cuando volviera a la civilización no tomaría nunca más algo parecido.

Cuando terminó se preparó un café con su propia cafetera y tras azucararlo generosamente se lo bebió en su propio vaso de cristal.

Al rato se desvistió del todo y volviendo a mirar el póster del Che se echó en la cama con una mueca que vista a través de un espejo no era más que una amarga sonrisa.

Al rato el hambre fue capaz de anestesiar su organismo... se quedó dormido.



Capítulo X

Aldo:

Abrío los ojos cerca de las diez de la mañana y lo primero que vio de nuevo fue la foto que hizo el fotógrafo cubano Alberto Korda al Che Guevara al paso de los muertos del primer atentado terrorista contra el gobierno de Fidel. La figura del Che despierta tantas pasiones a favor como en contra: para sus partidarios es el símbolo que representa la rebeldía y la lucha contra la injusticia social, para otros el criminal del disparo en la cabeza que sembró el terror en el pueblo cubano. Se puso el pantalón y una camisa de recambio y salió al patio en busca de agua para hacer el café. Pegada a la pila encontró a María, la mujer del casero fregaba una cacerola con un estropajo de cáñamo y una corteza de jabón gastada. Al verle se apartó ligeramente a un lado para dejarle llenar su cacharro de agua y le saludó con una sincera sonrisa:

«Buenos días, señor ¿Ha dormido bien?»

El comandante respondió con un cortés «Sí» y como no recordaba como se decía cremallera en español señaló a su bragueta sin fijarse que las condenadas erecciones, presentes en esa parte del pantalón desde que había llegado.

«¡Huy, señor!» —dijo María separándose de la pila.

El comandante se disculpó cambiando de color y explicó a María como pudo que necesitaba arreglar la cremallera, sólo tenía el pantalón que llevaba puesto. Con gesto maternal le dijo que se lo quitara, ella se lo arreglaría, mientras tanto le dejaría uno de su marido por si necesitaba salir. El comandante se negó a quitárselo allí y ella riendo le dijo: «No se preocupe, no veré nada que no esté acostumbrada a ver cuando mi marido se desnuda»

Ella hizo la intención de desabrocharle el cinturón y fue ahora el comandante quien retrocedió quitándose él mismo el pantalón. Se lo entregó a María que acto seguido se marchó a su casa viendo como el comandante volvía a la suya con el cacharro de agua para el café. Se preparó una buena carga de café y rescatando el sándwich de pavo se lo comió despacio para hacer más largo el placer de comer. Dos tazas de café con azúcar tendrían entre setenta a ochenta calorías, el sándwich de pavo ciento cincuenta... volvía a empezar el día con déficit.

En eso estaba cuando entró el casero, un hombre que no era tan mayor como aparentaba, el Gobierno cubano se encarga de producir esos devastadores efectos. Con el nombre de Aldo envolvía su verdadero nombre para pasar desapercibido. Le dio un pantalón que traía y el comandante se lo puso. Le quedaba un poco estrecho y sin duda le hubiera venido mejor otro más largo, pero era lo que había y no le quedaba otra que agradecerse al señor... Aldo. El casero le preguntó si todo iba bien y si le faltaba alguna cosa que él le pudiera proporcionar.

—Más que faltar hay cosas que maldita la gracia —dijo el comandante mirando al póster del Che.

—Fuera de Cuba hay jóvenes que llevan esa imagen en una camiseta o tienen un póster igual en su habitación, piensan que representa la imagen de la libertad que no existe en Cuba. Puedo cambiar ese póster por otro de Mao, de Lenin, pero tendría un serio problema si lo cambio por uno del presidente Reagan —dijo Aldo mirando fijamente a su inquilino.

El comandante le ofreció café, el casero hizo un gesto bajando la mano para decir:

—Gracias, ahora no. Me disponía ir al «Agro» ¿Le provoca acompañarme?

El comandante dijo que sí, quería conocerlo todo para contarle a su abuelo.

Los Agros son mercados de productos agrícolas, o mercados de granjeros, donde no existe calidez de trato entre granjeros y consumidores. Se trata de destartalados recintos que agrupan feos, ruidosos y atestados puestos de madera con poca higiene, atendidos por gente sudorosa que venden frutas y verduras con los precios que les marca el Estado unitario. En este Agro en particular también había un espacio separado de las frutas y verduras donde unos impresentables y mal vestidos carniceros tenían carne de cerdo apiñada en montones, a la que cortaban con las manos sucias y llenas de sangre con unos cuchillos que pedían a gritos ser afilados. Al precio que se vendía la carne no todos podían comprarla.

El comandante, al ver la disimulada mirada de deseo de Aldo, comprendió que su discreto casero tampoco. Le dio tres dólares para que buscara el cambio en negro más provechoso ofrecido por los tipos que se paseaban entre los puestos diciendo: «cambio» y que comprara algo de fruta para él y carne y verdura para llevarle a María. El cambio resultó provechoso, con los tres dólares convertidos en sobeteados billetes cubanos llenó Aldo dos bolsas de que llevaba plegadas en sus bolsillos, y todavía el casero le devolvió monedas de todos los tamaños de «virus money». Se acercó a un puesto donde había panecillos y la mujer que lo atendía le pidió la Libreta.

El comandante adelantó la mano con todas las monedas que tenía y la mujer negó dos veces con la cabeza, pero ante la insistencia del yanqui miró a izquierda y derecha y arrebatándole el dinero con gesto rápido le envolvió tres panecillos en una página del Granma, periódico del partido comunista cubano.

Saliendo del Agro la gente se les acercaba susurrando: «Camarones, tengo camarones». Otro vendedor se subió a un árbol donde tenía mangos escondidos, bajo uno para que lo viera. El precio era prohibitivo, mejor otro día.

De camino a casa pensó que todavía le quedaban muchos días para los diez dólares que tenía en el bolsillo y los pesos que le había devuelto la señora del chiringuito el día anterior.

A cada momento se cruzaba alguien en el camino para pedirles dinero, incluso una preciosa chiquilla de catorce años se ofreció al comandante para hacerle una mamadita por un dólar.

Pensó que sus propias opciones serían lúgubres en el tiempo que aún le quedaba de vivir en Cuba, si la cosa seguía así tendría que ser él quien se arrimara a los yanquis para pedirles un dólar. Naturalmente a cambio de nada, por el proceso de combinación y mezcla de sus rasgos genéticos con los de la muchacha de catorce años él no tenía nada atractivo que ofrecerle a un yanqui.

Dejó la fruta en el departamento. Después se dirigió a la casa de Aldo donde María preparaba un excelente guisado de cerdo con papas al estilo cubano para los tres.

El matrimonio ocupaba la mejor parte del edificio donde además de su pequeño departamento había más viviendas ocupadas por otras familias. Aldo le recibió con la cubana costumbre de ofrecer como bienvenida un tinto: pequeña taza de café negro solo con azúcar al gusto (También a esta taza de café se le llama chiringuito) Se sentaron en una pequeña mesa redonda ideal para tomar café colocada aparte del amplio salón, muy limpio y bien amueblado, por cierto.

En una de las paredes había un piano vertical con el que Aldo daba clases a los hijos de antiguos amigos y compañeros revolucionarios que estaban bien colocados en el Gobierno, clases que le ayudaban a comprar lo elemental para salir adelante. Sobre el piano había fotografías enmarcadas en blanco y negro donde se veía a Aldo vestido de guerrillero junto a Fidel y otros revolucionarios en Sierra Maestra. Había un par de ellas con el Che Guevara y Camilo Cienfuegos en la Sierra de San Cristóbal y otras de la entrada en La Habana de la guerrilla donde se le veía levantando el puño junto a Juan Almeida y Vilma Espín, la mujer de Raúl Castro.

—El edificio entero me perteneció hasta que fui expulsado del Gobierno —le explicó el casero con voz de circunstancias—. Fidel me dio este edificio y una villa en la Quinta Avenida de Miramar, una bonita propiedad que tuve que abandonar al no acatar los preceptos del partido comunista, los muebles y el piano pertenecen a esa villa.

—¿Que hizo para ser defenestrado? —preguntó el comandante terminado el café.

—Casarme con María.

Contestó el casero retirando las pequeñas tazas y colocando en su lugar un par de vasos y una botella de ron cubano: otra costumbre muy de la tierra.

—Para los comunistas el matrimonio no es más que una forma de esclavitud social, los emparejamientos domésticos están mejor vistos y las madres solteras son las que reciben mayores ayudas. Durante la etapa de la dictadura de Fulgencio Batista mi mujer y yo estábamos juntos como pareja de hecho, como la mayoría de mis compañeros del PSP. Cuando me uní a Fidel Castro en Sierra Maestra ella y nuestro hijo de cinco años lo pasaron mal, muy mal, viviendo perseguidos y sin derechos.

»Mi mujer tiene una profunda devoción religiosa, iba a diario a la iglesia y enseñó a mi hijo a tener esperanza y rezar por su padre, así que le prometí que nos casaríamos en cuando llegara el triunfo de la Revolución.

»Cuando ocupé un cargo importante en el Gobierno de Fidel conseguí que el Arzobispo coadjutor de La Habana nos casara. Fue una ceremonia privada en la Catedral de la Virgen María, que está aquí cerca, en la zona más antigua, ha sido declarada este mismo año Patrimonio de la Humanidad.

»Don Evelio ofició para nosotros una ceremonia con las puertas de la catedral cerradas a la que asistieron sólo familiares y algunos íntimos amigos. Para mí fue una sorpresa que me llamara el comandante para decirme:

«Lo que nosotros estamos exigiendo a nuestros hombres es la adhesión plena al marxismo-leninismo... se supone entonces que estar unido al partido es aceptar la política del partido y su doctrina en todos los aspectos»

—¿Y la doctrina de Fidel es la de ser ateo como: Lenin, Mao, el Che, su hermano Raúl y él mismo?

—Fidel fue educado como católico, pero fue excomulgado en 1962 por el papa Juan XXIII por su hostilidad hacia la Iglesia, la persecución a los cristianos y cumplir con su amenaza de conducir a Cuba hacia el marxismo-leninismo —dijo Aldo—. Yo no estuve dispuesto a dejar a mi mujer y eso me costó la exclusión y perder las prerrogativas reservadas para las autoridades del Gobierno Revolucionario de Fidel Castro.

Hizo una pausa invitando al comandante para que le siguiera hasta la terraza del edificio mientras continuaba:

—Tuve que abandonar lo que había recibido, menos la parte que ocupamos mi mujer y yo en este edificio gracias a la vista gorda que hacen mis compañeros revolucionarios que permanecen en el Gobierno. Todo irá bien mientras los hermanos Castro no sepan que aún sigo aquí.

Desde la terraza se veía el trazado antiguo de aquella zona de La Habana donde todavía podían verse pequeños restos de la muralla que construyeron los españoles como recinto militar ofensivo. Los edificios eran el reflejo de una mezcla de estilos arquitectónicos donde podía apreciarse el testimonio de diferentes épocas: desde la colonial española, al paso por la isla de británicos y franceses. Con el gobierno interventor de los Estados Unidos muchas construcciones coloniales fueron demolidas y reemplazadas por construcciones con fachadas neoclásicas...con el triunfo de la Revolución todo esto dejó de funcionar y los edificios empezaron a morir poco a poco.

Desde la terraza se veía el edificio donde vivían Walfredo y Edelmira con su nieto.

“Durante su estancia en Sierra Maestra Aldo estuvo enfermo. Mal curada su enfermedad derivó en una enfermedad crónica que precisaba de un tratamiento específico con unas medicinas que Aldo no podía conseguir por encontrarse fuera del sistema sanitario del Gobierno revolucionario: quien no trabaja para el Estado socialista unitario de Fidel Castro está fuera del Sistema Nacional de Salud, a pesar de que el artículo 50 de la Constitución Cubana de 1976 dice que todos los cubanos tienen derecho a que se atienda y proteja su salud y el Estado garantiza este derecho”

El hijo de Aldo y María terminó la carrera de medicina y durante la celebración de un congreso pidió asilo político y se quedó en Madrid. Desde entonces enviaba a su padre las medicinas que necesitaba para su tratamiento, se las hacía llegar a casa de un amigo y antiguo camarada de Aldo que pertenecía al Gobierno revolucionario, única manera de recibir medicamentos y dinero del exterior.

Los medicamentos que precisaba Aldo no se encontraban en las farmacias donde pueden entrar los cubanos, sino en las llamadas internacionales en las que los cubanos no pueden entrar, un cartel en la puerta lo dice bien claro «Solamente los clientes con pasaporte extranjero pueden tener acceso a este servicio».

Para garantizar que ningún cubano entrara en una farmacia internacional había un guardia de seguridad las 24 horas del día que impedía la entrada a los ciudadanos de la Cuba libre. A la puerta de estas farmacias pueden verse escenas de cubanos pidiendo a los turistas que les compre una medicina que necesita para él, o para alguien de su familia.

“Aldo y María tampoco disponían de Libreta para conseguir además de alimentos, ropa y zapatos. En Cuba creer en Dios genera inconvenientes”

El nombre de Aldo que usaba para pasar desapercibido se debía a que tuvo en su casa de huésped a un cantante de ópera italiano que perdió la cartera y tuvo que solicitar documentos nuevos en la embajada. Cuando volvió a su país María haciendo limpieza encontró la cartera que estaba caída detrás de un mueble. Aldo se quedó con los papeles del italiano y con su nombre. Alguna vez lo había utilizado, nunca en asuntos donde la policía revolucionaria tuviera que intervenir profundamente, sin duda hubiera sido descubierto.

Aldo no quería marcharse de Cuba, no sabría vivir en ningún otro lugar que no fuera La Habana y, tanto María como él, pensaban que la dictadura de los hermanos Castro no sería eterna, en esta vida nada es para siempre, pero pasaban los años y todo continuaba igual. Por su condición de hispano cubana a María no le costaría conseguir un visado del Gobierno para salir de la isla, pero el vínculo que la unía a su marido era mucho más fuerte al haberse unido ante Dios.

El casero apoyó una de sus manos en una antena parabólica hecha con una extraña plataforma cóncava forrada con papel de aluminio del que se usa en Estados Unidos en la cocina para envolver alimentos. En el centro habían puesto un LNB hecho con un bote de conserva donde estaban montados los componentes electrónicos que permitían recibir señales de televisión por satélite. Los cubanos son auténticos genios utilizando materiales de desecho que encuentran en la chatarra.

En Cuba los medios de información son todos estatales, por tanto, censurados y manipulados por el Gobierno. Los canales de televisión por satélite sólo están disponibles para el cuerpo diplomático acreditado y los turistas extranjeros. Para el resto de la población están prohibidos, los que se arriesgan a montar sistemas para recibir programas de radio o televisión censurados por el gobierno Castrista pueden ser condenados a varios años de cárcel.

—Por la televisión sé que no vivimos en un paraíso, por mucho que lo diga mi excomandante Fidel. Me uní a él para traer a Cuba la libertad y ha sido él quien ha robado la mía.

Bajaron de nuevo a la casa y se sentaron en el salón ante la botella de ron mientras María terminaba de preparar su excelente guiso de papas cuyo intenso olor era capaz de traspasar las paredes.

—El tipo tan sonriente que está junto a usted debe ser alguien importante, su cara la he visto impresa en los billetes de veinte pesos —preguntó el comandante señalando una de las fotografías.

—Era Camilo Cienfuegos, El Caballero de Vanguardia, el hombre más carismático de la revolución —contestó Aldo—. Como jefe supremo formaba parte del alto mando del Ejército Revolucionario de la República de Cuba. Todos querían luchar junto a él, estar con él, abrazarlo, era el comandante del Pueblo. Muy querido por su humildad, sencillez y franca sonrisa, su popularidad sobrepasaba a la de Fidel...esa popularidad le mató.

—¿Cómo murió? —preguntó el comandante.

—Oficialmente desapareció junto al avión en el que viajaba, pero las circunstancias de su muerte no están claras, es posible que fuera asesinado en tierra por sus propios compañeros. Los hermanos Castro y el Che Guevara no aprobaban que el comandante Camilo Cienfuegos estuviera subido en el podio junto a ellos.

—A los hermanos Castro los conozco, sé lo que piensan y lo que hacen ¿Qué hay del Che Guevara? —volvió a preguntar el comandante.

—Un peligroso ideólogo. Se sentía incómodo donde no podía usar la pistola. Su convencimiento era que había que extender la lucha armada en todos los países donde el pueblo es explotado por el capitalismo. Impulsó la instalación de focos guerrilleros en África y América Latina. No sé por qué lo hizo, despreciaba por igual a los negros y a los mestizos, no le gustaban los indios, fuera de la raza blanca sólo veía con buenos ojos a los chinos, por supuesto sólo a los chinos comunistas. En el congo estuvo poco, no era su guerra, fue expulsado por su inoperancia militar.

—¿Y su talla como político?

—Fidel cometió un grave error al ponerle al frente del Ministerio de Industria y nombrarle presidente del Banco Nacional, en ambos cargos fracasó estrepitosamente. En la sierra los compañeros le llamábamos «Chanco» porque era guarro y descuidado, siempre olía a eso, a chanco.

»Aquí en La Habana recibía en su despacho con los pies descalzos sobre la mesa mostrando agujeros en los calcetines, calcetines que se cambiaba poco, por cierto, no entiendo como siendo asmático podía respirar su propio olor.

Aldo hizo una pausa para tomar un chupito de ron, después continuó:

—»En el único cargo oficial donde demostró sobrada competencia fue como director de la prisión de La Cabaña y responsable de la Comisión Depuradora. Con los juicios sumarísimos, dirigidos por gente que nada tenía que ver con la judicatura cubana, se encargó de sembrar el terror para alcanzar la sumisión plena de los cubanos. Puso en marcha en La Habana la misma política del tiro en la cabeza que él mismo practicaba con los prisioneros allá en Sierra Maestra. Era un personaje vengativo, sanguinario y despiadado que fusilaba por puro placer a los que no glorificaban los ideales del mundo comunista. Veía por todos lados chivatos, contrarrevolucionarios y agentes de la CIA, por tanto, estaba rodeado de miles de candidatos para ser fusilados. Él tenía una consigna que transmitía a los que estaban a su mando: «Ante la duda, mátalo»

»En ningún momento tuvo piedad con los prisioneros ni con los presos comunes de la cárcel de La Cabaña, firmaba penas de muerte con la misma frialdad y desprecio con la que trataba a los familiares de sus víctimas que le decían que su familiar no era culpable de nada, que obedecía ordenes de sus superiores. Es posible que el Che haya enamorado a muchos jóvenes con su propia muerte, pero mucho más enamorado estuvo él con la muerte de los demás.

—Entonces que fuera fusilado en Bolivia obedece a un principio de justicia retributiva: «Quien a hierro mata, a hierro muere» —sentenció el comandante.

—La CIA recomendó al gobierno Boliviano que le fusilara siguiendo la misma consigna que el Che Guevara dijo en su comparencia de 1964 en las Naciones Unidas:

«¡Fusilamientos, sí! Hemos fusilado, fusilamos y seguiremos fusilando mientras sea necesario»

»Sin embargo —continuó Aldo—, su fama de héroe quedó en entredicho cuando al ser acorralado y hecho prisionero por el ejército regular boliviano gritó asustado:

«No disparen, soy el Che Guevara, valgo más vivo que muerto»

—Para él sería un fiasco que el pueblo bolivariano al que fue a liberar con sus falsas promesas le denunciara y encaminara a los soldados hacia el lugar donde se escondía.

—A pesar de la extraordinaria valoración que tenía el Che de su persona para Fidel Castro valía mucho más muerto que vivo. A nadie le preocupó su muerte —reconoció Aldo—. El partido comunista cubano necesitaba mártires de la Revolución.

»Los hermanos Castro rechazan a los que su imagen revolucionaria les supere, prefieren verlos muertos. Después del entredicho provocado por la desaparición de Camilo Cienfuegos, el Gobierno cubano pidió formalmente a Bolivia que el pelotón de fusilamiento disparara al Che únicamente en el pecho, para demostrarle al mundo que Ernesto Che Guevara había muerto en combate defendiendo los ideales del marxismo-leninismo.

“Es un contrasentido que al Che Guevara se le asocie desde la izquierda con Jesucristo, cuando no hay nada más alejado de los valores del cristianismo que la glorificación de la violencia y el asesinato. La propaganda en busca de atraer a las masas a la ideología marxista-leninista es capaz de asimilar la muerte del «Che» con la pasión de Jesús de Nazaret, una manipulación para presentar ante el pueblo a los guerrilleros que se valen de las armas para el ingreso de la sociedad proletaria en el paraíso comunista, donde sólo es posible el reino y la justicia de los ateos”

El odio como factor de lucha y el odio intransigente hacia el enemigo impulsan más allá de las limitaciones al ser humano; convirtiéndole en una violenta, efectiva, selectiva y fría máquina de matar.

María entró en el salón y montó la mesa con lo mejor de su vajilla. Cuando terminó invitó a los hombres a sentarse y trajo un excelente guiso que alimentaba sólo con olerlo. Sentados a la mesa el comandante dijo colocando su servilleta sobre las piernas:

—Creo haber visto desde el avión a reses pastando, sin embargo, no veo que vendan carne de res por ningún lado. Supongo que no serán vacas de cartón puestas por la campaña para dar un ambiente bucólico y pastoril al paisaje.

—Nosotros los cubanos somos particularmente carnívoros —contestó Aldo poniendo sobre la mesa una botella de vino español recién abierta—. Pero aquí en Cuba la carne de res no está al alcance de todos, sólo los muy privilegiados tienen acceso a ella y al jamón ibérico de Jabugo que se recibe de España, el resto nos vemos obligados a inventar sustitutivos que produzcan los mismo efectos.

—En Cuba lo que parece no es —intervino María riendo—. En Cuba se adoba con ajo y cebolla cualquier cosa que tenga forma de bistec

Aldo sirvió vino en los tres vasos y levantó el suyo proponiendo un brindis.

La comida, aunque modesta, estaba deliciosa. Sin duda era debida a los ingredientes indispensables de la cocina mediterránea, como es el aceite de oliva español, del que los cubanos están dispensados como lo están de la carne por decreto ley.

—Enhorabuena María. Este guiso está para chuparse los dedos, como dicen los españoles.

—Gracias —contestó María feliz.

—No es sólo por la carne de chanco, también el aceite de oliva virgen que hemos recibido junto con esta botella de vino español —dijo Aldo satisfecho.

—Las cosas más elementales en España aquí son artículos de lujo —dijo María tomando un sorbo de vino—. Mi hijo es cirujano plástico, vive y trabaja ahora en Madrid. Desde allí nos envía estas cosas y los medicamentos que necesita su padre.

—Tendré entonces la oportunidad de verle, y el placer de conocerle —dijo el comandante Mancuso—. Estoy destinado por mi compañía para hacer vuelos regulares a Madrid, esta es la razón de mi visita a Cuba, estoy poniendo al día mi español.

—Enhorabuena, España es un bonito país, seguro y conservador, algo distinto a esta república bananera montada por Fidel —dijo el casero.

—A pesar del intento del Golpe de Estado del pasado 23 de febrero para ponerle freno a la escalada socialista —comentó María.

—Felipe González conseguirá mayoría absoluta en las próximas elecciones —predijo Aldo lo que pensaba que era un hecho irreversible.

—Espero que no —dijo María poniendo de pantalla su mano—. Vi en la televisión las declaraciones de su número dos... Alfonso Guerra, creo que se llama, aseguraba que no descansaría hasta ver a los médicos españoles con alpargatas...

—Esas medidas idealistas no llegan a ninguna parte, Fidel emplea a médicos e ingenieros como «macheteros voluntarios» para demostrar a los campesinos de los campos azucareros que todos los cubanos son iguales —dijo Aldo mientras tomaba un poco de vino—. Él mismo y su hermano Raúl cogen cada uno el machete y se remangan el traje militar hasta el codo. Eso sí, cortan unas cuantas cañas, les hacen la foto para el Granma y desaparecen rápidamente entre los aplausos de los que se quedan cortando caña todo el día.

—No me imagino al presidente Reagan cosechando algodón para darnos moral a los norteamericanos —dijo el comandante con una amplia sonrisa.

—Dice que ha venido para practicar el español —dijo María interesada para derivar la conversación hacia otros temas que no tuvieran nada que ver con la política.

—Sí —contestó el comandante—. Mi abuelo, Waldo José Mancuso es cubano. Él rara vez habla en inglés. Aprendí español sin saberlo, en casa de mi abuelo hablaba de una manera y en casa de mis padres de otra. Fue una profesora, que era mejicana, quien me dijo que era bilingüe.

—¡Qué gracioso! —dijo María levantándose para ir a la cocina.

—Mi abuelo me dijo que si quería conocer la realidad de Cuba dejara en casa las tarjetas de crédito y tratara de vivir como un cubano.

—Supongo que no le haría caso —dijo María volviendo con el postre.

—¡Caramba! —dijo el comandante sorprendido—. ¡Merenguitos quemados con dulce de leche!

—¿Los conoce? —dijo María.

—¡Claro! Los hacían en casa de mi abuelo para mí cuando era pequeño ¡Qué alegría!

—Me alegro. Le prometo que los haré para usted más veces —dijo María contenta.

—Si no ha traído tarjetas de crédito le devolveré el precio del alquiler —dijo Aldo poniendo su mano sobre el hombro del comandante—. Para vivir en La Habana con el dinero que lleva en el bolsillo un cubano hay que saber trapichear, aquí eso se aprende como ustedes enseñan a sus hijos a montar en bicicleta.

—Se lo prometí a mi abuelo...

—Es una locura —dijo rotundo el casero.

—...No obstante, he traído las tarjetas. Las metí entre la tela y el forro de la mochila y cosí bien el forro para evitar tentaciones.

Rieron los tres a la vez.

María puso café y el ron volvió a la mesa. Aldo puso el televisor vía satélite para ver que estaba sucediendo en el mundo. Cuando el tarro del café quedó vacío el comandante pensó que había llegado la hora de retirarse, pero antes pidió permiso para ir al baño. María aprovechó para darle el pantalón que ya estaba arreglado; es más, estaba muy bien arreglado, por lo que el comandante alabó la capacidad de María como costurera.

Se cambió en el baño y al salir devolvió el pantalón prestado. En la despedida María le dio unas pequeñas tijeras que llevaba en el bolsillo del delantal con una sonrisa. El comandante no supo que decir y cuando preguntó para que eran las tijeras María le dijo con una sonrisa:

—Para cuando necesite descoser el forro de la mochila.

Se despidieron, camino a su departamento el comandante pensó: «Mañana tengo que comprar un kilo de café para esta mujer».

Al día siguiente se levantó tarde. Se vistió se dio una pasada de máquina de afeitar, se cepillo un poco los dientes y puso en la cafetera todo el café que le quedaba en el tarro de cristal que le había dejado Edelmira. Se comió sólo una pieza de fruta, tenía que estirar todo lo posible su reserva de fibra. Terminó el café y se dispuso a correr la aventura de salir a buscar más. Los que no han estado nunca en un país comunista no saben lo que es vivir bajo el imperio del «NO». En Cuba se termina todo, incluso las cosas más elementales. Para un cubano el «no hay» está a la orden día y no entienden porqué los que vienen de fuera se asombran. Probó fortuna entrando en las bodegas del barrio donde se distribuyen los artículos sujetos a racionamiento, pero en todas ellas encontró funcionarios desganados que no le hacían caso si no mostraba la Libreta. Más tarde supo que no era porque los encargados de la bodegas de aprovisionamiento fueran incorruptibles, no le vendían café porque hacía un mes que no había ni un gramo en La Habana.

Decidió ir hacia El Vedado, centro político y administrativo de la ciudad situado en el municipio Plaza de la Revolución y cerca del Hotel Nacional. En las inmediaciones de este barrio exclusivo están la mayoría de las sedes de los numerosos Ministerios Estatales y algunas oficinas de negocios de compañías extranjeras que aún tenían relaciones comerciales con el Gobierno cubano. A pesar de la sangría que les había hecho Fidel Castro nacionalizando sus empresas. Pasó por la puerta de algunos museos y galerías de arte y entro en todos los shoppings donde sólo es posible pagar con dólares: la misma canción «No hay café».

Entro en el hotel Nacional para ir al lavabo y pidió en la barra un vaso de agua que el camarero le sirvió con una sonrisa tan amplia que el comandante pensó que quería presumir de empastes. Fue el camarero quien le dijo que había serios problemas con el suministro de café, que incluso el hotel tenía sus reservas muy mermadas y sólo servían café si el cliente era importante y se empeñaba en tomarlo.

Volvió al barrio. No sabía que hacer. Como último recurso fue a la bodega donde había estado con Edelmira, allí había visto un par de sacos con un cartel que ponía café; eso sí, no sabía que tipo de café. Los sacos seguían allí, aunque muy mermados. Era de la marca doméstica que se distribuye entre los que tienen Libreta de racionamiento, además de pagar parte en pesos cubanos. Había como una docena de personas que trataban de hacerse con pan y arroz, así que tuvo tiempo de estudiar las dos pizarras en las que estaban escritos con una tiza de yeso los bienes que había disponibles... daba la impresión de estar en el bazar de un campo de refugiados.

En la pizarra más grande estaban escritos los precios de los bienes básicos del racionamiento: el pan y el arroz, por ejemplo. Quien compraba dos bolsas de arroz tenía que pagar 25 centavos por cada una —Equivalente a un dólar americano—. ¡Si quería una tercera tenía que pagar 90 centavos por ella! Y no se permitía llevar más de tres bolsas para impedir la venta de arroz con fines de lucro en el mercado negro. En la otra pizarra estaban los llamados productos liberados: cigarrillos y otros artículos que podían comprarse sin límite

—¿Qué desea?

La voz de un empleado negro desde detrás del mostrador le sacó de sus pensamientos como si le hubiera sacado el agua de los oídos con una pera de succión. Miró a los otros clientes y comprobó que la mayoría le miraban como si le hubieran descubierto en la cama con una de sus hijas.

—Café, quiero café —contestó sin levantar mucho la voz.

—Usted no es de aquí —preguntó el encargado del almacén.

—No, no lo soy, soy de Tampa, Florida.

—Yanqui.

—Norteamericano, sí señor.

—No hay café.

El hombre se volvió hacia los otros clientes siguiendo con su trabajo: poner las bolsas de arroz y el pan sobre el mostrador, recoger las monedas y los billetes con la sonrisa de Camilo Cienfuegos y anotar en la Libreta de racionamiento los artículos que entregaba. Permaneció allí mirando al negro que era alto y con la barba como si se la hubieran cortado con una tijera de podar. Agitaba las manos para decir continuamente «De eso no tengo na mi amol» y de vez en cuando miraba disimuladamente hacia donde estaba el comandante que por supuesto no ignoraba que los extranjeros tienen prohibido el acceso a los alimentos reservados para el pueblo. No obstante, el comandante decidió quedarse un rato, tenía la impresión de que el encargado le decía con sus repetidas miradas que no se fuera muy lejos. Cuando este despachó a todos los clientes salió fuera del mostrador y le dijo:

—¿Le gusta mucho el café?

—Sí, sí que me gusta sí.

El comandante pensó que el negro trataba de establecer un vínculo amistoso, algo que a él le venía bien. Necesitaba amigos. Sacó las monedas que llevaba en el bolsillo y las puso sobre el mostrador.

La presencia de las monedas con el fervoroso «Patria o Muerte» no produjo ningún efecto en la cara del encargado, así que el comandante aliso dos billetes de dólar que ponía «In God We Trust» (En Dios Confiamos) y el encargado de la bodega de alimentos sonrió como si hubiera visto dos estampitas de la Virgen de la Caridad del Cobre; o Cachita, como llaman los cubanos a su patrona.

El negro se metió el dinero en el bolsillo con un gesto mecánico y sin darle el café empezó a contarle al comandante sus penas:

—Mi hijo y su esposa viven en Florida. Tengo un nieto de nueve años que vive conmigo, espera el día que pueda reunirse con sus padres.

—¿Espera tener el visado de los Estados Unidos? —preguntó el comandante por no desairar al encargado.

—No, ya lo tiene.

—¿Entonces...?

El encargado miró hacia la puerta con la cara de preocupación que muestran los cubanos cuando hablan de Fidel, o de sus instituciones.

—Mi hijo es médico y su esposa enfermera: esclavos de bata blanca como decimos aquí. Abandonaron la misión a la que habían sido enviados por el Gobierno y pagan las represalias impuestas por el Estado, no permiten que mi nieto salga de la isla.

—No entiendo porqué.

—Le explico. Desde 1970 un chorreo de gente sale de Cuba para cumplir según Fidel con su deber patriótico, un deber que no es otro que convertirse en esclavos del siglo XX. El Gobierno cubano exporta científicos, médicos e ingenieros, según Fidel salen de Cuba con el único fin de prestar auxilio a las víctimas de terremotos, ciclones, guerras y epidemias. Cuba está dolarizada, es el dólar el que permite a los cubanos sobrevivir, así que los que tienen la oportunidad de salir de la isla a conseguir unos cuantos no lo dudan. Este Gobierno cobra a los Estados donde van destinados nuestros licenciados en dólares americanos y solo paga a cada licenciado el veinte por ciento de lo que ha cobrado por su trabajo. Para algunos el dinero es lo de menos, salen de Cuba para ver mundo, comprarse un par de jeans y unos bonitos tenis, pero ese no era el caso de mi hijo, el caso de mi hijo era mejorar sus condiciones de vida.

El empleado se dirigió a la puerta y al llegar a ella se volvió para decirle al comandante que le siguiera.

Este no supo que decir, volvía la cabeza hacia los sacos de café pensando:

«¿Qué es lo que pasa, por qué no me da el café?»

—»En su discursos populistas dentro y fuera de Cuba el comandante Fidel se encarga de decir que su país en sanidad es una potencia mundial y su Gobierno dispuesto a enviar a sus médicos donde sean necesarios —continuó el encargado disponiéndose a salir cerrando la puerta— No lo hace por humanidad, sino por una macabra operación de trueque a cambio de divisas extranjeras o petróleo.

—Cobra con creces los derechos de formación impartidos a sus licenciados —dijo el comandante con una ligera sonrisa.

Salieron a la calle y el encargado cerró la puerta de la bodega de aprovisionamiento que tenía cuatro distintas cerraduras y una barra de hierro que cruzaba la puerta de lado a lado. Demasiada seguridad para guardar unos cuantos sacos de arroz. Después echó a andar y el comandante tras él no tuvo más remedio que volver a preguntar:

—¿Y mi café?

—No hay café.

—¿Y el de los sacos?

—Eso no es café, es lo más parecido a las cagadas de gato.

—Entonces, ¿dónde vamos?

—Sígame —concluyó rotundo el encargado.

Cruzaron la calle y entraron en un edificio que no sobresalía de los demás, pero sí estaba pintado en un color rosa que al hortera que preparó la mezcla deberían haberlo ajusticiado. Subieron hasta el primer piso por una escalera que se había hecho después de la construcción del edificio, se notaba porque el maestro que la había construido no sabía lo que era un nivel. El encargado llamó a una puerta pintada de verde hierba y tras el sonido de un par de cerraduras una mujer mayor también de color... negro, se asomo y al ver al encargado sonrió para darle la bienvenida:

—¿Qué se le ofrece mi amol? —preguntó la señora con voz dulzona.

El encargado le dio los dólares que le dio el comandante y le dijo algo al oído. La señora asintió con una sonrisa y entró en su casa dejando la puerta abierta. Minutos después salió con una bolsa hecha con papel de estraza y se la dio al encargado, que se despidió de la mujer con una sonrisa y el dedo pulgar hacia arriba.

—Aquí tiene su café, este si es bueno, es colombiano —dijo el encargado guiñando un ojo con complicidad.

Salieron a la calle. El café le había costado mucho más de lo que cuesta en la bodega de aprovisionamiento, pero este si era café de verdad, no cagadas de gato.

—Gracias... —dijo el comandante a modo de pregunta.

—Danilo, puede llamarme Danilo

—Gracias Danilo —dijo el comandante tendiendo la mano.

—A su disposición

Se despidieron, pero tras unos pasos el comandante se volvió y preguntó a Danilo:

—¿Por qué Fidel Castro no permite que su nieto se reúna con sus padres?

—Cuando un médico o un ingeniero va a trabajar a una misión fuera de Cuba el Estado se queda con rehenes para obligarle a volver, eso no ocurre sólo aquí, ocurre en todos los países comunistas.

—Sí lo sé, en algunas monedas cubanas pone Patria y Libertad, aquí en Cuba eso de la libertad no se toma en serio.

—Fidel justifica la medida para evitar la fuga de cerebros, pero ya ve, yo no soy ningún cerebro y tampoco me deja salir de Cuba.

—¿De qué misión huyeron su hijo y su mujer? —preguntó el comandante.

—Estaban en el Congo, se refugiaron en España hasta que consiguieron el visado de los Estados Unidos, ahora los dos trabajan en un hospital de Florida.

—¿Y fueron condenados a no poder reunirse con su hijo?

—Llevan cuatro años esperando.

—Trataré de arreglarlo.

—¿Puede hacerlo? —dijo Danilo abriendo mucho los ojos.

—Lo intentaré, posiblemente sea más fácil que encontrar café en La Habana.

A partir de entonces el comandante ganó el derecho de poder comprar alimentos básicos racionados, podía pagar con pesos lo mismo que pagaban los cubanos por la misma comida de mierda... sin necesidad de Libreta.

Le dio la mitad del café a Edelmira que asombrada preguntó dónde lo había conseguido: «Mi marido recorrió toda La Habana sin encontrarlo»

Por la ley de trueque que los cubanos aplican también a los favores Edelmira le dio un trozo de pudín de pan que el comandante agradeció con la cara iluminada. Los postres cubanos le llevaban a la casa de sus abuelos. Dejó el pudín sobre el pequeño frigorífico fuera de uso de su departamento y se dirigió a casa de Aldo y María para darles el café que quedaba en la bolsa.

La misma respuesta: María le dio un plato de arroz blanco mezclado con alubias negras (moros y cristianos) que el comandante se llevó al departamento como se lleva un perro un hueso de ternera para esconderlo, aunque en este caso era para devorarlo inmediatamente porque todavía estaba con la fruta y el café de la mañana.

Llenó su cacharro de agua en el grifo comunal y la puso a hervir para evitar contraer cualquier cosa, el agua le ayudaría a empujar las alubias con arroz. Cuando volviera a su vida habitual jamás volvería a comer con agua del grifo.

No tenía café, así que después de terminar el postre de Edelmira decidió practicar el deporte nacional de los hispanos: dormir la siesta. Los españoles dicen que la buena siesta es la «siesta de la cabra»... veinte minutos, menos los exagerados que hacen la siesta que le corresponde a todo un rebaño.

Cuando se levantó decidió marcharse, pero antes dejó todo limpio y recogido.

Se dirigió dando un paseo al hotel Nacional donde esperaba encontrarse con alguna tripulación en la que el comandante fuera su amigo. La inmersión en el santuario ruinoso de una ciudad que se recrea en su alocada rumba... mejor dicho en su alocado derrumbe... le llevó haciendo el clásico esalon entre los que pedían un dólar y las que no pedían, pero se ofrecían para remediar sus incontroladas erecciones.

En la puerta del hotel el portero de uniforme le hizo un digno saludo de veinte pesos porque el moreno afrocubano no sabía diferenciar entre un presuntuoso yanqui que presume de poder adquisitivo y un comandante de DC10 empeñado en vivir como un cubano. El hotel de estilo español erguido en el saliente costero de Punta Brava le abrió sus brazos intuyendo que el yanqui vestido con pantalones vaqueros venía a hacer una buena obra dejando allí sus divisas.

El comandante eligió un lugar en el centro del extenso y aristocrático lobby de estilo mudéjar e isabelino que vio presente en castillos y catedrales medievales cuando estuvo en España. Desde ese lugar estratégico dominaba los movimientos de los clientes que entraban y salían. Era una buena hora para ver llegar a las tripulaciones y no se equivocó porque entraron un par de ellas en un corto espacio de tiempo, aunque no conocía a nadie de ninguna de las dos. Se armó de paciencia y en poco más o menos de una hora ¡bingo! una tripulación de Air Canadá entró entre risas y comentarios dirigiéndose al mostrador de recepción, el comandante de esa tripulación y él habían sido compañeros en American Airlines en 1979 cuando la compañía cambió su centro de operaciones desde Nueva York a Dallas y Chicago.

Se dirigió hacia ellos siendo reconocido y saludado efusivamente por todos los miembros de la tripulación. Tras los saludos el comandante Mancuso le habló a su excompañero y amigo mientras firmaba y recibía la tarjeta con la llave de la junior suite que le habían asignado.

—Voy a estar en La Habana dos días, si ese asunto tuyo puede esperar mañana nos vemos y comemos juntos, conozco un par de restaurantes en El Vedado a los que se puede ir sin llevarse un chasco.

Dijo el comandante Flavio Alessandro: un italoamericano la mar de agradable y simpático famoso entre las tripulaciones por sus sonadas conquistas. El comandante Mancuso sabía que si su amigo no le atendía en ese momento era porque ya tendría algo apalabrado para pasar en grata compañía las próximas horas, así que aceptó su disculpa:

—Está bien. Mañana nos vemos aquí.

—Hasta mañana entonces —dijo Flavio recogiendo su equipaje de mano.

—¿Qué habitación tienes? Si no te importa voy a cargarte algo a la habitación, ya te explicaré.

—Toma, puedes utilizarla mientras esté en el hotel. No hace falta que me des explicaciones —dijo Flavio entregándole una de las dos tarjetas de la suite.

Se marchó tras los otros miembros de la tripulación camino de los ascensores. El comandante Mancuso se dirigió entonces a uno de los seis bares del hotel, necesitaba tomar algo antes de cenar. Tomó un par de mojitos y después pasó al restaurante La Veranda, donde los cocineros del hotel preparaban los platos a la vista del cliente. Un lujo al que nunca le dio importancia... porque nunca vivió como un cubano.

Se sentó en una mesa apartada y fue al bufé donde había una selección de platos típicos cubanos, puso en su plato tres o cuatro cosas y una botella de agua mineral con gas... se reservó para el plato fuerte... empezó a comer pausadamente pensando en un enorme bistec rodeado de doradas patatas fritas.

Cuando terminó el primer plato que había elegido fue hasta el show cooking a pedir su carne ¡Sorpresa! sólo había cerdo. La alternativa que le ofrecía el cocinero era pescado, pero el que mejor vista tenía el cocinero le dijo que era delfín y él adoraba a los delfines. Se decidió por el cerdo asado, dejó la carne para el día siguiente que almorzaría con su amigo Flavio, que estaría disfrutando de un encuentro intenso y feliz.

Pidió al camarero una botella de vino y este le recomendó uno venezolano que por su calidad jamás ganaría un concurso. Terminó con un trozo de cake cubano y un par de whiskys de marca desconocida y calidad hermanada con la del vino. Firmo la nota al camarero y este se quedó junto a la mesa mirando al comandante como el perrito que moviendo el rabo espera recibir una galleta, pero tenía pocos dólares y muchos días por delante para gastarlos, así que haciéndose el sueco se marchó de allí dejando como propina un socorrido «Gracias». El camarero le fulminó con la mirada.

Volvió a casa dando un paseo, estaba contento, ese día había cumplido con su cuota de calorías y había tomado un par de copas; de mala calidad, eso sí, pero copas, al fin y al cabo. Los cubanos seguían empeñados en pedirle un dólar obedeciendo la consigna que puso en marcha el triunfo de la Revolución: «Hay que robar o pedir, para poder sobrevivir» Él no estaba entrenado ni preparado para nadar en esos oscuros lagos, pero salía adelante porque hasta un cerdo ciego sabe encontrar su bellota.

Cerca de la casa donde estaba su departamento encontró a una mujer que arrastraba un saco que sonaba como si dentro llevara botellas vacías. Iba buscando en los cubos de basura y el comandante no entendía que era lo que buscaba... los cubanos no tiran nada, se comen hasta su propia basura.

Se acercó a la mujer una maestra jubilada que sobrepasaba los ochenta años y que le miró con sus ojos claros, profundos, cansados, pero de postura digna, con esa dignidad que saben mantener los pobres. Vivía con una pensión de doscientos pesos al mes, unos ocho dólares americanos. Tenía que buscar sus extras para sobrevivir.

Los cubos de basura de Miramar o El Vedado estaban explotados por una mafia de jóvenes que no dejaban que se acercara nadie, y menos una anciana como ella. Algunas familias la empleaban para hacer por ellos la cola en las bodegas de aprovisionamiento, colas en las que a veces había que estar durante horas sin poder abandonarlas ni para ir a orinar, así que tenía que agacharse y pasar por el mal trago de soportar las risas de los que veían como se formaba un charquito bajo sus pies.

A veces tenía que estar toda la noche en una cola para ganarse algo de pan o una bolsa de arroz. Mientras hablaba con el comandante sorbió dos veces de un inhalador para el asma que según ella costaba el diez por ciento de su pensión: veinte pesos cubanos (75 centavos de dólar) Sólo el primer inhalador tenía ese precio si la anciana lo compraba en el canal oficial, si necesitaba alguno más tenía que comprarlo en el mercado negro y pagar por él dos dólares. Al comandante se le arrugó el corazón. Sacó del bolsillo dos dólares y se los entregó a la señora que quiso besarle las manos. Cuando la vio alejarse arrastrando el saco donde llevaba las botellas vacías que encontraba por la calle el comandante pensó: «¡Maldito socialismo!»

Como premio a su bondadosa acción encontró en su casa el frasco de café lleno y molido. El frasco del azúcar también estaba lleno a rebosar y le habían dejado un par de coquitos (bolas de coco rayado, azúcar y sirope) Dio las gracias mentalmente a María o Edelmira, sin duda había sido una de ellas... o quizá las dos.

Se quitó la ropa y se tumbó en la cama con uno de los libros que había traído, después de venir cenado no importaba leer algo sobre la gente satisfecha de vivir, esa noche no le durmió el hambre, se durmió porque no tenía otra cosa mejor que hacer.

Se levantó entrada la mañana. Salió a lavarse un poco a la pila comunal, pasarse la maquinilla de pilas y cepillarse los dientes, tenía que estar presentable. No obstante, dejó algo de su aseo personal para los baños del hotel Nacional. El desayuno también. Tenía que sacarle provecho a la tarjeta del hotel del comandante Flavio Alessandro.

Surgía ahora un problema en el que no había pensado cuando salió de Tampa ¿Cómo lavar la ropa? Cualquiera norteamericano sabe poner un par de cacitos de detergente en la lavadora y apretar un botón, pero allí sólo tenía un par de pequeñas pastillas de jabón de las que ponen en los baños del hotel. Cuando tuviera sucia la poca ropa que había traído tendría que buscar una solución, de momento se iba arreglando, pero eso, de momento.

Decidió ir con el par de pastillas de jabón a la pila comunal y tratar de lavar la camisa que se había quitado el día anterior, no es que estuviera sucia, pero necesitaba algo con lo que poder practicar.

Fue mucho más complicado de lo que había supuesto y ahora que tenía la camisa empapada en las manos no sabía dónde la podía poner a secar. La virgen de los cubanos vino entonces en su ayuda e hizo aparecer ante él a uno de sus ángeles.

—¿Qué es lo que hace usted? —dijo María asombrada.

—Necesitaba lavar esta camisa y...

—¡Jesús! ¡A quién se le ocurre! —dijo María persignándose tres veces—. Deje todos los días la ropa que necesite lavar sobre la cama, yo lo haré.

—Es usted un ángel María.

—Mi hijo tiene su misma edad, permítame que le cuide como si fuera él mientras esté con nosotros —dijo María cogiendo la camisa mojada.

—Gracias María.

—Gracias a usted por el café.

Salió a la calle y dijo para sí:

«Tengo que comprar un paquete de detergente para esta mujer»

Antes de ir al hotel Nacional se pasó por la bodega de aprovisionamiento para hablar con Danilo, el encargado. Estaba poniendo garbanzos en una bolsa para un obrero cubano entrado ya en años que no paraba de hablar. Cuando vio al comandante dejó el trabajo, al obrero y al resto de clientes que esperaban y salió del mostrador.

—¡Buen día comandante!

—Hola Danilo —saludó el comandante—. Me dijo que su nieto tiene el visado de entrada a los Estados Unidos.

—Sí, tiene todos los papeles —contestó Danilo—. El problema es que no puede salir de Cuba, la policía revolucionaria de la aduana se lo impide.

—¿Necesito dos uniformes de la PNR (Policía Nacional Revolucionaria de Fidel Castro) ¿Puede conseguirlos?

—Lo intentaré

—No me diga lo intentaré, dígame sí o no.

—¿Cuándo los necesita?

—Mañana a las quince horas.

—Los tendrá, pero sería más fácil conseguirlos con el policía dentro.

—Sí son gente de confianza estoy de acuerdo —dijo el comandante poniendo su mano sobre el hombro del encargado—. Traiga también a su nieto con los papeles y lo que necesite en una bolsa de viaje ¡Ah! también el contacto de los padres del chico en Florida, mañana por la noche estará sentado con ellos delante de una pizza.

—¡No me diga eso comandante! —dijo Danilo a punto de llorar.

—Mañana nos vemos, téngalo todo a punto —dijo el comandante saliendo.

Los clientes que había en ese momento en la bodega miraban al comandante y a Danilo asombrados. Este les hizo una seña, no habían oído nada, los clientes a su vez dijeron sí con la cabeza. No habían oído nada.

Cruzó el barrio caminó del hotel Nacional. Miró a su alrededor y el flash de la máquina de fotos de un turista le hizo volver al día de su llegada. La estupefacción por ver a lo largo de la carretera del aeropuerto los punzantes insultos a los Estados Unidos de América y a su presidente Ronald Reagan. Después el desencanto de ver que la Revolución no había sido otra cosa que la constatación de una enorme estafa al pueblo cubano. El lamentable estado de dejadez, abandono y ruina de una ciudad empeñada en conservar la triste imagen de haber detenido su prosperidad, 23 años después era una cadena de antiguos edificios a los que nadie prestaba atención, ni mucho menos el Gobierno. Las fachadas pedían, aunque sólo fuera una vez, una humilde capa de cal o pintura capaz de tapar las faltas causadas por la dejadez plena del Estado.

Dobló por una calle que era la expresión de la desolación absoluta, donde había casas que se mantenían en pie añorando tiempos mejores, cuando sus verdaderos dueños las habitaban.

En otra oscura y ruinosa calle le llamó la atención una mujer que asomada a un balcón al que le faltaba la barandilla le miraba con una sonrisa contrastada con aquellas antiguas y majestuosas mansiones que habían sido transformadas en casas para pobres: pequeños y deteriorados habitáculos donde el Gobierno socialista había amontonado a los que creyeron en la Revolución Socialista.

Cuatro paredes de colores apagados, sin puertas, sin ventanas, donde todo es interior, donde no es posible llevar una vida aparte. Sin embargo, los que vivían en aquel barrio sabían sobreponerse aun estando afligidos al caótico cuadro mostrando su eterna sonrisa, sentados a la puerta o asomados a un balcón.

Cuando llegó al hotel Nacional el portero le recordaba del día anterior, así que miró a una garza que iba hacia el Malecón a pescar un arenque. Al comandante no le importó, le saludaba tanta gente a lo largo del año que el silo donde guardaba los saludos lo tenía lleno a reventar. Se dirigió a los aseos de la planta baja donde podía utilizar el suave papel higiénico importado de los decadentes países burgueses del sur de Europa.

Después de un momento placentero sentado sobre una porcelana que le acariciaba amorosamente el trasero se dedicó a un aseo más externo utilizando el jabón líquido y la colonia a granel con aroma de limón que disponía el hotel para sus clientes extranjeros, no para los cubanos que tenían prohibido el acceso al hotel... y oler a limón.

Se miró en el espejo, ese día tenía más cara de norteamericano que nunca, había recobrado un kilo de los que perdió al principio. Ya que estaba allí aprovecho para meterse en los bolsillos dos toallas pequeñas de manos que le servirían a María en la cocina, o como socorridas compresas. Salió de los baños y se dirigió al bar al que suponía que Flavio iría con más frecuencia. Se sentó en una mesa bien a la vista y pidió que le sirvieran el mejor desayuno que la cocina pudiera hacer a esa hora, el camarero le dijo que allí sentado sólo le podía ofrecer un desayuno continental, el desayuno americano solo era servido en el bufé y había cerrado.

El comandante lo aprobó y pidió un periódico que no fuera el Granma, no quería que las opiniones de los periodistas comunistas le amargaran el día.

La diferencia entre un desayuno continental tomado en Europa y el desayuno continental tomado en un hotel de Cuba en 1981 era muy notable, pero no le importó, no tendría que pagarlo: «A botella regalada, no se le mira el año de su cosecha»

Le sirvieron el desayuno en varios platos y un par de periódicos que enseguida dejó a un lado porque la mayor parte estaban dedicados a guerras y conflictos militares, algo que a él no le preocupaba porque tenía que ser algo muy gordo para ser militarizado.

Comió despacio, sin prisas, le sobraba el tiempo, era lo único que podía regalarles a los que se cruzaban con él en la calle y le pedían un dólar. Cuando terminó el desayuno pidió un café más y se dedicó a mirar a los visitantes y grupos de turistas que junto a los clientes ofrecían la sensación de que en ese hotel nadie dormía. Cuando el camarero le trajo la cuenta le dio la tarjeta y a la hora de la propina volvió a hacer la esfinge. Le hubiera gustado decirle al camarero que a pesar de la apariencia no podía desprenderse de un dólar, cuando su amigo el comandante Flavio Alessandro dejara al hotel volvería a la indigencia y siempre que tuviera un dólar... tendría dinero en el bolsillo.

Le habían hablado del fastuoso Apartamento de la República donde Fidel Castro acomodaba a los invitados de Estado y la exclusiva Suite Presidencial donde hospedaba a sus amigos, dos lugares que él no conocería porque no tenía relaciones con el temible barbudo... ni deseaba tenerlas.

De pronto, mientras miraba con atención algunos decorativos detalles neoclásicos del hotel, se fijó en lo bien decoradas que tenía cada una de sus curvas una impresionante y jovencísima mujer que en el reparto de cuerpos había llegado la primera. Tan embozado estaba mirando a la chica que no se había fijado que el hombre que venía a su lado era su amigo, el comandante Flavio Alessandro.

—¿Cómo estás querido? —dijo Flavio con una sonrisa.

—¡Impresionado! —contesto el comandante.

—No me extraña ¿Has desayunado? —dijo Flavio quitando importancia a la forma de mirar de su amigo a... los zapatos de su amiga.

—Acabo de terminar.

—Nosotros también, arriba en la habitación. Ella es Elsa María, quiere ver un ritual de santería, la llevamos a que le adivinen el porvenir y después hablamos sobre lo que tengo que hacer por ti durante el almuerzo. Tengo fuera un chofer, aquí en La Habana los taxis solo los cogen los turistas despistados.

Salieron los tres a la puerta del hotel donde esperaba un Cadillac tuneado de 1947 color salmón. El chofer era un joven negro que miraba a través de sus gafas de espejo. Vestía un tímido y corto pantalón amarillo, una camisa amplia excesivamente floreada y un sombrero borsalino blanco que, como su sonrisa, no se lo quitaba ni para dormir. El portero del hotel, que ya había perdonado al comandante Mancuso por no haberle dado un dólar, abrió las puertas del Cadillac tuneado de 1947 y dedicó a todos su especial sonrisa cinco estrellas cuando vio en la mano de Flavio el billete con la amplia sonrisa de Camilo Cienfuegos, que tiene el poder y la magia de hacer reír a quien lo recibe.

El chofer, que no paraba de hablar, se empeñó en explicar a la muchacha que es un santero, pero ella no entendía ni papa porque no sabía español... tampoco Flavio tenía ningún interés en traducir lo que decía el negro.

—¿No es peligroso lo del ritual santero Flavio? —preguntó el comandante Mancuso.

—¡Bah! No te preocupes, los santeros solo representan un peligro para las gallinas y los gatos de la isla que se sacrifican en los rituales de santería —contesto riendo Flavio.

El chofer les dijo que no los llevaría a conocer a un simple santero charlatán, los llevaría a un templo Orisha donde conocerían a un auténtico «babalao mayor», o padre de los secretos de la religión Lukumí.

El Cadillac tuneado de 1947 color salmón los llevó hasta el barrio de Guanabacoa, conocido en La Habana también como la ciudad de los santeros, un lugar donde se encuentra la mayor cantidad de templos «abakúa» y donde más fuerte se respira la mezcla de las creencias cristianas con los cultos secretos de la santería inspirada en la cultura «yoruba» y el culto «bantú».

Guanabacoa es un centro único de brujos y conjuros, de danzas y ritos, de santeros cubanos y paleros del Congo conservadores de los míticos ritos traídos de África por sus antepasados.

En la humilde casa donde les llevó el chofer el santero mayor había montado un abarrotado y extraño altar dedicado a la santería. Paredes, suelo y pequeñas partes del techo eran una eterna exposición de símbolos de gran valor... para los santeros... para los agnósticos a la santería no eran más que cachivaches recolectados por un afectado por el síndrome de Diógenes. El altar despedía un fuerte olor a cera de las velas, a ron y humo de puros habanos. Emitía una especie de energía que al parecer sólo reciben los que tienen fe en estos ritos de la santería cubana.

El babalao mayor, después de hablar con el chofer, les ofreció la posibilidad de presenciar una iniciación de Orula con el sacrificio de una pobre gallina que miraba a los recién llegados con la misma cara que ponen los pavos en Navidad. El espectáculo fue desagradable: por las palabras pronunciadas por el babalao en un extraño idioma o dialecto africano, por los exagerados chorros de ron que expulsaba el babalao con fuerza hacia todas las partes del altar y por el humo del enorme cigarro puro con el que quería envolver el maravilloso cuerpo de Elsa María. Punto aparte fue la sangre: el babalao mayor degolló de un tajo de cuchillo a la pobre gallina asustada y el chorro de sangre que salio de su cuello fue a parar en parte al pantalón y los zapatos de Flavio Alessandro que con gesto de asco consideró que ya habían visto bastante.

Preguntó a Elsa María si estaba satisfecha con el rito, pero ella quería más y le pidió al babalao mayor que la predijera el futuro usando el «Opele»: Semillas sagradas «ikin» colocadas sobre el tablero de adivinación de los babalaos sacerdotes de Ifá, sin duda conocedores del pasado, presente y futuro por su directa comunión con «Orumila».

Cuando terminó el rito y la adivinación el babalao adelantó su mano abierta para que pusieran sobre ella la mayor cantidad posible de billetes con la sonrisa de Camilo Cienfuegos. Flavio fue soltando uno a uno y a medida que el babalao notaba el contacto de los billetes se ampliaba de tal modo su sonrisa que llegó a empañar por completo la del risueño revolucionario. Ya en la calle, subiendo al coche Flavio preguntó al chofer:

—Estaba tan empeñado en limpiarme la sangre de la gallina que me he perdido lo que le ha dicho a mi chica el santero.

—Ha dicho que pronto, muy pronto, la señorita será su esposa don Flavio. Que tendrán tres hijos: dos niños y una niña. —contestó el chofer satisfecho como si estuviera dando una gran noticia.

—No creo que mi mujer esté dispuesta a divorciarse para que pueda casarme por tercera vez —dijo el comandante divertido—. También dudo que tenga más hijos porque ya tengo cuatro.

—Yo no me lo tomaría a broma Flavio, mi abuelo es cubano y cree mucho en la santería —dijo el comandante Mancuso influenciado por lo que había visto en la casa del santero.

—Entonces me lo tomaré en serio e iré al hospital de Washington donde me hicieron la vasectomía, por si la sangre de la gallina ha conseguido que sea reversible.

Ahora la risa burlona de Flavio Alessandro salió por las ventanillas semiabiertas del Cadillac tuneado de 1947 color salmón mezclándose con el aire mágico de la ciudad de los santeros.

El restaurante elegido por Flavio estaba muy concurrido. A pesar de que era un restaurante donde principalmente se servía comida cubana los únicos cubanos que estaban allí sentados eran Autoridades y altos funcionarios de los Ministerios que habían sido instalados allí, en el barrio de El Vedado. También había hombres de negocios, principalmente extranjeros, y un nutrido grupo de funcionarios de las embajadas acreditadas en Cuba. El resto eran turistas. Estaba montado en un palacete de estilo colonial que había sido la residencia de un rico empresario español expulsado por el movimiento revolucionario marxista-leninista cubano cuando llegó al poder.

En las paredes se conservaban aún algunos cuadros y fotografías que pertenecieron al antiguo propietario y no fueron quemados como represalia al gobierno fascista del general Franco.

Flavio pidió unos mojitos mientras leían la carta y una botella de vino español que costaba 25 dólares americanos, el sueldo que percibía un obrero cubano por dos meses de trabajo. Los entrantes costaban una media de 5 dólares. Los platos especiales de arroz: como por ejemplo el Arroz a la Chorrera 8 dólares. Los segundos platos entre 8 y 12 dólares. Todos ellos venían acompañados de arroz blanco, vianda, o ensalada.

Quien prefería como segundo plato la carne tenía que elegir entre las masas de cerdo fritas, el bistec de cerdo o la pierna asada de cerdo ¡Sólo había cerdo! ¿Dónde diablos estaban los bistecs y solomillos de ternera en aquel paraíso comunista?

Los postres giraban en orden de los 3 dólares a lo que había que añadir el pan y la mantequilla que costaba medio dólar y el café con o sin leche que costaba dólar y medio. Por tanto, el precio de esta partida era 5 dólares por persona. Tomaron un par de copas después del café y durante la comida tuvieron que pedir una segunda botella de vino. El comandante se fijó en el resultado de la cuenta después del diez por ciento que el restaurante había cargado por el servicio y los impuestos. Comprendió entonces la razón por la que los cubanos no podían entrar en aquel restaurante si no pertenecían a las altas esferas del omnímodo Estado socialista unitario.

Era un mundo dentro de otro mundo, como si Fidel Castro hubiera metido a un rico dentro del cuerpo de un pobre, a eso había conducido la Revolución.

—Qué demonios puedo hacer por ti. —dijo Flavio sacándole de sus pensamientos.

El comandante le explicó que es lo que hacía en Cuba y porque tenía en ese momento un dólar en el bolsillo.

—¡Vivir en La Habana con el sueldo de un cubano! ¿Estás loco?

—En este momento no sé si lo estoy o no lo estoy Flavio, el caso es que se lo prometí a mi abuelo, es un compromiso.

—Él dejaría Cuba cuando no mandaba Fidel, ahora es distinto, o es que no lo ves, todo es ficticio aquí.

—Tengo un compromiso y lo voy a cumplir.

—Está bien, el almuerzo lo pago yo y sigue utilizando mi tarjeta del hotel, con eso no contradices a tu abuelo, ¿verdad loco?

—Gracias Flavio.

—¿Eso era todo, así de simple? —preguntó Flavio intuyendo que había algo más.

El comandante le explicó entonces lo que necesitaba de él: sacar de la isla a un chico cubano de nueve años reclamado desde Florida por sus padres. Tenía todos los papeles, por tanto, no había ningún problema que le impidiera la entrada en los Estados Unidos. Si el plan civil no funcionaba el comandante estaba dispuesto a ir a la base naval de Guantánamo y pedir ayuda a los militares, pero prefería mantenerlos al margen mientras fuera preciso.

—El Gobierno cubano no permite la salida del chico como venganza hacia sus padres que abandonaron una misión en África —le dijo el comandante a su amigo.

—Esclavos de bata blanca del Gobierno revolucionario —dijo Flavio demostrando que estaba al tanto del tema.

—Es una buena acción Flavio, el chico debe estar con sus padres.

—Sin duda JM —dijo Flavio convencido—. Vamos a joder a ese puto dictador comunista quitándole a una de sus muchas víctimas.

Flavio explicó entonces que haciendo prácticas en el simulador de vuelo de los nuevos Ilyushin II-96 —el nuevo avión comercial de fabricación soviética que entraría en unos años en servicio—, había hecho amistad con un comandante ruso que le dijo lo cerca que estuvo Manhattan de volver a tener el mismo perfil que tenía en 1626, cuando los holandeses compraron la isla a los indios lenapes.

—Te refieres a la crisis de los misiles de 1962.

—Me refiero a lo cerca que estuvimos de la guerra nuclear. Me contó que el Che Guevara durante la reunión que mantuvo con Nikita Khrushchev dijo en el Kremlin que, si sus hermanos soviéticos montaban su armamento nuclear y dejaban en Cuba la llave para usarlo no dudaría en destruir el símbolo emblemático del capitalismo mundial...

Flavio miró al comandante y dijo con voz alterada manteniendo el cuchillo en su mano derecha y el tenedor en la izquierda:

—...¡Joder JM! Yo vivía con mi familia en Little Italy ¡En pleno Manhattan! Y ese cabrón comunista quiso abrasarnos el culo a todos.

“Después del fusilamiento del Che por el ejército boliviano, en un artículo que no fue publicado hasta después de su muerte, el revolucionario argentino alababa la actitud belicista del régimen cubano: «Seremos el ejemplo de un pueblo que está dispuesto a inmolarsé atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a la nueva sociedad popular»”

Flavio empezó a serenarse al ver que los clientes de las mesas cercanas le miraban con curiosidad. En Cuba, un país rescatado por la Revolución, hablar de libertad está penado con duras penas de cárcel, o la expulsión inmediata en caso de ser extranjero.

—¿Cómo lo hacemos mañana? —preguntó el comandante Mancuso desviando la conversación.

—No puedo llevarlo en el microbús que nos traslada al aeropuerto, la policía nacional revolucionaria nos pararía los pies antes de que el chico suba al avión.

—Por eso no te preocupes, yo mismo acompañaré al muchacho hasta la escalerilla de tu avión —se comprometió el comandante Mancuso.

—OK Toma —dijo anotando en una pequeña libreta y arrancando la hoja—. Mañana a las 17,00 horas en el avión de Air Canadá con esta matrícula.

—Vuelvo a darte las gracias, Flavio, te debo una.

—Brindemos por eso, dijo Flavio levantando el vaso.

El resto del almuerzo fue más distendido al participar también en la conversación Elsa María. La chica era un poco simple, defecto sin importancia porque sus principios elementales estaban generosamente cubiertos con la perfección de su físico. No entendía nada si se le hablaba en español y hablaba el poco italiano aprendido de sus padres y vecinos ítaloamericanos del barrio neoyorquino de Little Italy.

El inglés tampoco lo tenía muy pulido. Estaba enamorada de Flavio, pero ¿Quién no estaba enamorada de Flavio? Angelina, que fue la primera esposa de Flavio seguía enamorada de Flavio. Megan la segunda y actual esposa de Flavio, estaba muy enamorada de Flavio.

Cuando Licinio, el conductor de Cadillac tuneado de 1947 color salmón volvió del kiosco de comida rápida donde había comido, porque en el restaurante no podían entrar negros... a no ser que fueran muy ricos... regresaron al hotel Nacional.

El comandante pensó en retirarse inmediatamente para que Flavio y Elsa María subieran a su habitación a pasarse el uno al otro el hilo dental.

—Llévate el coche, nosotros no lo necesitamos, ¿verdad mi amor? —dijo Flavio dando a la chica un prometedor beso de siesta erótica en uno de sus hombros—. ¡Ah! y te esperamos esta noche, Elsa María quiere ver el espectáculo del Cabaret Parisiën.

—No puedo, lo siento —dijo el comandante—. He dejado en Tampa mi ropa, sólo he traído lo que llevo puesto.

—¡Valiente chorrada! —dijo Flavio sacando su libreta—. En esta habitación está Janet, la chica de Québec que voló también contigo como sobrecargo.

—Sí, nos saludamos ayer ¿Qué pasa con ella?

—Sube a su habitación, te dejaré allí mi uniforme para que estés presentable.

—Sí, el uniforme estará bien.

—De paso te das un baño en su habitación y la invitas a que baje contigo a bailar, hacéis buena pareja.

—Si ella está de acuerdo, bajaremos.

—Lo estará —dijo Flavio guiñando un ojo. Después se alejó rodeando con su brazo la cintura de Elsa Maria.

El comandante salió a la calle y Licinio el conductor del Cadillac tuneado de 1947 color salmón vino a su encuentro y se puso a sus ordenes.

—¿Hacia dónde vamos mi comandante? —preguntó con diligencia.

—A mi departamento, pero antes necesitaría comprar un paquete de detergente y sólo tengo un dólar.

Licinio le miró con una sonrisa, le abrió la puerta del coche y él fue a ocupar el asiento del conductor. Arrancó el coche y salió de allí como si estuviera rodando una película de policías y ladrones. La primera parada antes de que Licinio le dejara en su casa fue en el shopping donde trabajaba su hermana Leocadia.

Allí el comandante compró un paquete de detergente para la ropa, un frasco de lavavajillas para los platos y una esponja salvaúñas para María, un lujo que pocas mujeres cubanas pueden permitirse. Cuando fue a pagar Licinio dijo algo a su hermana al oído y ella le dijo al comandante:

—Un dólar señor.

Ya en el coche el comandante dio las gracias a Licinio y dijo que no podía creer que todo lo que había comprado costara sólo un dólar y él contestó que en Cuba no se paga lo que se puede robar.

Quedaron citados para volver al hotel Nacional a las diecinueve horas.

Fue a casa de María para darle lo que había «comprado» en el shopping y las dos toallas pequeñas que había «comprado» en el hotel. Ella, muy contenta, le agradeció el detalle y volvió a decirle que dejara la ropa que necesitaba lavar sobre la cama, que ella se encargaría de todo. Con un «gracias» por parte del comandante se despidieron y este fue a casa de los Salazar para hablar con Walfredo.

Le ofrecieron tomar un tinto y mientras Edelmira preparaba el café el comandante le dijo a Walfredo que sacaría de la isla al nieto de Danilo si él le ayudaba.

—Conozco al chico, es mayor que mi nieto. Sus padres no se ahogaron como mi hijo y su mujer tratando de salir de Cuba, pero también es un huérfano de la Revolución porque Fidel no le permite reunirse con sus padres.

—Si me ayuda mañana por la noche estará con ellos en Florida.

—¿Y qué puedo hacer yo? —dijo Walfredo confuso.

—Necesito un coche oficial para tener el acceso franco al aeropuerto. Utilizaremos además a dos personas vestidos con el uniforme de la policía revolucionaria para que nadie nos pare y nos pida identificarnos.

—Mañana tengo que ir al taller mecánico a recoger el coche acreditado de un Ministro, nadie me marca la ruta que tengo que seguir.

—Primero debemos recoger al chico y a los policías aquí en el barrio, en la bodega de aprovisionamiento donde trabaja Danilo.

—¿A qué hora?

—A las 15,00 horas estaría bien.

—Tengan al chico preparado.

—¿Será muy arriesgado para usted Walfredo?

—Sí, pero merece la pena, ¿no?

—Si Walfredo, merece la pena.

Licinio volvió a las diecinueve horas en punto, recogió al comandante y se fueron al hotel Nacional. El comandante le dijo que ya no le necesitaría, que podía marcharse con su familia. El chofer del Cadillac tuneado de 1947 color salmón se lo agradeció.

Janet abrió la puerta de la suite júnior que ocupaba en la planta octava del hotel Nacional. La amplia camisa blanca abotonada con estudiado descuido que vestía la guapa chica obligó al comandante a desviar la mirada hacia el sofá donde estaba el uniforme, además de unos zapatos negros de cordón, calcetines y un slip de usar y tirar que tanto le gustaban a Flavio. El comandante le dijo a Janet si podía darse una ducha antes de vestirse y ella estuvo de acuerdo, como estuvo de acuerdo en bajar con él a cenar y al espectáculo del hotel. Se desnudó mirando la lujosa habitación pensando que gracias a los principios del igualitarismo marxista los cubanos tienen derecho a un ataúd gratuito y a ser enterrados por cuenta del Estado, también a recibir una subvención para comprar la tarta del Día de la Madre, pero no pueden entrar en los hoteles, y menos hospedarse en ellos.

“Según la ortodoxa explicación de Fidel Castro, regular la entrada de los cubanos en los hoteles se debía a la formula socialista de distribución de los lugares que dispone el Estado unitario socialista, que no son atribuidos en función del poder de compra de los cubanos, sino en función de su merito”

Le vino bien el agua tibia después de los días que llevaba sin ducharse. La ducha y el baño parece ser que van en contra de la revolución, porque la tropa compuesta en su mayoría por jefes y oficiales al mando de Fidel se duchaba poco en Sierra Maestra. Cerró los ojos para sentir la caricia del agua y las caricias de las manos de Janet que le enjabonaba todo el cuerpo menos los ojos, todo un detalle por su parte. Se volvió para que Janet viera y se sirviera a gusto de una de sus incontroladas erecciones.

Es verdad que hacían buena pareja, Janet no provocaba los mismos ciclogénesis que Elsa María con su sensual contoneo; pero era tan guapa, elegante, y su sonrisa era tan maravillosa que atraía a los hombres como atraen los tallos de bambú a los osos panda.

Ella tenía instrucciones de Flavio, debían reunirse en el Comedor de Aguiar.

Cuando llegaron al restaurante estaban allí. Elsa María miraba asombrada los detalles de los techos renacentistas que coronaban la imponente arquitectura del restaurante más exclusivo y elegante del hotel. Él otros detalles mucho más atractivos.

Antes de mirar la carta tomaron un par de mojitos y, cuando el maître preguntó si habían decidido lo que iban a cenar, el comandante Mancuso buscó entre los muchos platos los que estaban elaborados con carne.

—¿Qué os parece si tomamos langosta? —preguntó Flavio levantando la vista de la carta.

El comandante miró el precio de la langosta: 35 dólares. Quizá en otro momento le hubiera parecido bien, para el bolsillo de un imperialista americano no era dinero, al contrario. Sin embargo, pensando como un obrero cubano, su conciencia no le permitía pedir un plato que costaba el sueldo de tres meses de un pescador de langostas.

—Prefiero tomar carne —contestó.

—Permítame recomendarle nuestro Filete de Cerdo con Mojo Cubano —dijo el maître eligiendo su mejor postura profesional.

—¡Ah no! Más cerdo no, por Dios—protestó el comandante sobresaltado—. Aquí pone Filete de Res al Vino Tinto —señaló una parte de la carta con el dedo.

—Delicioso señor —dijo el maître estirando el cuerpo.

—Tomaré entonces el filete de res.

—No hay señor —dijo el maître.

—¿No hay qué?

—Filete de res señor —dijo el maître comedido—. No recibimos carne de vacuno desde hace un mes.

—¿Y para qué tienen tantas vacas pastando en el campo? —proestó el comandante procurando mantener la calma.

—Son del Gobierno señor.

—¡Ya sé que son del Gobierno...!

—¿Qué os parece si compartimos una ¡Algarabía del Mar! —dijo Flavio para cortar lo que podía derivar en una crítica contra Fidel Castro y su Estado revolucionario, nada recomendable para un comandante de líneas aéreas que volaba regularmente a la isla de Cuba.

—Una buena elección señor —dijo el maître volviendo a relajar el cuerpo.

—¿Qué es lo que lleva? —preguntó el comandante Mancuso.

—Marisco señor: langostas, ostiones, camarones, cangrejos...

—Estamos rodeados de mar —dijo Flavio Alessandro levantando el brazo—. ¡Hagamos los honores a Neptuno!

Flavio desvió la atención sobre la extraordinaria paradoja de que los cubanos estando rodeados de mar no tienen acceso a los pescados y mariscos de calidad que el Gobierno revolucionario reserva en exclusiva para la exportación y para los que pueden pagar su elevado precio con dólares americanos. En el Surgidero de Batabanó, puerto cercano a La Habana, la policía revolucionaria como inspectores del Estado persiguen, decomisan, imponen multas difíciles de pagar, o penas de cárcel, a vendedores y compradores de pescado no autorizados por el Gobierno revolucionario.

Mientras tanto en España los que se autodefinen como abanderados representantes del pueblo demonizan a los que en la nueva democracia ocupan el espectro liberal y conservador, poniendo como ejemplo de lucha al anticlerical y anticapitalista al Estado unitario comunista de Fidel Castro: vanguardia organizada y orientada hacia la construcción del socialismo, artífice del avance comunista en el continente americano.

El discurso populista sobre las bondades del igualitarismo llevó a Felipe González a la presidencia de España, para alejarse de inmediato del marxismo-leninismo y abrazarse a la nueva socialdemocracia. El vicepresidente Alfonso Guerra, inspirado en el modo de vida de los cubanos, olvidó la distopia de ver a los médicos en alpargatas.

La cena fue ligera tanto como agradable, Flavio es un excelente y divertido anfitrión que alegra la vida a los que están junto a él. Después el espectáculo del hotel y las bebidas ofrecieron la mejor pista de despegue para la noche tan excepcional que pasó el comandante en la suite de Janet.

Se despertaron tarde, no había prisa para desayunar mirando el mar desde lo alto de la colina de Punta Brava, como lo hace desde su emplazamiento en los jardines el famoso cañón Ordóñez. Durante el desayuno Janet le dijo que su tripulación no volvería a Cuba hasta el próximo mes. Tendrían más ocasiones de verse porque también volaba de vez en cuando a Madrid, para ella la ciudad más acogedora y amable de toda Europa.

Se despidieron y el comandante dejó el hotel. No tenía dinero y Licinio no estaba a la vista, así que tuvo que caminar.

Estaba feliz, el comandante Fidel le robaría un mes de su vida, Janet le había devuelto una vida entera. Fue directamente a casa de Aldo para informarle de lo que iba a hacer para sacar de la isla al nieto de Danilo. Si le fallaban los policías y el encargado de la bodega tenía sólo los uniformes necesitaría gente que se arriesgara a ponerse el uniforme y pasar por policía un par de horas. Naturalmente Aldo dijo que contara con él, desde que había dejado Sierra Maestra no había vuelto a correr ningún peligro serio y un guerrillero necesita sentir el riesgo de ser apresado o muerto de vez en cuando.

A las quince horas llamó a la puerta de la bodega de aprovisionamiento que estaba cerrada «por inventario» según un cartel pegado con un rudimentario engrudo hecho con harina... ¡No sería para inventariar el café!

Llamó e inmediatamente le abrieron la puerta desde el otro lado. Pasó dentro y vio con sorpresa a dos policías uniformados excesivamente pertrechados, sólo les faltaban las bombas de mano.

—No hacía falta que vinieran tan armados Danilo, no vamos a una guerra —apuntó divertido y sonriendo el comandante.

—Si las cosas van mal no van a permitir ser detenidos —se expresó Danilo señalando con el mentón a los policías—. Son Juan Alberto y Boris, buenos muchachos, dos de los muchos que no están de acuerdo con la dictadura de Fidel.

—A sus ordenes comandante —dijeron los dos a dúo.

—No va a salir nada mal Danilo, te lo aseguro.

El comandante se fijó en el muchacho que estaba junto a su abuelo, un espigado chico mulato de pelo rizado con unos sorprendentes ojos verdes que miraban decididos.

Tenía una bolsa con sus pocas pertenencias y llevaba puesto el uniforme del colegio porque era la mejor ropa que disponía. Fuera se escuchó la bocina de un coche y el comandante tendió la mano al muchacho. El chico se volvió y abrazó a su abuelo demostrando lo mucho que le quería.

—No llores abuelo —dijo el muchacho muy sentido.

—No hijo, estas lágrimas son de alegría, cuídate y como te he dicho les das muchos besos a papá y a mamá de nuestra parte.

—Cuando sea mayor comparé un barco y vendré desde los Estados Unidos a liberarte a ti y a la abuela, te lo prometo abuelo.

—Te esperaré hijo, te esperaré —dijo Danilo secándose las lágrimas con un pañuelo y dándoselo después bien doblado al chico—. Toma, guarda esto mientras tanto, son las lágrimas de tu abuelo, por este otro lado tienes las lágrimas de la abuela.

Danilo miró al comandante con los ojos vidriosos y le dio en un sobre los papeles que necesitaba el muchacho para entrar en los Estados Unidos.

—»Tenga comandante, aquí tiene todo. Este es el contacto de mis hijos. No les he llamado porque en Cuba las paredes son orejas al servicio de Fidel.

—Ha hecho bien Danilo —dijo el comandante—. Vamos muchacho, el coche espera. Se volvieron a abrazar y el muchacho muy resuelto se dirigió a la puerta.

—Adiós Roberto, la abuela y yo rezaremos por ti.

En la calle Walfredo esperaba con un coche negro semiblandado y cortinillas en todos los cristales traseros. Se extrañó al ver tan armados a los policías. El comandante dijo que abriera el maletero para que dejaran allí las armas, porque no eran necesarias. Subieron todos al coche: Juan Alberto junto a Walfredo y en el asiento de atrás el chico entre el comandante y Boris. Cuando el coche arrancó Danilo dijo adiós con la mano y quitó el cartel de «cerrado por inventario» dejando la bodega abierta para los que necesitaran regular su dieta comprando una bolsa de arroz chino.

Los quince kilómetros que les separaban del aeropuerto fueron cubiertos sin ningún incidente. Si en un cruce pasaban junto a un policía este se cuadraba ante el coche y hacía su reglamentario saludo, todos los coches de la policía les cedían respetuosamente el paso. Cuando llegaron al aeropuerto Walfredo conocía perfectamente el camino para llegar hasta las pistas, durante el recorrido más de lo mismo, saludos de los policías y levantado de barreras sin hacer preguntas. Llegaron hasta el avión que ya había sido repostado y esperaba terminar de cargar el pasaje para despegar.

El comandante salió del coche con el muchacho y subió por la escalera delantera de la primera clase, arriba fue recibido por Janet y dos azafatas que dieron un beso al chico y le dieron la bienvenida en español.

—El comandante ha dicho que te lleve a la cabina para que le ayudes a despegar ¿Qué te parece? —le dijo Janet muy cariñosa al chico y este respondió con un «Sí» muy emocionado.

Flavio salió de la cabina mostrando una amplia sonrisa y dijo:

—Así que este es mi copiloto ¿Cómo se llama capitán?

—Roberto señor, Roberto Alejandro Arias.

—Bien capitán Arias, hoy seré su comandante, puede llamarme Flavio.

Se giró a Janet para darle instrucciones:

—De momento que se quede aquí Janet, si se presenta alguna autoridad le pasas inmediatamente a la cabina de mando.

—No creo que venga nadie Flavio, abajo está el coche de un Ministro con dos escoltas uniformados —le tranquilizó el comandante Mancuso—. Dudarán por no tener ninguna notificación del Ministerio, pero no harán preguntas. En Cuba no se hacen preguntas.

—No sé como has conseguido el coche de un Ministro JM, ya me dirás cuando nos veamos en Madrid.

—Cuando nos veamos, te debo un buen plato de jamón ibérico de Jabugo y un solomillo de ternera en un restaurante del viejo Madrid.

—Bien dicho querido —dijo Flavio poniendo su mano sobre el hombro de su amigo—. Toma, aquí tienes.

—¿Qué es esto? —dijo el comandante Mancuso mirando un abultado rollo hecho con billetes grandes de pesos cubanos.

—«Virus money». Fuera de Cuba no vale para nada, así que no lo necesito...

El comandante quiso devolvérselo, Flavio se lo impidió y se volvió hacia Janet.

—...El pasaje de clase turista ya está embarcado, ya están en camino los de primera clase. Despídase de JM y no olvide traer al capitán Arias a cabina cuando empecemos a rodar, le enseñaremos Cuba desde el aire. Adiós JM, la próxima vez en España.

Janet se despidió del comandante con un discreto beso y le dio una bolsa de Air Canadá con cosas que a los cubanos les gusta recibir y por lo que están dispuestos a hacer cualquier favor: bolígrafos, mecheros y regalos que llevan los aviones para los pasajeros de primera clase.

El comandante le agradeció el detalle y se despidió del chico dándole la mano como si se tratara de una persona mayor.

—Adiós Roberto. Si esta noche tus padres te invitan a una pizza acuérdate de mí, las hecho tanto de menos que cuando vuelva a Tampa me comeré yo solo una enorme de tamaño familiar.

El muchacho le dio la mano y sentó en el asiento 1A donde una de las azafatas le había puesto unas chocolatinas y una coca-cola. El comandante bajo del avión y fue hacia el coche oficial pensando en el dinero que le había dado Flavio. Estaba claro que no había cambiado tanto dinero en el mercado negro ¿Para qué? Flavio sólo se movía en lugares donde exclusivamente se paga con dólares o con tarjeta de crédito. Sólo le había visto emplear «virus money» con el santero y estaba seguro de que no le habían sobrado tantos billetes ¡Qué condenado! Sabía que no aceptaría dinero por la promesa que le había hecho a su abuelo y el muy... había buscado la forma de darle un montón de dólares sin que los pudiera rechazar.

Subiendo al coche oficial llegó el microbús con los pasajeros de primera clase, entre ellos Elsa María, que se despidió de él desde la escalera del avión enviándole un beso con la punta de los dedos. El comandante se despidió haciendo lo mismo con los dedos sobre la sien, imitando un saludo militar.

De vuelta hacia el barrio más de lo mismo: saludos a lo largo del camino de la policía y ningún obstáculo para llegar sin problemas a la bodega de aprovisionamiento, donde Danilo esperaba con la lógica preocupación sobre el resultado de la operación.

Cuando vio al comandante entrar con los policías y Walfredo salió a su encuentro y les abrazo a todos sin terminar de decir: «Gracias, amigos, gracias»

Los policías no quisieron recibir ningún tipo de gratificación en pesos cubanos cuando el comandante sacó el rollo de billetes con la imagen de Camilo Cienfuegos, dijeron que entonces lo que habían hecho no tendría ningún valor. Sin embargo, se volvieron locos con los regalos que había en la bolsa de Air Canadá.

Danilo eligió dos bolígrafos que emplearía en las Libretas de racionamiento, el Gobierno le daba un lapicero de tarde en tarde.

—Voy a llevar el coche a la base —dijo Walfredo llevándose la bolsa de Air Canadá con los regalos que habían sobrado.

—¿Qué les parece si nos gastamos este dinero en una comida de amigos? —preguntó el comandante enseñando el abultado rollo de billetes de Camilo Cienfuegos mostrando su eterna sonrisa.

—Conozco el lugar ideal —dijo Walfredo—. Nos pueden asar una pata de chanco para nosotros.

—Naturalmente ustedes y sus familias —aclaró el comandante dirigiéndose a todos—. También invitaré a mis amigos Aldo y María; ellos formaban parte de la operación, aunque los he mantenido en la reserva.

Todos estuvieron de acuerdo. Walfredo se encargaría de todo.

Salieron dejando en la bodega a Danilo escribiendo con su bolígrafo nuevo la cantidad que tenía de arroz y garbanzos. El comandante se despidió de Walfredo y los policías y se dirigió a un colmado que había visto de camino al Malecón donde vendían conejos asados a la brasa. Ahora le sobraba el dinero, compraría tres y le daría uno a Edelmira para que cuando volviera Walfredo le ofreciera una buena cena. Los otros dos se los llevaría a Aldo y María y les pediría que le invitaran a cenar. Tenía dinero en el bolsillo para comprar en el Agro y en los establecimientos donde sólo compran los cubanos, a partir de ese día echaría de menos la carne de res y las cosas que estaba acostumbrado a comer, pero no pasaría hambre. Bien mirado cuando te acostumbras a su carne, el cerdo y el conejo no parece tan malo.

Se levantó al otro día con un apestoso aliento a especias por el conejo asado que había llevado para cenar a casa de Aldo y María. Además de los conejos a la parrilla compró a precio de oro un par de botellas de vino ruso, malo, muy malo, pero con más colorido que el agua del grifo.

El dinero cubano le permitía moverse en el ambiente donde los cubanos se sienten como los salmones en la corriente de un río, sin embargo, en una sociedad dolarizada como es la cubana un guiri norteamericano puede darse por jodido si no lleva dólares en el bolsillo. En Cuba cualquiera está dispuesto a cambiar pesos por dólares, pero no al revés, nadie paga con oro un puñado de baratijas. Podía ofrecer billetes de Camilo Cienfuegos con un cambio superior al del mercado negro, algún turista picaría, pero entre los turistas hay policías revolucionarios camuflados que persiguen a los «cambistas» para encerrarles en sus cárceles comunistas, donde se sabe cuando se entra, pero no cuando se sale.

Se aseó un poco dejando algo pendiente para el hotel Nacional donde pensaba instalar su base de su nuevo negocio: tratar de conseguir dólares. Después se echó a la calle, necesitaba conseguir pan para Edelmira y María. Los del colmado donde había comprado los conejos le dieron una pista para comprar pan tierno al día siguiente en una panadería de venta libre.

De camino paró en la casa del cartel que ponía café y lo servían a través de unos barrotes de hierro que había en la ventana. El comandante nunca supo para qué estaban allí los barrotes. Además de café tenían unos extraños bocadillos con unas lonchas o rodajas que podía ser mortadela, si el que las miraba lo hacía con cierta dosis de optimismo. Le llamó la atención una cosa que tenía aspecto de pizza y ante la ansiedad que tenía por echarlas tanto de menos se arriesgó a pedir una porción, cerca de allí había un perro que le miraba con curiosidad, si no le gustaba le diría al curioso que le ayudara a deshacerse del pedido. Le sirvieron un vaso grande de café con leche al que no le faltaba la típica espumita cubana. Pago con un billete de Camilo Cienfuegos y la vuelta se la dieron en monedas con lemas exaltados: «Patria y Libertad» «Patria o Muerte» esta última con la imagen del pacifista Ernesto Che Guevara.

El café estaba bueno, se podía tomar. La pizza muy picante, no se podía comer. El que había hecho la pizza, además de hacerla cuadrada, se había pasado con el picante para disfrazar o esconder el contenido. Al final el trozo de pizza fue para el perro que se lo agradeció chupando uno de sus tenis... al perro le gustó el picante.

La panadería de venta libre operaba fuera del sistema, así que una hogaza de pan costaba cinco veces más que en las tiendas del Gobierno.

En la puerta encontró a la asmática señora mayor que recogía botellas, le dijo que entrara con él y pidiera lo que quisiera, naturalmente la pobre mujer preguntó si una hogaza de pan era mucho... el comandante le compró dos.

La mujer salió a la calle con la cara llena de felicidad porque además recibió del comandante un par de billetes de Camilo Cienfuegos. Compró cuatro hogazas más para María y Edelmira, además de todo lo necesario para que María le hiciera los merenguitos quemados con dulce de leche que tanto le gustaban.

De vuelta a casa la gente le miraba con envidia por llevar una bolsa con tanto pan, las angustiosas miradas le hacían sentirse culpable, pero ¿Qué podía hacer él? no era el causante de la falta de pan en Cuba, había que preguntar por qué faltaba en otro foro.

Le dio a Edelmira dos hogazas de pan, a María las otras dos y lo que había comprado para hacer los merenguitos. Después se fue a dar un largo paseo hasta el Hotel Nacional.

Sus ganas de andar le llevaron a El Vedado pasando cerca del cementerio de Colón, donde los elegantes mausoleos, los monumentales sepulcros con ángeles de mármol y las ricas lápidas de los que murieron durante la etapa de la Cuba esclavizada por el capitalismo, contrastaban con los feos y bastos sepulcros de hormigón reservados para los que murieron glorificando la Revolución.

No entró, maldita gracia ver como se cementa las tumbas de los cubanos libres que mueren gritando puño en alto ¡Viva Fidel!

Unido a los peatones de largo recorrido paso por varias calles y avenidas hasta llegar a un pequeño puente sobre la parte del río que divide los municipios de Playa y Plaza Revolución. Su abuelo le habló de la nostalgia que sentía del retorcido curso del Almendares rodeado de parras y árboles inmensos, sin embargo, a él le parecía un río asqueroso y aterrador, una frontera húmeda y fangosa entre la ciudad y las inmensas casas de los suburbios occidentales.

Le contaría a su abuelo lo que quedaba del mundo marinerio por el que sentía tanta nostalgia: cascos hundidos de viejas embarcaciones, casas-barco en deprimente estado de ruina y casetas guardabarcos semiabandonadas. Sólo un par de botes viejos, y un yate sin dueño que se caía a trozos, se mecían en el agua junto a una lancha de la policía revolucionaria que estaba allí vigilando el estercolero.

Giró hacia la derecha para dirigirse hacia las grandes mansiones de El Vedado. Estaba distraído mirando las grandes mansiones que ahora pertenecían al Estado cuando una joven bien maquillada y muy bien vestida se puso al lado y dijo:

—Vivir aquí es un signo de distinción. Me gustaría vivir en una de esas mansiones, aunque tuviera que dormir en la bañera.

El comandante la miró y fue a decir algo, pero fue interrumpido por dos mujeres que cargaban con una lata de tomate grande.

—¿Quiere comprarnos la lata de tomate señor? Sólo quince pesos.

Sin duda era un buen precio, en Cuba la comida robada es la que sale más barata. Podía comprar la lata y quintuplicar lo que había pagado por ella vendiéndola en el mercado negro, pero ¿Qué hacía él paseando por la ciudad con una lata de tomate? Se metió la mano en el bolsillo y sacó las monedas que llevaba encima, sin duda lo suficiente para comprar cualquier cosa para ponerle al tomate.

—Tengan —dijo extendiendo la mano—. Compren algo para echarle al tomate.

Las mujeres se sorprendieron, la menos decidida le dio con el codo a su compañera para que aceptara las monedas y con ellas en el bolsillo se marcharon volviendo la cabeza de vez en cuando para mirar al yanqui que había pagado el tomate, y no se había quedado con la lata.

—Trabajadoras indolentes empleadas del Estado absolutista —dijo la joven que presenciaba la escena apoyada en un muro de piedra—. Se sienten robadas y estafadas, así que roban lo que pueden en el trabajo, «la media» es su desquite:

Hacer «la media» en Cuba es trabajar a medio gas y robar al Estado todo lo posible. Según el dicho popular: «El Gobierno simula pagarnos, nosotros simulamos trabajar»

Durante «la media» se critica al Gobierno, a los jefes y se planifica el robo que hay que hacer antes de marcharse a casa. El Gobierno gasta tres veces más en las obras públicas porque los obreros de la construcción roban todo lo que pueden para reparar sus viviendas y todo lo posible para mejorar su sueldo ruinoso. El robo es el grifo que abastece al mercado negro.

Se trabaja a cámara lenta en una desesperante huelga de brazos caídos, trabajar de forma eficiente o atender bien a los clientes no interesa, la producción y los servicios son lentos y chapuceros porque la paga es miserable y el Gobierno no ofrece beneficios ni incentivos por cumplir con el trabajo o hacer las cosas bien.

La lógica es simple y pura: «Si ellos no se ocupan de nosotros, nosotros no nos ocupamos de ellos» Sobrevivir, disimular, aparentar, fingir, engañar... para un cubano «la media» es más importante que el trabajo en sí.

—¿Es usted cubana? —preguntó el comandante a la guapa chica que estaba con él.

—¿Lo dice porque no visto como las vendedoras de tomate? —respondió la chica.

—Bueno... sí.

—Soy mi propio empresario, mi trabajo pide vestir ropa importada de Europa.

—Trabaja entonces en esos edificios que el Gobierno alquila a las empresas extranjeras.

—Trabajo en toda la Quinta Avenida, sí...

—¡Ah! Ya, entiendo —dijo el comandante.

“En Cuba tanto los zapatos como toda la ropa en general es antigua, fea y de mala calidad. La gente se vale del trueque para vestirse, los que sólo pueden pagar con pesos cubanos van a los «trappings»: burlona alusión a los «shoppings» donde compran los que pueden pagar sus caprichos con dólares americanos”

—Es en este lado de la ciudad donde confluye el dinero, donde viven los ricos jerarcas que se visten de «verde olivo» por la mañana y por la tarde cambian el uniforme militar por trajes exclusivos de marca —la crítica joven hizo una pausa para exponer y explicar—: El Estado omnímodo dice que la moda es burguesa y fascista, por eso pone todas las trabas posibles a los que importan ropa europea de calidad.

La chica miró hacia los edificios que en otro tiempo fueron elegantes y majestuosos y ahora se les veía apagados y ahogados entre viejas capas del polvo:

—»¿Le apetece visitar un museo, le invito?

—Bueno, no sé... —dijo el comandante confuso.

—No cobro nada por las visitas a los museos —dijo la chica mostrando una sonrisa encantadora.

Cerca del lugar en el que estaban se encontraba el museo del Ministerio del Interior, un edificio que como todos los de su alrededor pertenecía al Estado socialista unitario. Estaba custodiado por mujeres vestidas con el uniforme del MININT color caqui, con charreteras verdes y faldas hasta la rodilla. A ver al yanqui y a una mujer, que por su forma de vestir no podía ser cubana, dijeron que tenían que pagar dos dólares cada uno. El comandante fue a protestar, pero la chica dio los cuatro dólares y tiró de él hacia el interior:

—Discutir con los MININT es perder el tiempo —le dijo acercándose a su oído.

Cruzaron la entrada y se mezclaron entre una enorme hilera de metralletas y armas de asalto. Por todos lados había fotos de los inmensos cuarteles centrales del MININT y citas exaltadas y patrióticas de los hermanos Castro hacía las FAR que protegen a la Nación.

Una de las mujeres con porte militar y pelo recogido en un moño les seguía de cerca tratando de escuchar cualquier crítica o comentario contrarrevolucionario. La visita fue corta porque la guardia del MININT no pudo aguantar más y se acercó al comandante.

—¿Es usted periodista? —preguntó en tono seco.

—No voy a escribir nada sobre esto, si es lo que a usted le preocupa —dijo el comandante señalando las proclamas antiamericanas que había en las paredes.

—¿Está acreditado para escribir un artículo sobre nuestro país?

El comandante la miró fijamente a la cara y la mujer se estiró aún más devolviendo la mirada con porte insolente y agresivo. No quiso contestar, cogió a la chica del brazo y tiró de ella hacía la puerta de salida.

—¿Está acreditado? —gritó ahora la MININT detrás de ellos.

La misma respuesta: nada, luego llegaron a la puerta. Al comandante le hubiera gustado hacer la típica y grosera señal con el dedo corazón a la estirada individua del moño, pero la chica le dijo con la mirada que no merecía la pena ser detenido por una tontería, los policías del partido comunista cubano están por encima del resto de los mortales, ellos sí están acreditados, como brazo armado de la represión.

Ya en la calle el comandante le dijo a la chica:

—¿Te permites un descanso de vez en cuando?

—Depende con quien me tomo el descanso.

—Me disponía a ir al hotel Nacional ¿Te apetece acompañarme?

La chica miró a un lado y otro de la avenida en la que estaban, después miró al comandante fijamente.

—Bueno, no sé... —dijo ella rememorando lo que había dicho él cuando le invitó a visitar el museo.

—No cobro nada por las visitas a los hoteles —dijo el comandante con una sonrisa.

Rieron los dos y echaron a andar a lo largo de la avenida.

—»No me hospedo allí, utilizo el hotel como base de operaciones —aclaró el comandante.

—¿Qué tipo de operaciones?

—Conseguir dólares, soy un maldito yanqui sin un dólar en el bolsillo.

—¡Vaya! He perdido a mi primer cliente de hoy —ahora fue la chica la que rió sola.

—¿Te dejan entrar en los grandes hoteles?

—Por qué crees que me gasto una fortuna en ropa y zapatos importados de Europa —dijo la chica permitiendo que la observara bien.

—Ya, claro —el comandante hizo una pausa antes de continuar—. Por la posición del sol es la hora de comer y la lata de tomate me ha hecho recordar que me vuelven loco los spaghetti. No puedo invitarte donde aceptan sólo dólares, tendremos que ir a un sitio donde no les importe coger pesos cubanos.

—Aquí en El Vedado hay un restaurante al que solía ir cuando era estudiante, te gustará, hacen el mejor ragú de carne de toda la isla.

—¿Carne de res? —preguntó el comandante esperanzado.

—¡El ganado le pertenece al Estado! —contestó la chica extrañada que el yanqui desconociera algo tan obvio.

—Sí lo sé —bajó la cabeza para aparcar hasta otro momento la ilusión.

Efectivamente, el ragú era de carne de cerdo, pero estaba bueno, se podía comer. Además de la carne le habían puesto a la salsa albahaca y cantidad de verduras, la mantequilla era de importación y el queso parmesano —aunque lo sirvieron como si se tratara de oro en polvo—. Abrieron además para ellos una botella de vino de la región Toscana para ofrecerles una copa, pero el comandante dijo que mejor dejaran la botella.

Él le contó quien era y a que se dedicaba y cuando le dijo a que había venido a Cuba, ella no tuvo más remedio que soltar una alegre carcajada:

—¡Vivir en Cuba con lo que gana en un mes un cubano! ¿A quién se le ocurrió semejante tontería?

Ya puestos ella dijo que se llamaba Tania, aunque su verdadero nombre era Carilda Céspedes Aguilar. Vivía bien, se lo permitía «su trabajo». Sus viejitos, que estaban muy delicados, estaban bajo su protección. A su papá le despidieron del trabajo cuando le pillaron robando sacos de cemento para venderlos en el mercado negro. Lo de su mamá fue menos grave, sólo fueron unos platos y tazas de loza que se llevó del hotel donde trabajaba. Ambos se quedaron sin trabajo y sin Libreta de racionamiento y, por añadidura, se encontraron irremisiblemente fuera del Sistema Nacional de Salud.

Al no poder conseguir lo básico para alimentarse papá y mamá se convirtieron en alcohólicos, una socorrida fórmula muy cubana que permite sofocar el hambre a base de alcohol. Poco a poco el ron de mala calidad les fue minando el hígado de tal forma que pronto dejarían el idílico país comunista de Fidel por causa de una insuficiencia hepática aguda... estaban perdidos.

Cuando llegara el fatal desenlace, Tania utilizaría parte de sus ahorros conseguidos con su trabajo para comprar su libertad:

—No volveré nunca más a este paraíso comunista —dijo Tania mirando el vino a través del cristal—. Me sacrificaré y viviré en uno de esos decadentes países capitalistas donde el papel higiénico no es un artículo de lujo.

Nacer bonita en Cuba conlleva serios contratiempos si tus padres son alcohólicos y el Estado se hace cargo de ti. Pronto la señorita Céspedes Aguilar tuvo que enfrentarse a los comportamientos inapropiados de los mayores que, como los panaderos y carniceros de Cuba, abusan del hambre que existe entre la clase menos favorecida para conseguir sexo gratis. Tania tuvo que ir a los campos de Estudio y Trabajo donde los profesores, vigilantes y empleados hacen como los panaderos y carniceros, pero sin entregar una hogaza de pan o medio kilo de carne picada a cambio de las vejaciones sexuales.

Fue violada por adelante y por detrás cuando apenas le había salido el pecho y, cuando lo denunció a unas policías femeninas del MININT, estas la utilizaron para hacer con ella sus prácticas lésbicas... sufrió de asaltos sexuales hasta que fue a la universidad. La obligaron a estudiar Biología, los profesores estaban muy interesados en introducirla en el estudio de los seres vivos y su forma de moverse... en la cama.

Se licenció con mejores notas de las que realmente merecía en la universidad que estaba allí cerca, en El Vedado. Los profesores consideraron que había hecho una carrera excepcional y la agradecida pareja del rector, con quien Tania «tomaba el té» algunas tardes, consiguió que la elevaran mucho la nota. Cuando terminó la carrera trabajó como todos los estudiantes para el Gobierno, en su caso las prácticas las hizo en una compañía de la Unión Soviética que importaba a Cuba maquinaria agrícola.

Obligada por el organigrama interno, que la empresa había colgado en la pared junto a un póster del Che Guevara, tuvo que permanecer todo el tiempo que duró su formación debajo de los jefes hasta que la obligada postura se convirtió en profesión.

El portero del hotel Nacional dejó entrar a Tania sin problemas, una mujer tan elegante y bien vestida no podía ser cubana, ni mucho menos. Además, la conocía, venía a menudo con las autoridades revolucionarias que trabajan por la mañana en El Vedado y por la tarde dejan colgado en casa el uniforme verde olivo.

El comandante le soltó un Camilo Cienfuegos nuevecito y el portero se ofreció a Tania como felpudo, cosa que la chica no aceptó para no estropear sus zapatos nuevos.

Dentro del hotel la pareja se encaminó hacia el Gallery bar que, por ser el más visitado, está abierto durante todo el día. El comandante pensó cómo iba a pagar, seguramente al no estar alojado en el hotel le obligarían a pagar con dólares americanos y no tenía ninguno. Sólo tenía billetes de Clemente Cienfuegos en el bolsillo.

«Dios proveerá» —pensó mirando hacia el artesonado de los techos.

Ya había gastado ese día lo que percibe un médico cubano por su trabajo durante varios meses. No es que fuera un manirroto, no, el problema es que el Gobierno socialista de Fidel Castro les paga a los médicos como unos... veinte dólares al mes... obligándoles a hacer «la media» robando: morfina, prótesis y medicamentos que sólo los que están forrados de dólares pueden pagar. Llegado a esta situación él se vería también obligado a hacer «la media», como todos los cubanos.

Problema: «la media» es trabajar lo menos posible y eso ya lo hacía, no pegaba ni golpe. Los cubanos roban todo lo que pueden a papá Estado, él no lo podía hacer porque el Gobierno revolucionario no emplea a los extranjeros. No podía ofrecerse como guía independiente porque no conocía La Habana ni sus alrededores. No podía vender nada en el mercado negro, un comandante de DC10 sólo tiene la posibilidad de robar un avión y su compañía cuidaba mucho sus cosas, no se lo iba a permitir. Tampoco podía dar clases de salsa y bachata... no tenía la gracia en el culo que tienen los cubanos.

Si su más inmediato objetivo era conseguir dólares lo más fácil sería encandilar a las turistas canadienses para que le dieran unos cuantos, a ser posible sin compromisos de cama, no podía volver a Tampa y decirle a su abuelo que tenía un nieto jinetero.

En ningún momento pensó conseguir dólares por medio de acciones para las que un comandante de DC10 no ha sido entrenado. Sin embargo, durante su estancia en Cuba tuvo un par de oportunidades... para ser sinceros un par de fracasos.

La primera fue con una cándida rubia canadiense que le dio pena decirle que además de necesitar ducharse había subido con ella para hacer «la media», no lo iba a entender. La dejó tumbada en la cama muy ilusionada pensando que se había ligado al comandante mientras él se encargó de hacer «la media» llevándose dos rollos de papel higiénico, la bombilla del baño y todas las botellitas de alcohol que había en el minibar.

El resultado de su rapiña se lo dio a Edelmira que al ver los rollos de papel higiénico puso los ojos del mismo tamaño que los pone un niño cuando le regalan una bicicleta, es increíble la alegría que produce en un país comunista un simple rollo de papel higiénico.

La segunda fue una mujer más formada y adulta que en la ducha le dijo sentirse decepcionada, había venido en busca de cubanos extraordinariamente bien dotados y él no cumplía con sus expectativas. El comandante le dijo que no le podía comparar con un caballo que pesaba cuatrocientos kilos más que él, pero la rigurosa dama canadiense insistió en que para cargar con esas alforjas no había venido desde tan lejos. La dejó en el baño desbarrando sin sentido, se vistió y salió de la habitación pensando que la lasciva canadiense merecía algo más que dejarla sin papel higiénico, así que se llevó siete bragas de las mejores marcas de lencería que guardaba bien dobladas en uno de los cajones.

“Las siete bragas se las regaló a María. Aldo le contaba entre risas que su mujer aprovechaba cualquier ocasión para que la viera con ellas puestas ¡Ah! y que las vecinas se morían de envidia cuando se las enseñaba, pocas mujeres en Cuba pueden cambiarse de bragas, y menos de esa calidad”

Llegó un momento en el bar que empezó a preocuparse porque copa tras copa la cuenta se estaba poniendo peligrosa, y así se lo hizo ver a Tania que sonrió y dijo que ella se haría cargo de todo, y así sucedió. Un mastodonte norteamericano con sombrero tejano atraído por las sugerentes miradas de Tania se sentó junto a ellos y le pidió al camarero una botella champán francés, a la que siguió una segunda y una tercera.

El americano fue quien firmó la nota y se despidió del comandante llevándose con él a Tania que, cuando el americano estaba en el mostrador de recepción registrando a la chica, volvió y le dio un billete de cincuenta dólares.

—Toma, estaré con el John Wayne unos días, le he pedido un adelanto.

Después se despidió del comandante con un beso muy cariñoso. El comandante pensó en lo fácil que le resulta a un cubano hacer algo tan sencillo, y es porque no es fácil hacer «la media» si has nacido en Tampa.



Capítulo XI

Una comida de amigos:

La comida con los que habían participado en la «Operación nieto de Danilo» fue un éxito. En total se juntaron doce personas y con el comandante trece, como en la última cena. Walfredo los llevó a un lugar que frecuentaba gente del Gobierno. Se trataba de una finca cercana a una plantación de tabaco en las afueras de La Habana que tenían una especie de restaurante al aire libre con una buena barbacoa y bancos de madera corridos, donde podían sentarse juntos muchas personas, un sitio muy popular donde pasaron un día maravilloso. No apareció ninguna Autoridad. Asistieron: Aldo y María, Walfredo y Edelmira, Danilo y Palmira, su esposa. Al policía Juan Alberto le acompañaba su mujer y sus dos hijos. Boris llevó a su hermana Carmen Celia, la afrocubana más atractiva que el comandante había visto en su vida, además de sencilla, simpática e inteligente. Una joya de mujer. Ninguno la llamaba por su nombre de pila, para todos era Mailing, que era el nombre de la extraña carne enlatada que recibían de tarde en tarde los cubanos con la Libreta de racionamiento.

Walfredo había dado instrucciones y los cocineros, que además eran los que servían las mesas, habían puesto en la parrilla una enorme pata de cerdo, tres pollos y un par de conejos. Tenían preparado además distintos platos de arroz, plátano frito en rodajas, alubias, yuca con mojo, tamales y un par de ensaladas con aguacates. La bebida fue a base de cerveza y ron, algunos bebieron la típica «michelada» cubana que es una forma muy particular de tomar la cerveza añadiendo zumo de limón, sal, y una serie de especias ¡Especias que también echaron en el asado! La michelada se toma en una copa grande con el borde escarchado a base de sal y limón, como el cóctel margarita... al comandante no le gustó, tomó la cerveza sólo con su espuma.

No hay reunión cubana que no esté acompañada de música, cada cubano lleva un músico dentro y el ritmo en la sangre, pueden sacar notas hasta golpeando en la mesa con un mechero. El restaurante disponía de algunos instrumentos para los clientes que los solicitaban: dos guitarras y un típico tres, güiros, un bongó, una botija, varios calabazos y unas maracas. El comandante poco podía participar porque los nacidos en Tampa para la música no están tocados por la mano de Dios.

Se retiró con un cubo de hielo y una botella de ron para hablar con Mailing que se había tumbado en una hamaca entre dos palmeras.

Ella no trabajaba, tenía problemas con el Gobierno. A pesar de haber sido como todas las niñas adoctrinadas en la escuela desde muy pequeña no había encajado en el programa «Saber Mañana» diseñado para lavar el cerebro de la infancia de cara al futuro y justificar conceptos tales como: “Patria o muerte” “Estudio, trabajo y fusil contra el Imperialismo” “Socialismo o Muerte”... y otras pacíficas lindezas.

El control del Estado a los niños cubanos empieza desde su nacimiento. Lo primero que se les inculca es el odio a los enemigos de la Revolución y se les programa implacablemente para amar al Che Guevara y al comandante Fidel. La ley cubana dice que la familia, los maestros y todas las organizaciones tienen el deber de ayudar a los niños a desarrollar su personalidad comunista, deben proteger a los jóvenes de cualquier influencia contraria a su formación marxista-leninista.

Los niños de Juan Alberto habían sido nombrados pioneros recibiendo su primera pañoleta azul para el cuello, una pieza que el adoctrinamiento considera sagrada y que obligándoles a llevarla todos los días deben gritar al mismo tiempo «¡Seremos como el Che!» Sin explicarles quien era realmente este revolucionario y qué es lo que hacía por los cubanos... incluidos los negros... a los niños se les enseña a venerar al Che y odiar al Ejército boliviano y a la CIA norteamericana, responsables de su brutal asesinato:

“En el conjunto de medidas y prácticas educativas encaminadas a inculcar los valores del Che Guevara los ideólogos extremistas comparan su muerte con el martirio de Jesucristo, incluso comparando el paralelismo de su vida con la vida del hijo de Dios, sin pararse a pensar que Jesús de Nazaret no firmaba sentencias de muerte con los pies descalzos sobre la mesa del despacho. Ni mataba a quien no pensaba como él con un tiro en la cabeza. Además, el Che era ateo”

El adoctrinamiento va en contra de los derechos de la infancia para crecer autónomos e independientes. A los niños cubanos se les niega sus propios elementos de juicio inculcándoles la fe ciega al comandante Fidel. Se les enseña desde la escuela primaria a memorizar hazañas revolucionarias del comandante Fidel que jamás existieron, sus mensajes y discursos populistas. Aprender las críticas punzantes contra el imperialismo yanqui, además de odiar a todos los presidentes norteamericanos de la historia.

Según Juan Alberto una cosa es lo que los niños cubanos dicen cuando se les pregunta en la escuela y otra bien distinta lo que dicen y piensan cuando están en su casa. Sus hijos, a pesar de su continuado adoctrinamiento, eran unos chicos inteligentes, crecerían libres e independientes.

Mailing cocinaba y ayudaba a su madre. Para ganar dinero tenía un pequeño horno de pan clandestino que le había construido su hermano en una parte escondida de la casa donde vivían. Compraba sacos de harina «a la izquierda»: forma que tienen los cubanos de decir «eso es robado». Su hermano, destinado entre otras cosas como vigilante de las carnicerías que suministraban a las autoridades del Gobierno, tenía la posibilidad de comprar carne de todas clases, incluso la carne de vacuno. Compraba para su hermana a precios muy razonables carnes y embutidos con los que hacía unas sabrosas empanadas.

Otra fuente de suministro consistía en los productos robados por los vecinos en su trabajo y lo robado por los encargados de las bodegas de racionamiento, en este caso les cambiaba las materias primas por el producto elaborado, horneado y acabado. Así es como los cubanos salen adelante... robando al Estado.

Cuando el comandante le dijo quien era y qué es lo que hacía en Cuba ella riendo dijo: «Bonito plan para adelgazar» Comentó que en Cuba el primer problema era la comida, pero no todo terminaba ahí, los cubanos deben apartar la cuarta parte de su salario para pagar la luz eléctrica y el combustible para cocinar ¿Qué cómo salimos adelante? La Libreta de racionamiento de mi hermano que es policía no es tan rigurosa como la de nuestros vecinos, podemos comprar más cantidad a precio reducido. Los artículos racionados que a nosotros nos cuestan más baratos podemos venderlos a precio de mercado... en el mercado negro.

«Lo máspreciado en Cuba son los huevos frescos, mi hermano consigue muchos más que cualquier familia, para mi negocio es esencial».

El comandante le dijo que necesitaba comer carne de res, había llegado a un extremo en el que sentía náuseas al oír la palabra cerdo. Ella le sonrió y le citó para el próximo domingo, le pediría a su hermano que comprara en la carnicería del Gobierno unos buenos bistecs de lomo de res. El comandante agradecido le dio diez billetes de Camilo Cienfuegos para los gastos, cosa que al principio ella no quiso aceptar pero que lo hizo ante la repetida insistencia.

El domingo el comandante encontró a Boris pagando al conductor de un camión el transporte que había hecho para él.

Boris estaba convirtiendo algunos habitáculos en el edificio pegado a la casa donde vivía en habitaciones decentes para alquilarlas a los turistas extranjeros de bajo poder adquisitivo que visitaban La Habana por su sol, sus cayos y playas... y por el sexo barato fácil y exclusivo.

Los albañiles encargados de la obra descargaron el camión sin prisas, siendo Boris policía no había peligro de denuncia. Sin duda los trescientos sacos de cemento eran producto de un robo, estaban impresos con la tinta azul que los identificaba como propiedad del Estado —la tinta roja identifica a los sacos de cemento que pueden comprar los ciudadanos en tiendas estatales por seis dólares el saco—. El cemento robado al Gobierno hubiera supuesto para Boris una cantidad inasumible para llevar a cabo sus planes. En Cuba no se compra lo que se puede robar.

Aquel barrio de la parte vieja de La Habana estaba experimentando un movimiento de desalojo entre los «palestinos»: gente nacida al este del país, huidos del hambre del campo y desesperados muertos de hambre en la ciudad. Algunos abandonaban las «barbacoas» donde mal vivían para volver al campo donde la necesidad imperiosa de comer es más fácil mitigarla masticando un trozo de caña de azúcar, o robando una mazorca de maíz en las propiedades del Estado.

“En La Habana son conocidas como «barbacoas» los pequeños altillos o plataformas construidas a poca distancia del techo aprovechando la altura de las casas antiguas”

Es en las barbacoas donde aterrizan los ciudadanos considerados por el Gobierno de segunda clase y no les ofrece otra alternativa mejor para vivir. Se las llama barbacoas porque los que habitan en ellas se asan como las lonchas de panceta.

“En Cuba el aire acondicionado es exclusivo para las señoriales casas donde viven los defensores del comunismo igualitario, las Autoridades de la casta política y militar revolucionaria del comandante Fidel”

La huida de los desheredados ciudadanos hacia el campo —única huida posible porque el Gobierno revolucionario castigaba con la cárcel los intentos de huida del paraíso comunista—, estaba dejando espacios libres en el edificio que, aun estando en estado lamentable, Boris recuperaba para llevar a cabo sus planes.

El edificio, que en su tiempo formó parte del tesoro de la historia de La Habana, necesitaba una urgente reparación: el agua de las lluvias torrenciales, el clima tropical, el grado de humedad —cercano al noventa por ciento—, la formación de hongos, el musgo y las bacterias, habían degradado de tal forma la fachada neocolonial que ahora ofrecía el mismo aspecto penoso del resto de los edificios de aquella parte de la ciudad.

De pronto el comandante sintió que alguien tiraba de la pernera de su pantalón, era una niña de unos siete años con el pelo enmarañado que le dijo:

—Dame un caramelo.

—No tengo —dijo mirando hacia abajo.

—Pues dame dinero.

—Tampoco tengo.

—Todos los yanquis tienen dinero.

—Yo también, pero en mi país, aquí vivo como un cubano.

—Tengo hambre.

El comandante miró a la chiquilla, efectivamente estaba muy delgada y por la forma de vestir pertenecía a la clase desheredada y menos favorecida, la subclase formada por los que no tienen siquiera la socorrida Libreta de racionamiento.

—¿No vas a la escuela?

—Hoy es domingo, no hay escuela.

—Toma diez pesos, ve al horno de pan y le pides a Mailing un trozo de empanada.

La niña abrió los ojos con sorpresa, cogió el dinero, y entró como una flecha en casa de Boris y Mailing. Al rato salió con la empanada y echó a correr, pero el comandante la detuvo para preguntarle qué pretendía hacer con la empanada. Ella contestó:

—Se la llevaré a mi hermanito, tiene más hambre que yo.

El comandante rio por lo bajo con pena. Sacudiendo levemente la mano entro en la casa con Boris que le presentó a su madre: una mujer de raza negra y ojos claros que conservaba una bonita figura, de joven tuvo que ser una belleza. Le saludo con la mejor de sus sonrisas y se disculpó, debía marcharse porque tenía un compromiso familiar.

Mailing le recibió con un beso de amigos y le invitó a sentarse mientras terminaba de prepararlo todo. Preguntó si quería un tinto o una cerveza y el comandante se decidió por la cerveza, hacía calor.

Boris se encargó de la bebida: sacó en una bandeja cuatro botellas de cerveza Cristal y trozos de empanada de las que hacía su hermana en el horno clandestino. Se sentaron y Boris le habló de sus proyectos:

En Cuba las iniciativas empresariales sólo están al alcance de los extranjeros que contratan la mano de obra a la CTC: Central de Trabajadores de Cuba. Única central sindical de la República de Cuba. El Estado socialista unitario de Fidel Castro es el propietario de la producción y los medios de información. El Gobierno revolucionario es quien se responsabiliza y decide lo que se debe producir y a qué precio, las rentas del trabajo y los subsidios percibidos por la población. Lo que determina la capacidad de consumo posible en cada familia.

Sin embargo, hay excepciones al alcance de los jóvenes emprendedores que quieran montar su pequeño negocio, siempre que el pequeño negocio se monte en la misma casa donde viven... convirtiéndose así en pequeños empresarios autónomos.

El Gobierno permite alquilar habitaciones a los turistas, o poner un «paladar»: restaurante de comida típica cubana de tres o cuatro mesas... esas son las aspiraciones a las que puede llegar un pequeño empresario cubano.

El comandante pensó que ese día además de recibir las calorías que precisaba a diario su organismo se daría el gustazo de devorar un buen bistec de carne de res: la carne que está al alcance de cualquier burgués imperialista norteamericano y tan alejada de los libres ciudadanos de la República de Cuba.

Cuando Mailing dijo al comandante que podía sentarse a la mesa Boris se disculpó, quería estar cerca de las obras para que los albañiles no practicaran con él la tan temida «media»... estaba claro que él y su madre se habían puesto de acuerdo para dejar a Mailing y al comandante solos.

Para algunos La Habana es la tierra donde se produce el mayor cultivo de belleza humana. Las leyendas apócrifas dicen que Juan Ponce de León murió en La Habana sin haber conseguido encontrar lo que para él fue su mayor obsesión: la Fuente de la Eterna Juventud. Ahora los cuentos de amor y traición se suceden en Cuba entre los que buscan huir del paraíso comunista para conseguir su libertad por cualquier medio y los nuevos conquistadores que vienen del resto del mundo a ofrecer el «cualquier medio» a cambio de sexo. Fuera de las villas y palacios neoclásicos que albergan las embajadas extranjeras acreditadas, se producen largas filas de hombres y mujeres que esperan para entrar y convencer al personal diplomático de la antigua relación que une a un turista extranjero que han conocido esa semana. Los consulados advierten a sus compatriotas que conseguir una pareja en Cuba no es adoptar a un perrito, que son muchos los riesgos y muchos los abandonos tras pocos meses de convivencia... llevándose la pareja en su huida todo lo que pueden.

Cuba tiene muchas máscaras; es cierto, pero este no fue el caso: Mailing mantuvo con el comandante una verdadera y desinteresada relación durante la estancia que JM Mancuso estuvo en La Habana, todo fue maravilloso... el sexo también.

Después de la comida con todos los amigos las reservas de pesos cubanos habían disminuido considerablemente, pero ahora había más gente que se ocupaba de su dieta y se preocupaba por su peso. Sabía que eso era trampa, no estaba viviendo con el sueldo de un cubano, pero... ¿Quién no hace trampas en Cuba?

Faltaban pocos días para cumplir su objetivo con el idioma y terminar el calvario cubano, pronto volvería a Tampa. Ese día se había levantado temprano y esperaba a Licinio, el conductor de Cadillac tuneado de 1947 color salmón. Mientras esperaba se comió dos rebanadas de pan tostado con mantequilla y café que le había dejado María mientras se aseaba un poco en la pila del patio. Cuando llegó Licinio le explicó el plan: se trataba de ir a Camaguey, a 505 kilómetros de La Habana, para recoger a Walfredo que había ido «voluntariamente» a cortar caña en la zafra de los campos azucareros.

El comandante Fidel había exhortado a los cubanos con sus discursos populistas para que acudieran en masa a los campos azucareros, prometiendo que terminada la zafra los que aún no habían conseguido el título de obrero calificado tendrían suficientes méritos para conseguirlo y tener un empleo fijo. Los miembros del Consejo de Ministros, con los hermanos Castro a la cabeza, se armaron de machetes para iniciar la zafra de 1981... y posar para la foto oficial del periódico Granma.

Sin embargo los empleados de los Ministerios, y los que por muchos motivos no salían en la foto, debían trabajar durante ocho días en jornadas de dieciséis horas, alumbrándose con rústicas lámparas de queroseno y comiendo carne rusa enlatada y arroz vietnamita a pie del surco para no malgastar tiempo.

Ver en los medios la foto del comandante Fidel y al hermanísimo Raúl Castro con sus uniformes verde olivo arremangados hasta los codos provocaba la reacción en cadena de los atemorizados que se presentaban a la carrera al «trabajo voluntario», los campos azucareros se llenaron de: empleados de las oficinas y empresas del Estado, médicos, enfermeros, maestros, profesores de la Universidad, trabajadores del puerto, aduaneros y servicios pesqueros. Si algún atrevido desoía el espíritu revolucionario de la llamada, y no se presentaba «voluntario» al trabajo, era inmediatamente fichado por la policía del Ministerio del Interior por vago, contrarrevolucionario y enemigo de la patria... se le había caído el pelo.

Para Fidel la heroica actitud del pueblo le llenaba de orgullo y se lo hubiera llenado al pionero abanderado del trabajo voluntario en los cañaverales, en las minas y en el puerto. El defensor de la libertad del pueblo ¡Ernesto Che Guevara! Que siempre se hacía la foto para el Granma con un enorme puro encendido en la boca.

«Nuestro héroe revolucionario —gritaba en su locuciones Fidel con su puño comunista en alto—, disfrutaría viendo al pueblo cubano con este estado de ánimo, con esta actitud de acudir masivamente a librar la batalla decisiva contra el imperialismo yanqui, contra ese presidente Reagan peliculero y marinconsón que ahoga el desarrollo de nuestro Estado socialista, pero que nunca logrará ahogar el esfuerzo ni la voluntad en el trabajo de los obreros cubanos»

Fidel Castro utilizaba en sus populistas discursos la figura del Che Guevara como mártir de la Revolución, cuando se sabe que le destituyó de sus cargos ministeriales por quitarse de encima a un enemigo en potencia que discutía sus decisiones.

El Che estuvo en contra de Fidel cuando eliminó los arrozales y redujo a mínimos la ganadería presente en la isla para dedicar el espacio que ocupaban a la caña de azúcar. El Che Guevara como ministro de Industria buscaba una Cuba industrializada como China. Fidel Castro apostaba más por el modelo soviético de una Cuba agrícola.

Su enfrentamiento llevó al Che a las guerrillas del Congo. Tras el fracaso en África llegó a Bolivia donde fue acusado de enemigo del Estado boliviano y fusilado por su ejército regular... poco se hizo desde Cuba para evitar su muerte.

Los largos y masivos discursos de Fidel Castro eran siempre seguidos por intensos aplausos y ¡Vivas a Fidel! de los atemorizados cubanos que, si hacían un mal gesto, o no aplaudían cuando debían hacerlo, eran detenidos y conducidos a las dependencias del Ministerio del Interior y fichados como subversivos y activistas contrarrevolucionarios: circunstancia que significa perder el trabajo y por añadidura los beneficios sociales... ¡Viva la Libertad del pueblo cubano!



Capítulo XII

Walfredo:

Para Walfredo ver en los campos de caña de azúcar al comandante fue una grata sorpresa. Se alegró al ver que habían venido en su busca terminado su turno «voluntario» en la zafra. Estaba cansado y visiblemente desmejorado. La húmeda atmósfera de los cañaverales y los insectos se habían encargado de martirizarle y no dejarle dormir ni descansar en las hamacas preparadas por el ejército con sacos de yute para los cortadores de caña «voluntariosos»... y para los que no lo eran tanto.

—¿Qué les parece si paramos en el camino? Me gustaría ver a un amigo —solicitó Walfredo mirando desde el asiento de atrás del coche hacia la campiña que abrazaba la carretera por ambos lados—. En su finca tiene un pequeño restaurante, estará encantado de prepararnos algo de comer cuando lleguemos.

El comandante estuvo de acuerdo y Licinio dijo que contaran con él, en Cuba donde mejor se come es el campo.

Llegaron a una hora que era muy tarde para comer y temprano para cenar, habían hecho la mitad del camino. El amigo de Walfredo celebró su visita con un cariñoso abrazo y un cordial saludo para Licinio y el comandante. Naturalmente se puso gustoso en marcha para preparar un buen almuerzo-cena digno de buenos amigos: costillas de cerdo preparadas al estilo Texas para el comandante, tres bistecs de res de seiscientos gramos cada uno, media docena de huevos con papas fritas, arroz al estilo cubano con rodajas de plátano frito, y una buena ensalada con trozos de aguacate, embutido y queso fresco. Para beber, además de cerveza y coca-cola, una buena botella de vino californiano que al comandante Mancuso le entusiasmó.

Se llamaba José Félix Zamora. De cara y gesto firme, delgado, blanco, hijo y nieto de españoles, tenía esa forma tan particular de hablar de los que mezclan los giros propios del cubanismo con el tono dulzón de los gallegos nacidos en Cuba.

Era propietario de la finca agrícola y ganadera que perteneció a su familia desde la época de la dictadura liberal de Gerardo Machado, hasta la llegada de la dictadura marxista-leninista del comandante Fidel que la confiscó para el Estado revolucionario de la República de Cuba.

Cocinado y preparado todo en la mesa se sentó junto a su amigo Walfredo y explicó al comandante porque disponía de lo que no estaba al alcance de cualquier cubano:

Hasta llegar a la edad de su jubilación había trabajado en la base Gitmo, nombre con el que reconocen los estadounidenses a la Base Naval de la Bahía de Guantánamo situada en el extremo sureste de la isla, a 831 kilómetros de La Habana. Iba cada mes al centro comercial de la base naval a comprar lo que difícilmente se encuentra en Cuba, que es casi todo. Cobraba una pensión en dólares americanos correspondiente al sueldo de un ingeniero civil trabajando en suelo norteamericano, comparado con el sueldo de un cubano ¡Una pequeña fortuna!

En 1963, durante la intervención de la propiedad privada ordenada por Fidel Castro, su familia tuvo que abandonar la finca y emigrar a Florida; no se alejaron mucho de la isla porque pensaron que la dictadura comunista de los Castro no sería eterna... sus predicciones fallaron por completo.

Cuando se jubiló pudo pagar con los buenos ahorros que tenía en dólares lo que el Gobierno comunista le pidió por recuperar la finca que perteneció a su familia ¡Tuvo que pagar por recuperar su herencia! Tuvo que pagar por lo que era suyo.

Recuperada la finca, que estaba en situación de semiabandono, gastó otra pequeña fortuna para dejarla en la situación que estaba ahora. Como sus antepasados la dedicó a la agricultura y ganadería lechera con vacas frisonas que trajo desde el Principado de Asturias. Tenía cincuenta empleados españoles, asturianos y gallegos en su mayoría.

Todo lo que producía lo vendía en la base naval Gitmo de los americanos porque lo pagaban bien y sobre todo en dólares. El restaurante lo tenía para entretenerse, como buen descendiente de gallegos, le gustaba la cocina.

Cuando su familia explotaba la finca el sector agropecuario era uno de los pilares fundamentales de la economía cubana. La producción azucarera y la ganadería eran el primer y segundo renglón en la actividad económica del país, aunque también contaban otras ramas de la agricultura en menor escala, además del arroz y el tabaco.

El triunfo de la Revolución fue el punto de inflexión para que el sector y la economía fuera decayendo hasta llegar a la lamentable situación en la que Cuba tenía que importar el ochenta y cuatro por ciento de los productos que consumía. El ganado, a pesar de estar prohibido el sacrificio, era menos de la mitad del que existía antes de que llegara a Cuba del triunfo de la Revolución y las zafras azucareras en las que Fidel Castro confiaba ciegamente habían caído año tras año de forma estrepitosa. Para cortar la caña en los campos azucareros del Estado unitario había que emplear «voluntarios».

Los campesinos con tierras arrendadas al Estado trabajaban con las propias limitaciones de un país del Tercer Mundo: sin maquinaria, carentes de servicios y sin materias primas. Lo poco que sacaban tenían que venderlo en los Agros con los precios marcados por el Estado. Había campesinos que desesperados esquivaban el sistema y vendían sus productos en el mercado negro... el mercado negro se encargaba después de llevarles tabaco a la cárcel.

Ante la pregunta del comandante sobre la situación de la única base militar operativa estadounidense en un Estado comunista, José Félix le respondió que la base Gitmo era el grano en el culo del comandante Fidel. Lo consideraba territorio usurpado a los cubanos por el imperialismo norteamericano y para obligar su salida de la isla cortó el suministro de agua potable y electricidad a la base naval. La base Gitmo es un mundo dentro de un tercer mundo, produce su propia energía eléctrica y se suministra de agua potable de la cercana isla de Jamaica. Tiene además una planta desalinizadora de última generación. El Gobierno cubano no tiene nada que la base naval no disponga en propiedad. Como no hay papel higiénico en Cuba la base Gitmo lo trae de Florida.

—Me hubiera gustado visitar Guantánamo, pero está muy lejos de La Habana para ir a comer costillas —dijo el comandante satisfecho por el excelente almuerzo.

—La carne es de La Base —dijo José Félix—. Compro allí lo que no producimos en la finca. Voy con mi esposa y los chicos, aprovechamos para comer en uno de los ocho restaurantes disponibles y vamos a los dos cines que hay al aire libre. En la base hay de todo: oficina postal, estación de bomberos, gasolinera, hospital, casa de cambios, dos colegios, estación de radio y televisión, piscina ¡Ah! y varias capillas para las distintas confesiones religiosas. En la base naval de Guantánamo no se prohíbe creer en Dios.

La esposa de José Félix, una señora asturiana de cara bondadosa vino a saludarles y les trajo unas filloas gallegas rellenas de compota de manzana decoradas con unos chorritos de mermelada de frambuesa. Todo un lujo para acompañar al café brasileño y las copas de coñac de Jerez solera de gran reserva.

—¿Qué es lo buscaban los conquistadores españoles en América, que no tenían en España? —dijo Walfredo después de probar el brandi.

—No sé ¿Quizá la fuente de la juventud? —dijo José Félix y todos rieron.

Al día siguiente el comandante acompañó a Walfredo, tenía que presentarse en el edificio del Consejo de Estado por razones de su trabajo en el garaje del parque móvil de los Ministerios.

Fueron caminando hasta Cerro, barrio poco recomendable para dar un paseo. Salieron de allí enseguida y Walfredo le dijo que le siguiera porque quería enseñarle hasta que punto llegaba la conciencia de las Autoridades que gobernaban Cuba. En unas calles apartadas había interminables filas de camiones viejos y oxidados abandonados allí por falta de piezas de recambio.

Un poco más allá, un estadio de deportes que se caía lamentablemente a trozos porque el Gobierno no estaba dispuesto a gastar nada en él. Cruzaron un parque por el que no pasaba un jardinero desde la dictadura de Fulgencio Batista: el dictador que dejó la presidencia de Cuba llevándose una fortuna de cien millones de dólares...

Murió en Marbella con el estatus de jeque árabe en 1973.

Pasaron por una arboleda y encontraron detrás de ella el Ministerio del Interior: el edificio que tiene la gigantesca escultura con la famosa imagen del Che Guevara.

La puerta del edificio estaba vigilada por dos soldados con boina roja que miraron con desprecio al comandante y con desconfianza a Walfredo por ir acompañado de un sucio imperialista yanqui. Los paisanos que se ven obligados a pasar cerca de este edificio del MININT lo hacen como los paganos que caminan sobre las brasas en la Noche de San Juan... perdiendo el culo.

Ambos ignoraron a los guardias y siguieron hasta el vasto y descuartizado asfalto de la Plaza de la Revolución, un peligro para los pobres viejecitos que pueden tropezar y romperse la crisma.

“Una curiosa manera de reducir el número de beneficiarios que reciben las ruinosas pensiones del Estado”

Superada la prueba llegaron hasta la entrada de un edificio más bien bajo pero inmenso situado en la cima de una grandiosa entrada ¡Aquello era el Consejo de Estado! El núcleo del sistema revolucionario cubano donde el hermanísimo Raúl Castro dirigía los hilos del movimiento nacional. Había muchos guardias de las Fuerzas Especiales armados de aparatosas defensas y pistolas al cinto que vigilaban la rampa de entrada de aquella especie de Partenón que asusta sólo con verlo. La zona estaba vedada para los que no visten de verde olivo, así que el comandante dijo a Walfredo que le esperaría en una tienda cercana al edificio oficial donde vendían café y bocadillos, no estaba dispuesto a interponerse entre las pistolas de los guardias y sí interesado por ver lo que había dentro de los bocadillos... curiosamente no había ningún perro a la vista.

Walfredo estuvo dentro del edificio poco más de una hora, salió con nuevas órdenes para el entretenimiento y mantenimiento de los coches acreditados para el servicio de ministros y autoridades. Se sentó con el comandante y pidió un tinto, cuando se lo sirvieron dijo animado:

—No quiero que se marche de Cuba sin conocer a unos jóvenes amigos; hablé ayer con ellos, me dijeron que nos pasemos por su casa, nos invitan a comer.

Invitar a comer a una persona en La Habana se considera un lujo, invitar a dos es un despilfarro.

Suso, como le llamaban su mujer y los amigos, había salido de la cárcel unas semanas atrás. Ahora tenía treinta y uno. Le habían enviado a la cárcel con diecinueve, había estado doce años preso. Estaba muy delgado y andaba encorvado por causa del hambre y los malos tratos.

Mirta era dos años más joven, se había casado con Suso cumplidos los diecisiete. Pocos meses después de la boda la policía enterró a su marido en una cárcel «fidelista» dejándola en ese extraño limbo donde una mujer es viuda estando casada.

La casa en la que vivían era muy pequeña, hacía calor y estaba mal ventilada, faltaba un ventilador. La comida se trataba de una humilde sopa de tomate, arroz, y unas raras lentejas de color amarillo. También había un plato con un simulacro de puré color gris que posiblemente tuviera algo que ver con el «picadillo» que vende en sus tiendas el Gobierno, olía a soja y tenía algunos tropezones de algo que en vida pudo ser un animal, aunque era difícil adivinar de qué especie.

Al comandante le prepararon un plato aparte: unas finas rodajas de tomate y sobre ellas cuatro lonchas de carne de pavo de la marca estadounidense Cargill, que llegaban a Cuba en sobres cerrados al vacío como parte de la compensación que esta empresa estadounidense daba a los Gobiernos que compraban piensos compuestos para las vacas lecheras.

Estaba claro que los sobres habían sido robados y vendidos en el mercado negro. El pavo sabía a carne seca caducada, pero tenía mejor sabor que el embutido de pavo que suministra al pueblo el Estado en sus bodegas de racionamiento.

Al matrimonio les hubiera gustado poder ofrecerles un vaso de vino, derecho fundamental e irrenunciable que debe estar al alcance de todos los seres humanos y que la clase popular cubana perdió con la llegada del comunismo al poder.

Hasta los curas que oficiaban clandestinamente para los cristianos pobres, en la eucaristía consagraban con zumo de papaya.

En lugar del vino sacaron una jarra de agua que había sido previamente hervida para evitar las incontroladas diarreas que produce el agua suministrada a la población por los camiones cisterna. En La Habana ver salir agua de un grifo puede ser considerado un acto milagroso y los comunistas no están dispuestos a aceptar nada que tenga que ver con el cielo, bastante tienen con no poder evitar que el agua de lluvia venga de esa parte. En Cuba el agua mineral, aunque sea sin gas, se considera un producto inoperante y burgués tan innecesario como el papel higiénico.

—Fuimos injustamente perseguidos porque nos casamos por la Iglesia —dijo Suso bebiendo un poco de agua—, poco recomendable en esta sociedad que promueve el ateísmo de Estado.

—Nací, crecí y fui educada en esta sociedad cerrada carente de libertades —dijo Mirta apartando con la cuchara algunas lentejas de su plato—. La prensa, la radio, la literatura, la música, todo está controlado por esta dictadura socialista en la que todo es tabú. Fui educada como comunista, la única ideología posible aquí en Cuba. Cuando conocí a Suso empecé a cuestionar mi vida, los estudios, los profesores, los discursos de Fidel; esto en una sociedad cerrada como es esta no es bueno, pronto estuve incluida en la lista de los jóvenes no gratos para los intereses de la patria.

—La libertad es algo que, aunque no se conozca, todos nacemos con ella —dijo el comandante clavando sus ojos en los de Mirta.

Walfredo ofreció unos cigarros que ninguno de los tres aceptó, pero dijeron que él podía hacerlo, no les molestaría el humo.

—Los jóvenes miran a su alrededor y no ven otra cosa que desconfianza —dijo Walfredo encendiendo un Cohiba de los que llevan los ministros en el coche oficial—. Ven que los mayores no alzamos la voz, que las metas no llegan, que vivimos bajo el estándar de la doble moral, que sólo en la más estricta intimidad nos atrevemos a cuestionar, criticar y maldecir al Gobierno. Fuera de casa nos vemos obligados a repetir las consignas que alaban el sistema y acudir como parte del rebaño a los actos en los que hay que aplaudir al tirano y dedicarle unos ¡Vivas! que no sentimos...

—Cuando era niña si no acudía a esos actos manchaba mi expediente —continuó Mirta—: en él se determina si el Estado debe confiar en ti, o no confiar, si debes ser formada o ignorada, si puedes ir a la Universidad o debes ser apartada...

—Ocurre durante el primer tramo de la vida —continuó Walfredo—, después serás cuestionado para conseguir trabajo y aceptar cualquier cosa para comprar el arroz de la familia. Por eso se ven a médicos e ingenieros cortando caña al sol lejos de los suyos.

—El aparato represivo que nos vigila y nos controla es comparable al de los coreanos y chinos comunistas —apuntó Suso—. En cada calle existe un Comité de Defensa Revolucionaria, mecanismo de vigilancia que nos rodea y reporta cualquier cosa que los devotos consideren... rara... un simple olor a carne de res, o recibir gente en casa, es suficiente para ser considerado sospechoso.

—Fuimos perseguidos porque no quise convertirme en la pareja del hijo de un coronel de las FAR —dijo Mirta—. El papá del que no quise como pareja se vengó de mí arruinando nuestro matrimonio. Cuando nos casamos empezaron las acciones del aparato represivo: deteniendo, interrogando y amenazando a todo el que entraba en nuestra casa. A nuestros amigos les convirtieron en atemorizados enemigos potenciales del Estado. Para nosotros el coronel nos reservó algo más especial. Las Brigadas de Respuesta Rápida: grupos paramilitares que montan sus denigrantes actos de repudio con docenas de personas para reprimir y acosar destrozando lo que encuentran a su paso. Cuando terminan sus actos vandálicos dejan la casa marcada con carteles, dianas, insultos y amenazas.

—No puedes dejar que te insulten o peguen —continuó Suso—, si no te defiendes te enfrentas al Estado ejerciendo una contrarrevolucionaria resistencia pacífica...

Walfredo interrumpió a Suso para aclarar al comandante:

—Hacer resistencia pacífica es lo peor que se puede hacer, entran entonces en acción los agentes del G2-MINFAR, que tienen su cuartel general en el edificio donde he estado esta mañana. Es el KGB en versión cubana. Los sospechosos son conducidos a la prisión militar de Villa Marista, donde son interrogados y torturados sistemáticamente.

—...Durante la farsa judicial en la que me vi implicado —continuó Suso—, no admití los cargos de resistencia y desobediencia que querían imputarme y fui víctima de los juicios sumarísimos donde la condena está de acuerdo con el estado de ánimo del tirano que preside el juicio. La mía vino recomendada por el coronel de las FAR.

»Me condenaron por activista y disidente a la pena máxima —Suso hizo una pausa y continuó—. En Cuba las familias viven atemorizadas y renuncian a las reclamaciones. Aceptan las sentencias con amargura ante los que dirigen el sistema y la mastican con rabia cuando regresan a casa. No fue mi caso, mi mujer se dejó las uñas escribiendo a todos los comités y organizaciones pro-amnistía y derechos humanos del mundo. El Partido Socialista Obrero Español fue quien consiguió mi libertad, cumplí doce años del total de los veinticinco de mi condena. Puede hacerse la idea y visualizar el entorno donde vivimos y sufrimos los jóvenes cubanos.

Crecí y me eduque como comunista —dijo Mirta con tono amargo—. Pertencí a los grupos represivos de jóvenes voluntarios «Cederistas» creados para la defensa de la Revolución. Con la doble moral las cosas en casa iban marchando: estudiaba, salía con mi novio, íbamos de fiesta, nos reíamos de todo juntos; a ninguno de los dos se nos ocurría analizar la cruda realidad de nuestro entorno, todo se derrumbó cuando decidimos casarnos.

Con la boda empezó la represión. Mirta pudo conocer entonces a muchas víctimas de la Revolución. Familiares de los represaliados que sufrieron los fusilamientos ordenados por el Che Guevara, el héroe revolucionario al que había admirado hasta entonces y se había convertido en un tirano asesino. Llorar por los muertos la convirtió en peligrosa joven antisocial y contrarrevolucionaria. Sus vecinos y amigos empezaron a rechazarla ante el peligro de perder su tranquilidad, sus estudios, o sus trabajos. Mirta renunció a ser militante del partido comunista y de todas sus organizaciones juveniles, bajo la aterrorizada mirada de toda su familia.

Tuvo que despedirse de ir a la Universidad, echando por tierra el mito del derecho a la educación que dice el Estado que tienen todos los cubanos.

La policía iba regularmente a su casa y se la llevaban para ser interrogada en los cuarteles del MININT, donde era acosada sin tregua. Pronto empezaron los actos de repudio contra su familia, lo más espantoso que les pueden hacer a las personas.

Los padres de Mirta lloraban atemorizados, sus hermanos humillados y vilipendiados protestaban contra las turbas del G2 y los grupos Cederistas. Su abuelo escondido en lo más profundo de la casa se lo hacía todo en los pantalones. Llegó el día que para no cometer una barbaridad sus hermanos decidieron escapar del infierno, como hacían cada año miles de «balseros». Dos llegaron a Cayo Hueso, en el Estado de Florida, el tercero se ahogó durante la travesía. Los hermanos de Mirta vivían ahora en México, trabajan como ingenieros en las plantas petrolíferas. Su hermana se había casado con un turista canadiense y vivía muy feliz con su marido en Toronto. Sus padres y abuelos habían muerto estando Suso en la cárcel. Los hermanos habían enviado el suficiente dinero para que Mirta y Suso compraran al Estado su libertad, llegado el momento deberían abandonar la isla para no volver nunca más.

El comandante dijo que su abuelo era cubano, dejó Cuba en 1920 cuando la brusca caída del precio del azúcar provocó el crac bancario y la bancarrota de las principales instituciones financieras cubanas. Era un enamorado de la música y la cultura en lengua española, de hecho, se preocupó que él hablara español.

Estaba allí por su deseo de refrescar su oxidado español y el compromiso contraído con su abuelo de conocer la Cuba profunda viviendo con el pueblo llano, no como los que visitan Cuba rodeados del lujo que proporcionan los dólares americanos. Vivir los treinta días que el terrible barbudo permite a los extranjeros estar en «su isla» como un obrero cubano. Con el dinero en el bolsillo que gana en un mes un médico cubano.

Suso y Mirta abrieron los ojos con sorpresa y dijeron a la vez: «¡Qué locura!»

—Lo sé —reconoció el comandante—. He podido comprobar el «apartheid» cubano impuesto por la terrible élite dirigente que ha condenado y dividido al resto del pueblo obligado a sufrir penurias, necesidades y falta de libertad. Donde un simple tubo de pasta de dientes está considerado un artículo de lujo. La gente vive apiñada a veces en lugares miserables de escasa salubridad, sufre la falta de agua de corriente y hace colas interminables ante la pipa de un camión cisterna. La luz eléctrica falta durante horas, los apagones son constantes en un lugar donde el calor es asfixiante y no se puede tener siquiera un humilde ventilador. Los dirigentes políticos viven cómodamente con aire acondicionado en las mejores zonas de El Vedado y Miramar, en casas que tuvieron que abandonar los represaliados de la clase media y burguesa cubana que huyeron de la isla para evitar la ira de la nueva clase dirigente del comandante Fidel.

—No todos viven ahí —interrumpió Walfredo al comandante—, hay otra clase más privilegiada que viven en las fastuosas residencias y palacetes de Biltmore, junto a los hermanos Castro. Una zona exclusiva donde antes de la llegada de los comunistas al poder vivían los multimillonarios.

—La Revolución fue cosa de blancos, apoyada por los blancos y ganada por los blancos, el Che Guevara no quería negros a su alrededor, los despreciaba —dijo Mirta levantándose para quitar los platos y traer un poco de café—. Así que no debemos olvidar el discreto apartheid que sufre el treinta por ciento de los ciudadanos cubanos que son negros o mestizos.

—Ni el apartheid que nos trajo el turismo —dijo Suso—. La policía mantiene a los cubanos alejados de los hoteles y lugares reservados para el turismo aberrante que viene a Cuba en busca de sexo fácil y barato.

—Gracias por la comida —dijo el comandante desviando el tema de conversación—. Menos mal que mis amigos se han preocupado de mi dieta, sin ellos hubiera perdido en estas semanas ocho kilos.

—En Cuba los cubanos compartimos lo poco que tenemos —expuso Mirta mientras servía el café.

Cuesta creer que en una isla rodeada de mar el mejor pescado disponible para el consumo del pueblo sea un modesto chicharro. Que a los huevos los cubanos les llamen «salvavidas». Que exista el «pollo con surte». Que todo esté controlado por una absurda Libreta, madre de las penurias, la desesperanza y el racionamiento. Donde un cubano se la juega si compra o vende en el «mercado negro», mientras otros gozan de los beneficios que son tabú para el pueblo porque compran con dólares americanos, los opresores billetes del pueblo capitalista que esclaviza a los pueblos americanos del sur.

Terminaron el café y Walfredo y el comandante se despidieron de Mirta y Suso, una pareja a la que los Dioses no les habían sonreído. Como a otros tantos miles de cubanos.

Era su último día en La Habana. Por la tarde saldría con un vuelo «free one» para tripulaciones cortesía de las compañías aéreas. Volaría hasta el aeropuerto internacional de Miami y desde allí a Tampa con un vuelo de su compañía. El día anterior había descosido el forro de la mochila y recuperado las tarjetas de crédito. Volvía a ser un burgués decadente e imperialista comandante de DC10.

Había comprado en el shopping para extranjeros del hotel Habana Libre un Chanel Nº5 y un completísimo estuche de maquillaje de Christian Dior. Escribió un saludo en una de sus tarjetas de visita y ordenó que lo subieran a la habitación de su amiga Tania, que estaba «trabajando» esa semana con un empresario alemán. No podía olvidar que había sido la única mujer que en Cuba le había dado un billete de cincuenta dólares.

Le había acompañado al hotel Mailing. En la boutique del hotel le había comprado: un precioso vestido de cóctel, unos bonitos zapatos, un bolso y un collar de perlas cultivadas españolas con los pendientes a juego... la chica se volvió loca.

Sacó además dinero en metálico y les dio mil dólares a Aldo y María y otros mil a Walfredo y Edelmira... los dos matrimonios nunca olvidarían el gesto del comandante, en 1981 mil dólares en Cuba era una pequeña fortuna.

Licinio le llevó al aeropuerto y cuando se despidió de él le entregó todos los pesos cubanos que le quedaban, no volvería a tener «virus money» en el bolsillo nunca más.

Llegó la hora de la despedida y la policía cubana quiso que se llevara su último y grato recuerdo. Rodeado por cuatro amenazantes policías le obligaron a entrar en una dependencia porque los de inmigración creían que había estado más de los treinta días que según el visado podía estar en el paraíso comunista de los hermanos Castro.

Los de inmigración contaron una y otra vez con los dedos hasta convencerse de que era el trigésimo día.

Los de inmigración no tuvieron en cuenta que el comandante jamás renunciaría a volver al imperialista, decadente y burgués Estado norteamericano, ferviente defensor del anticomunismo.

Después de vivir todo un sufrido mes en el Estado socialista unitario de la República de Cuba, el comandante de DC10 JM Mancuso no entendería la frase lapidaria que dijo quien fue alcalde de Getafe: pequeña ciudad muy industrializada localizada al sur de la Comunidad de Madrid. Durante el acto público de presentación de los Presupuestos Municipales el socialista Pedro Castro Vázquez lanzó la siguiente pregunta al aire:

«¿Por qué hay tanto tonto de los cojones que todavía vota a la derecha?»



Capítulo XIII

Yucatán:

El avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Mérida abrazándose a la tierra como un bebé al pecho de su madre. Cuando puso las ruedas en el suelo se oyó un aplauso en la parte de atrás del avión fruto del nerviosismo. El avión entró en la pista dando saltos como un coche bajando una escalera. Por la cara de la tripulación algo había ido mal, muy mal, incluso la despedida de la profesional sobrecargo sonó más a disculpa que a despedida. También en la tripulación del comandante JM Mancuso se percibía la intensa sensación que les había provocado el... problema... el comandante fue a cabina para despedirse de su colega, pero en realidad fue a preguntar por qué los spoilers de las alas del avión habían fallado en cadena poniendo a la aeronave y a todo el pasaje en serio peligro. Cuando subió al Ford Transit donde esperaban su tripulación y los García, invitados de cortesía de la aerolínea americana, miró a todos con una sonrisa quitando importancia a lo sucedido, aunque en su cara se leía que había sido un milagro que el avión hubiera aterrizado sin aplastar el fuselaje contra el suelo.

—¿Hemos estado en peligro? —preguntó Lola con gesto preocupado al comandante Mancuso.

—Sí, un poco. Pero que nadie se preocupe, mi colega está entrenado para aterrizar sobre la superficie de una cuchara —contestó el comandante con una sonrisa.

—Ya, pero ¿Hemos estado en peligro sí o no? —insistió Lola.

—Bueno... hoy volaba con nosotros un ángel... o dos, quién sabe.

«El espíritu exigente vigilaba. El plan estaba en marcha»

“El comandante no quiso decir que el mismo problema que había afectado a la aeronave provocó que un avión de Air Canada se estrellara tratando de aterrizar en Toronto en 1970, y otro de la United Airlines en el aeropuerto de Midway dos años después”

El minibús dejó a los García en la Terminal y todos se despidieron con un cordial ¡Hasta la vista! Después el Ford Transit continuó hasta la sala de tripulaciones para dejar allí al comandante JM Mancuso y a su aún conmovida tripulación.

La recogida del equipaje fue cómoda y sencilla y pronto se encontraron conversando con un tranquilo taxista que, como la mayoría de los mejicanos del Estado de Yucatán, hacía todo a su marcha; esto es: pidiendo un pie permiso al otro para moverse. Tampoco se esforzaba mucho en aparcar por un momento el español yucateco:

“El español que se habla en el sur y se utiliza en la ciudad de Mérida es diferente y claramente identificable al español del resto de los Estados de Méjico. Tampoco la peculiaridad de la gente y sus rasgos físicos son los mismos, son notables las diferencias que existen entre los mejicanos”

El hotel estaba ubicado en el corredor turístico de la ciudad de Mérida, cerca del parque de Santa Lucía. La habitación era amplia, cómoda y gustosamente bien decorada. Tenía un gran ventanal corrido de suelo a techo para disfrutar de la vista del amplio patio ajardinado del edificio que había sido un lujoso palacio de estilo colonial hasta convertirse en el elegante hotel que era ahora. El movidito aterrizaje le había dejado el cuerpo a Lola tan poco motivado que estaba dispuesta a perdonar la cena, pero hablar con sus hijos como cada día fue para ella un bálsamo, además de la motivación extra de cenar por segunda vez ¡Solos! Sin compañía... sin huevos de tortuga.

Sentados en una mesa cerca del jardín hicieron planes para el otro día. Se levantarían temprano, darían una vuelta por la ciudad y buscarían un banco donde cambiar dinero. Después ir a la Catedral de San Ildefonso... a Dios lo que es de Dios.

Tomaron una botella de vino del valle de Guadalupe, estaba bueno, mereció la pena pedirlo y fue un excelente compañero para la sopa de lima con caldo de pavo y el queso relleno con picadillo de carne de res: dos platos típicos de la cocina yucateca, que nada tenían que ver con la extensa familia de los reptiles. La digestión fue perfecta.

Por la mañana después del desayuno a base de zumos, café, fruta, huevos motuleños y tortillas yucatecas de maíz: alimento primario del pueblo maya. Según el Popol Vuh, libro del tiempo y sagrado de los mayas, el primer hombre no fue creado de barro, como dice la Biblia cristiana, sino formado de maíz... se supone que la mujer también fue hecha de maíz, no de la costilla de un yucateco.

Salieron del hotel situado en pleno Paseo de Montejo y recorrieron sus bulevares flanqueados de árboles centenarios, glorietas, palacios y mansiones de lujo que pertenecieron o pertenecen a los descendientes de las cien familias de españoles que fundaron Mérida en 1542, sobre los vestigios de la antigua ciudad maya de T'Hó.

Las piedras que fueron cortadas y talladas por la civilización que construyó las pirámides, los templos divinos, las viviendas de los sacerdotes y las de los caciques de la alta sociedad que habitó el lugar, las encontraron los primeros españoles que llegaron a Yucatán en montones diseminados por todo el área de lo que pudo ser la ciudad maya de T'Hó o Ichcaanzihó. Tanto las ruinas como las piedras amontonadas le recordaron al adelantado salmantino Francisco de Montejo, la Mérida romana y española, por esta razón el conquistador de Yucatán le dio el nombre de Mérida a la ciudad que él mismo fundó junto a su hijo, su sobrino, y las primeras cien familias que llegaron en busca del oro verde: fibra del «henequén» mejicano.

Con las piedras talladas de la ciudad en ruinas se construyeron los nuevos templos de la fe cristiana, según la estrategia seguida en toda América por los españoles que sabían que los indígenas acudirían a las iglesias y catedrales construidas con las piedras de sus templos sagrados, por creer que en ellas se conservaba la esencia de sus dioses.

Siguiendo la misma estrategia los conquistadores también construyeron sus casas con piedras de los templos sagrados, una medida para hacer creer a los indígenas que entre las piedras habitaban dioses y sacerdotes mayas, no conquistadores españoles.

¡Un banco! Por fin lo encontraron. Había que conseguir pesos para llevar dinero de bolsillo; eso sí, con el mejor cambio posible. Era la sucursal de un banco español, claro, pero no había abierto aún por aquello de que la gente en Mérida trabaja... a su ritmo.

Para ver el cartel donde se reflejaban los distintos cambios de moneda había que pegarse al cristal como los golosos ante el escaparate de una pastelería. Un vigilante jurado vino entonces y abrió la puerta del banco invitando a pasar al matrimonio para que viera el cartel de cerca. La cara de incredulidad de los españoles hizo sonreír al vigilante, un típico «meridano subraquicéfalo» de la etnia maya-quiché cortito de talla porque no sobrepasaba el metro y medio de estatura; poco, muy poco para enfrentarse a un bruto que quisiera quitárselo de encima a mamporros.

Tenía el pelo negro y tan brillante como la piel de su cara. Los dientes blancos, que todavía nadie se los había hecho tragar, los tenía en la boca en perfecta formación.

Una vez visto el cambio el confiado guarda jurado acompañó a los García hasta la puerta del banco y abrió la puerta para dejarlos salir, pero ante la estupefacción de la pareja ante otro hecho insólito que ocurría justo enfrente del banco les preguntó:

—¿Se les ofrese otra cosa nomás?

—Por qué no ponen una grúa —preguntó García al vigilante jurado.

Una legión de indios subía la arena que un camión había descargado en el centro de la calle hasta el piso cuarto del edificio en construcción —que estaba justo enfrente del banco—, usando de recipientes latas vacías de conserva. Eran una columna de hormigas obreras que subían y bajaban de la obra con paso cansino hasta el montón de arena donde otro indio llenaba la lata con un gesto mecánico de una sola palada, pero a su ritmo, sin prisa. Esperando a que la arena desapareciera de la calle los coches parados no apremiaban a los obreros ¡Esperaban sin más!

—Las grúas son caras y consumen electricidad —contestó el vigilante explicando lo que para un yucateco era elemental—. Ellos cobran poco, no consumen electricidad y hay que mantenerles ocupados para que no se pongan revoltosos.

—¡Pero están interrumpiendo el paso!

—Los carros tienen que esperar —razonó el vigilante jurado señalando a los que pacientemente esperaban sin expresar la más mínima protesta.

—Si esto ocurre en mi país se lía una buena.

—Ustedes los españoles van siempre apurados —dijo el vigilante sonriendo—. Para poner aquí este banco vino gente de su país. Un ingeniero se pasaba el día a gritando a los obreros, se portaba mal, mis paisanos no soportaban al gritón y uno le mató dándole nomás con una pala.

—¿Le mataron? —preguntó Lola asombrada.

—Le dieron «la flaca». Está aquí, bajo ustedes ¡Hasta la madre de sementito fresco!

García miró al suelo y se movió hacia un lado para no pisar lo que podía ser una improvisada tumba:

—¿Detuvieron al culpable?

—Pues nadie negó nada patrón, mataron al ingeniero hocicón por gritón y grosero y todos se declararon culpables.

—Fuenteovejuna, todos a una —rememoró García el drama de Lope de Vega.

—Los peladitos juraron que cuando cubrieron con cemento fresco al ingeniero gritón estaba ya muertito —dijo el vigilante jurado con cara inocente.

En Mérida las calles son numeradas como en Nueva York, sólo tienen nombre los edificios importantes, los barrios y las iglesias. Después del banco el segundo objetivo era volver a la calle 60 que, para los meridianos, representaba lo que la Quinta Avenida para los neoyorquinos. En la calle 60 se encuentra San Ildefonso: la catedral más antigua de México y la primera que fue levantada en la América continental.

Lola se dirigió a rezarle al Cristo de la Unidad: el cristo crucificado más grande que existe bajo techo. Fue colocado para reemplazar el antiguo retablo del altar mayor destruido por los saqueos del tesoro catedralicio de 1915 del ejército revolucionario del General Alvarado. Ángel se quedó ante el Cristo de las Ampollas, la imagen más venerada por los meridianos, y alguien le susurró al oído:

«Entre estas piedras sagradas se encuentra la esencia de los sacrificados»

Se volvió, pero no había nadie junto a él, es más, no había nadie en esa parte de la catedral. Dirigió la mirada al lugar donde rezaba su esposa y vio una nube tenue que gravitaba sobre ella, sólo un momento, enseguida se perdió por el ábside de la catedral.

En 1511 la carabela capitaneada por el Regidor Valdivia naufragó en la costa oriental de Yucatán. Catorce viajeros pudieron salvarse, pero fueron apresados por los indígenas que habitaban el lugar. Doce fueron sacrificados, los otros dos vendidos como esclavos:

Uno de ellos, Jerónimo Aguilar, perteneció al cacique de un pueblo que existió cerca de Cancún hasta que fue liberado por los españoles. Este seminarista aprendió la lengua de los nativos trabajando como esclavo en los campos y representó un elemento clave para la comunicación entre los conquistadores y el mundo indígena.

El otro, Gonzalo Guerrero, sorprendió al cacique de Chetumal y a los indígenas con sus habilidades de pescador y guerrero. El cacique le entregó a su hija mayor como esposa. Su personalidad se transformó por completo y renunció a su hispanidad:

Se tatuó la cara y se perforó las orejas.

Al convertirse en poderoso guerrero formó parte de la élite indígena de Yucatán y fue considerado como el padre de la semilla del mestizaje mejicano:

Murió combatiendo a los españoles.

La capital ofrece muchas oportunidades para pasar un buen día visitando lugares muy interesantes relacionados con la cultura maya. Sin embargo, lo que estuvo más y mejor relacionado fue el almuerzo del restaurante Los Almendros de la calle 50, donde no faltó el pavo ni el «achiote»: carta de identidad de la Mérida de Yucatán.

“El achiote es una especia y colorante como lo es en España el azafrán. Los mayas usaban esta semilla para colorearse el cuerpo en los ritos religiosos. También usaban el achiote como moneda de cambio”

Volvieron al hotel porque a Lola le pedían los pies un baño relajante y no había motivo para negárselo.

—¿Qué tal el pavo con salsa de alcaparras que te han servido? —preguntó Ángel a su esposa mientras miraba en el minibar con qué podía preparar un par de combinados frescos que sirvieran como digestivo.

—Según el maître el pavo salvaje es el plato principal de la cultura maya —dijo Lola quitándose los zapatos y estirando las piernas que le decían ¡Por fin!—. El que me han servido a mí más que salvaje debía estar cabreado, lo tengo en el estómago picando los granos de maíz que tomé en el desayuno.

—¿No te encuentras bien?

—He tenido días peores...

—¿No tendrá razón Estela?

—No cariño no, no estoy embarazada. Mis problemas se deben a estas comidas tan fuertes y las palizas que les doy a mis pobres pies —dijo pasando las manos por ellos para relajarlos un poco.

—Si es sólo eso mañana podemos quedarnos a descansar y no ir a Uxmal, como teníamos previsto.

—No te preocupes, se me pasará si nos acostamos pronto.

García recordó entonces que cuando estuvieron en Perú visitando el Machu Pichu Lola tuvo días peores... y no estaba embarazada.



Capítulo XIV

Uxmal:

Al otro día Lola se levantó mejor y decidieron seguir con el programa planificado. Se apuntaron a la excursión que ofrecía el hotel para visitar la zona arqueológica de Uxmal por la mañana, con la entrada a la gruta de Loltún incluida. Por la tarde la vista a la ciudad prehispánica de Chichén Itzá y volver a Uxmal para ver el espectáculo de luz y sonido de la noche. Todo el día entre «cascotes» eso sí, muy bien colocados unos sobre los otros con milimétrica armonía.

Uxmal se encuentra a 62 kilómetros de Mérida.

El autobús recogió a los turistas en varios hoteles y fue en el último donde subió una familia compuesta por cuatro personas: la madre, una mujer de gesto malhumorado, el padre, un tipo insignificante y poco resolutivo y dos muchachos altos y delgados que no habían alcanzado aún la mayoría de edad. Se sentaron más adelante, más cerca del conductor por si «la mamá» tenía que echarle la bronca. La señora, sin duda nacida en el noroeste del país, se había tomado en serio el adoctrinamiento de sus hijos, sobre todo sembrar el odio hacia el colonialismo español. No paraba de parlotear sin importarle lo más mínimo que el resto de las personas que iban en el autobús la escucharan:

“La base del adoctrinamiento es eliminar la autonomía de los jóvenes coartando el desarrollo de sus propios elementos de juicio. Se trata de conseguir su fe ciega renunciando a su propio pensamiento crítico. El adoctrinamiento forma parte del ideario del nacionalismo, los nacionalistas periféricos suelen emplearlo en las escuelas”

—¿Qué hubiera pasado si los barcos de Colón se hubieran hundido en el océano y nunca hubieran llegado a América? —preguntó uno de los muchachos volviendo la cabeza hacia el asiento que ocupaba su madre.

—Que hubiéramos estado de enhorabuena, los españoles no hubieran esclavizado al pueblo ni destruido su cultura —contestó categórica la madre del chico—. Conquistar es el acto de subyugación de los enemigos por la fuerza de las armas, los conquistadores vinieron sólo con un principal objetivo: robar el oro y la plata de los mejicanos.

—Si los españoles no hubieran descubierto América lo hubieran hecho otros con peores resultados —dijo Ángel a su mujer que estaba perpleja.

—Dice que los españoles esclavizaron a sus antepasados y ella por el color de su piel tiene poco de maya o azteca —dijo Lola en voz baja siguiendo la conversación con su marido. No como los mejicanos que hablaban para todo el autobús.

—Sin duda la señora es de Monterrey —señaló García hacia delante con el mentón.

“Monterrey es la ciudad más poblada del Estado de Nuevo León. Por su localización geográfica y alto nivel de vida los «regiomontanos» están más cerca de ser norteamericanos que mejicanos. Su principal característica: son poco desprendidos. Es el centro industrial y económico más importante de México. Los españoles que fundaron Nuevo León y la ciudad de Monterrey fueron «criptojudíos»: sefardíes huidos de España y Portugal durante el período de la colonización de América. El «criptojudaísmo» es la forma de adhesión de los individuos al judaísmo, mientras públicamente se declaran pertenecer a otra fe”

—A lo largo de la visita os iré mostrando lo que trajo a nuestra tierra la Santa Inquisición —continuó su exposición la posible ciudadana, de Monterrey—. En España quemaban vivos a los judíos y expulsaron a los árabes del reino de Granada. En México los evangelizadores hicieron lo mismo en nombre de Dios, las mismas prácticas de martirio contra los que se negaban a renunciar a los dioses de nuestros antepasados.

“Malgastar energías para transformar lo que nunca ocurrió no es la mejor forma para reconstruir un país desintegrado por el cainismo de las guerras civiles. No se debe deformar la historia colectiva reconstruyendo el pasado en favor de la cultura del agravio y el resentimiento. Las naciones no son eternas, tienen un principio y tienen un fin, no se debe olvidar si con ello se comete una injusticia con el pasado, pero tampoco se debe manipular lo ocurrido para no cometer una injusticia con el presente”

—La señora está muy convencida —observó Lola mirando hacia delante.

—En Uxmal verás una pirámide muy exclusiva, es la única que sus cuatro lados son redondos —entreveró Ángel con la vista en la misma dirección—. Se la conoce como la «pirámide del Hechicero» ¡Una obra realmente espectacular!

—¿Y? —preguntó Lola volviendo la cabeza para mirar a los ojos a su marido.

—Según los mejicanos esa magistral pirámide redondeada fue construida en una noche por un enano que nació de un huevo.

—¡Venga ya!

—No es muy creíble ¿Verdad? —dijo Ángel mirando su mirada hacia el asiento que ocupaba la crítica señora de Monterrey—. Verás como esa señora lo defiende a muerte.

—¡Un enano nacido de un huevo! —Lola hizo con la mano un gesto elocuente.

—Un claro ejemplo de adoctrinamiento, si el niño lo cree de mayor lo defiende en cualquier foro.

El autobús tardó en llegar a Uxmal cincuenta minutos. Los García bajaron sin hacer caso de la verborrea que la señora de Monterrey vertía sobre el comportamiento destructivo de los españoles. Lola miraba a su marido temiendo su reacción, pero estaba tranquila. Es cierto que miraba a la señora como mira un halcón a un pequeño conejo de monte, pero se preocupaba más de hacer fotos siendo ella la estrella principal.

“Los arqueólogos afirman que fueron tribus mayas desconocidas las que realizaron las construcciones de Uxmal, Chichén Itzá y Tikal, posiblemente durante el Período Clásico. Los «tutul xiúes», grupo maya que constituyó el último cacicazgo de Yucatán, encontraron las construcciones en el mismo estado que estaban cuando llegaron los españoles. Los «xiúes» no hicieron ni modificaron nada durante el período que ocuparon Uxmal”

—Bien, ahorita déjenme que les explique —dijo la de Monterrey haciendo de guía para su familia y los que la quisieran escuchar, que no eran muchos—. Esta pirámide fue construida por un enano en una sola noche...

—¡En una noche! —dijo asombrado uno de sus hijos.

—...Era un ser mágico, nació de un huevo encontrado por una bruja en las cercanías de Uxmal...

—¡Ah! —dijeron a la vez los que la escuchaban.

—...Nació con la capacidad de adivinar el futuro, por eso a la pirámide también se la conoce como la pirámide del Adivino.

—¡Ah! —repitieron a coro los escuchantes que estaban junto a ella, no muchos, la mayoría se hacían selfis con la pirámide en el fondo.

—El enano encontró un «tunkul» y se dispuso a tocarlo —continuo la señora—. La profecía dice que si alguien lograba que el sonido de ese instrumento de madera se escuchara en toda la región tendría derecho a ocupar el trono de Uxmal...

De nuevo frases exclamativas y la discreta sonrisa de Ángel disparando la Nikon.

—Una historia ideal para niños de guardería —sostuvo Lola mirando a lo alto.

—Es la pirámide del Gran Chilán y te aseguro que los cinco niveles no fueron contruidos en una sola noche —aclaró Ángel guardando en el maletín el objetivo «gran angular»—. Los cinco niveles corresponden a cinco templos: el primer nivel se empezó a construir en el siglo VI y el último, que corresponde al quinto templo se terminó en el siglo X, cuatrocientos años después. Los escalones son estrechos y empinados, subir y colocar las piedras cada una en su sitio resulta difícil para que lo haga un enano.

—A no ser que haya nacido de un huevo —dijo Lola mirando a lo alto de la pirámide con aprensión.

—¿Quieres subir? —preguntó a su mujer.

—¡No por Dios! —contestó espantada.

—Los escalones de las pirámides se disponen así para que los llamados al templo no levanten la cabeza ni de la espalda a los dioses en el ascenso. Esta pirámide es singular porque es ovalada y te aseguro que no es el resultado de la construcción de una sola noche, sino del resultado de cinco ampliaciones que pertenecen a distintas etapas y distintos estilos decorativos, siendo el Puuc el más representativo.

—No me imagino a un enano labrando en una noche los mascarones de la escalera a golpe de martillo —dijo Lola mirando de nuevo hacia arriba.

—Corresponden al dios Chaac, dios del agua y de la lluvia. Todo lo que ves a tu alrededor pertenece al Período Clásico de la cultura maya.

—Sin duda tú sabes más de Uxmal que la señora de Monterrey...

—Me he preparado por si me preguntabas.



Capítulo XV

En la gruta de Loltún:

Angel rodeaba con su brazo la cintura de Lola, su mujer. Paseaban enamorados bajo un cielo azul exclusivo rayado por un croché blanco de nubes blancas que se habían formado con la esencia de las almas que entregaron su vida por la conquista de Yucatán. A un lado y a otro los frondosos árboles de hojas pintadas de caqui derramaban su sombra sobre las piedras milenarias de las construcciones de Uxmal, abandonadas novecientos años antes de la llegada de los españoles. Los libros sagrados de Chilam Balam, escritos en una de las cuarenta y cuatro lenguas habladas por los mayas, fueron redactados después de la llegada de los españoles bajo una clara influencia de la cultura hispánica, sobre todo en materia religiosa. En su conjunto relatan acontecimientos de relevancia histórica conforme a los «katunes» del calendario maya, dejando constancia de las creencias religiosas de los nativos que habitaron Uxmal y su devenir histórico.

Durante la época colonial los misioneros católicos llegados de Europa destruyeron los vestigios paganos nocivos que dificultara la evangelización del pueblo indígena. Desde el siglo XVI los que habían sido convertidos y educados bajo la religión cristiana recopilaron —usando el alfabeto latino— viejas memorias orales sin estructura unitaria vertidas en códices o dibujos sobre: cosmogonías, astronomía, rituales, calendarios, crónicas y profecías. El profeta Chilam Balam, de la región de Chumayel, en sus escritos profetizaba la llegada del Padre: señor del cielo y la tierra. Es posible que no citara a un ser celestial, sino a un nuevo orden, o a una nueva cultura.

Los discursos sectarios y populistas debidos al odio visceral son impropios de gente culta y civilizada. Todo es frustrante en México, incluso la historia de ficción construida desde el exacerbamiento nacionalista de algunos mejicanos. El odio palpable de la señora de Monterrey volvió a aparecer durante la visita a Loltún: un extenso sistema cavernoso que se encuentra a seis kilómetros del pueblo de Oxkutzcab, donde el autobús tuvo que ir a recoger al guía encargado de mostrar el recorrido y contenido de las grutas.

Se trataba de un simpático indio de origen maya. Su nombre en lengua de sus antepasados era «mosquito molestón», de niño tomó la decisión de llamarse Manuel.

En 1981 nadie podía entrar en la gruta de Loltún sin la compañía de un guía. Los dos kilómetros de recorrido, de los ocho o diez que tiene la cueva de estalactitas y estalagmitas, no estaban acondicionados entonces para las visitas como lo estuvieron después de los accidentes que obligó a las autoridades a poner medidas preventivas: más luz y pasos protegidos para los turistas.

—Por las pinturas rupestres sabemos que los asentamientos humanos en esta parte de Yucatán datan del Pleistoceno —explicaba Manuel con voz suave y educada.

—En esta cueva fue donde los españoles acorralaron y aniquilaron en combate desigual a los que se escondían del poder de sus armas —intervino la de Monterrey dirigiéndose a Manuel.

—No entiendo señora —dijo el guía confundido.

—Me refiero al salvaje colonialismo que terminó con la civilización que en sabiduría estaba a miles de años del conocimiento de los europeos —aseveró de nuevo la señora con pomposa y prepotente suficiencia

—¿A miles de años de más, o de menos señora? —preguntó Manuel mostrando una intencionada y burlona sonrisa.

—No sea cáustico, usted sabe lo que quiero decir —respondió ella muy seria—. Los imperialistas españoles llegaron aquí con el crimen grabado en sus yelmos, traían perros adiestrados para el combate, caballos enfurecidos acostumbrados a la guerra, cañones y potentes armas de fuego, cientos de barriles de pólvora que utilizaron para destruir las principales ciudades sagradas de nuestros antepasados.

—Se refiere a sus antepasados o a los míos señora —dijo el guía aparentemente incomodo por las observaciones.

—A sus antepasados y a los míos...

—Veamos entonces lo que en realidad ocurrió en estas oscuras grutas cuando llegaron a ellas los españoles: Loltún quiere decir en el idioma de mis antepasados «flor de piedra», pero también el nombre de debe al terrible ruido que se produce al golpear las estalactitas con algo contundente, por ejemplo, con este mazo de madera.

El guía apagó la luz que iluminaba la zona y golpeó a dos estalactitas que bajaban desde el techo de la gruta con un mazo que guardaba para hacer la demostración. Se produjo entonces un terrible sonido que en la oscuridad imponía y obligaba a cubrirse los oídos con ambas manos. Las mujeres gritaron asustadas y algunos hombres no lo hicieron por pudor. El guía encendiendo la luz y señalando con la luz de su linterna las más afiladas estalagmitas que sobresalían del suelo de la gruta como lanzas.

—Sólo entraron en la gruta un puñado de españoles con la misión de enfrentarse a cientos de soldados nativos que les esperaban para capturarlos y sacrificarlos uno a uno lanzándoles desde los altos de la gruta sobre las estalagmitas.

El guía iluminó con su linterna hacia abajo para mostrar las afiladas estalagmitas que miraban arriba como un grupo de cocodrilos esperando la caída de su codiciada comida de pollo sin desplumar.

—»Imaginen la muerte que les esperaba —continuó Manuel muy serio—. Cuerpos atravesados de lado a lado por los afilados conos de carbonato cálcico duros como el granito.

—¡Qué miedo! —dijeron algunas mujeres del grupo mirando hacia abajo.

—Los soldados no se dejaron sorprender y todos a la vez golpearon con las culatas de sus armas las estalactitas, como yo con el mazo de madera —continuó Manuel el guía—. Provocaron un ruido tan ensordecedor y desconocido para los nativos que estos huyeron aterrorizados y en estampida, abandonando las antorchas y sus armas para cubrirse los oídos. Muchos murieron aplastados por la turba, otros se despeñaron en los múltiples y oscuros pasadizos que atraviesan los insondables precipicios subterráneos del fondo de la gruta, desconocidos por la mayoría.

»También los hubo que el terror les hizo suicidarse arrojándose ellos mismos sobre las estalagmitas. Los soldados no dispararon sus armas ni hubo bajas entre los españoles o los nativos que los acompañaban y les habían advertido de la trampa que les esperaba a todos dentro de la gruta.

La señora ante la conformidad del grupo, al que ella desde que había subido al autobús pretendía adoctrinar, buscó con la mirada otros aliados, pero no los encontró. Manuel aprovechó durante el recorrido para dirigirse a la señora de Monterrey y contestar algunas de sus punzantes preguntas:

—Cuando vayan a Chichén Itzá verán que el Templo de Kukulkán: la pirámide a la que los españoles le dieron el sobrenombre de El Castillo fue abandonada un siglo antes de su llegada por razones que se desconocen.

Los colonizadores españoles no hicieron en Yucatán peores cosas que otras tribus con organizaciones invasoras militaristas. La conquista de México fue rápida porque los españoles se valían de los pueblos indígenas que eran sometidos por el imperialismo de los grandes. Como en cualquier guerra civil eran los nativos los más sanguinarios, mataban por venganza a los que les habían mantenido sometidos y esclavizados, además de servirles como víctimas en sus rituales y sacrificios a los dioses.

Los españoles no trataron a los indios mejicanos peor que los yanquis a los indios americanos. No destruyeron las ciudades sagradas, son acusaciones sin fundamento para encender la chispa del odio contra los españoles que trajeron a América la cultura de los europeos y sacaron al pueblo indígena de la sumisa ignorancia.

—Los españoles terminaron con las sangrientas guerras civiles, prohibieron la esclavitud y los numerosos sacrificios humanos de aquella época —continuó Manuel convencido de sus palabras—. Después, lograda la independencia, México vivió una guerra civil constante, todavía hoy mueren muchos indígenas y campesinos que se revelan contra el Estado omnímodo controlado por los güeritos mejicanos blancos.

La porfiada mujer no se dio por aludida, odiaba a los españoles y pretendía que sus hijos los odiaran también, ese era su principal objetivo. Lola enviaba con su mirada continuos mensajes a su marido para evitar su: «Ya está bien señora» dirigido a tan fanático personaje.

Sin embargo, la oportunidad para terminar con su verborrea nacionalista llegó cruzando un paso colgado que unía dos partes de la gruta: había que pasar por una plataforma de madera mojada y resbaladiza con un solo y frágil quitamiedos hecho con una gruesa soga, también mojada y resbaladiza. En su conjunto todo era poco fiable, por lo que había que pasar despacio, muy concentrado y manteniendo la respiración. Según Manuel el paso no era para ser utilizado por los turistas, solo los guías podían usarlo, pero se había hecho tarde y hasta entonces había sido un atajo seguro... un atajo que nunca se debió emplear:

“Después de las malas experiencias Loltún fue mejor preparado. Se cambió el recorrido por otro más seguro y se iluminó con modernas técnicas para dar mayor vistosidad al recinto. Ahora la gruta es más turística y mucho menos peligrosa”

Manuel cruzó para mostrar al grupo como había que hacerlo: el frágil puente se movía, pero era una circunstancia que no tenía mucha importancia si el que cruzaba lo hacía sin miedo. García ayudó a cruzar a su mujer que lo hizo muy bien y después se quedó junto al guía para ayudar a quien lo necesitara.

«No miren abajo por favor» —repetía el guía a los que la vista les producía vértigo.

Más que la altura el problema es que bajo el puente las puntiagudas estalagmitas que esperaban impacientes a que alguien cayera para ensartarlo como un espeto.

El grupo pasó bien, despacio, con precaución, sabiendo donde poner los pies. No corrió la misma suerte la crítica señora de Monterrey, se despistó mirando abajo y fue tal la impresión que debió causarle el panorama de las puntiagudas estalagmitas que sus pies fueron por un lado y su cuerpo por otro, quedando colgada de la cuerda del quitamiedos y las piernas pateando al aire.

Se dio cuenta que estaba condenada.

Gritó aterrorizada mirando a su familia, pero ni su marido ni sus hijos hicieron nada, ni siquiera la más mínima intención. García tiró la linterna que cayó abajo haciéndose añicos contra las estalagmitas y rodeó con un brazo a la que el miedo le hizo mojarse las piernas involuntariamente... además de soltar dos buenos y sonoros pedos.

La señora de Monterrey se agarró a su salvador chillando como el cerdo que han colgado del techo para sacrificarlo. Durante el tiempo que estuvieron colgados nadie pensó que se salvarían, uno de los dos caería sin remedio y lo más fácil es que cayeran los dos. No se sabe quién armó de fuerza el brazo y las manos de García, quizá los rezos de su mujer a San Antonio que nunca le falla a la familia, el caso es que logró tumbar a la mujer sobre los tablones y arrastrarla hasta un lugar seguro. Manuel no sabía si reír o llorar, estaba realmente asustado porque el accidente le hubiera costado muy caro, además del puesto de trabajo.

La gente del grupo aplaudía y estrechaba la mano del salvador que tenía la camisa rota por los desesperados intentos de la mujer de arrastrarlo con ella hasta la muerte. Los pantalones también tenían la muestra que le había dejado la incontinencia de la señora de Monterrey. Lola abrazó a su marido y para demostrar que no estaba asustada porque se había acostumbrado a sus locuras dijo:

«¡Madre mía como te has puesto la ropa!»

La señora de Monterrey esta tan horrorizada como decepcionada, ninguno de su familia se había arriesgado para salvarla de lo que podía haber sido una muerte segura. Cuando comprendió que no sólo podía haber muerto, sino que podía haber arrastrado con ella a otra persona, empezó a llorar y a deshacerse en frases de gratitud a quien quitando importancia a su participación en el accidente dijo con intención:

«Señora mía, los asesinos españoles somos así de desprendidos».

La señora se sintió tan avergonzada que no volvió a manifestar nada durante el resto de la excursión. Manuel el guía puso el pulgar hacia arriba y le ofreció con la mirada

«Bien dicho señor» que iluminó toda su cara.

Según los arqueólogos cuando los españoles llegaron a Yucatán el pueblo indígena no ocupaba las bellas construcciones de Uxmal y Chichén Itzá, sino chozas de material de ínfima calidad que habían sido construidas en los alrededores de las ciudades sagradas. Estaban organizados en diferentes «calpulli»: complejas unidades sociales con dos castas diferenciadas que se encargaban de realizar diversas funciones. En ocasiones varios de estos calpulli se hallaban unidos en barrios especializados en alguna actividad profesional o artesanal.

La vida política llegó desde la organización tribal hasta la monarquía. Los monarcas y caciques dominaban al pueblo y le imponía sus tributos. La economía en Yucatán se basaba en la agricultura y las propiedades se reducían al calpulli comunal. Las tierras del rey pertenecían sólo del rey, la de los nobles a los nobles y las de los sacerdotes a los sacerdotes. Así de simple. No había oro, el oro amarillo era el maíz y el oro verde la fibra del Henequén: un agave originario y cultivado en Yucatán.

Respecto a la educación existían escuelas de perfeccionamiento, pero en ellas sólo se formaban los sacerdotes y guerreros destinados a defender la monarquía. Las escuelas de los plebeyos tenían una función práctica a la vez que normativa de la conducta. La estricta moral pública y privada, y su esmerada atención hacia los niños y las mujeres, contrastaban con los bárbaros sacrificios humanos de carácter ritual que llevaban a cabo para pedirles agua y lluvia a los dioses.

Lo que más sorprende a los extranjeros es el Estadio donde se jugaba a la pelota, un posible antecedente del baloncesto. En él se destaca el aro circular de piedra labrada por donde los jugadores de ambos bandos debían pasar una rudimentaria pelota de hule macizo que se jugaba con las caderas, los codos y las rodillas. Meter la pelota por el aro de piedra, poco mayor que el diámetro de la pelota, resultaba tan difícil como enhebrar una aguja cogiendo el hilo con las orejas. El aro, que representa a la canasta o portería por donde tenía que pasar la pelota, estaba colocado en disposición vertical empotrado en el muro a media altura del suelo. Todo parece indicar que por la dificultad del juego raras veces entraba la pelota por el aro, cuanto esto ocurría significaba que el equipo que lo había conseguido ganaba el partido. Lo más sorprendente es que en ocasiones rituales el juego servía para ofrecer en sacrificio a los dioses al afortunado jugador que había logrado introducir la pelota de hule por el aro de piedra, consiguiendo de esta manera marcar un gol. Rara manera de celebrarlo. Si el goleador pertenecía a la nobleza este entregaba a uno de sus esclavos para que gozara con el privilegio de morir por él, dejándose arrastrar con las entrañas abiertas por el terreno de juego.

El autobús volvió a Oxkutzcab para dejar al guía y dar un tiempo libre al grupo para comprar o comer algo. Manuel dijo a los García que le gustaría presentarles a quien le había formado como guía, tenía un restaurante, así que mientras comían podían platicar con él. El restaurante era sencillo, pero estaba muy limpio y el dueño era un encanto de señor que, cuando Manuel le contó lo que había hecho García, se deshizo mostrando su gratitud por haber salvado a su amigo y pupilo de un grave problema.

—Mi nombre es Tlayolohtli, quiere decir «corazón de tierra», pero como Manuel decidí dejar a un lado mi nombre de origen maya y llamarme Eduardo José, más fácil de pronunciar y recordar.

Se sentaron en una mesa los cuatro y una diligente camarera les trajo lo que Eduardo José dijo ser una bebida sagrada. Se trataba del típico Balché: hidromiel con trozos fermentados de la corteza del árbol conocido como balché. Los mayas lo consumían durante sus rituales creyendo que les proporcionaba poderes mágicos.

—»Mis antepasados —continuó Eduardo José—, vivían en un mundo sacralizado opuesto al mundo profano. Siempre andaban buscando lo subjetivo y el misterio de las cosas. Sus relaciones con la naturaleza, el trabajo... la sexualidad; todo, todo tenía un sentido sagrado para ellos...

—Para los mayas el hecho de alimentarse era más un ritual sagrado que una cuestión orgánica o natural —dijo Manuel probando el balché que estaba fresquito—. Bebidas y alimentos eran objetos simbólicos en las ceremonias dedicadas a los dioses.

—El balché y el saká de maíz eran considerados vinos sagrados, para los mayas significaban vida y fertilidad —continuó Eduardo José—. Se utilizaban como ofrendas cuando se trataba de pedir ayuda o dar gracias a Chaac, el Dios que proporciona la lluvia a «la milpa» y protege a los animales...

—Ya no tiramos oro ni jóvenes doncellas enjoyadas a los cenotes sagrados, quizá sea porque las jóvenes de hoy no están dispuestas a ofrecerse en sacrificio —intervino de nuevo Manuel riendo la ocurrencia:

En el período Posclásico de la cultura maya se utilizaba los cenotes de la ciudad sagrada de Chichén Itzá para hacer sacrificios de animales y humanos como tributo a los dioses. En los rituales religiosos los nobles y sacerdotes arrojaban objetos de gran valor, niños ricamente ataviados y doncellas enjoyadas. Un codicioso norteamericano, Edgard H. Thompson se hizo nombrar cónsul de los Estados Unidos en Mérida para comprar las tierras donde se encuentran los cenotes, dragarlos y extraer sus tesoros en 1904.

Durante treinta años estuvo sacando objetos arqueológicos de gran valor elaborados en jade y ónix, además de oro y piedras preciosas que trasladaba y vendía en su país. Gran parte de este tesoro fue adquirido por el Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard. Ante las continuas reclamaciones hechas por el gobierno de México para recuperar lo que les pertenecía los Estados Unidos aceptó devolver la mitad en 1970 y otra pequeña parte en 2008... cien años después.

Parte de este tesoro está ahora expuesto en el Museo Nacional de Antropología de México DF. Los españoles no destruyeron ninguna ciudad sagrada. Los españoles no dragaron ningún cenote sagrado.

—¿Qué desean comer? —preguntó Eduardo José levantándose un momento de la mesa.

—Lo siento, todavía no estamos familiarizados con la cocina yucateca, me temo que tendrá que aconsejarnos —contesto García

—Diré en cocina que preparen para ustedes «salbutes» y «panuchos» como picoteo y para después un «tzic de venado» para compartir ¿Qué les parece? —propuso el propietarios de restaurante animado.

—No será muy fuerte, ¿verdad? —preguntó Lola preocupada.

—Además del venado lleva: tomates, rábanos, cebolla morada, jugo de naranja agria y, chile al gusto —contestó Eduardo José.

—A mi marido le gustará picante, yo lo prefiero sin picante.

—Pues su plato sin chile nomás.

—Gracias.

Manuel el guía se despidió diciendo que por favor estuvieran en el autobús a las quince horas para continuar con la visita de Chichén Itzá, el lugar más sagrado de peregrinación durante los siglos previos a la conquista española y una de las ciudades más grandes del área maya:

“Fue durante los siglos XI y XIII cuando alcanzó el cenit de su desarrollo urbano y cultural. Su monarca o cacique controló las rutas del comercio imponiendo elevados impuestos y ejerció el dominio político y militar de toda la península de Yucatán. Chichén se traduce como «boca del pozo» en honor a su cenote sagrado. Itzá es por los mayas itzaés que habitaron esta ciudad sagrada. Chichén Itzá es la ciudad de los Brujos del Agua”

La comida estuvo bien, Eduardo José les recomendó que mejor que vino tomaran cerveza de Yucatán: la Montejo que es rubia y la negra que desde antiguo se llama León. Estaba buena se podían tomar. Terminada la comida les trajo mazapán de coco y amaranto para acompañar a un buen café colombiano.

—Ya me contó Manuel las pésimas cosas que decía la güerita del norte —dijo Eduardo José tomando la tarjeta de crédito que le tendían para pagar la cuenta.

—El nacionalismo exacerbado tiende a sacar las cosas de contexto y convertirlas en mitos —consideró García saboreando el café.

El autobús dejó al grupo junto a las construcciones que revelan bajo un marco de simetría los estilos variados que correspondían a las diversas etapas evolutivas de la población indígena que habitó Chichén Itzá. Como en Uxmal, cada uno era su propio guía. García preparó la Nikon F3 y se dispuso a subir hasta lo alto de la pirámide que los españoles llamaron El Castillo: buscando la posible similitud arquitectónica con las construcciones europeas. Eligió la escalera de la cara frontal, si caía desde arriba lo haría orgullosamente delante de todos. Pisó el primero de los tortuosos noventa y un escalones y preguntó a su mujer si subía con él hasta la plataforma superior rematada por el templete que rendía culto a Kukulcán: dios con forma de serpiente emplumada venerado por los mayas itzaés.

«Ni loca» —contestó Lola mirando lo que más que una escalera era un despeñadero.

Después de probar la que subía al graderío del Juego de Pelota... y bajar barriendo los escalones con sus exclusivas bragas de Christian Dior, se mantuvo durante todo el viaje a prudente distancia de las pirámides y sus desmedidas escaleras.

En 1981 se permitía subir hasta la cima de la pirámide considerada un asombroso calendario solar, que marca los días del año y los equinoccios de otoño y primavera. Cuando tienen lugar los equinoccios el sol proyecta sobre la escalera norte, adornada en su base por dos cabezas de serpiente, sombras triangulares que provocan la fantástica ilusión de ver como una serpiente emplumada desciende a tierra desde lo alto de la pirámide. La forma de arrastrarse de la serpiente por las paredes de la escalera es como bajan la mayoría de los turistas los escalones, además de agarrarse a una cadena tirada de arriba abajo a modo de pasamanos. Ángel bajo de lado porque la huella del escalón no daba para más. Bajó con un niño en brazos porque su madre, joven irresponsable, había subido con él hasta el templete de la cima. Una vez arriba no se atrevía a bajar arrastrando el culo con el chico entre sus brazos.

«No tiene importancia señora mía, los españoles somos así de desprendidos»

Años más tarde se prohibió la subida por los desgastes provocados en los escalones por el roce de la parte del cuerpo que los simios suelen tener pelado.

La responsable bajada con el niño entre los brazos impidió la visita al interior de la pirámide donde está en la Sala de las Ofrendas la figura de Chac Mool, ni ver el Jaguar de Jade que preside la Cámara de los Sacrificios. Se reunió con Lola y le explicó que había tardado algo más porque había bajado con el bebé de una irreflexiva madre en los brazos. Cuando señaló el lugar donde les había dejado ¡Sorpresa! El niño y la madre habían desaparecido.

No les volvió a ver. Subieron a El Caracol, el único edificio circular construido por los mayas para sus observaciones astronómicas y desde las ventanas del Observatorio tampoco vieron a la mujer con el niño; es más, había hombres y mujeres andando de un lado a otro de la Ciudad Sagrada, pero nadie llevaba un niño en sus brazos.

Durante la distancia que separa el Cenote Sagrado de las construcciones mayas de Chichén Itzá: trescientos metros más o menos, Ángel contestaba las preguntas que le hacía Lola sobre los sacrificios humanos religiosos y ceremoniales que llevaban a cabo los indígenas del Estado de Yucatán antes de la llegada de los españoles:

—Los sacrificios se debían a que los dioses estaban muy presentes en la vida del hombre primitivo. En el «cenote» que veremos ahora los arqueólogos encontraron restos humanos de niños y adultos con cortes rituales y signos de desollamiento. Hay quien defiende que las barbaridades son leyendas etnocéntricas difundidas por los europeos. Los hay también que los entienden y justifican por su contexto histórico y cultural dejando a un lado los sensacionalismos...

Lola miró hacia donde ya se perfilaba la depresión circular rellena de agua del cenote sagrado donde ofrecían sus víctimas los mayas itzaés.

—...Los que los entienden, defienden o justifican —continuó Ángel—, lo hacen por el hecho que no sólo los indígenas americanos hacían sacrificios humanos, sino que estas prácticas eran habituales en la mayoría de las culturas y civilizaciones del resto del mundo antiguo. En Yucatán el sacrificio de los prisioneros fue pieza clave en la ideología de los señoríos mayas gobernados por dinastías hereditarias de guerreros obsesionados por el autosacrificio y derramamiento de sangre —señaló Ángel mirando hacia el fondo del cenote sagrado—. La extracción de los corazones y la decapitación puede apreciarse en la mayoría de las piedras grabadas elaboradas por el arte maya.

—He visto el póster de un sacrificio ritual, un esclavo gritando atado a un cadalso mientras un grotesco personaje le sacaba las entrañas —dijo Lola conmovida.

—Hay imágenes de tortura ritual más terribles que esa —reconoció Ángel.

Después de la visita del cenote sagrado, considerado por los mayas itzaés como la morada de los dioses del agua y de la lluvia... y por los españoles como matadero municipal... regresaron al autobús para volver a Uxmal y ver el espectáculo de luz y sonido. Terminado el espectáculo; flojito por cierto, el autobús fue dejando al grupo en los distintos hoteles de la ciudad de Mérida y a los García en el que estaba situado en el Paseo de Montejo, la avenida principal.



Capítulo XVI

Cancún:

Es se día habían descansado bien, lo necesitaban para afrontar la visita que habían planeado a Cancún con un Volkswagen escarabajo de color naranja que habían alquilado. Rumbo a la costa pudieron comprobar que en 1981 las carreteras en Yucatán estaban como los conductores de aquella parte del país, poco civilizados. El coche era muy rápido, a pesar de que sólo disponía de tres marchas. El camino hasta Cancún era una recta interminable interrumpida sólo al cruzar la bonita ciudad colonial de Valladolid, a 162 kilómetros de Mérida y a 152 de Cancún.

Primer incidente: un camión había pinchado una rueda y el conductor la estaba cambiando en medio de la carretera. La única precaución que había tomado era poner un enorme pedrusco como calzo en una de las ruedas para que el camión no se marchara, innecesario porque ¡Era una carretera totalmente plana!

De regreso de Cancún, bien entrada la noche Ángel le dijo a su mujer:

—Ya estamos a la altura donde esta mañana había pinchado el camión.

Casi no termino la frase teniendo que dar un brusco volantazo cuando Lola asustada le advirtió:

—¡Cuidado con el perro!

No era un perro. El camionero que arreglaba la rueda esa mañana había dejado el bloque de piedra que había utilizado como calzo en medio de la carretera. Una carretera sin iluminar, sin líneas ni márgenes laterales, un araño en la espalda de la selva virgen oscuro como la garganta de un animal. Un golpe de frente contra la piedra a ciento treinta kilómetros por hora hubiera sido mortal.

En los Estados del sur a los camioneros poco les importa quien comparte la carretera con ellos. Nunca se arriman a la derecha, como los que votan a la izquierda. Cruzarse con un camión supone un serio peligro. Los conductores del sur no hacen el cambio de luces, y menos los camioneros, por lo general disfrutan y presumen de sus desajustes de comportamiento, consideran que es divertida la reacción de miedo que producen a los automovilistas con los que se cruzan. Sobre todo, sin son turistas. Desconocen que su conducta antisocial y resentida puede causar mucho daño.

El viaje fue directo a Cancún. En 1981 estaba en marcha la notable transformación que convirtió a esta isla de pescadores rodeada de selva virgen en el centro turístico que desplazaría como destino principal al violento Acapulco que, por culpa del narcotráfico, se deshacía como un terrón de azúcar en una taza de té.

Cancún eran un manojo de infraestructuras en proceso de realización, una sucesión de hoteles y residencias en construcción. Habían quedado con el director del Hotel Presidente que les recibió y les atendió como amigos mientras vendía la zona como el mejor proyecto de futuro del país.

Lo decía por si se animaban a comprar una propiedad.

El almuerzo, cortesía de hotel, fue deslumbrante como lo fueron las atenciones recibidas por el hotel... incluido el grupo de mariachis que como «moscas cojoneras» están en todas partes.

La arena y el color del agua de la playa privada del Hotel Presidente quedaron en la memoria de Lola Maeso Romero como un referente imposible de arrinconar.

Entrada la noche se dispusieron a volver a Mérida. El Volkswagen escarabajo color naranja tragaba millas como un campeón mientras el matrimonio, feliz y distraído, charlaba animadamente sobre el excelente día que habían pasado en el Presidente.

Todo iba bien y todo pasó de pronto. Al pasar por unas construcciones de una sola planta a ambos lados de la carretera el coche fue iluminado por potentes focos y el amenazante sonido de sirenas y altavoces a gran volumen: «¡Alto! ¡Detengan el carro!»

—¡Dios! —dijo García asombrado—. ¿Dónde nos hemos metido?

Frenazo de emergencia ¿Se había equivocado de carretera? ¿Se había metido en Guatemala, el país vecino? Al llegar al punto parecido a una estación de servicio había levantado el pie del acelerador y pudo detener el coche relativamente cerca, junto a dos coches de la policía del Estado de Yucatán y agentes armados con rifles de cartuchos de los que hacen agujeros como las balas de cañón. Les ordenaron retroceder marcha atrás hasta el edificio que parecía una gasolinera donde un suboficial esperaba balanceándose sobre los pies y la mano a la altura del revolver:

—¿Por qué no paró el carro, patrón?

—Perdone agente ¿Dónde estamos?

—En el puesto fronterizo del estado de Yucatán licenciado.

—Bien, creí que me había equivocado y estábamos en Guatemala.

—¿Vienen ustedes de Cancún?

—Sí volvemos a Mérida, donde estamos alojados.

—¿Son ustedes de Argentina?

—Somos españoles —los pasaportes los tenemos en la caja fuerte del hotel, no los llevamos encima porque no teníamos intención de salir de México.

—¿Vienen de España? ¡Caray qué bonito! ¿Están en México de paseo?

—Sí señor...

—Sargento, sargento Ramos licenciado.

—Sí sargento.

—¿Ella es su esposa?

—Sí, sargento.

—No se asuste señora, no pasa nada, son ustedes gente de bien, además vienen de la madre patria.

Ángel se preparó para aliviar la cartera, cuando los policías mejicanos doran la pildora no hay quien se libre de «la mordida». En esta ocasión no fue el caso.

—No sabía que existían fronteras entre Estados —se disculpó.

—Sólo en la Baja California y en el Estado Libre y Soberano de Quintana Roo, en el Estado Federal que ustedes han dejado no se aplican impuestos ni tasas a los productos, este puesto fronterizo es para evitar el contrabando.

El sargento de la policía fronteriza se fijó entonces en el maletín negro de Nikon donde García llevaba su equipo fotográfico, con una buena colección de objetivos, filtros y un potente flash.

—¿Compró ese equipo fotográfico en Cancún licenciado?

—No sargento, lo puede comprobar, es un equipo usado.

—No hemos comprado nada —dijo Lola interviniendo en la conversación—. No sabíamos que Cancún estaba liberada de impuestos, es más, hemos comprado tabaco para el día y nos podíamos haber aprovechado.

—El tabaco es más barato, todo es más barato en Quintana Roo señora —dijo el sargento Ramos—. Abran el maletero, echaremos sólo un ojo nomás.

El maletero estaba vacío, tampoco había rueda de repuesto.

—¿No lleva rueda de repuesto patrón? Es peligroso no llevar rueda de repuesto en este Estado, si tienen un problema en la carretera correrían mucho peligro.

—Es un coche de alquiler, no se me ocurrió comprobarlo cuando me lo entregaron.

—La gente de los alquileres son muy pendejos. Estos coches son para dar una vuelta por la ciudad, no para ir tan lejos como han hecho ustedes... son muy valientes.

García abrió la cartera y el aduanero movió la mano...

—No patrón, no llevan nada, nada deben pagar. Cuidado con las ruedas del carro.

Hizo un gesto amable de despedida y se encaminó hacia la puerta de la oficina. Antes de llegar a la puerta Lola le preguntó interesada al sargento:

—¿Qué hacen tantas vacas en esos cercados?

—Pasan la cuarentena. No se pueden pasar animales de un Estado a otro sin guardar la cuarentena. Valiente chingada, desaparecen algunas vacas y no podemos impedirlo, hay animales salvajes por aquí. Este no es un buen trabajo señora; no, no lo es.

Desapareció por fin, García arrancó el coche y se puso en marcha. Al pasar por delante de los coches patrulla hizo un saludo con la mano y los agentes respondieron llevando el cañón de sus armas a un lado de la cabeza... y sonrieron.

—Podíamos haber comprado algo si todo es más barato —dijo Lola.

—¿Qué?

—No sé, algo.

—Relájate cariño, todavía tenemos un largo camino por delante.

García quería que su mujer se relajara y no pensara lo que pensaba él: si tenían algún problema con una rueda estarían en serio peligro en la selva virgen de Yucatán.

El coche recobró su alegría cuando García volvió a pisarle, quería salir de allí cuanto antes. De vez en cuando se escuchaba el alarido de algún animal que había sido cazado por otro mayor para hacerse con su carne unos kilos de hamburguesas.

La mayoría de los kilómetros desde el puesto fronterizo hasta el hotel de Mérida fueron hechos a «toda pastilla». García sólo levantaba el pie del acelerador cuando se cruzaban con un camión y la malsana costumbre del camioneros de deslumbrar al que vienen de frente. Tampoco se arriman a la derecha para permitir pasar sin peligro a los que no resistirían un choque frontal, o para evitar que el coche tenga que salirse de la carretera y caer en medio de la selva de la que resulta muy difícil salir.

Parar en medio de la selva no es recomendable, la carne blanca de los españoles es muy atractiva para las fieras salvajes del Estado de Yucatán, nuestros antepasados pueden dar fe de ello. Cuando ocurrió el incidente de la piedra que había dejado el camionero en medio de la carretera lo más civilizado hubiera sido parar y apartar la piedra, pero eso sería como invitar a la fauna salvaje a unos buenos solomillos de español educado y con buenas formas. Para tener tranquila la conciencia sólo quedaba pedirle a Dios que algún camionero lo hiciera, ellos tenían menos posibilidades de ser devorados por la fauna salvaje... existe un cierto respeto entre los animales.

Llegaron bien al hotel, aunque algo nerviosos por haber hecho un viaje que nunca pensaron que podía ser peligroso. Dejaron el coche en el aparcamiento privado del hotel y después de tomar un sándwich vegetal y una copa de vino se marcharon a la cama, no sin antes tomar una buena ducha para darles a los malos espíritus una patada en el trasero y enviarlos a todos al infierno a través del sumidero.

Al día siguiente, Lola se levantó fatal. Tan mal que decidieron salir esa misma tarde hacia México DF. Al entregar el coche García comprobó que se había producido otro hecho insólito, por no llamarlo milagro ¡El coche estaba con dos ruedas en el suelo!

Habían llegado al hotel con las cuatro ruedas hinchadas ¿Qué había pasado?

Según los expertos con un clavo en la banda de rodadura se pueden recorrer muchos kilómetros si el coche mantiene una buena marcha, el calor y el roce producido por la alta velocidad puede retener el aire del neumático, pero ¿Cuánto tiempo? Además, el problema no estaba centrado en una rueda, sino en dos ¿En qué kilómetro había empezado todo?

Si es verdad que por la velocidad los neumáticos conservaron el aire durante todo el trayecto hay que tener en cuenta que hubo que reducir repetidas veces la marcha en los cruces con los camiones... además de la obligada parada en el puesto fronterizo entre Yucatán y Quintana Roo. El mecánico del alquiler de coches dijo que la rueda delantera derecha tenía un clavo que había dañado seriamente el neumático radial, la otra rueda perdía aire por culpa de un golpe en el disco.

—Pues mire *patrón* —dijo rascándose perplejo la cabeza—. ¡No puedo entender cómo llegaron anoche al hotel con las ruedas en estas condiciones!

El espíritu exigente vigilaba... el plan estaba en marcha.



Capítulo XVII

México DF:

Hay quien afirma que Méjico es un país sin ley que se dispone a diario a sufrir un fatal Apocalipsis. Desde el gran ventanal de una suite del hotel Sheraton García contemplaba en silencio la jungla de ladrillos y asfalto de la capital considerada por los alarmistas como la ciudad más contaminada de todo el planeta. México DF es un entramado de tuberías de gas y alcantarillas que amenazan o están a punto de reventar. En esta sede de poderes federales los malos tienen más oportunidades de sobrevivir que los buenos, porque prevalece el imperio del más fuerte. En sus calles congestionadas la gente mata y muere por unos pesos y, en las abarrotadas avenidas con olor a plomo, los policías hacen la vista gorda si pueden dar ellos también un mordisco a la víctima.

Sin embargo, en una ciudad tan sobredimensionada donde cuesta respirar y es un milagro sobrevivir, las cosas funcionan... mal, pero funcionan.

Los responsables de regular el tráfico se rigen por criterios tan extravagantes que parecen estar escritos por el mayor de los hermanos Marx: un ejemplo curioso es que a partir de las diez de la noche la policía no para a las mujeres, ni las pide identificarse porque lo consideran de mal gusto.

En esta ciudad, que alberga los mismos habitantes de toda España, los ciudadanos luchan a brazo partido para no caer en un estado brutal de salvajismo urbano... muy pocos lo consiguen.

“Los turistas cuando llegan a la Capital Federal llevan anotado que no deben perderse la visita al Museo de Antropología, la plaza del Zócalo y los restos del Templo Mayor. Los más arriesgados tampoco deben perderse la plaza Garibaldi, santuario de las sonadas borracheras donde cientos de mariachis demuestran con sus lastimeras canciones, que son unos desgraciados”

Los García sin embargo empezaron por Xochimilco, donde una colorida trajinera cargada de flores les cruzó a golpe de pértiga los verdiazules canales. La imagen de sus islas flotantes y calles navegables puede llegar a ser decepcionante si se compara con lo visto en las películas de la Warner Bros, o incluso en las fotos reveladas en color.

El paseo por los canales está lejos de ser bello y romántico: el agua está oscura y contaminada, las flores son artificiales y por todos lados huele a pollo frito.

De la importante superficie del lago sólo es posible recorrer una parte y créanme que es más que suficiente. Los hay que terminan del chapoteo de la trajinera y el canturreo de los mariachis que irremisiblemente deben ir a bordo hasta los mismos... luego está la comida.

El guía —feo y con las manos pobladas de verrugas—, dijo que comer en la trajinera era lo más sensato... lo sensato hubiera sido pagar por no comer en la trajinera.

El profundo olor a pollo frito estaba justificado porque todas las barcazas que se deslizaban por las enturbiadas aguas del lago ofrecían como plato estrella el pollo frito.

—Los orígenes de Xochimilco se remontan a la época prehispánica....

Explicaba el guía como si leñera su docente discurso sobre la blanca espuma que los contaminantes formaban en el agua de los canales.

—...Como pueden comprobar nos encontramos navegando entre islas formadas por «chinampas de cultivo», con este método típicamente mesoamericano los indígenas que habitaron estos lugares consiguieron la expansión territorial del valle...

Seguramente había mucho más que decir sobre el exclusivo lugar, pero los guías mejicanos se esfuerzan lo justo. Para qué más. Su objetivo principal es llevar a los turistas de compras por la comisión que reciben de los tenderos. Con las trajineras se llevan una parte de sus beneficios con el pollo frito y por los inevitables mariachis que funcionan como máquinas tragaperras «Pues ahorita que les provoca oír: las mañanitas, cucurrucucu paloma, cielito lindo...»

Terminando el paseo por el lago el guía ofreció la posibilidad de ir a La Isla de las Muñecas.

—No —rehusó García categórico.

—¿Por qué? —preguntó Lola a su marido extrañada por la negativa tan rotunda.

—Es un lugar macabro y desagradable —contestó Ángel desentendiéndose del tema.

—¿Y no le provoca visitarlo patrón?

—¿Qué es lo que hay allí? —insistió Lola curiosa.

—Cientos de viejas y tenebrosas muñecas colgadas en los árboles y por todas partes—contestó García—. Muchas con un miembro amputado o sin la cabeza que ha sido colgada en otro lugar con los ojos en blanco, o simplemente sin ellos. Durante años el «chinampero» que vivió allí fue recogiendo las muñecas viejas y rotas que flotaban en los canales, las que robaba, o encontraba tiradas en la ciudad.

—Por qué y para qué —insistió Lola.

—Las colgaba para protegerse del espíritu de una niña que fue tragada por el lago, las muñecas no le protegieron de la maldad, los malos espíritus se lo llevaron a él también —le explicó el mariachi del guitarrón abriendo muy asustado los ojos.

—Cuesta creer que unas inocentes muñecas puedan asustar a la gente —dijo Lola.

—No hay nada tan macabro como la mirada de una vieja muñeca desgredada y sin ojos —convino García.

—Existe allí un siniestro y extraño magnetismo señora —el guía quiso dejar ver que era una persona impresionable—. Es un lugar inquietante de día y tenebroso de noche. No se pueden tocar las muñecas y mucho menos llevarse alguna, los malos espíritus se lo hacen pagar a los atrevidos.

—Por tanto, no es un lugar recomendable —concluyó García a la vez que la trajinera se arribaba a la orilla y el trajinero les invitaba a desembarcar.

La aventura del día siguiente fue visitar al director general y los compañeros del departamento de marketing de la filial mejicana de BDF Nivea, multinacional alemana donde García trabajaba en 1981. La secretaria de dirección dijo que enviaría un coche de la compañía al hotel Sheraton y García rehusó el ofrecimiento, prefería tomarle el pulso a la ciudad comprobando el estado de salud de su transporte público. Utilizarían el metro que habían construido en México los franceses con su exclusiva tecnología de rodadura neumática ¡Trenes con ruedas de goma!

«Fue una auténtica chorrada» —pensó García después, cuando comprobó que hacer una visita de empresa en México DF... mejor en Mercedes... las ruedas de goma del modesto vagón de metro y un irritante taxi para llevarlos al polígono industrial de Tlalnepantla de Baz, lugar donde se fabrica la Nivea mejicana, no fue buena idea; es más, fue una pésima idea.

Junto a la salida del metro no encontraron ningún taxi. Tuvieron que armarse de paciencia y esperar hasta que la Virgen de Guadalupe consideró que habían pagado suficiente penitencia por rechazar el Mercedes y les envió un «bocho»: taxi volkswagen escarabajo que hasta que fueron retirados por la Autoridad los pintaban de color verde guisante y crema puré de patatas para la pintura del techo.

Lo más llamativo eran los enormes números pintados de negro que cubrían el techo y correspondían a la matricula del coche, un método eficaz para que la policía pudiera identificarlos... ¿desde el aire?

¿Quién ha estado en México DF y se ha visto obligado a coger un taxi de este tipo?

El «bocho», como llaman los mejicanos al Volkswagen escarabajo, sólo dispone de dos puertas. La de la parte del conductor no hay que contar con ella porque ningún taxista está dispuesto a bajarse y plegar su asiento para que suban los clientes. El taxi que les envió la virgen no tenía uno de sus asientos delanteros, justo el que va anclado junto al conductor, un amable detalle que permitía subir y bajar mejor a los clientes con tripa prominente y que los altos estiraran las piernas. El aire acondicionado era por cuenta de los pasajeros... que disponían de abanico.

Coger un taxi en México DF es una clara exposición al peligro que no todos están dispuestos a correr. Existe el riesgo de verse envuelto en un secuestro exprés o un recorrido por todos los cajeros automáticos de la ciudad para que el pasajero comprara su libertad aligerando la cuenta corriente. Otro contratiempo es que el taxista sea un empedernido hablador; o lo que es peor, que quiera demostrar sus habilidades de mariachi cantando rancheras.

En este caso el taxista salió tan hablador como preguntón, conocía perfectamente donde estaba la fábrica donde se producía la Nivea mejicana y le extrañó que le dijeran que García trabajaba en la Nivea española.

—Pues me alegra saber patrón que nuestra Nivea tenga filiales fuera de México.

El taxista no quiso creer que la crema Nivea no la había inventado un mejicano de Taxco, sino Paúl Carl Beiersdorf, un farmacéutico de origen alemán en su pequeña farmacia de Hamburgo.

—No puede ser patrón, mi mamá me untaba crema cuando era un chamaquito y me decía que era lo único bueno que hacíamos los mejicanos.

La experiencia del taxi fue tan desastrosa que los García decidieron volver al hotel en el Mercedes que disponía la compañía para las visitas.

Al siguiente día volvió el guía feo de las manos pobladas de verrugas para llevarlos al Ballet Folklórico de Amalia Hernández. Allí conocieron a un español que decía haber nacido en Canarias, un turista asustadizo al que habían atracado en la Plaza Garibaldi.

—Me quitaron la cámara fotográfica y lo que llevaba a la vista —dijo poniendo cara de phodopus sungorus, más conocido como hámster ruso.

Las víctimas de los atracos callejeros deben aceptar su desgracia y alejarse de las comisarías. El acobardado canario no lo hizo y la policía le desplumó del todo. Eso sí, le dejaron en el bolsillo la entrada para asistir al ballet ¡Todo un detalle!

Sin dinero, sin tarjetas, vulnerable y desprotegido, se pegó a los García hasta que cumplió con lo que pudo ser su principal objetivo: llevarlos con exagerada insistencia al Museo Nacional de Antropología... en plan estaba en marcha.

—No entiendo su interés por traernos al museo y desaparecer en la puerta ¿Por qué no ha querido entrar? —preguntó Lola a su marido viendo cómo se marchaba el turista canario andando de un lado a otro tan inseguro como despistado.

No volvieron a verle, ni el canario tuvo la oportunidad de devolver el dinero que le habían prestado hasta que recibiera el dinero que había solicitado a España.

—¿Cómo estás, te sientes con fuerzas para visitar el museo? —preguntó García.

—Cansada, pero ya que estamos aquí, adelante.

Recorrieron el museo con la rara sensación de sentirse observados.

El museo antropológico construido en el Bosque de Chapultepec alberga el mayor legado arqueológico de los pueblos mesoamericanos y a la más completa muestra de la diversidad étnica del país. Entre otras magníficas piezas destacan: el monolito del dios Tláloc que custodia la entrada del museo, la Piedra del Sol, considerada por muchos como el posible Calendario Azteca, las monumentales esculturas teotihuacanas de los dioses del agua, el tesoro de la tumba del rey Pakal y un atlante tolteca traído al museo desde Tollan Xicocotitlan.

Recorrieron el museo con tranquilidad hasta ser atraídos hacia la zona donde en una vitrina se expone el Penacho de Moctezuma: un tocado de plumas de quetzal engarzadas en oro y piedras preciosas que perteneció al «tlatoani» Moctezuma Xocoyotzin. aunque esta pieza no es el original, el original se encuentra en Austria, en el Museo de Etnología de Viena.

Tampoco está claro que fuera un atavío para la cabeza, así que García apoyando la nuca en el cristal de la vitrina preguntó a Lola:

—¿Qué crees que es esto?

—Sin duda el tocado de plumas de un importante guerrero azteca. Te queda muy bien —dijo Lola riendo discretamente—. Dame la cámara y te hago una foto, seguro que a los chicos les hará gracia verte con esas plumas en la cabeza.

Lola cogió la Nikon, retrocedió unos pasos y disparó la cámara preparada para hacer fotos con flash. Fue una única foto, suficiente para que García comprobara como era envuelto por un aliento o respiro que le hizo sentir la extraña sensación que junto a él no había algo, sino alguien.

—¿Estás bien? —preguntó Lola al ver el repentino cambio de expresión en la cara de su marido.

—No. Dame la cámara y salgamos de aquí —contestó García preocupado.

Cuando revelaron la fotografía una nube blanca cubría el pecho de García. Del penacho de plumas de Moctezuma II salía una estrella luminosa que cubría parte de la copia fotográfica.

Lo de la nube podía ser normal, no había que darle mayor importancia.

Lo de la estrella tampoco, podía ser el reflejo del flash en el cristal de la vitrina.

Lo sorprendente es que la estrella fue perdiendo intensidad y tamaño en la fotografía a medida que el espíritu exigente cumplía años... llegando con el tiempo a desaparecer por completo.



Capítulo XVIII

Pablo y Raquel:

Había que estirar las piernas así que recorrieron a pie el Paseo de la Reforma, la avenida más emblemática del Distrito Federal que mandó construir el emperador Maximiliano con el propósito de unir el Palacio de Chapultepec con el Palacio Nacional. Su diseño se inspiró en los Campos Elíseos de París y es precisamente en esta avenida de quince kilómetros de longitud donde se están las tiendas de más categoría, los mejores restaurantes y el hotel Sheraton María Isabel.

Lola no tenía ganas de nada, estaba cansada y se sentía débil, por lo que decidieron pedir algo ligero al servicio de habitaciones y descansar en la enorme cama king size, un todoterreno con el que se perdieron en los frondosos caminos del sueño.

La situación se volvía cada día más preocupante, tan preocupante que Ángel propuso interrumpir el viaje y volver a casa.

—No te preocupes, todo se debe al mal de altura, se me pasará.

—Salimos, o prefieres cenar en el hotel...

—Mejor fuera, al volver al hotel he visto un restaurante español, necesito comer algo que no sepa a chile y esté hecho con aceite de oliva.

Para García fue una sorpresa, no que Lola quisiera salir del hotel, que él no hubiera visto el restaurante español.

No era muy grande, una barra unas cuantas mesas y un discreto salón aparte. En la puerta había carteles que ofrecían platos típicos españoles, uno de ellos decía ¡Paella!

Había poca gente, unos cuantos clientes en las mesas del bar junto a la barra picando pinchos y tapas con sabor español y tomando chelas mejicanas. Fueron recibidos por el propietario... que por supuesto no era español:

—¿Vienen ustedes de la madre patria? —dijo levantado las cejas hasta el comienzo del pelo.

—Sí, venimos de Madrid —contestó García con una ligera sonrisa.

—¡Chihuahua! Bienvenidos —dijo con una leve inclinación y esa forma tan servicial que atesoran los hosteleros mejicanos—. ¿Vienen de tragos o de picoteo?

—¿Tienen paella? —preguntó García.

—Huy no patrón, no es posible —contestó borrando a medias su amplia sonrisa.

—Tomaremos entonces lo que nos recomiende y una buena botella de vino, si es posible vino español —dijo García contrariado por no poder probar la paella que hacían en aquel restaurante... por si tenían que volver.

—Pasen nomás al salón, les llevaré lo mejorcito de nuestra bodega —dijo el solícito propietario señalando el comedor.

El salón era discreto y poco espacioso, el decorador había pretendido evocar el gusto de un restaurante andaluz... y no lo había conseguido. Eligieron la mesa más cercana a la puerta, el salón estaba vacío, podían elegir:

—Si hubiéramos reservado tendríamos una mesa mejor situada ¿No te parece?

A Lola le hizo gracia el irónico comentario de su marido y dijo mirando alrededor:

—Puede que el restaurante no esté dedicado a las cenas...

—O que hoy libre el cocinero —concluyó García.

Cortaron la conversación por la entrada del propietario. Traía una botella de vino que por el color de la etiqueta debía ser un miembro más de su familia por los años que llevaba con ellos.

La abrió y puso un poco de vino en la copa de García para que lo probara:

—Está bueno —dijo después de pensar que por la edad de la botella podía estar avinagrado—. Sirva a la señora por favor.

El propietario se relajó sonriendo satisfecho y sirvió el vino como si estuviera repartiendo monedas de oro. Dejó la botella sobre la mesa y dijo sin dejar de sonreír:

—Les voy a preparar unos platos que hagan los honores a este excelente vino.

—Gracias —repitieron los dos a la vez.

Fuera se oían algunas conversaciones. Ellos hablaron de sus cosas, sobre todo de sus hijos. Poco después entró un camarero con un par de platos: uno de ellos tenía unas fritas rodajas de morcilla que si lo ve el alcalde de Burgos pone una demanda al Estado mejicano. Seguidamente pasó el propietario con una fuente de jamón y rebanadas de pan tostado untado de ajo, tomate, sal y un ligero chorro de aceite de oliva.

—Espero que sea de su agrado señora —dijo inclinando la cabeza.

—Sin duda —respondió Lola con una sonrisa agradecida.

Salieron, propietario y camarero, dejando solos a los españoles que brindaron por el cerdo ibérico que había hecho posible aquel plato y por la cerda que lo parió.

—Pensábamos que vendrían a cenar paella.

Ángel dejó en el aire la tostada de jamón con tomate y miró a izquierda y derecha

Lola miró a su marido sorprendida, después con un gesto le dijo que la voz venía del rincón del fondo del restaurante donde un hombre y una mujer de rasgos europeos les saludaban mostrando la mejor de sus sonrisas. Sobre la mesa tenían una paella que en Valencia no se hubiera clasificado para un premio ni de coña.

—Hola que tal —dijo García. En ese momento fue lo único que se le ocurrió decir.

—La paella es muy grande para nosotros, si quieren la podemos compartir —dijo el desconocido con voz clara y agradable.

Lola correspondió al saludo de la pareja y con una sonrisa preguntó:

—¿Les gusta el vino español?

—Naturalmente querida —respondió el desconocido agrandando aún más su sonrisa.

Los García se miraron y dijeron: «Por qué no» se levantaron y llevaron la botella de vino y el jamón que les habían servido. La morcilla que no era digna de invitados.

—Soy Pablo. Ella es Raquel —dijo el desconocido como si estuviera presentando a dos personajes bíblicos del Nuevo Testamento.

Según la conversación que mantuvieron durante la cena habían vuelto ese día de Cuba donde habían participado en un congreso médico. Estaban preocupados por las cosas que sucedían allí, no les gustaba el régimen castrista ni como la dictadura de los nueve comandantes trataba a los cubanos.

Comieron jamón, la paella parecía el adorno que compran los turistas para dejarlo colgado en la terraza... o junto a la barbacoa.

Se sentían tan bien en compañía de los que confesaron ser mejicanos del Distrito Federal que a García no le sorprendió que Lola dijera ilusionada a Pablo que le gustaría ir a la Plaza Garibaldi a que le cantaran los mariachis.

—¿Pues cómo no querida? —se ofreció Pablo encantado.

—¿No han estado allí todavía? —preguntó Raquel.

—Dicen que es mejor ir acompañados —contestó Lola.

—Sí, es verdad, Garibaldi es un lugar poco seguro —reconoció Pablo.

—Según para quien —apostilló Raquel.

—Eso sí, según para quien —convino Pablo tratando de poner en sus palabras un significativo sentido espiritual.

Terminada la cena salieron los cuatro del salón. Ángel se detuvo en la barra para pagarle al propietario con dólares americanos una cuenta que, al no ser exagerada, no se entretuvo en ver lo que habían incluido. Salió fuera donde el ambiente había cambiado por completo, o era el vino que al ser liberado de la botella en la que llevaba tantos años estaba produciendo el milagro.

Se unió a Lola que caminaba junto a los mejicanos hacia un aparcamiento público cercano donde Pablo tenía un coche blanco con cristales oscuros y asientos de napa color burdeos. No se detuvieron a pagar como hacían otras personas que estaban allí para retirar su coche, sin embargo, la barrera se abrió cuando se acercó el coche de Pablo... y no había lectores de matriculas junto a la barrera, ni en México las conocieron hasta veinticinco años después.

No encontraron tráfico hasta llegar al centro histórico, otro detalle a tener en cuenta porque a esas horas era tan anormal como difícil encontrar el lugar donde Pablo pudo dejar aparcado el coche. García no hizo ningún tipo de comentario después de haber visto como el coche levantó la barrera.

Pronto estuvieron sentados ante un excelente grupo de zalameros mariachis que recibieron a Lola como si hubiera entrado en el bar la «maharaní de Kapurthala» repartiendo billetes de cien dólares. Pablo preguntó a Lola qué era lo que más le apetecía beber y esta contestó:

—Pues no sé, me siento tan bien que no quisiera estropearlo.

—¿Qué te ocurre querida? —dijo Raquel poniendo su mano sobre la de Lola.

—No, no estoy embarazada —dijo Lola recordando las predicciones de Estela en Acapulco.

—Sé lo que te hace falta, yo mismo lo prepararé —dijo Pablo levantándose.

Se marchó y pasado un rato volvió escoltando a un camarero que en una bandeja traía cuatro distintas bebidas, Pablo señaló la que era para Lola que tenía que ser muy especial por la manera que tenía de lucir en el vaso.

—¡Qué color tan bonito! ¿Qué es? —preguntó Lola.

—Los músicos celebran en Garibaldi a su patrona Santa Cecilia —contestó Pablo con una especial sonrisa—. En el vaso hemos puesto especialmente para ti unas gotas de su esencia divina.

Los músicos dejaron de tocar para animar a Lola:

«Pulque bendito, dulce tormento ¿Qué haces ahí fuera? ¡Venga pa dentro!

Aplaudieron hasta que Lola terminó la bebida y esta dijo alegre y divertida:

—Gracias muchachos por animarme, pero no hacía falta, estaba muy rico.

La fiesta continuó en ese bar y en otros que visitaron hasta bien entrada la noche. Lola no necesitó más la esencia de la santa de Roma para sentirse maravillosamente bien. Cuando Pablo y Raquel les dejaron en el hotel Sheraton García muy agradecido le dijo a Pablo:

—¿Cómo podré pagaros lo que habéis hecho por nosotros?

—Es fácil —dijo Pablo sacando un papel y escribiendo unas líneas—. Felicítanos en Navidad.

Ángel y Lola enviaron a Pablo y Raquel un bonito y emotivo Christma de Navidad. Cumplido el compromiso dejaron de tener controlada la dirección y la imprudencia permitió que la perdieran.

Posiblemente fue ese día, que los García estuvieron en el Museo Antropológico y por la noche con Pablo y Raquel, cuando el espíritu exigente decidió abandonar su identidad inmaterial. El caso es que Lola sin saber por qué decidió ponerle al tercero de sus hijos el nombre de Pablo.

La tarjeta de Navidad fue devuelta desde México con una nota oficial de Correos que decía: «Desconocidos»

A García se le ocurrió llamar a sus compañeros de marketing de BDF México. Si la pareja consiguió que les sirvieran una paella sin duda eran clientes habituales, así que el dueño conocería su dirección correcta. La contestación del propietario fue rotunda:

«Recuerdo sí que esos amigos españoles estuvieron aquí en el mes de julio. Les serví una botella de vino que pocos clientes están dispuestos a pagar. El licenciado quiso comer paella, pero no le pude complacer, solo el cocinero español puede hacer una paella y ese día libró. No sé a que otra pareja se refieren ustedes ¡Los señores de España estuvieron solos!



Capítulo XIX

Teotihuacan:

El día siguiente amaneció distinto. Aquella mañana los árboles que rodeaban el hotel Sheraton se desperezaron estirando sus ramas para despertar a los pájaros que dormitaban en ellas, los cuales volaron en todas direcciones en busca de su frugal desayuno. Lola se sentía feliz, plena de energía y con ganas de visitar las Pirámides, cosa que el día anterior no hubiera estado entre sus planes —pasaba de ruinas aztecas como de la morcilla frita que les habían servido la noche anterior en el restaurante español—. La idea de interrumpir el viaje quedó desestimada por completo, al contrario, ahora que se sentía tan bien no le hubiera importado añadir unos días más al viaje, incluso volver a Acapulco. Lo de regresar cuanto antes a España para reunirse con los chicos ganó por goleada.

Encontraron al guía de los días anteriores esperando en el hall de hotel, después de los saludos de rigor les dijo que irían hasta las ruinas de Teotihuacan con una limusina, allí se reunirían con el grupo que había salido de otros hoteles en un autocar.

—Está bien —aprobó García—. Pero nos gustaría pasar primero a rezarle un par de salves a la Virgen de Guadalupe.

—¡Pues no faltaba más patrón! —dijo el guía en tono festivo.

El fervor popular del pueblo mejicano a su patrona contrasta a veces con su notable capacidad para defender ideas llenas de contradicciones sobre la religión y la conquista de los españoles. Se debe a la pretensión del inquisidor Fray Bartolomé de las Casas de obligar una unión contranatural de dos mundos fundiéndolos en uno solo.

La concordia entre la religiosidad de los cristianos y las creencias de los indios está llena de esperpentos: el alcalde de Chiapas defiende con vehemencia ante su pueblo la divinidad de Jesucristo y sostiene con absoluta convicción que los mayas crearon el mundo en el siglo VIII después de Cristo.

Por la Insigne y Nacional Basílica de la Virgen María de Guadalupe pasan al año veinte millones de peregrinos. Para evitar que los fieles se paren a rezar bajo la imagen de la Virgen la Archidiócesis mandó instalar una cinta móvil. Unos arrodillados, y otros de pie pasan ante el altar como los patitos del tiro al blanco en las barracas de feria.

Con los servilismos: «Para servirle patrón» «Servidor de Dios y de usted licenciado» los mejicanos demuestran su agudo sentido de la jerarquía. Guardan tanto respeto a los que consideran superiores que si les preguntan la hora contestan: «La hora que más le provoque patrón»

—He parado la cinta licenciado para que a su esposa le dé tiempo a rezar.

Para el guía parar la cinta no suponía un desafecto a la Virgen, al contrario, pulsar el botón de «On-Off» era demostrar su serena sumisión, sin importarle los problemas que pudieran llegarle por motivos de su exceso de celo.

En Teotihuacan ordenó al chofer de la limusina que no hiciera caso de las señales de tráfico que prohibían a los automóviles la entrada a la Ciudad de los Dioses. Para él los dioses eran sus clientes y debía evitar que se mancharan de polvo caminando por la Calzada de los Muertos. Todo hubiera ido bien si no hubiera estado allí la policía, que al ver pasar la limusina la miraron como un gato mira a un pájaro que se ha enganchado en un matojo.

—¡Ay! Jonás, dijo la ballena mirándose el ombligo —se lamentó el conductor al ver como dos agentes de la policía preventiva bajaban del coche patrulla—. Esto le va a costar unos pesos patrón —dijo con ojos asustados sin quitar las manos del volante.

—¡Quieto prieto! —le tranquilizó el guía con un popular dicho «naco».

Los policías se acercaron con chulesco contoneo para impresionar al güerito chingón hijo de mala madre que se atrevía a pasearse con una limusina de lujo delante de sus narices. La puja empezó con dos mil quinientos pesos, para entrar en un proceso de regateo por parte del guía usando el «naco» de los «chilangos» de baja condición.

—Doscientos cincuenta pesos patrón —remató el guía guiñando un ojo.

García no discutió, sacó el dinero, se lo entregó al guía y este lo puso sobre el cuadernillo de multas del agente. Fin del incidente. La limusina se despidió, la vuelta al hotel Sheraton lo harían en el bus junto con el grupo.

Como no había señales del autocar dedicaron el tiempo a visitar el Grupo Viking, la Plaza del Sol y el Palacio de Quetzalpapálotl.

Cuando por fin llegó el autocar el guía fue a recibir al grupo del bus. Todos los turistas venían en pareja, todos... «menos uno».

«Menos uno» era blanco, fuerte, moreno. Vestía mocasines, pantalón vaquero medianamente gastado y camisa azul de cuadros, llevaba una antigua cámara de fotos que no utilizaba, para él era la formalidad para aparentar ser un turista.

—A Teotihuacan le llaman La Ciudad de los Dioses. Existen pocas ciudades dignas de ser habitadas por dioses, esta es la más importante del mundo...

Recitó el guía, convencido de que esa era la purita verdad, después de presentarse a los componentes del grupo que miraban a todos lados con impaciencia esperando poner las cámaras fotográficas en posición de ráfaga.

—...Aún nos preguntamos cómo pudo surgir este prodigio de piedra en este valles yermo sujeto a las lluvias y pozos de agua para el consumo de tan vasta población.

—Si es verdad que la población era tan extensa y numerosa en Teotihuacán —terció García girándose hacia el guía. Estaba haciendo una fotografía general de las ruinas.

—...Se supone que sí licenciado. No entrarían en un saco los años que tuvieron que transcurrir para que esta ciudad fuera considerada mítica —siguió el guía sin saber seguro cuánto tiempo transcurrió. A nadie le importaba, la gente estaba a sus «selfis».

Continuaron paso a paso por cada punto importante. Efectivamente, todos disparaban sus cámaras sin atender las explicaciones del guía, todos... «menos uno».

—Como pueden ver —continuó el guía—: el centro ceremonial está trazado como un gran símbolo de dos ejes que es la Calzada de los Muertos, desde donde parten como alas de mariposa palacios, plazas y adoratorios...

Más fotos, todos disparaban sus cámaras, todos... «menos uno».

—...Sobre la cabeza de la calzada podemos ver la Pirámide de La Luna y a su costado la Pirámide del Sol. Ambas representan la dualidad creadora de la naturaleza y la de los hombres que las levantaron a base de cal y tezontle.

El grupo se disgregó, cada uno buscaba la foto que más le convenía, todos se separaron de los García, todos... «menos uno».

—Según lo que leí antes de venir...

—¿Por si te preguntaba? —le interrumpió Lola a su marido con una sonrisa.

—Eso es, por si me preguntabas —respondió García—: el desarrollo de la cultura teotihuacana abarcó un largo período de nueve siglos, según los estudiosos desde su inicio, doscientos años antes de Cristo, hasta su decadencia ocurrida entre los años setecientos y setecientos cincuenta.

—Entonces, ¿no fueron los españoles los que destruyeron Teotihuacan?

—Por supuesto que no —replicó convencido—. Cuando llegaron los españoles a México todo esto estaba en ruinas.

La Gran Pirámide del Sol se construyó antes que su hermana, mucho más pequeña, que se la conoce como la Pirámide de la Luna.

De esa época es La Ciudadela: conjunto arquitectónico edificado durante la fase Miccaotli entre los años 150 y 250 d.c. sobre la banda poniente de la Calzada de los Muertos y al sur del río San Juan. En este conjunto se encuentra la pirámide de la Serpiente Emplumada que está rodeada de trece templos secundarios más dos conjuntos habitacionales reservados para la élite teotihuacana.

En el centro se encuentra el Templo de Quetzalcoatl y las 366 cabezas de serpiente que recubren sus cuatro fachadas —este edificio es de los más fastuosos de la Ciudad de los Dioses—. La Ciudadela se convirtió en el centro político, económico y cultural de la ciudad de Teotihuacan, desplazando al conjunto de la Pirámide del Sol.

Se desconocen los motivos de este desplazamiento. Hay quien asegura que fueron motivados por factores políticos.

La existencia en la Ciudad de los Dioses estuvo regida por profundas convicciones religiosas y normas de vida en torno a los ciclos de la naturaleza, la siembra, la cosecha, la lluvia, la evolución y el origen del universo, en ello radica la importancia de las pirámides que, a diferencia de las egipcias, son escalonadas y se dividen en cuerpos horizontales que sirven de plataforma a un templo.

Su cuadratura expresa a la naturaleza dominada de lo armonioso e inmutable, las pirámides teotihuacanas hacen de su silueta un sello de taludes y tableros que se repiten a manera de cantos sagrados. Al sentido vertical lo complementa su base cuadrangular y su posición precisa con respecto al trayecto de los astros.

La orientación de la Pirámide del Sol tiene una inclinación de 17° de la dirección del Polo terrestre, lo que apunta hacia el Polo magnético y permite que el sol coincida en el cenit del centro de la pirámide los días 20 de mayo y 18 de junio.

Son más las características astronómicas de esta y otras pirámides mesoamericanas, en el caso de Teotihuacan el conjunto de templos y edificios rodeado por una urbe mimetizada de campo crean un espacio magnífico que permite establecer vínculos olvidados entre el hombre y la naturaleza.

—Bien señores —dijo el guía—. Gocen ahora de tiempo libre para que hagan sus fotos y suban a las pirámides hasta la altura que sus piernas se lo permitan.

Lola dijo que aquellos empinados escalones podían esperarla otros 1850 años más.

—Si lo desea doña puede subir a la Pirámide de la Luna—dijo el guía señalando hacia la pirámide más pequeña—. Ahora, le advierto que esa pirámide representa la fertilidad, no se arrime mucho a ella si no quiere llevarse de México un chamaquito...

—¡Ay, no por Dios! —dijo graciosamente Lola bajando del tercer escalón de la Pirámide del Sol al que se había subido.

—No quieres acompañarme hasta ahí arriba —preguntó García a su mujer señalando los 238 empinados escalones y una rústica cadena puesta allí a modo de pasamanos.

—¿Qué hay ahí arriba que no pueda ver aquí abajo? —preguntó Lola demostrando el poco interés que tenía por subir.

—Pues nomás señora que si pide un deseo seguramente se cumplirá.

Dijo el guía a Lola que, inmediatamente pensó, la razón por la que él no subía y pedía a los dioses teotihuacanos que le libaran de las verrugas.

—Sin duda eso pertenece al folclore popular lleno de supersticiones y creencias sin sentido —le dijo aparte Ángel a su mujer—. Hay padres que suben hasta la cima de la pirámide llevando en brazos a sus hijos para presentarlos al cosmos. También suben los que creen que este es el punto más cargado de energía cósmica de toda Mesoamérica.

—Entonces sube y me bajas un poco.

Se despidieron con un beso y García empezó la ascensión hasta la plataforma situada a sesenta y tres metros y medio de altura.

Según la cronología la Pirámide del Sol fue construida durante la etapa Tzacualli, en pleno desarrollo de la Ciudad de los Dioses. En la cúspide hay una plataforma cuadrada de superficie irregular que según algunos se trata de un ovniuerto. Entre estos los hay que aseguran que la parte superior de la pirámide era una nave extraterrestre que un día despegó para volver a su lugar de origen. En realidad, lo que hubo sobre la plataforma no fue otra cosa que un templo y la estatua de un ídolo de extraordinarias proporciones.

Menos romántico, pero más creíble.

Cuando García llegó arriba recorrió la plataforma y sí noto que existía un extraño magnetismo, quizá promovido por algo que poco o nada tuviera que ver con la ficción. Estaba distraído mirando el paisaje cuando alguien llamó su atención con unos tímidos golpes sobre su hombro: se trataba del «menos uno», el turista del grupo que venía solo. Estaba allí arriba y García se sorprendió porque no le había visto subir. Le entregó la cámara que tampoco le había visto usar para nada y señalando la línea donde confluía el cielo y la tierra dijo que le hiciera una foto. García encuadró al misterioso personaje y disparó la cámara pensando que quizá ni siquiera estuviera preparada. Luego le hizo la misma foto con su propia cámara Nikon. Por si «menos uno», preocupándose por pasar desapercibido, no la había cargado.

El misterioso personaje recuperó su cámara y se marchó sin mediar palabra.

Bajar de las pirámides mesoamericanas requiere experiencia, hay que tomarlo con tranquilidad. García tampoco vio bajar por la escalera a «menos uno», cosa extraña pero no imposible para los que están capacitados para desaparecer sin dejar rastro.

Abajo se reunió el grupo y cuando el guía contó estaban todos... «menos uno».

El guía y el conductor del autobús fueron en su busca y por más vueltas que dieron no lograron encontrarle. El autobús no se marchó de la Ciudad de los Dioses hasta que a la vista sólo quedaban unas cuantas parejas haciendo las últimas fotos, ni rastro de «menos uno».

Para salvar su responsabilidad y la del conductor el guía hizo que todo el grupo firmara el parte de incidencias que reflejaba la desaparición del turista que había venido solo. El conductor no recordaba en que hotel había subido y tampoco sabía si había pagado la visita guiada a Teotihuacan. El caso es que del turista «menos uno» no se volvió a saber.

Durante los días posteriores García preguntó al guía si tenía alguna noticia del «menos uno», pero no, al enigmático personaje no le conocían ni estaba alojado en ninguno de los hoteles que recorrió el autobús para recoger el grupo, nadie sabía nada.

—Tengo una foto de él que quizá pueda ayudarle —dijo García al guía—. Se la hice con mi cámara cuando estábamos arriba de la Pirámide del Sol. Hoy mismo revelaré el carrete y le daré una copia, viendo la fotografía será más fácil que encuentre a alguien que le conozca y sepa quién es.

Cuando García recogió las fotografías reveladas en la que debía estar el turista «menos uno» se ve claramente el horizonte y la plataforma de la Pirámide del Sol... pero él no estaba en la foto.



Capítulo XX

Epílogo:

Según los estudiosos los seres humanos somos la culminación del conjunto de la evolución. El proceso fue desarrollándose poco a poco, elemento tras elemento, civilización tras civilización. La transformación o acción de desarrollo de la especie, gradual e inconsciente, animó el fenómeno con las conquistas y lo atrofió al ser conquistados. El destino del ser humano es evolucionar hacia el estadio superior que permite alcanzar a través de la energía física el nivel de vibración suficiente para controlar los átomos del cuerpo, convirtiéndose en un ser espiritual.

Los ya situados en niveles superiores se manifiestan en planos inferiores aumentando su campo de energía. Del mismo modo consiguen desaparecer.

La capacidad para elevar el nivel de vibraciones permite atravesar la barrera de la vida física y alcanzar el mundo espiritual del que proceden, esta es la senda que nos mostró a los mortales Jesús de Nazaret. El hijo de Dios controlaba su energía física de tal modo que podía realizar prodigios. Caminar sobre las aguas. Su grado de elevación suprema le hizo sobrepasar la muerte para demostrar la forma de trascender, expandir el mundo físico dentro del espiritual. Los que son capaces de conectar con esta fuente de energía recorren el camino que mostró Jesús. Sólo los que llegan a tan elevado punto de vibración pueden acceder al mundo espiritual sin abandonar el cuerpo físico, los que vibran en niveles inferiores sólo pueden hacerlo a través de la muerte.

Es posible que los colectivos mayas encontraran la forma de efectuar una transición en bloque, lo que justifica el misterio de su desaparición y el abandono de lo que les relacionaba con el mundo físico: cosas que consideraron que no eran precisas en un mundo espiritual más etéreo, pero de mayor belleza.

Es poco probable que conociéramos la verdadera razón por la cual mi mujer y yo fuimos empujados para ir a México, ni quién tomó la decisión sobre el regreso al mundo físico de nuestro hijo Pablo.

A mis hijos Marina, Manuel y Pablo... un espíritu exigente.

INDICE

PÁGINAS

Capítulo I:

Méjico: 7-13

Capítulo II:

Acapulco: 14-19

Capítulo III:

El juez de San Luís Potosí: 20-26

Capítulo IV:

Los Montero: 27-43

Capítulo V

El Hotel Princess: 44-57

Capítulo VI:

El Hotel Marriot 58-66

Capítulo VII:

Camino de Yucatán: 67-75

Capítulo VIII:

Cuba: 76-84

Capítulo IX:

Un hogar cubano: 85-92

Capítulo X:

Aldo: 93-138

Capítulo XI:

Una comida de amigos: 139-146

Capítulo XII:

Walfredo: 147-157

Capítulo XIII:

Yucatán 158-163

Capítulo XIV:

Uxmal: 164-167

Capítulo XV:

En la gruta de Loltún: 168-178

INDICE**PÁGINA****Capítulo XVI:**

Cancún:

179-183

Capítulo XVII:

México DF:

184-189

Capítulo XVIII:

Pablo y Raquel:

190-194

Capítulo XIX:

Teotihuacán:

195-200

Capítulo XX:

EPÍLOGO:

201-201

Existen conexiones fundamentales entre lo que parece que somos y lo que somos en realidad. Hay quien escribe su propia historia y se construye a partir de ella, se convierte en lo que finge que es. La verdad de cada historia depende del supuesto social, cultural y personal de quien la cuenta, de ahí su complejidad. No hay ninguna buena historia que sea del todo cierta, lo más sensato es dejar a un lado el exceso de verdad, el derroche de sinceridad hace que la historia parezca falsa.

